

II GUERRA MUNDIAL

Asesinato en

MAUTHAUSEN



Lectulandia

Javier Cosnava

¿Quién está asesinando a los guardias del campo de concentración?, esa es la pregunta que deberán resolver los investigadores, los dos hermanos Weilern.

Esta novela, un policial en la Segunda Guerra Mundial, se desarrolla en el famoso campo de concentración de Mauthausen y en sus alrededores, durante los años de la eliminación de deficientes mentales (Aktion T4).

Lectulandia

Javier Cosnava

Asesinato en Mauthausen

Un policial en la Segunda Guerra Mundial

ePub r1.0

Titivillus 12.06.15

Javier Cosnava, 2015

Diseño de cubierta: Toni Carbos & Sofía Espinosa

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

El autor quiere agradecer

a Toni Carbos y Sofía Espinosa por cederme la portada

a Eva Ruiz Colomé, Daniel del Río López, Jaume Salvà, Javier Trescuadras y Alex Fernández por ayudarme con las correcciones.

Nota previa

En el presente volumen, *Asesinato en Mauthausen*, encontrarás al mismo protagonista de todas las novelas de la saga, Otto Weilern, acompañado en esta ocasión de su hermano Rolf. Junto a ambos, y en el marco de un thriller detectivesco, descubriremos el funcionamiento de algunos organismos nazis claves para entender esta época: los primeros campos de concentración, el sistema de eliminación de deficientes mentales (Aktion T4) y finalmente algunos aspectos básicos de las Juventudes Hitlerianas y de la educación o adoctrinamiento de las masas a través de la propaganda, un tema sobre el que volveré en volúmenes posteriores.

Quiero dar las gracias a Cajastur, que me concedió una beca para viajar al campo de Mauthausen e investigar para esta y otras novelas. Tuve la ocasión no solo de conocer el campo, sino también el Castillo de Hartheim, donde se asesinaba a los deficientes mentales, y muchos otros lugares e instalaciones. Sin todo ello, esta novela no habría sido posible o sería hartó peor.

También quiero agradecer al Amical de Mauthausen y otras organizaciones de supervivientes del exterminio que me permitieran acceder a su fondo documental, sus fotos y su biblioteca. Este tipo de iniciativas e instituciones tienen y siempre tendrán mi mayor reconocimiento.

JAVIER COSNAVA

Asturias. Enero de 2008

(Revisada y corregida marzo-abril de 2014)

Dedicatoria

Quiero dedicar esta novela a Jaime, mi padre. Apenas sabía leer ni escribir, apenas sumar y restar. Yo intenté enseñarle hasta que descubrí que al igual que hay gente que no quiere aprender... hay gente que no puede. En la Alemania nazi hubiese corrido el riesgo de ser esterilizado o incluso «depurado» («ejecutar» en jerga nacionalsocialista) a causa de su bajo coeficiente intelectual. Jaime era un hombre bueno y tuvo un hijo que escribe novelas, seguramente malas... pero las escribe. Mi padre murió cuando yo era un adolescente y no tuvo ocasión de ver las personas adultas que yo y mi hermana somos gracias (y no a pesar) de sus genes. Sin embargo, él sabía que los genes no lo son todo y los nazis, con todos sus sueños efímeros de grandeza, lo ignoraban.

Te añoro.

Capítulo 1

SCHLOSS HARTHEIM

(El castillo de la muerte)

La muerte le esperaba al final de su ronda, pero eso, el soldado raso William Ferrat, lo ignoraba por completo. William era un hombre rechoncho, de piel blanca y ojos muy grandes que miraban siempre en derredor con desconfianza; llevaba su uniforme de Mann-SS con descuido, mal abotonado, las botas sucias de barro y manchas de grasa en los puños de la camisa. Le habían destinado al castillo de Hartheim hacía medio año, más o menos en la época en la que comenzaron a llamarlo Instituto del Sueño. A William le parecía muy gracioso ese nombre, el tipo de eufemismo que tanto gustaba a los nazis: buscar un apelativo agradable al oído para enmascarar un acto brutal, aunque fuera necesario, como la eliminación sistemática de los retrasados mentales.

—Instituto del Sueño, ¡ja! —masculló mientras alcanzaba la segunda planta del edificio, ascendiendo hilera tras hilera de interminables escalones.

El castillo de Hartheim constaba de cuatro plantas, aunque en realidad tan solo se utilizaba la planta baja para las tareas de evaluación, reconocimiento médico, gaseamiento y posterior cremación de los deficientes mentales; el resto de plantas se usaban como despacho, almacenes o para nada en absoluto, pues la mayoría seguían cerradas a cal y canto. Sin embargo, el soldado de guardia debía cada hora completar su ronda desde las arcadas de la entrada principal hasta el tejado. No era una tarea gravosa y, en general, el soldado Ferrat estaba satisfecho de su destino. Muchos de sus compañeros de colegio, o de correrías pocos años atrás en Alkoven, su ciudad natal, estaban ahora en el frente perdiendo la vida; otros regresaban a casa tullidos o desmembrados en nombre del gran Reich de Adolf Hitler. Nadie ponía en duda, ni siquiera él mismo, que los ejércitos de Alemania eran invencibles y que el *Führer* era el más grande estadista de todos los tiempos. Pero William prefería asistir a la conquista del mundo a manos de Alemania desde la barrera: que otros se dejaran la vida por tan altos ideales.

Todavía estaba abstraído en sus elucubraciones cuando se dio de bruces con la puerta de hierro que llevaba de la cuarta planta al tejado. El tiempo pasa volando cuando uno no tiene nada que hacer y tu trabajo es una repetición monótona de instantes: pasillo a pasillo, escalón a escalón, con el silencio y las viejas gárgolas del Castillo como único acompañante. Porque, aunque se tratase sin duda de una emoción básica, infantil, William odiaba aquellas malditas gárgolas que lanzaban, desde sus bocas, el agua que distribuían los canalones durante los días de lluvia. Cuatro dragones de fauces dentadas que escupían un líquido gris hacia el patio interior, malolientes y ominosos, salpicando el suelo del gigantesco patio porticado, ensuciando las bellas pinturas murales que emergían en cada arcada y deshaciendo lo que sin ellas hubiera sido una estructura maestra. Porque, para William, Hartheim era una maquinaria de vida y muerte perfectamente engrasada, sincrónica, una joya del renacimiento convertida en un macabro instrumento de exterminación para mayor gloria de la raza aria. Y él, a pesar del sobrepeso, de no ser demasiado pulcro ni limpio para formar parte de las SS, y de muchos otros defectos que ni enfrentaba ni

ignoraba... él era parte de la raza superior que un día dominaría el mundo.

William levantó la aldaba y abrió el portón, como siempre, con esfuerzo, porque la puerta rozaba con el suelo de cemento. Afuera, en el tejado, inspiró profundamente y, como era su costumbre, cogió un cigarrillo y se lo puso en la boca. No llegó a encenderlo.

—Hola, soldado raso Ferrat —dijo su asesino.

William estaba sorprendido. De su gran boca abierta y babeante, colgaba aquel pitillo liado a mano que nunca llegaría a fumarse. Cuando habló lo hizo con la voz trémula. Sabía que algo iba mal, aunque no llegase a entender exactamente de qué se trataba. De pronto, sentía la misma emoción primaria que cuando contemplaba aquellas malditas gárgolas que simulaban endriagos de fauces eternamente abiertas. Su interlocutor podría haber pasado por una de ellas, con los ojos encendidos de rabia y una sonrisa mezquina y falsaria esculpida en el rostro.

—¿Qué haces aquí? Hacía días que no sabía nada de ti y pensé que habías roto nuestro acuerdo.

Su asesino negó lentamente con la cabeza.

—No, no he roto nuestro acuerdo. Es más, he venido a recompensarte por tus desvelos. Estuve pensando en cómo agradecerte todo lo que has hecho por mí y creo que al fin he encontrado la forma.

Sería justo esa hora del día en que el brillo del sol se disipa y comienza a caer la noche. Un último rayo se filtró entre las nubes reflejándose en el cañón del arma del asesino: una pistola Luger.

—Dime, soldado raso Ferrat —aulló la bestia con un chirrido agudo y burbujeante, similar al sonido que emitían aquellas malditas gárgolas cuando evacuaban por su boca litros y litros de detritus hediondo—; dime William —repitió, haciendo descender un tono el sonido de su voz hasta que ya no pareció dragón sino serpiente bífida—; dime, maricón de mierda, ¿no querías ser como un moderno Ícaro y echar a volar?

Una multitud se había agolpado delante de la Ankunftsart, la entrada lateral del castillo de Hartheim. Por ella, cada día llegaban autocares desde toda la Alta Austria, repletos de deficientes mentales que debían ser sacrificados en beneficio de ellos mismos, de sus familias y del futuro de Alemania. El cuerpo sin vida del Mann-SS William Ferrat yacía aplastado sobre un gran charco de sangre, derramándose en diminutos canalones escarlatas sobre el enlosado, impidiendo el acceso del siguiente autocar. De alguna forma, y como ironía del destino, aquella sería la única buena obra de William en este mundo: el autocar dio media vuelta y casi ochenta niños con síndrome de Down consiguieron vivir un día más; alguno incluso, por azares de la tortuosa burocracia del Tercer Reich, fue mandado a casa y salvó su pellejo.

Aquello le pareció una gigantesca broma cósmica al asesino del soldado Ferrat y, sentado en el asiento del copiloto, en el Mercedes de su cómplice, se echó a reír a grandes carcajadas.

—¿No te ha visto nadie? —quiso saber su cómplice.

—Nadie. Estaban demasiado ocupados buscando los miembros dispersos de ese pobre gordo maricón. Que Dios lo acoja en su seno —añadió, soltando una última risotada.

El Mercedes echó andar alejándose del Castillo. A lo lejos, aún podía verse una multitud apiñada junto a una de las torres de la entrada.

—¿A dónde? —dijo el conductor, sin dejar de mirar de reojo a un ser al que temía y odiaba hasta extremos que no era capaz de imaginar.

—Al campo de concentración de Mauthausen, naturalmente —dijo el asesino, guiñándole burlón un ojo—. Hoy nos espera otra dura jornada de trabajo.

Diario de Rolf Weilern

Noviembre 1940

Lección 1:

Volksgemeinschaft:

La comunidad racial aria

(O de cómo pasé de ser un pobre tonto a ser casi un nazi)

I

Mi hermano me mandó hoy que hiciera dos cosas: escribir un poema para nuestro *Führer* y matar a un español. Lo primero, aunque a mí no se me da bien escribir, me pareció cosa fácil. Hasta un tonto como yo puede enlazar dos o tres frases con un mínimo de sentido y conseguir que se parezcan un poco a los eslóganes nacionalsocialistas que nos gritan a todas horas por la radio. Además, he observado que la gente siempre pone buena cara cuando recibe un regalo de cumpleaños, le guste o no, así que supongo que Adolf Hitler, que según dicen todos, es tan bueno, justo y amable, no le dará mucha importancia a cualquier error que yo cometa, tanto si se trata de un desliz en la construcción poética o de mi ignorancia sobre alguna norma y precepto del partido, de nuestro amado pueblo o de nuestra raza. Son muchos esos preceptos y es comprensible que no pueda recordarlos todos. Además, seguro que el *Führer* está muy ocupado y no tiene tiempo más que de echarle un vistazo a mi carta. Incluso puede ser que no la lea él mismo. Tal vez tenga una legión de administrativos y secretarias que leen las cosas por él y luego las contestan. Eso es lo que yo haría si Rolf Weilerin fuese un hombre muy ocupado y muy importante.

La segunda cosa que mi hermano me ordenó ya no me pareció algo tan sencillo. Hace ya tiempo que insiste en que debo demostrarles a todos en el Lager que soy un hombre como el que más, que puedo ser un miembro útil de las SS, duro y frío como el acero. Yo sé que por eso quería que matase a un español, pero cuando intenté pensar en ello la idea me hizo cosquillas y retortijones en la barriga. Luego tuve ganas de vomitar y me costaba tragarme la sensación de asco que intentaba ascender hasta mi lengua. Soy consciente que probablemente eso signifique que no soy un buen nacionalsocialista; por tanto, no le dije nada a mi hermano sobre mis náuseas y traté de sonreír cuando me habló de qué tipo de prisionero es más lícito asesinar. Parece ser que a un hombre viejo, a un niño flacucho o a un enfermo, hace más feliz a nuestro *Führer* que lo asesinemos antes que a un hombre fuerte que todavía puede trabajar muchos meses en la cantera. Con el paso del tiempo, ese hombre fuerte comenzará a deteriorarse poco a poco por la pena, el hambre y los trabajos forzados. Entonces es cuando sería lícito matarle. Tardé más de una hora en entender este concepto del nacionalsocialismo y por eso he pensado explicarlo en mi diario, a través del cual me dirigiré a vosotros, el *Volk* o pueblo alemán, y que ahora estoy comenzando en este día catorce de noviembre de mil novecientos cuarenta. Como soy un poco tonto, ya lo sabéis, tal vez todo eso de qué preso se debe o no matar se me haya olvidado mañana, y es mejor dejarlo por escrito, sobre todo porque mi barriga no piensa como mi cabeza y me viene esa sensación a la boca del estómago como de vómito tanto si pienso en matar a un español fuerte y sano como a uno viejo y débil. Me temo que eso sea otra prueba más de que soy un mal alemán y por eso mejor me lo callaré también delante de mi hermano. No debo olvidar que ya se siente sobradamente defraudado por mi causa.

Así que mejor volvemos al tema de la carta. El próximo abril (aún quedan más de cinco meses) nuestro amado *Führer* cumplirá cincuenta y dos años. Para entonces tengo que terminar un poema que ensalce su figura. Mi hermano me ha dicho que es muy importante que haga esto. A lo que parece, escribir sobre lo que uno piensa es una cosa buena y sirve para hacer examen de conciencia. Si se hace en primera persona como este diario, te permite reflexionar sobre el credo del partido, la comunidad de nuestro pueblo y todas esas cosas importantes en las que Alemania se ha embarcado camino de su regeneración como estado y como colectividad. Un diario es una especie de autobiografía, y en ella debes explicar aquello que eres y, más aún, aquello en lo que te estás convirtiendo, pues uno debe, por el bien de la Nación, transformarse en un nuevo hombre con mentalidad racial. Eso, más o menos, he creído entender que significa ser un verdadero nazi. La gente sabia del partido organiza por toda Alemania campos comunitarios para los jóvenes en los que, aparte de otros muchos trabajos físicos, se ensalza este tipo de literatura personal de la que os hablo. Pero no solo se ha de escribir sobre uno mismo y su proceso de metamorfosis; es también importante ser capaz de reconocer la grandeza de aquellas personas que están trabajando en primera línea por el futuro del Reich. El primero de ellos, qué duda cabe, es nuestro *Führer*: Adolf Hitler. Es por ello que mi hermano ha insistido en que le escriba una carta de cumpleaños en forma de poema. Incluso me ha apuntado en mi libreta el número de palabras que quiere que tenga mi composición, pues se temía que mi pereza me impidiera hacer una cosa digna de nuestro líder. He intentado hacer lo que me pedía, pero cuando terminé de escribir he descubierto que la longitud del poema no alcanzaba ni a la tercera parte de lo estipulado por él. Así que finalmente pensé que mejor sería escribir dos o tres poemas y ponerlos juntos en la carta. Creo que tenía razón, sin embargo, en que soy un poco perezoso. Terminado el primero de mis poemas no he tenido ganas de seguir y ya lo haré más adelante. Pero de momento quiero enseñaros lo que llevo escrito, a ver si os gusta:

Poema para celebrar el cumpleaños de Adolf Hitler^[1]

*Si todos los países tuvieran un Führer
como el que nos ha enviado la Providencia,
qué hermoso sería el mundo,
¡¡y cuán dichosa sería Europa entera!!!*

*Ya no se desencadenarían más guerras,
y todos cuidarían de su país para que esto sucediera.
Continuamente florecerían el turismo y el comercio,
pues todos los líderes se esforzarían con esmero.*

*Alegres nos sentaríamos a enormes mesas,
y la cabeza nos ardería de puro empeño
en resolver los problemas, aún los más difíciles,
mas no con las armas, no, sino por las buenas;
así no habría de derramarse más sangre inocente,
¡pues esta vida es corta, es única, y es sagrada!
¿acaso debe ser por mano enemiga arrebatada?*

*Cierto es que ni el hombre más piadoso
puede vivir en paz cuando su vecino es malicioso.
Así ha sido siempre, y sigue siendo hoy
en este mundo, por lo demás, maravilloso.*

*Pero si todos los países tuvieran un Führer
como el que nos ha enviado la Providencia,
entonces no habría ninguna guerra en este mundo,
¡¡¡y todos disfrutaríamos de la paz más excelsa!!!*

*Pero este deseo, debo admitirlo, parece más bien un sueño,
pues su realización sería demasiado bella,
y temo que nadie podría creerlo.
Aún así, no puedo dejar de pensar
en las palabras del poeta
y ojalá quiera la Providencia...*

**¡¡¡QUE ALGÚN DÍA LA GERMANIDAD
VUELVA A SANAR A LA HUMANIDAD!!!**

¿Es bonito mi poema? No lo sé; por eso os lo pregunto. Yo lo veo muy poco original, como si mi cabezota no pudiese crear nada verdadero y solo pudiese hacer copias de copias de las ideas de otros. De todas formas, no creo que ser original sea muy del agrado del credo nacionalsocialista. Si bien puede ser que me equivoque porque, como ya os he dicho antes, es muy difícil entender todos los conceptos que nos inculcan desde la radio, en la calle o tu propia familia. Convertirse en un nazi es, definitivamente, una cosa muy complicada...

Todavía le daba vueltas a cómo conseguirlo de una vez por todas, cuando he terminado de corregir mi poema, he guardado mi pluma y la tinta en el escritorio, me he puesto mi uniforme y he salido a la calle. Llevaba mi escrito en un bolsillo de la chaqueta del uniforme para luego repararlo, y me sentía algo incómodo y avergonzado. No sé si por haberme atrevido a escribir un poema a mi *Führer*, o por

haberlo escrito tan mal, o tal vez fuera que me dolía un poco la barriga recordando que tendría que matar a un español antes de acabar la jornada. El pensarlo me puso triste.

II

Estaba seguro que Harald me estaría esperando en su flamante Mercedes, a la puerta de mi casa. Pero las calles de Sankt Valentin estaban desiertas y no había ningún coche, ni el suyo ni ningún otro, lo cual era de lo más extraño. Solo vi en un patio cercano a un grupo de niños jugando. Al principio no les presté atención y me senté en las escaleras de la entrada, mirando el reloj y bostezando. Harald suele venir a buscarme siempre muy puntual y a mí no me gusta llegar tarde a mi puesto en el Lager. Pero pasaban los minutos y comencé a aburrirme. A mi derecha, los niños corrían y chillaban alborozados. Como yo todavía en muchos aspectos soy como un niño, me sigue gustando jugar y los ojos se me iban hacia la turba de chiquillos, que tan bien se lo pasaban yendo de un lado a otro y levantando pequeñas nubes de polvo a su paso. Al final decidí ir a su encuentro y así pasar un poco el rato hasta que llegase Harald.

—A sus órdenes, señor —dijo el primero de los mocosos cuando vio que me acercaba, cuadrándose y entrechocando los talones de sus botas de la forma reglamentaria.

—Descanse, soldado —repuse, tratando de disimular una sonrisa.

—No soy un soldado, señor, sino Schutzhaftlagerführer, el jefe de seguridad y segundo al mando del campo de concentración de Sankt Valentin —dijo el niño, abarcando con su mano el espacio de su patio de juegos. El mocoso no tendría más de seis o siete años y llevaba una vieja y raída gorra de la Luftwaffe como único distintivo de autoridad.

—Pues entonces soy yo el que debería cuadrarme ante usted, Jefe —objeté—, pues alguien con su cargo debe ser como poco Hauptsturmführer-SS y yo solo soy un pobre Sturmmann-SS, el soldado de primera Rolf Weilern.

Se hizo el silencio. No fue un silencio incómodo sino cómplice, mientras el niño buscaba una respuesta y yo le miraba con aprobación.

—Pero usted lo es en la vida real, señor, y nosotros solo jugamos a guardias y prisioneros —dijo por fin con un gesto risueño que no podía disimular la admiración y respeto que sentía hacia mí.

Pocos minutos después ya conocía a todos los miembros del grupito de amigos, sin contar el cabecilla, un muchacho espigado, de aspecto huraño, que me dio la espalda y se quedó al fondo, como si no le importase nuestra conversación. En total eran siete, dos niñas y cinco niños, y todos eran vecinos del barrio. Bueno, todos no. Mi interlocutor, que no tardó en presentarse como Joseph F., era originario de la vecina Amstetten. A lo que parece, hacía poco que el padre del muchacho había abandonado a la familia. La madre, incapaz de cuidarlo por las mañanas mientras acudía al trabajo, lo dejaba en casa de unos familiares en Sankt Valentin. Este hecho, había causado un curioso efecto en las reglas del juego del grupo de amigos: a los habituales judíos, polacos, arios asociales y españoles, se había sumado un último

grupo de prisioneros en su campo de concentración imaginario. Estos eran los padres que abandonaban a hijos de corta edad y a los que los niños-SS reservaban las tareas más duras y los insultos más vejatorios. No obstante, la recreación que estaba contemplando no era sino una variación propia de nuestros tiempos del viejo juego de indios y vaqueros. Hace un par de años muchos jugaban ya, disfrazados de Tropas de Asalto SA, a que hacían una redada en la casa de un viejo avaro judío, le daban una paliza a él y a su familia, y se los llevaban a todos a un Lager, que es la palabra que las autoridades usan para definir un extenso catálogo de cárceles que van de los campos de trabajo a los de concentración o de exterminio. Con el paso de los años, la diversión se ha ido especializando y, en cada rincón de nuestra Gran Alemania, hay mocosos haciendo el papel de guardias y mocosos haciendo el papel de prisioneros. Varían los enemigos del pueblo dependiendo de las nacionalidades que los niños ven conducidas al campo o Lager más cercano, pero la idea base es igual en todas partes. Hay otra cosa que no varía: las Tropas de Asalto SA ya no están de moda en estos juegos de nuevo cuño; ahora los reyes del imaginario infantil somos nosotros, los SS de la Banda de la Calavera.

—Ojalá yo pudiera tener una gorra como la suya, soldado de primera Weiler — me dijo Joseph, mirando con reverencia el cráneo cruzado con dos largos y cadavéricos huesos que sirve de emblema a los guardianes de los campos de concentración. En realidad, se trata de un viejo símbolo de la caballería prusiana reconvertido por los nazis en símbolo propio. La calavera, conociendo su gloriosa historia, y como si quisiera hacer notar su presencia, lanzaba destellos sobre las impresionables pupilas del muchacho. Acaso tratara de hipnotizarle. Mientras la miraba, Joseph acariciaba nervioso la visera de su gorra, un viejo modelo que llevaban los aviadores de la Legión Cóndor en la guerra civil española.

—Te prometo que intentaré conseguir una para ti —le dije, aún sabiendo que una cosa así está terminantemente prohibida.

El resto de amigos se sumaron resueltamente a nuestra conversación, demandando cualquier cosa que les venía a la cabeza, hasta porras reglamentarias para golpear a sus prisioneros. Solo el mayor del grupo, al que antes he descrito como su cabecilla, siguió apartado de nosotros, ignorando las peticiones de sus amigos. En Austria aún siguen quedando familias de izquierdas que detestan el nacionalsocialismo y a las SS. Preferí no aumentar la tensión y no me acerqué a interesarme por el muchacho.

—Si no puede conseguir una gorra... ¿tal vez podría traernos unos galones de esos que lleva en el brazo, señor? Así podríamos diferenciarnos uno de otros —me dijo uno de los niños más pequeños. Creo que se llamaba Hans, o tal vez Konrad.

Se refería a las *Dienstgradarmwinkel*, las insignias identificadoras de rango que los soldados llevamos en las mangas del uniforme. Yo me zafé de la cuestión lo mejor que pude, haciendo nuevas promesas vanas y acariciando sus rubias cabecitas, que no dejaban de parlotear. Solo las dos niñas, Jutta y Gertrud, que eran hermanas, parecían

tener un interés menor en nuestra discusión, y se habían hecho a un lado, murmurándose cosas al oído. Yo pensé que era una buena oportunidad para cambiar de tercio y, llegándome hasta ellas, les pregunté:

—¿Y vosotras?

—¿Nosotras, *Herr Sturmmann-SS*? —respondió Gertrud, que parecía la más espabilada.

—Bueno, vosotras seguro que de mayor no queréis ser miembros de la *Schutzstaffel* como yo. Seguro que tenéis otros planes para el futuro.

Gertrud dio un codazo a su hermana y me miró fijamente. Tenía los cabellos peinados hacia atrás y trenzados como la Margarita del Fausto: era el vivo ejemplo de la niña aria.

—Yo trabajaré para la Nación en la Liga de Muchachas Alemanas —sentenció, inspirando devotamente el aire patrio—. Organizaré cursos de cocina y de madres de lactantes, y ayudaré al Reich en todo lo que precise, como trabajando en el Programa para el Ahorro y llamando a las puertas de mis conciudadanos para recoger cualquier material reciclable que pueda servir a nuestra industria.

La niña llevaba el discurso muy bien aprendido. Yo asentí, pues estaba seguro que sus padres la habían llamado Gertrud por la camarada Gertrud Scholtz-Klink, una de las más antiguas y devotas seguidoras del *Führer*. Las mujeres, aunque no tuvieran acceso a la jerarquía militar, a la dirección del partido ni a sus comisiones directivas, hacía mucho que habían encontrado la forma de ser útiles a la causa nacionalsocialista. Se multiplicaban por todas partes a través de la Liga de Muchachas Alemanas, la variante femenina de las Juventudes Hitlerianas, demandando en cada esquina donativos, ayudas y quién sabe qué cosas más a cualquier viandante. Ni siquiera estábamos a salvo de ellas en casa, pues como bien había señalado Gertrud, siempre estaban en marcha Planes de Ahorro y de reciclaje de metales o de cualquier otra cosa que pudiese servir de algo, aunque fuera para remendar un viejo tanque en las Ardenas. Los nazis piensan (perdón, pensamos) que el pueblo alemán va a estar hasta el fin de sus días embarcado en una guerra perpetua y, por tanto, hasta el último de sus habitantes debe estar movilizado y listo para el servicio.

En ese momento sonó un bocinazo y, al volver la cabeza, vi el Mercedes 540 de Harald delante de la puerta de mi casa. Era una joya, un automóvil digno de un potentado, con cinco marchas, ocho cilindros en línea y hasta techo reclinable. Aunque fuera de segunda mano, no podía entender cómo podía permitírselo. Me cuadré e hice entrechocar mis talones como Joseph minutos antes y, dirigiéndome a la concurrencia, espeté con potente voz de mando:

—El deber me llama, caballeros y señoritas. *Heil Hitler!*

—*Heil Hitler!* —estallaron seis de los siete niños a coro, y el retumbar de sus voces no se extinguió hasta que fue sustituido por el retumbar del potente motor del automóvil de mi amigo.

III

Harald, al verme llegar corriendo por un lateral de la casa, se sonrió:

—¿Qué hacías por allí detrás, Rolf? Seguro que nada bueno.

Creo que fingí un gesto distraído y miré mi reloj.

—Acabo de conocer a unos niños del barrio... pero ¿no es un poco tarde?

—No es tarde. Son las cinco y entramos a las cinco y media. Tenemos tiempo de sobra —mirándome de soslayo y poniendo la primera marcha, Harald añadió—: Pero háblame de esos niños que has conocido.

Las calles de Sankt Valentin estaban desiertas. Me pregunté si no estarían emitiendo un discurso trascendental de Hitler o Goebbels por la radio. Luego reparé en que los discursos de estos dos siempre son trascendentales y la gente está obligada a sintonizarlos, les apetezca o no. Incluso hay un cuerpo policial encargado de velar porque las buenas personas no se equivoquen y se les ocurra poner el dial en otra emisora cuando hablan esos grandes prohombres de la Nación.

—Eran los típicos chiquillos que juegan a guardias y prisioneros —creo que contesté, intentando apartar de mi cabeza la idea de toda una comunidad encerrada en sus casas escuchando los soliloquios de sus líderes.

—¿La versión del homosexual que llevan a un Lager para reeducarlo? —dijo Harald, echándose a reír a carcajadas ante tal posibilidad.

Como siempre que estaba a mi lado, Harald se comportaba como un mal actor que sobreactuase su papel. Tenía diecinueve años, once menos que yo, y ostentaba mi mismo rango, el de soldado de primera o Sturmmann-SS. Aunque aparentaba ser bastante mayor, en realidad no teníamos nada en común y solo nos unía su deseo de llamarse mi amigo. A veces me preguntaba en qué afinidades pensaría Harald que se asentaba nuestra amistad. Tal vez le diese pena y ayudar a un pobre tonto fuese algo así como su buena obra del día. Reflexioné un instante sobre ello y decidí que era mejor olvidar el asunto, como hiciera antes con los discursos del *Führer* y su Ministro de Propaganda. Luego de un instante de reflexión en que, dentro de mi cabezota, se mezclaron el rostro infantil de Josef F., el bigotito de Adolf y la risa espasmódica de Harald, respondí a su pregunta:

—Creo que jugaban a ser como nosotros. Han creado en el patio una réplica de un campo de concentración con cartones y algunas tablas de madera que simulan los barracones. Dos de los niños hacen de SS y el resto son prisioneros de diversas nacionalidades y por distintos motivos.

—Vaya, esta es una versión que no conocía.

—A mí todas las versiones me parecen la misma versión.

Harald reconoció que tal vez tuviera razón y me señaló a lo lejos la ciudad de Rems, de donde era natural a una parte de su familia.

—¿Ves allá, al fondo, las casas nuevas? Muy cerca vive una prima mía que es un bombón. Si quieres podría organizarte una cita para que la conocieras. Cocina un

Pastel de Arena para chuparse los dedos.

Pasamos por delante de una casa con unos maceteros muy altos que llamaron mi atención. Me gustan las plantas y, en especial, los jardines bien cuidados. Si un día puedo disponer de mi propia casa y no una alquilada cerca del trabajo, tendré muchas plantas, animales, perros y gatitos. En ello pensaba cuando reparé que Harald carraspeaba, nervioso. Por lo visto, esperaba una respuesta a su pregunta aunque ya la conociera:

—No salgo con mujeres. Luego se ríen de mí.

—Ilse no se reiría de ti.

—Seguro que no, porque no voy a salir con ella.

—Deberías pensártelo. Es una buena chica.

—¡Es que no quiero conocer a Ilse!

—Tú te lo pierdes.

—Me parece bien.

—Vale.

—Pues eso.

Encendí un cigarrillo. Harald meneaba la cabeza y a través del humo le vi fruncir los labios. No solo era un hombre joven, sino también apuesto. Se había licenciado extremadamente joven y con honores en ingeniería y había estado a punto de entrar en la SD o Sicherheitsdienst, el Servicio de Inteligencia de las SS. Una vez, en la cantina, estando muy borracho, me lo confesó. Pero, de alguna forma, había acabado en un Lager de provincias rodeado de guardias viejos, tullidos y tontos como yo mismo. Algo debía de haberle sucedido para que su destino se truncase de forma tan amarga. Sin embargo, era un tema del que Harald, estando sobrio, no hablaba jamás. Por lo demás, no era el típico nazi de fotografía. De algo más de metro noventa, de pelo negro y facciones redondeadas, tenía un aire desgarbado y frágil que muchos confundían con debilidad. Las mujeres, sin embargo, no parecían importunadas por ello y se le consideraba uno de los mayores conquistadores del Lager. Pensé por un momento que tal vez querría que yo, su amigo, iniciase una carrera de Casanova semejante a la suya, pero deseché rápidamente este pensamiento de la cabeza. Él sabía que delante de una mujer bonita mi estupidez se vuelve más palmaria porque comienzo a tartamudear. Es un rasgo que no refuerza precisamente tu atractivo a ojos de una dama. Tal vez la tal Ilse no fuese agraciada en absoluto y el objetivo secreto de «mi amigo» fuera que cargase con la típica prima solterona que la familia ya no sabe a quién colocar. Si bien creo que Rolf Weiler tendría suerte si consiguiese cargar con cualquier mujer, incluso con la prima Ilse, la desdentada. No, fuese como fuese, aquella historia no tenía el menor sentido.

De pronto, una banda nos obligó a detenernos. Los músicos entonaban rimbombantes canciones patrióticas, portaban engalanadas banderas y llevaban el brazo derecho siempre en alto como si alguien les hubiese colocado un muelle en el sobaco. Una multitud enfervorizada les seguía. Harald sacó un par de veces su brazo

fuera de la ventanilla y gritó «*Heil Hitler!*». Una cosa es gritarlo (medio en broma, medio en serio) delante de unos niños como Joseph F. y sus amigos, y otra muy distinta comportarse como un tonto desfilando por las calles. Creo que bostecé y me gané una palmada en la pierna.

—*Heil Hitler!* —me instó mi amigo.

—*Heil Hitler*, pues —repuse de mala gana.

—No a mí, idiota, a la multitud.

A mí no me gusta que me llamen idiota y, por un momento, le odié. No comprendí que trataba de ayudarme a parecer uno más y a no destacar dentro de la masa enfervorizada por la soflamas del partido. «Aprender a parecer uno más» es el precepto nacionalsocialista que debería conocerse en primer lugar y creo que nunca mi hermano se ha detenido a explicármelo de forma adecuada. Recibí una segunda palmada en la pierna y me decidí por fin. Con gesto adusto, saqué la cabeza por la ventanilla del lado del acompañante y grité: «¡Viva al Reich de los mil años!», afirmación que levantó decididos aplausos de los celebrantes. Y volví a acomodarme en mi asiento con cara de pocos amigos. Instantes después, la multitud se perdió calle abajo y pudimos reanudar la marcha. Los labios de Harald estaban tan fruncidos que habían pasado del pálido al violáceo. Creo que es la primera vez que lo he visto enfadado conmigo.

—Debes parecer un SS, Rolf —me dijo.

—Ya soy un SS.

Harald negó con la cabeza.

—No eres un SS; solo vas vestido como uno de nosotros. Eres una persona con un coeficiente intelectual bajo que se hace pasar por una persona de un coeficiente intelectual aún más bajo, y que a veces se comporta como un niño malcriado. Un SS nunca haría nada semejante y hasta tú eres capaz de entenderlo.

Tragó saliva. No se atrevía a mirarme. Tenía ese mohín sereno y distante que le sale a mi hermano cuando está a punto de echarme una bronca. Así que me callé, porque Harald no había terminado de hablar:

—Lo que no comprendes es que si no fuera por tu tío probablemente ya estarías muerto. No todo el mundo tiene la suerte de tener en la familia un Gruppenführer-SS. ¡Por Dios, uno de los colaboradores más cercanos del mismísimo Heinrich Himmler! Pero no sé por qué insistes en tentar a tu suerte. A veces pareces interesado en hacer y decir lo que se espera de un nazi y otras parece que tratas testarudamente de hacer lo contrario.

El día estaba radiante. No hacía ni frío ni calor y soplaba un suave brisa; la voz de Harald, por un momento, me pareció como un zumbido de moscas que me distrajera de la contemplación del paisaje.

—¿Piensas que todos somos nazis? —dijo, dando un brusco giro al volante para coger el desvío hacia Alkoven—. No se trata de eso. Se trata de parecerlo, de saber guardar las apariencias. Claro que hay muchos fanáticos, y muchos más que se han

dejado seducir por los ideales del NSDAP y todas esas pantomimas raciales o ese nuevo vocabulario lleno de palabras altisonantes para que la gente tenga una plataforma a través de la cual vehicular su odio. Pero la mayoría nos hemos adaptado. Por miedo, por cobardía; primero porque el nacionalsocialismo era la revolución que necesitaba Alemania para superar la crisis de la República de Weimar, a pesar de sus defectos, y luego porque sus defectos no nos han dejado más remedio que ahondar en esa adaptación. Nadie quiere salirse de la foto y que un «buen alemán» le señale como a un individuo no apto, un mal camarada racial, un ser indigno. Tú, Rolf, que no eres apto desde el estrecho prisma genético de los nazis, deberías estar más alerta que ninguno de nosotros.

No dijo nada más y pareció hundirse en un hosco mutismo. Yo encendí otro cigarrillo y, al desviar la vista del paisaje a la carretera, me di cuenta de que no habíamos tomado el camino habitual hacia el campo. Desviarnos hacia Alkoven no era ni mucho menos la mejor forma de llegar a Mauthausen. Pero no dije nada. Seguía enfadado con Harald por llamarme idiota y no le iba a dar el gusto de preguntar a dónde demonios nos dirigíamos. Además, no sé por qué, temía que la respuesta no fuese a gustarme. Diez minutos después, comenzaron a apuntar al cielo desde la lejanía, las dos torres frontales de la fachada principal del castillo de Hartheim, enmarcadas por una tercera, enorme, de inspiración bizantina. Aquel castillo había poblado a menudo mis pesadillas. Imaginaba que bien podría tratarse de la póstuma morada del conde Drácula o de alguno de sus acólitos. Aquella mole, de un blanco macilento y tejados anaranjados, en mi imaginación era gris, tétrica y perlada de brumas. Si el demonio alguna vez bajara la tierra, escogería como posada el castillo de Hartheim.

Creo que me puse nervioso. No entendía por qué Harald me había llevado hasta allí. Aunque solo fuera un desvío de unos pocos kilómetros, aquel retraso haría que llegásemos tarde al Lager. Pero Harald parecía tranquilo, como embargado por un extraño designio. Pasando de largo la fachada principal, cogió un camino lateral de acceso. Detuvo su coche delante de unas vallas muy altas, apenas a unos metros del Castillo. Algunas de ellas estaban rotas y sobre la grava podía distinguirse una enorme mancha parecida a la sangre reseca. Recordé entonces que uno de los guardias SS de la institución se había suicidado un par de días antes arrojándose desde el tejado. Todo el mundo hablaba de ello.

—¿Sabes dónde estamos?

Tiré mi cigarrillo por la ventana. Asentí.

—En Schloss Hartheim —le dije, tratando que el tono de mi voz fuese lo bastante perentorio para recordarle nuestros deberes en el *Konzentrationslager*—. Y si me has traído para que hablemos del suicidio del guardia, estás perdiendo el tiempo. No me interesan los cotilleos.

—No te he traído para eso. A mí tampoco me interesan los cotilleos sobre muertes o asesinatos. —Por un momento permaneció callado, como si quisiera añadir algo

más. Debió cambiar de idea—. En realidad, te he traído aquí porque tenemos que hablar de este lugar. Dime, ¿qué es este Castillo, Rolf?

—Un castillo, sencillamente —repuse.

—Es mucho más, amigo mío. —Harald parecía decepcionado por mi ignorancia—. Tiempo atrás era un sanatorio para personas con retraso mental y los que eran demasiado tontos para resultar útiles a la sociedad. Ya sabes que las personas como tú nunca han gustado en Austria, incluso antes de que llegara el Anschluss y nos uniéramos al Tercer Reich.

Me quité la gorra y miré la vieja calavera prusiana. Pensé en que yo era un SS y no un retrasado. La calavera se reía de mí y, por un momento, pensé que me pondría a llorar. Arrojé la gorra al asiento de atrás.

—No sé por qué me explicas eso, Harald.

Unos hombres vestidos de blanco se asomaron al camino intentando discernir qué demonios hacíamos allí plantados en medio de uno de los accesos al castillo. Nos miraron un breve instante y luego, al reconocer nuestros uniformes, decidieron que el asunto no era cosa suya y regresaron al interior.

—Hace tres o cuatro años, no recuerdo bien ahora la fecha —prosiguió Harald—, construyeron una gigantesca chimenea. No la podemos ver porque está bien oculta por la mampostería del edificio, pero podemos imaginarla, que es casi peor. En mayo de este mismo año este centro fue rebautizado de Casa de Convalecencia a Instituto del Sueño, un nombre bien bonito, si te fijas, aunque no describe en absoluto las actividades que tienen lugar ahí dentro. Desde entonces, forma parte de la Aktion T4 para la zona de la alta Austria.

—¿Aktion T4? —inquirí, arrepintiéndome de inmediato de haberlo preguntado. Era uno de esos nombres técnicos nazis que no presagiaban nada bueno.

Harald meneó la cabeza, meditabundo.

—El nombre proviene del lugar donde está el Centro de Eutanasia del Reich, la Tiergartenstrasse 4, en Berlín. Pero solo es un nombre, eso es lo de menos. Lo que importa es que se trata de un programa para eliminación de los esquizofrénicos, los que tienen taras hereditarias, los retrasados mentales y esos tontos que alguien de pronto decide que no sirven para habitar nuestra Gran Alemania. Para eso necesitaban esa gran chimenea que nunca veremos, para asarlos a fuego lento en sus hornos crematorios.

Ya me había dado cuenta de a dónde quería ir a parar y sentí que me temblaban las manos. Solo quería que nos fuésemos de allí, que dejase de hablar. Solo quería que me llevase de vuelta a mi rutinario trabajo en Mauthausen para poder olvidarme de todo aquello. Pero Harald volvió a soltar una de sus risitas burlonas. Luego se puso repentinamente serio.

—La Aktion T4 para esta región está a punto de acabar. Apenas le quedan unos meses de vida. Lo sé de buena tinta. Luego, el Castillo será utilizado para cualquier otra atrocidad. Pero entonces ya nos dará igual. Hasta que estés a salvo, debes parecer

un hombre normal, Rolf. Hasta que te hayas librado de que algún funcionario anote tu nombre junto al de los deficientes que hay que eliminar, debes saludar siempre con un ferviente «*Heil Hitler*»; debes salir con mujeres; debes comportarte como un nazi y como un SS de libro. Porque debes eludir un lugar como este a toda costa.

Creo que fue entonces cuando Harald giró la llave del contacto y puso en marcha de nuevo su Mercedes 540. No lo puedo asegurar. Yo tenía las manos sobre las orejas y cantaba el himno nazi de Horst Wessel. No me preguntéis por qué lo hacía cuando siempre he odiado esa letra empalagosa y falsaria que habla de banderas hitlerianas enarboladas y Tropas de Asalto SA desfilando embrutecidas por el odio. Lo próximo que me viene a la memoria es sentir que el Mercedes avanza a toda velocidad camino de Mauthausen. El viento azotaba mi rostro y tuve que subir la ventanilla. Luego de pasar un puesto de control, finalmente, me eché a llorar.

—¿Qué haces, maldita sea? —me gritó Harald, fuera de sí—. ¿Qué te acabo de explicar de parecer un hombre normal?

—¿Los hombres normales no lloran? —repliqué, sintiendo que un calor inesperado me subía a las mejillas. Mi amigo volvió a carcajearse y, de pronto, no me pareció un mal actor sino un hombre desesperado.

—Tú no solo debes parecer un hombre corriente sino que debes ser un SS; nosotros vemos la muerte pasar ante nuestros ojos todos los días. Nunca lloraríamos, ni siquiera por el *Führer* o por la patria. Solo lucharíamos por ambos hasta perder nosotros también la vida.

No nos dijimos nada más en el resto del trayecto. Pasamos otro par de barreras, atravesamos las vallas electrificadas que rodean el recinto del campo de Mauthausen, y saludamos a los soldados que las custodiaban con un sonoro «*Heil Hitler*». Llegamos a las cinco y cincuenta y siete minutos al patio de garajes del Lager. Casi media hora tarde. Yo, como siempre, me quedé mirando la fachada exterior y la gigantesca águila de bronce que la preside. Entonces, como si el ave me hubiese traído una idea a la cabeza, me volví hacia Harald y le pregunté:

—¿Por qué eres mi amigo? ¿Por qué te preocupa lo que pueda pasar conmigo?

Él no respondió y abandonó su Mercedes dando un violento portazo.

—¿Por qué no te cogieron en el Servicio de Inteligencia? —insistí—. ¿Qué pasó para que acabaras en Mauthausen con nosotros, los fracasados?

Pero estaba hablando solo. Harald se alejaba ya a paso vivo camino de sus obligaciones. A desgana, eché a andar lentamente en la misma dirección, hacia los barracones en obras, donde la oficialidad me encomendaría mis tareas para aquel día.

El campo de Mauthausen podría haber sido un paraíso. Pero no lo era en absoluto. Situado en el centro del valle del Danubio, había sido construido por prisioneros del campo de Dachau tres años atrás. El lugar había sido elegido a causa de su ideal situación estratégica, al pie de una gigantesca cantera de granito llamada Wienergraben y perfectamente comunicado con el resto de la Nación a través de la red ferroviaria y de transportes de la cercana Linz, una de las ciudades más

importantes de Austria. Pero Mauthausen era una obra siempre inacabada. No dejaban de llegar presos, no dejaban de necesitarse más soldados para custodiarlos y no dejaban de construirse nuevos edificios para albergarnos a todos. Ya éramos quinientos SS en el Lager y en nuestro Lager hermano, Gusen, casi seiscientos. Mientras caminaba hacia los barracones, no podía dejar de pensar en que aquel lugar podría haber albergado un gran hotel o un balneario, pero en su lugar se había levantado un monumento a la esclavitud humana. Aunque tal vez mi corazón volviera a estar divagando. No debía escucharle. Los *Konzentrationslager* son instituciones creadas para controlar a los enemigos del Reich. Eso, y nada más. Yo debía dejar de pensar en tonterías y convertirme en un buen SS, en alguien indistinguible de la masa, como me había reclamado Harald, y debía obedecer a mi hermano, pues...

De pronto, me detuve, helado de terror. Acababa de recordar que mi hermano me había relevado del servicio para el resto del día. Solo tenía una obligación hasta que acabase mi turno: debía matar a un español.

A ti, lector nacionalsocialista del futuro, a quien dirijo este diario, te repito que estaba muerto de miedo, por mucho que este sea un sentimiento tan poco alemán y nuestros líderes detesten a los cobardes como Rolf Weiler.

FIN DE LA PRIMERA LECCIÓN

Capítulo 2

ENTARTETE KUNST

(Arte degenerado)

Corría el final del año 1939, apenas unos meses atrás, y en toda Austria se estaba exhibiendo una exposición itinerante de «Arte Degenerado». En ella, los buenos alemanes podían enfrentarse personalmente a algunas de las más obscenas creaciones de los artistas que gustaban en occidente: judíos, homosexuales y demócratas capaces de crear formas siniestras y sin sentido, contrarias a la estética y a los viejos cánones de belleza que habían regido en Occidente desde la época clásica. Estos artistas degenerados buscaban emborrachar a los jóvenes con su pseudocultura, inflamando sus pequeñas mentes con necedades y desatinos que les condujeran al abismo de la corrupción racial, de las ideas de izquierda o de la sodomía, entre otras conductas desviadas.

Cubismo, surrealismo, dadaísmo... esos eran los estandartes del Arte Degenerado o *Entartete Kunst*. Huyendo del tradicional arte figurativo, esos «supuestos» artistas se habían convertido en enemigos irreconciliables de la nación alemana. En la exposición se les ridiculizaba a través de una corrosiva cartelera, consiguiendo que los visitantes entendieran la locura que se había apoderado de algunas naciones europeas y lo importante que era que el hombre de la calle supiese apreciar, en contraposición, el buen Arte Heroico alemán. Toda creación artística, en tanto que la máxima expresión del genio humano, solo podía ser realizada desde los presupuestos éticos y morales nacionalsocialistas y por las manos de un hombre racialmente puro. De lo contrario, el arte es degradación, es perversión. Lo que podría haber sido grandeza y universalidad deviene la ruindad más grande que podamos imaginar.

El asesino recordaba cómo escupió sobre un cuadro de Picasso y el orgullo que sintió cuando los guardias, mientras le expulsaban del museo, le daban palmaditas en la espalda. Sabían que él era un buen alemán indignado por la visión de todo aquel falso arte libertino y disoluto. Le aconsejaron, secretamente orgullosos, que aprendiera a calmarse. ¿Qué pasaría si otros tomasen su ejemplo y ensuciasen o destruyesen aquellas muestras de la indecente cultura extranjera? Entonces, muchos alemanes o austriacos no podrían aprender la lección que trataban de enseñarles, ¿verdad? El asesino se dio cuenta, avergonzado, que aquellos hombres estaban en lo cierto, que debería ser capaz en el futuro de contenerse y no dar rienda suelta a su ira cuando algo ofendiera a sus ojos. Sin embargo, de aquella experiencia le había quedado una impronta imposible de borrar: odiaba a cualquiera que no siendo ario y nacionalsocialista tuviese la desvergüenza de dedicarse a escribir, a pintar, a esculpir, a imaginar... Solo ellos, los puros, los elegidos, podían dedicarse a la más alta y excelsa tarea que podía emprender el ser humano: EL ARTE en mayúsculas.

Por eso, cuando descubrió, debajo de una de las literas comunitarias del barracón once, unos dibujos garabateados formando viñetas en una página, decidió que mataría al subhumano que se había atrevido a realizar algo que, por naturaleza, le estaba vedado a una criatura de su condición. Aquella era una sección habitada por españoles rojos, medio moros y comunistas, y sin embargo uno de ellos se atrevía a creerse un dibujante como el mismísimo Adolf Hitler. Este, como todo el mundo

sabía, era el pintor más grande del mundo, aunque de momento sus pesadas tareas al frente de la Nación le impidieran seguir dedicándose a cultivar su arte.

—¿Estás mirando mi cómic? —le dijo de pronto Juan López exhibiendo una estúpida sonrisa de español subhumano, después de llegar del patio de revista arrastrando los pies.

El asesino asintió quedamente.

—Quiero hacer una obra similar en concepción al Little Nemo de McCay. ¿Conoces la obra de Winsor McCay? Busco una historia onírica pero real, de niños pero también para adultos. Llevo años trabajando en mi álbum. Lo tengo todo aquí, en mi cabeza. —Juan se señaló la sien y se echó a reír—. Si no pudiese dibujar creo que me volvería loco. He cambiado todo lo que tenía de valor por unos lápices y unas pocas hojas. Cuando se me acaban los lápices dibujo con ceniza y, cuando no me quedan hojas, lo hago sobre papel de váter... Ojalá un día se acabe esta vida de esclavo en el campo de Mauthausen y pueda regresar a casa. Mi mujer guarda todo lo que llevaba dibujado hasta que en 1936 estalló la guerra de España. Un día lo recuperaré, terminaré mi obra y volveré a ser el hombre que antes era.

El asesino miró en derredor y descubrió que se habían quedado solos. En el segmento o Stube A del barracón once, donde ahora se hallaban, no se veía a nadie, y más allá, en las estancias de los jefes de barracón y los aseos, tampoco se veía un alma. Si en el Stube B había alguien le traía sin cuidado porque quedaba demasiado lejos para que le viesen.

—Creo que voy hacerte un dibujo —dijo entonces el español, sin apercibirse que su interlocutor estaba dando la vuelta a la litera comunitaria y girando hasta situarse a su espalda. No desconfiaba de sus movimientos, pues le creía un ser inofensivo, incapaz de hacerle ningún daño. Pero pronto saldría de su error—. ¿Te gustaría un avión o...?

El asesino rodeó el cuello de su víctima con un alambre que le regalara su cómplice y que había guardado largo tiempo esperando una situación como aquella. Su adversario estaba débil tras una larga jornada de trabajos forzados en la cantera, y apenas pudo resistirse a su ataque. Murió en apenas unos segundos, sin soltar sus lápices, la mirada aún pérdida en un avión imposible que ya nunca sobrevolaría ninguna hoja de papel. Fue como arrebatarse la vida a un pajarillo con un sencillo giro de muñeca. El asesino sintió lástima del español subhumano, pero solo fue un breve instante, porque al cabo se acusó a sí mismo de debilidad, de guardar en su corazón un atisbo de empatía para un ser que no merecía una muerte tan rápida e indolora.

—No podía permitir que regresases a España y te convirtieses en un artista degenerado, Juan, amigo mío. Con tu muerte, le he hecho un favor al mundo, y también a ti, sin saberlo, pues no te convertirás en una aberración contranatural. Muerto a manos de un ario puro, has cumplido mejor destino que aquel que creías que te aguardaba. ¡Deberías darme las gracias!

El asesino prendió fuego a los dibujos del español y los arrojó sobre su cadáver, quedando este consumiéndose junto a aquello que más había amado en vida. Le pareció a su ejecutor una forma suprema de justicia poética y salió silbando por la puerta como si tal cosa. Se alejó un centenar de metros caminando sin prisas por el patio de revista y se quedó mirando cómo guardias y prisioneros acudían a la carrera al barracón once. Era el primero por la izquierda: desde lejos podía verse el humo negro propagándose a ráfagas por las ventanas. No tardaron en apagar las llamas y en llevarse el cadáver ennegrecido de Juan López. Varios españoles fueron azotados acusados de haber provocado el incendio. Uno perdió el sentido y se lo llevaron, agonizante, al Muro de los Aulladores, donde lo dejaron encadenado bajo un sol de justicia. Nadie les echó en cara, por el contrario, la muerte de su camarada: eso no era un crimen. Intentar destruir una propiedad del Reich, como era un barracón recién construido, eso era algo que no se podía permitir. Pero un español rojo más o menos en el mundo, era algo que a un buen alemán nacionalsocialista siempre le traería sin cuidado.

Y al asesino, por tanto, le traía sin cuidado que aquel maldito español degenerado hubiese abandonado para siempre el mundo de los vivos.

Diario de Rolf Weilern

Noviembre 1940

Lección 2:

Befehlsnotstand:

Obediencia ciega a las órdenes de un superior

(O de cómo pasé de ser casi un nazi a casi ser yo mismo)

IV

Mi hermano me había dicho: «tienes que matar a uno de esos rojos apátridas». Se refería a los españoles, claro, y era una orden, no un consejo fraternal. Era la típica y desangelada instrucción que da un Oberstumführer-SS a un Sturmman-SS, un teniente a un pobre soldado de primera como yo. Y me lo ordenó por mi bien, o por su bien, o el del *Führer*; no sabría decirlo. Yo aún seguía de pie, petrificado, en medio del patio de garajes, recordando sus palabras, rápidas, cortantes, dispuesto a cumplir con mi promesa de convertirme en un asesino. Con los puños apretados, vestido con la mirada fría, despiadada, que se espera de un miembro de la Banda de la Calavera, intenté transformarme en ese hombre que él me había enseñado a ser. Traté de fijar la vista en un punto imaginario que no es ninguno y es capaz, dicen, de someter la voluntad del individuo al designio de la raza, pero solo conseguí ver, a mi izquierda, todavía muy lejos, el enorme muro de granito que da paso al campo interior, el de los prisioneros. Comencé a caminar. Me calé hasta las cejas mi gorra, que acababa de recuperar del asiento de atrás del Mercedes de Harald. Quería parecer tranquilo y clavaba muy fuerte mis botas para que resonaran a cada paso que me acercaba a mi destino. Se supone que eso te da confianza en ti mismo, pero no sé si creerlo. Si no hubiese sabido que eran mis propias pisadas las que retumbaban en mis oídos, creo que me habría puesto otra vez a temblar de miedo.

Mi hermano me había dicho: «tienes que matar a uno de esos rojos apátridas. A uno que sea lícito asesinar: un hombre viejo, un joven enflaquecido o alguien que ya no sea útil para nuestra Nación». De buena gana se lo hubiese cambiado por un polaco, un checo o hasta un alemán o un austriaco como nosotros, pero no se lo propuse porque me sería tan imposible como matar a un español. De todos los prisioneros del Lager, los de España son los que me caían más simpáticos. Yo no me mostraba cruel ni les golpeaba con mi porra y ellos me sonreían y me cantaban canciones de su tierra. Eran un poco como mis amigos. Además, los españoles no murmuraban a mis espaldas ni me llamaban retrasado, idiota o corto de entendederas, como hacían muchos guardias. A veces les daba cigarrillos y se los cambiaba por canciones. No dejaba de repetirme que sería terrible que los españoles se enfadasen conmigo si me veía obligado a matar a alguno de sus camaradas. El dolor de vientre regresó cuando me vino a la cabeza que quizás hasta dejaran de cantarme sus canciones o, si me las cantaban, tal vez lo hicieran porque pensasen que de lo contrario les pegaría un tiro. Debe ser horrible que alguien cante por miedo a que le metan una bala en la cabeza. Seguro que la voz no suena entonces alegre como a mí me gusta y el sonido del batir de las palmas se parecerá no a la risa de una mujer bonita, como ellos dicen, sino seguramente a las pisadas de un asesino que avanza marcando el paso por un campo de concentración nazi.

Un camino empedrado en dirección al campo interior. Tip-tap, tip-tap hacían mis botas reglamentarias sobre el suelo. Ellas marcaban los pocos instantes de vida que le

quedaban a algún español. Sentía asco de mí mismo y abandoné el camino a punto de vomitar, tropezando con un saco de cemento. A causa de las obras, llegar a algún lado acaba convirtiéndose en una carrera de obstáculos. Lo único positivo es que, entre mi náusea y el tener que esquivar restos de material, el redoble rítmico, repetido, de mis botas se apagaba por momentos. Suspiré, aliviado. Pasé de largo dos largas hileras de escombros; el puesto de mando a medio construir; la oficina política de la Gestapo, de la que solo se alzaba un desolado esqueleto; un hospital y, a lo lejos, barracones, almacenes, talleres y hasta un campo de fútbol... todo estaba por hacer y centenares de prisioneros habían muerto ya construyendo los aledaños de su propio sudario. Pensé que sin duda muchos más morirían mañana, y al día siguiente, mucho antes de que todo estuviese terminado. Pero eso no debía importarme. Mi hermano me lo dejó bien claro: el mejor de nuestros inquilinos era un criminal común; el peor, un judío; y entre medio, homosexuales, comunistas o socialdemócratas, cuando no apátridas y rojos como los españoles. Y yo debía matar a uno de ellos. Acaso porque me gustaban los españoles. Ya entonces sabía que por eso mi hermano los había escogido de entre todos los habitantes del campo. Una prueba de fortaleza o de carácter, o algo así. Seguro que si hubiera un libro nacionalsocialista de preceptos, podría encontrar el mandamiento que te obliga a asesinar a un hombre que te cae simpático para así convertirte en mejor alemán.

Me tuve que quitar de nuevo la gorra para aflojarme una súbita presión en las sienes. Me eché las manos a la cabeza y comencé un lento masaje circular. Mi madre siempre decía que cuando estaba nervioso debía hacerme uno de estos masajes. De lo contrario, llegaban las migrañas y mi boca empezaba a chillar y a decir incoherencias sin sentido. Luego, durante días, tenía que tumbarme en cama con los ojos muy gordos e hinchados, y es entonces cuando, medio ciego, mis sentidos se afinaban, y mi oído podía discernir el repiqueteo de una moneda que caía en la otra punta del barracón. Siempre se colaba entre la bruma de sonidos una voz rota que tosía, escupiendo tabaco de mascar. Esa voz amarga no tardaba en hacer un chiste sobre el tonto, el idiota de Rolf Weilerin. Rolf el manazas; Rolf el-que-siempre-está-enfermo; Rolf el zángano, el que no está adscrito a ninguna unidad específica en el Lager porque es incapaz de hacer nada a derechas. ¡Viva la *Totenkopfbande*, la Banda de la Calavera, la horda de superhombres que cuidamos de que el orden y la pulcritud nacionalsocialistas se cumplan en los campos de concentración! «Tiene suerte ese imbécil —concluía esa voz desconocida, con un tono que había abandonado el guiño jocoso para mostrar todo su odio, envidia e ira—, tiene suerte ese Rolf Weilerin de que su tío sea el mismísimo Theodor Eicke, el creador del sistema de campos de concentración y de exterminio, sino estaría en primera línea del frente, dejándose pinchar el culo por las bayonetas de los ingleses». Y entonces todos reían a mi costa.

Cada vez me dolía más la cabeza. Al abrir los ojos, descubrí que ya había alcanzado mi destino y que estaba en medio del patio de revista, la Appellplatz, rodeado de unos pocos suboficiales y aproximadamente un millar de prisioneros,

centenar arriba o centenar abajo. Debía haber pasado, aunque no lo recordase, por delante de las dos torres de la entrada y la puerta principal del campo interior, amén de la guardia de extramuros, que sin duda se había reído lo suyo al verme llegar por la explanada con los ojos cerrados y masajeándome las sienes. Otro pelotón de guardianes habían aprendido lo bien que se lo pasa uno riéndose del idiota de Rolf. Al menos, creo, no había hablado en voz alta. A veces lo hago y entonces la gente cuchichea todavía más a mi espalda.

Detrás de mí, al fondo, se hallaba un prisionero caído en desgracia. Le habían encadenado a las argollas que cuelgan de la pared de la entrada a modo de modernos instrumentos de tortura. A lo que parece, había causado una hora antes un pequeño incendio en el barracón número once, de resultas del cual había muerto otro prisionero. Y allí se quedaría purgando su penitencia, asándose al sol hasta el momento de su muerte. A ese lugar le llamamos *Klagemauer*, el Muro de los Aulladores, por los gritos que dan los condenados antes de morir de sed, cuando la locura se apodera de sus pobres almas. No quería pensar para nada en ese pobre hombre, en sus sollozos, en sus demandas de auxilio, en sus lamentos: yo solo deseaba que mi hermano estuviera orgulloso de mí. Así que volví la vista al frente. Yo tenía mis órdenes, era un hombre fuerte, capaz y me convertiría en un verdugo para mayor gloria de mi país.

V

—¡Firmes! —gritó el prefecto de los prisioneros: y todos los presos se cuadraron.

Eran las seis de la tarde y había comenzado a nevar en el campo. Muchos de los presos apenas se tenían en pie y sus compañeros los abrazaban a escondidas por la cintura, o los cogían por la espalda, o de donde fuera, para evitar que desfallecieran del todo y cayeran al suelo. Un prisionero demasiado débil para hacer la revista se ganaba fácilmente un billete de ida al horno crematorio. Mauthausen, como el castillo de Hartheim, tenía los suyos propios, y el más cercano lanzaba sinuosas amenazas en forma de volutas de humo a mi derecha, apenas a un centenar de metros. Todos los prisioneros conocían el peligro de no pasar la revista. Yo también, y se suponía que andaba buscando precisamente uno de aquellos hombres que ya no servían, esos que ya no pueden trabajar y son, por tanto, desde la óptica más objetiva y despiadada, prescindibles para el Reich.

—Me duele la cabeza —le confesé al prefecto de los prisioneros, sin saber muy bien porqué.

—Lo lamento, señor.

El prefecto o Lagerältester, era una bestia velluda de más de dos metros; se hacía llamar Godzilla a causa de sus andares simiescos y su violencia animal, que descargaba sobre sus inferiores sin necesidad de una excusa. Me miró, dudando, sin saber si debía o no continuar con la revista. Rolf el tonto acababa de interrumpir uno de los actos más importantes que se celebraban en el Lager y, a sus ojos, debí parecerle el ser más imbécil sobre la tierra. Pero el prefecto, aunque sea el primero de los prisioneros y su representante, no deja de ser un preso como cualquier otro y, por tanto, no le llega a la suela del zapato al más tonto e incapaz de los hombres de la Schutzstaffel. Me pareció que me miraba con rencor, como si tuviera una causa pendiente conmigo. Un hilillo de sudor caía por su frente. Se trataba de un alemán con la insignia BV, es decir, un criminal común, y su triángulo verde así lo certificaba... certificaba que era la élite entre los prisioneros del Lager, lo cual tampoco es decir gran cosa.

—¿Qué te sucede, Rolf? —me preguntó entonces el Blockführer Braun, con cara de pocos amigos. Braun gastaba un cuello grueso, como de toro, bizqueaba y poseía un fuerte acento de Baviera.

No se cómo recordará la historia el día a día de un campo de concentración y, en particular, a hombres como Braun. Tal vez se hagan películas en que nosotros, los de la Banda de la Calavera, omnipresentes, perseguimos a los presos con la porra en la mano. A veces sueño en estas cosas y creo que todo serán mentiras, que nadie se preocupará por saber la verdad. Porque no es así en absoluto. De hecho, no es habitual que los SS entremos en el campo interior donde viven los prisioneros. La rara vez que lo hacemos, cualquier preso que se cruza en nuestro camino se descubre, se cuadra y se caga en los pantalones del susto. A veces literalmente.

—Tengo que matar a un español y me duele la cabeza —le expliqué a Braun, que parecía bizquear más por momentos. Mi interlocutor estuvo a punto de decir algo, pero se calló, como si todo aquel asunto fuese demasiado para él. En su auxilio llegó entonces su superior y oficial al mando de la revista, el Rapportführer Boldt:

—Sturmmann-SS Rolf Weilerin —bisbiseó, tratando de parecer calmado, aunque no lo estaba en absoluto y una vena muy grande y muy roja palpitaba en su cuello, justo donde acababa la guerrera. Pareció pensarse con cuidado lo que iba decir; y luego de unos momentos en los que su vena, dilatándose y contrayéndose, habló por él, añadió—: ¿Por qué demonios ha decidido interrumpir mi revista?

«Su revista». Y es que cuando antes os explicaba eso de que los SS rara vez atravesamos el muro del campo interior, me había olvidado de la única excepción a esta regla, el Rapportführer Boldt y sus suboficiales, los Blockführer. Todas las mañanas a las cinco y todas las tardes a las seis, Boldt pasaba revista y contaba minuciosamente a los presos que habían sobrevivido a otro día agotador de trabajo en la cantera o en algunos de los Baukommandos, las cuadrillas de albañiles esclavos que construían el campo exterior. A sus órdenes estaban, como ya he dicho, los Blockführer, responsables de los diferentes barracones de prisioneros. Todos juntos, hacían el conteo de los presos durante pocos minutos u horas interminables, según tuvieran el día, en medio de órdenes contradictorias del tipo: «levantad una pierna», «bajad una pierna», «poneos la gorra», «quitáosla», etc. Este sistema servía en teoría para detectar al que estaba tan agotado que ya no valía la pena malgastar en él una cena y, después de caer desfallecido, se le dejaba morir sin que nadie pestañease. Entretanto, sus compañeros levantaban y bajaban una pierna o se ponían y se quitaban sus gorras de esclavo hasta que Boldt y sus muchachos se sentían satisfechos.

—He venido a matar a un español y me duele la cabeza —insistí, sabiendo cuánto odiaba el Rapportführer que le repitiesen las cosas y sabiendo que me detestaba por ser un idiota. Boldt estaba exasperado porque hubiese interrumpido «su Revista» justo cuando iba a ordenar una nueva tanda de ejercicios gimnásticos para piernas y gorras, a fin de doblegar a unos hombres que ya llevaban trece horas trabajando al límite de la resistencia humana.

—Eso ya lo has dicho, Rolf.

—Sí, *Herr* Rapportführer, ya lo he dicho.

No hay nada que exaspere más que un idiota haciéndose pasar por aún más idiota. Harald tenía razón cuando me lo advirtió de camino al campo. La vena del cuello de Boldt parecía a punto de estallar y por momentos se hacía más grande y palpitante.

—¿Por qué dejan vivir a un ser semejante? —gimió Boldt en dirección al Blockführer más cercano, que no era Braun sino un muchacho rubio y delgado que asintió mirándome con desprecio y severidad. El resto de suboficiales asintieron también como si tuviesen un secreto mecanismo teutónico haciendo vibrar sus enormes cabezas teutónicas.

—Me pregunto para qué habrá dispuesto Himmler la Aktion T4 y el resto de disposiciones sobre la eugenesia, si gente como Weilern puede seguir caminando por las calles de la Gran Alemania como si tal cosa —insistió Braun en voz muy baja, pensando que solo su camarilla de suboficiales podrían oírle. Sonrieron y yo sonreí con ellos. Tenía demasiado presente la visita al castillo de Hartheim para no ser consciente que debía sonreír y cerrar el pico de una maldita vez. Seguro que Harald estaría sorprendido de lo poco que me habían servido sus consejos. Por lo tanto, hice ver que nada había oído y entrechoqué los talones cuando vi que Boldt volvía a dirigirse hacia mí:

—A ver, Rolf... —Comenzó de nuevo el Rapportführer, pero su explicación cesó abruptamente cuando un preso cayó desfallecido a un par de metros a su diestra. Eso pareció darle una súbita idea y dijo, señalando al preso—: Este saco de mierda, ¿es español?

Los Blockführer se encogieron de hombros y miraron a Godzilla, que se encogió de hombros a su vez y miró a un Kapo, que dio un paso al frente. Porque son los Kapos los que en realidad conocen, tutelan y administran disciplina entre los prisioneros. Los Kapos son los responsables de al menos la mitad de los muertos en Mauthausen. Son los verdugos de unos camaradas a los que conocen, aterrorizan y, en la mayor parte de los casos, torturan física y mentalmente antes de enviarles a un sitio mejor y más beatífico que el sistema de campos de concentración alemán.

—Es un español, *Herr* Rapportführer —maulló el Kapo, con voz aflautada—. Se llama José Luis y es de Almería.

El Kapo también era español. El primero que había conseguido alcanzar tan dudoso honor luego de años de ser un puesto reservado a alemanes y austriacos. Se llamaba Juanita y era un homosexual reconocido.

—¡Mátalo! —dijo Boldt.

Juanita no lo dudó dos veces y golpeó con un palo la cabeza del infortunado José Luis, que ya agonizaba de puro agotamiento físico, hasta que su cráneo resultó visible en medio de un rostro convertido en pulpa.

—¿Ya estás contento? —inquirió Boldt.

—No, señor —dijo, conteniendo una arcada—. Debo matarlo yo mismo, personalmente, y no a través de terceros. Esto mi hermano me lo dejó muy claro y, si no fuera capaz de hacerlo, no conseguiré mi permiso de fin de semana.

El Rapportführer Boldt suspiró profundamente y me miró como si fuese a estrangularme con sus propias manos. Aparentemente, debió cambiar de opinión, pues me dio la espalda y ladró una orden. Entonces, novecientos noventa y nueve presos (faltando José Luis) se pusieron de rodillas. Ladró otra y novecientos noventa y siete se pusieron en pie. Dos más fueron incapaces de reincorporarse y los Kapos, a una señal de Boldt, cayeron sobre ellos como un enjambre de moscas, con sus palos y su rabia asesina, hasta que de los dos infelices solo quedó una masa informe y sanguinolenta. Los cadáveres fueron arrastrados a un lado para que no estorbaran los

ejercicios gimnásticos del resto. Otras veces he visto cómo los dejaban agonizar en el suelo durante horas. Depende del ánimo de sus amos y señores, los superhombres de las SS.

—¡Quitaos la gorra! —ladró el Rapportführer—. ¡Poneos la gorra! ¡Saltad a la pata coja con la gorra en la mano derecha! ¡Saltad a la pata coja con la gorra en la mano izquierda! ¡Cambiad de pierna! ¡Cambiad de mano! ¡Saltad con la gorra puesta y luego lanzadla al aire! ¡Y ay del que no la pueda recoger al vuelo!

Estos ejercicios, siempre en columnas de a cinco, podían durar perfectamente hasta la mañana siguiente. Se dice que una vez Boldt mató a quinientos hombres durante la revista. Nuestro comandante en jefe, el Lagerführer Frank Ziereis, debió sonreír satisfecho y mandar una carta autolaudatoria al *Führer* en persona: «Hoy han muerto cinco centenares de subhumanos, querido Adolf», comenzaría mi misiva imaginaria. Lo más curioso es que mi propio hermano, el Obersturmführer-SS Otto Weilern, también estaría satisfecho de una gesta semejante. Pero yo no soy mi hermano, y aunque a menudo querría serlo, a menudo también querría ser una persona completamente diferente. No sé si me entendéis.

—¡De rodillas otra vez! —ladró Boldt, mientras mis pensamientos, como siempre, vagaban entre la necesidad de agradar a mi hermano y mi deseo de obedecer a mi barriga, que seguía sintiendo náuseas y deseando huir del campo de Mauthausen para siempre.

—¡Ahora quiero que saltéis en cuclillas, como si estuvierais cagando, escoria de la tierra! —dijo una voz que ya no pude distinguir como la del Rapportführer Boldt ni como la de ninguno de sus suboficiales. Sencillamente, no parecía humana.

Y en medio de toda aquella infamia, yo debía encontrar fuerzas para asesinar a un español y conseguir mi día de permiso.

No sé si os lo he explicado, imaginarios lectores del pueblo alemán que un día podréis ojear mi diario, este pequeño legado que hago al nacionalsocialismo... No sé si os he explicado, decía, que el campo de Mauthausen fue concebido para albergar entre dos mil y dos mil quinientos prisioneros. Hace tiempo que superamos los diez mil. Pronto, si Alemania sigue ganando la guerra, seremos el doble de esa cifra, o el triple, ¿quién sabe hasta dónde podríamos llegar? Se dice que en pocos meses declararemos la guerra a Rusia y, cuando esto suceda, tal vez lleguemos a cincuenta o cien mil reclusos. Además, la mayor parte de los que llegan se encuentran en tan mal estado que no son de utilidad para el trabajo esclavo al que los sometemos. Por eso nuestro comandante, el bueno de Frank, ofrece días libres, pagas extra, botellas de Schnapps, alguna mamada en el burdel y un montón de palmaditas en la espalda a los que hacemos que el número de inútiles, tullidos, enfermos o ancianos disminuya. Todo en nombre de la Gran Alemania que el *Führer* anda construyendo con los cadáveres de media Europa. Supongo que, ahora más que nunca, después de leer este párrafo, pensareis que soy un mal nacionalsocialista. Creo que volveré a leerme el *Mein Kampf* a ver si recuerdo por qué debo odiar a todos los que se supone que debo

odiar.

—¡Cuerpo a tierra! —chilló el Rapportführer Boldt, arrebatándome el hilo de mis pensamientos. Porque ya entonces sabía que me estaba engañando, que mis palabras (entonces solo pensamientos) son las palabras de un cobarde. Yo no sé si esto de lo que os hablo está bien o mal. Tal vez lo veo cruel, innecesario y malsano, porque soy incapaz de matar a un prisionero, porque no podría matar ni a un gatito y odio a esa gente que mete en sacos a una camada entera y los tira al río porque hay demasiados en su finca. Si pudiera matar a un español acaso comprendería el objeto de toda esta barbarie. Entonces, no vería hombres sino subhumanos, y sería un buen SS, el soldado que quiere mi hermano que sea.

—Parece que se han olvidado de ti —dijo una voz a mi espalda. Me volví y descubrí a Juanita, el Kapo español.

—¿Por qué no has vuelto a tu puesto? —le pregunté, mirando su pijama a rayas de preso, manchado con la sangre de José Luis, y su brazalete que le delataba como asesino y torturador al rezar: «Kapo».

—Nadie me ha ordenado volver a la fila. No me atrevería a hacerlo sin la orden pertinente. —Sonrió, mostrando una doble hilera de dientes de oro—. Si me ordena volver a mi sitio, lo haré gustoso.

Juanita hablaba un alemán casi perfecto. Se decía que durante la guerra civil española había trabajado de espía de nuestro ejército en la zona republicana. Le habían atrapado y pasó dos años en una cárcel en Barcelona. Irónicamente, terminada la guerra, las tropas franquistas y sus jefes en Berlín decidieron recompensarle con el traslado a un campo de concentración. La causa: ser tan cretino como para dejarse atrapar por unos subhumanos rojos republicanos. Y es que el buen Reich tolera cualquier cosa menos la incompetencia.

—No vuelvas a la fila, Juanita. Te necesito —le dije—. Necesito encontrar a un español para asesinarle.

Él o ella asintió complaciente.

—Hay muchos que merecen morir —me explicó, encogiéndose de hombros—. Le puedo señalar a alguno y si le gusta me lo llevo a rastras. Luego le pega un tiro y listos.

No quiero que penséis que Juanita era un monstruo, al menos no más de lo que lo somos sus amos. No, los Kapos solo son hombres diminutos, aterrorizados. Nos tienen tanto miedo que matarían a su padre y a su madre sin dudarlos tras recibir la orden pertinente. Los Kapos, cuando no tienen un SS delante, son personas normales: ríen, sueñan e incluso, cuando se reencuentran con un antiguo compañero de armas, lo abrazan y lo ponen bajo su protección. Pero cuando aparece su amo SS, le sacarían la piel a tiras a su camarada, le molerían a palos y con él a toda su familia si con ello pudiesen congraciarse un poco más con aquello que más temen los Kapos en este mundo: el destello de la calavera de nuestros uniformes.

Pensad lo que queráis, pero no hay nadie en este mundo más digno de lástima que

un Kapo. Es un asesino, una bestia infame y a la vez víctima de unas bestias infames y de sí mismo. No he leído a Dante pero si sé que en La Divina Comedia hay diferentes tipos de infierno dependiendo de los crímenes que uno ha cometido. Eso me explicó mi hermano mientras me daba una clase de literatura para tontos. Si Dante viviera hoy en día concebiría un infierno especial para los Kapos. Estoy seguro. Y en él solo estarían ellos, con sus porras y su brazalete de Kapo, lamentándose de su suerte delante de largos y cóncavos espejos, mirando su propio reflejo con el semblante teñido de terror.

—Busca a un español al que pueda odiar y lo mataré —le insistí—. Me da lo mismo si está sano o no; búscame a un asesino, un violador o a alguien al que puedas convencerme de que si lo mato, no estaré haciendo algo malo.

Para Juanita, un SS suplicando ayuda porque no quiere hacer algo malo, debió parecerle algo tan milagroso como si Adolf Hitler en persona llegase al Lager para limpiarle con la lengua sus zuecos de madera. Así que me miró con unos ojos enormes como platos, incapaz de comprender.

—Eso que me pide, señor —balbuceó—, no es algo que yo pueda hacer. O tal vez sí. Fíjese —se contradijo, como si acabara de tener una idea—. Aquí todos los españoles son bestias subhumanas y corruptas. Ustedes mismos lo dicen. Rojos, comunistas, socialistas y ateos... no tienen patria y nadie les quiere: ni la España de Franco donde nacieron, ni la Francia de Petain por la que lucharon. Son escoria. Si los mata no se sentirá mal. Nadie se siente mal cuando mata a un español.

Juanita no tenía más de cuarenta años. Era alto y muy delgado, y cantaba tonadillas de Imperio Argentina con una voz y un timbre sonoro que muchos afirman que era una imitación perfecta de la cantante gaditana. Poseía, además, una nariz larga y curvada, como de buitre, de la que estaba muy satisfecho. El cabello, rubio pajizo, lo llevaba un poco más largo que el resto de presos, que van siempre rapados al cero. Seguro que había hecho un trato con el barbero para parecer más guapo. Las relaciones entre hombres son cosa común en el campo de Mauthausen, aunque estén totalmente prohibidas, y Juanita era de lo más solícito con sus amistades, a las que sin duda les gustaba revolver su pelo rojo mientras se hacían arrumacos. Me pregunté si Juanita sabía lo que pensamos «oficialmente» los SS de la homosexualidad y lo que podría pasarle si alguno de nosotros le descubriáramos en actitud tierna con un hombre.

—¡Quiero alguien a quien odiar, Juanita, pero no por razones políticas sino por que sea un mal hombre! —espeté, mirándole de hito en hito y echándome la mano la pistolera. Juanita se puso pálido. Mi gesto pareció reactivar su raciocinio y echó a correr hacia una esquina entre aspavientos. Me trajo a un hombre de al menos sesenta años, encorvado y sudoroso. No dejaba de toser y parecía contento de que lo hubieran liberado de los ejercicios gimnásticos del Rapportführer Boldt.

—Este perro es de Valencia —me dijo Juanita—. Luchó hasta el final contra las tropas fascistas. Estaba en la defensa aérea. Seguro que es responsable de la muerte de algún alemán de la Legión Cóndor, de un aviador valeroso que dejó mujer e hijos

muy rubios y arios hasta la médula. Además, es un anarquista; peor que un rojo. Es el más subhumano y antinazi que hay en el campo.

Me mesé el mentón y suspiré, poco convencido.

—No sé si podría odiar a este pobre viejo por ser lo que me dices que es y hacer lo que me dices que ha hecho —objeté.

—¡Por Dios!, señor Sturmman-SS —se sorprendió Juanita—. Es español, de piel morena, viejo, desdentado, feo... si no puede odiar a este hombre no sé a quién podrá odiar.

Yo mido casi metro noventa, tengo los cabellos castaño claro y los ojos azules. Soy un estereotipo racial viviente. Seguramente, el Kapo creyó que aquel argumento podría convencerme. Pero se equivocaba. Yo solo veía a un pobre viejo aterrorizado que no entendía alemán y ni siquiera sospechaba que su compatriota lo estaba vendiendo como víctima propiciatoria. Le indiqué a Juanita con un gesto que devolviese al hombre a la fila. Este se fue caminando con paso cansino. Estaba al límite de sus fuerzas y seguramente otra media hora de ejercicios gimnásticos acabarían con él. Alguien más inteligente que yo habría decidido que, dado que su destino era igualmente pasar a mejor vida, no importaba que fuese yo el que le ayudase a encontrar el camino hacia el otro lado. Pero me daba igual, no estaba dispuesto a ser yo la última persona que viesen los ojos de aquel pobre anciano.

—Mi hermano me ha dicho que busque a un español; tal vez un lisiado, un inútil o alguien que vaya a morir pronto y al que de alguna forma, más que ejecutarlo, lo libere de un par de días de tortura. Pero este no es el que quiero. No sé por qué. Tráeme a otro.

Juanita asintió y retrocedió hasta el pasamanos de hierro que separaba el patio de revista de la lavandería, un barracón enorme que se extendía a nuestra espalda. Miró hacia el foso, como esperando que de la planta inferior, donde estaban las duchas, saliera tambaleándose algún moribundo que pudiera servir a mis propósitos. Yo podía percibir su miedo. Para llegar a Kapo hay que tener por lo menos tres virtudes: suerte, crueldad e instinto de supervivencia. El instinto de supervivencia de Juanita le decía que aquella situación no iba a acabar bien y a cada minuto se le veía más nervioso. Braun pasó en ese instante junto a nosotros y Juanita levantó los ojos hacia él, como pidiéndole auxilio. Pero el Blockführer tenía otras cosas en la cabeza y por muy Kapo que fuese, para él Juanita tenía tanto valor como una cucaracha que se arrastraba en ese momento junto a su bota. Así que ni siquiera reparó en su gesto.

—¡Porque yo necesito que ese español sea alguien repugnante, tan detestable que yo sea capaz de matarlo! ¡Porque si no lo mato no tendré un día libre, y mi hermano se enfadará, yo me enfadaré conmigo mismo y mi dolor de cabeza se hará más y más fuerte! —Creo que a estas alturas ya estaba chillando y, poniéndome mi gorra bajo el brazo, había comenzando a darme masaje con la mano contraria en las sienes. De pronto, la puerta lateral de la lavandería se abrió y un muchacho de no más de trece o catorce años salió con un carro de ropa limpia. A Juanita se le iluminó el rostro. En

dos zancadas había atrapado al muchacho y me lo traía dando la vuelta al edificio. Me lo ofreció como un perro ofrece al cazador una perdiz recién abatida.

—Este muchacho es lo que estaba usted buscando, señor.

—¿Este? —inquirí, desconfiado. Había algo en aquel muchacho que me resultaba familiar. Era como si lo hubiera visto alguna vez. No sabía dónde, no sabía cuando. Lo tenía en la punta de la lengua. Pero, de pronto, el nexo con aquel lugar recóndito de mi memoria se desvaneció. El problema de ser un pobre incapaz es que nunca acabas de hacer, de entender, de recordar... lo que debieras—. ¿Estás seguro de que es lo que necesito? —insistí.

—Sí, seguro. —Juanita tragó saliva—. Llegó al campo hace apenas un mes y ni siquiera sé cómo se las ha arreglado para sobrevivir y que le destinen a la lavandería. Incluso se ha saltado la revista y a nadie parece importarle. Pero su suerte se ha terminado. En primer lugar, es un enclenque. —Juanita le abrió el *drillich* o traje a rayas, su pijama de preso, y me mostró las costillas, que se marcaban en un vientre hundido—. Además es huérfano. A lo que parece sus padres murieron en el tren que los trasladaba desde un Stalag cerca de Viena. Y además es mudo, porque no ha dicho ni una palabra desde que llegó. Creemos que también es sordo, pues le cuesta entender todo lo que decimos y hay que hablarle de frente y desde muy cerca para que obedezca. No hay nadie, se lo puedo asegurar, con menos opciones de sobrevivir en el campo ni al que usted pueda odiar más fácilmente a causa de sus limitaciones físicas y mentales.

Juanita era un imbécil. Aún no había entendido que las limitaciones físicas y mentales del muchacho, o de cualquier otro ser humano, no me inducirían a odiarlo sino acaso a identificarme con su desgracia. «Yo no soy como los otros SS», le hubiera gritado. «Yo no debería estar aquí. Si no fuese porque me mandarían al frente a luchar, estaría en cualquier otro lugar del universo». Sin embargo, mi hermano me había dicho que debía matar a un español y yo sabía que estaba faltando a mi palabra, perdiendo el tiempo, buscando excusas para no cumplir con su orden y comportándome como un cobarde y un mal nacionalsocialista. Un impulso extraño nació en mi interior y me obligó a sacar mi pistola y apuntar a la cabeza de aquel pobre niño.

—¿Es español, seguro? —pregunté, con la voz temblorosa del verdugo. El mocoso se había arrodillado a mis pies y lloraba, con la boca abierta, incapaz de emitir sonido alguno por sus cuerdas vocales rotas.

Juanita me señaló su triángulo azul y la «S» bordada, la «S» de español rojo: *Rotten Spanien*. Yo me pregunté entonces como podía ser que un niño de trece años fuese considerado un español rojo y llevado a nuestro campo y previamente a un Stalag, las cárceles para prisioneros políticos. Después de todo, la guerra civil española había terminado hacía casi dos años y el niño no tendría más de ¡once!, en esa fecha. Aquello no tenía sentido. Tener a un crío como aquel en un campo de concentración era una brutalidad, indigna incluso de nosotros, las bestias de la Banda

de la Calavera.

—Se llama Ícaro. Eso decía su ficha —me dijo entonces Juanita, como si la información me fuese a servir de algo, como si cada dato adicional sobre mi víctima no lo humanizase aún más a mis ojos y me impidiera cumplir con mi propósito de segarle la vida.

Me puse a pensar en el Ícaro griego, no sé por qué. Él era el joven que desafió a los dioses: el soñador que quería volar.

—Mi hermano estará contento si lo mato, si le corto las alas —mascullé, amartillando el arma. Y claro, consciente por fin de su destino, Ícaro se cogió muy fuerte de mis rodillas, como pidiéndome clemencia por todos los crímenes que no había cometido y ya nunca podría cometer.

—Debo ser fuerte y obedecer a mi hermano aun cuando me pide algo que encuentro odioso —musitaba para mí mismo—. Mi hermano es listo y yo soy tonto. Él sabe cosas que dicen los libros; él conoce preceptos del nacionalsocialismo. Si te mato, Ícaro, tal vez deje de ser Rolf el tonto y deje de sentirme mal cuando veo todos los crímenes atroces que se suceden a mi alrededor. Si cambio y me convierto en un hombre normal, en un buen SS, tanto mi hermano como Harald verán que no soy un inútil y que tengo el valor suficiente para transformarme en un hombre con mentalidad racial.

Ícaro lloraba, siempre en silencio, sin que un solo sonido saliera de su boca.

—Hágalo, señor —me rogó Juanita—. Piense en las fulanas de Linz y en la borrachera que podrá cogerse el día de su permiso.

Aunque casi tengo treinta años, nunca he estado con una mujer. Me repugna la idea de pagar por un poco de ternura y afecto; además, sé que una buena mujer alemana nunca se fijaría en mí, en un pobre retrasado. Creo que ni siquiera la prima de Harald lo haría. ¿Ilse se llamaba? Este pensamiento me distrajo de mi resolución de convertirme en un asesino y mi brazo comenzó a flaquear. Al fondo, Boldt lanzaba órdenes y los prisioneros corrían, saltaban, danzaban y morían por docenas. Yo temblaba como un niño. Ícaro lloraba y dos gruesas lágrimas perlaban sus mejillas. Juanito jaleaba «hazlo», «hazlo», «solo es un español», y el dolor de cabeza regresó una vez más con una punzada terrible que parecía capaz de atravesar mi cráneo de lado a lado.

—Mate al rojillo sordomudo, señor. No merece vivir —sentenció Juanita, como arenga final y corolario.

Y disparé. Aquellas últimas palabras de Juanita, aquel «no merece vivir» se había grabado en mi mente, mientras hacía fuerza para apretar el gatillo, hasta transfigurarse en un «no merezco vivir». Irónicamente, habían sido también las últimas palabras del Kapo. Juanita se tambaleaba con un orificio en la mitad de la frente. Cayó de rodillas, intentando darme ánimos una vez más, ánimos para convertirme en un asesino: en su asesino. Pero de su boca solo manaba ya un hilo de sangre. Y se derrumbó sobre la nieve del patio de revista, la Appellplatz, que acababa

de ser escenario de la conversión de Rolf Weiler en otro ejecutor más, por si no hubiera suficientes en el Gran Reich alemán.

Pero, aún así, había fracasado. No había obedecido las órdenes de mi hermano; las había soslayado con subterfugios propios de mi condición de débil mental: ética y racialmente indigno. Y mi fracaso no tardó en traerme nefastas consecuencias.

VI

—¿Pero qué has hecho, maldito retrasado? —me gritó el Rapportführer Boldt, abandonando la última tanda de ejercicios gimnásticos. Se me acercó entonces, mirándome cara a cara, con un odio y un desprecio infinitos. Yo todavía llevaba la pistola en la mano. Pero él no estaba impresionado: le debió parecer un arma de juguete en manos de un niño.

—Yo, señor... —balbuceé.

Boldt me arrebató el revólver y me dio dos sonoras bofetadas.

La Luger, la pistola reglamentaria de las SS —me gritó, levantando el arma sobre su cabeza para que todos la vieran—, es la herramienta de un hombre, de un buen patriota alemán y un buen soldado. Usted no es digno de llevarla; usted no es digno ni de respirar el mismo aire que yo. Usted es un retrasado mental. ¡Un retrasado mental!

El dolor de cabeza se hizo más hondo, me taladraba desde dentro, me anulaba. Ya no era más que un guiñapo roto en manos de una bestia que me chillaba, que me acusaba, que ya me había condenado.

—¿Sabes, Rolf, lo que cuesta encontrar un buen Kapo? ¿Sabes lo que cuesta que un hombre explote, golpee y destruya a sus propios camaradas a cambio de un poco más de comida y unas prebendas vacías que, al final, no le librarán de la tumba como no libraron al resto?

Boldt me arrancó mis galones, mi guerrera y por fin mi camisa.

—No, no lo sabes, maldito idiota.

El Blockführer Braun, tenso, le alcanzó el Drillich del Kapo muerto y Boldt me obligó a ponérmelo, aún cubierto de sangre y de restos de la masa encefálica de Juanita. La calavera de las SS, me miraba desde el suelo, entre los restos de mi uniforme y de mi gorra que, pisoteados, ya no causarían terror a ningún otro ser humano. De alguna forma extraña e incomprensible, me sentí reconfortado.

—Un Kapo —proseguía Boldt— ha de morir cuando ya no nos es útil, cuando hemos exprimido su alma y está seco por fuera y por dentro. ¡Pero no antes! ¡No cuando nos es necesario para controlar a algún grupo de subhumanos como estos españoles!

Pese a la humillación, encontré fuerzas para defender mi causa. Desde alguna parte del fondo de mi alma, me oí decir:

—Yo, *Herr* Rapportführer, le pedí al Kapo que me trajese a alguien a quien odiar y él se ofreció a sí mismo. Tal vez no lo sabía, o tal vez una parte de Juanita quería morir y por eso se convirtió en el ser al que yo estaba dispuesto a asesinar.

Una nueva tanda de bofetadas golpeó mis dos mejillas a modo de respuesta.

—¿Qué demonios me está contando, Rolf? ¿Ahora, aparte de retrasado, se ha arrogado el papel de filósofo? ¿Un filósofo de la estupidez? ¿Tal vez cree que me chupo el dedo? Usted es amigo de los españoles. Le gustan esos subhumanos y no quería matar a uno de ellos, así que mató al hombre que suponía un peligro para sus

amiguitos republicanos. Su hermano, el Obersturmführer Otto Weilern, sí que es un austríaco de primera, pero se equivocó al pensar que usted podría comportarse como un hombre y llevar el apellido de su familia con la cabeza bien alta. Usted es una basura. Pero si le gustan tanto los españoles tendrá oportunidad de ser uno de ellos. Vaya a la primera de las filas de a cinco. ¡Vamos! ¡Es una orden!

Me arrastró hasta la fila que quedaba a nuestra derecha. Me esperaban novecientos sesenta y dos hombres angustiados, rotos, pero aun así me recibieron como uno más entre sus iguales y trataron de acogerme en su seno y de darme confianza.

—Ojalá hubiese podido matar a Juanita con mis propias manos —susurró una voz a mi espalda.

—¡Bien hecho, Rolf! —dijo otra.

—Rolf Weilern no es ningún idiota —dijo un tercero.

—¡Rolf Weilern es un hombre de verdad... tanto, que podría pasar por español! —cantaron luego a coro. El Rapportführer ordenó al prefecto de los prisioneros que hiciese que la chusma se callase para recomenzar con los ejercicios gimnásticos.

—¡Firmes! —gritó Godzilla.

Novecientos sesenta y tres españoles se cuadraron. Había dejado de nevar y el sol se ponía, ocultando una enorme sonrisa que se estaba formando en mi rostro.

—¡El brazo derecho en alto! —ladró Boldt.

Con el rabillo del ojo, vi al Blockführer Braun llevándose a Ícaro de nuevo hacia la lavandería, un sitio seguro lejos de la revista. Así que aquella era la causa de que el niño hubiera sobrevivido a las terribles primeras semanas en el campo de Mauthausen. No entendía la causa de este trato de favor. Por un momento, reflexioné sobre la posibilidad de que Braun también fuera homosexual como Juanita, que lo fuera en secreto y que Ícaro fuese un *junge*, que era la expresión que muchos presos utilizaban para designar a los muchachos que eran usados sexualmente por Kapos o jefes de barracón. Hay muchos que hasta tienen mujer e hijos y ocultan sus inclinaciones secretas. Pero algo dentro de mí me decía que este no era el caso. Una cosa era que algunos presos poderosos se valiesen de su posición para conseguir «favores» especiales y otra que un SS se atreviera a algo semejante: de llegar a oídos de nuestro comandante, se arriesgaba a que le sacasen la piel a tiras. Y no se trata precisamente de una metáfora. Además, Braun era un nazi convencido, no ayudaría a un muchacho ni por sexo ni por caridad. Mientras levantaba mi brazo derecho, obedeciendo las órdenes del Rapportführer, no dejaba de pensar que allí había un misterio que, de momento, iba a quedar sin explicación. A lo que parece, no levanté el brazo lo suficiente y Boldt me golpeó la nuca con su fusta hasta que, tratando de defenderme, caí de rodillas en el suelo. No me dolió. Os lo juro. O solo un poquito.

—Vamos, ánimo, Rolf. Tú puedes —dijo la voz de un español a mi espalda, y me olvidé de Braun y del misterio en torno al pequeño Ícaro, volviendo a sonreír.

—El brazo derecho abajo —ladró esta vez el Rapportführer. Sonreí y bajé mi

brazo.

—En cuclillas —sonreí y me puse en cuclillas.

—¡Al suelo! —Sonreí y me tiré al suelo.

—¡En pie! —Sonreí una vez más y me incorporé.

—¡Dad un salto!

—¡Corred hasta el final del patio!

—¡Cuerpo a tierra!

A las doce de la noche, tras cinco horas de revista, ya no podía ni con mi alma. Rolf Weiler no había trabajado trece horas de sol a sol ni comido sopa turbia con nabos como único rancho, pero cuando me desmayé aún quedaban en pie seiscientos valerosos hombres. Mi último pensamiento fue para todos aquellos españoles que mañana, sin apenas haber dormido, volverían a ir a la cantera o a cualquier obra de las que se están llevando a cabo en el campo exterior, otras trece horas más, y volverían a comer sopa turbia con nabos como único sustento. ¿Cuántos regresarían? Seguramente muy pocos.

Porque mañana, no os quepa duda, será un gran día para el campo de Mauthausen. Muchos prisioneros morirán de agotamiento y nosotros, los SS de la Banda de la Calavera, mataremos a buena parte de los que queden para tener un día de permiso. Ah, que felices nos sentiremos gastándonos la paga con una ramera aria de ojos azules y pubis rubio ensortijado.

¡Viva al *Führer*! ¡Viva al Reich alemán!

A ti, lector nacionalsocialista del futuro, a quien dirijo este diario, te digo que no hay nada más grande que nuestro pueblo y que nuestra raza.

FIN DE LA SEGUNDA LECCIÓN

Capítulo 3

HUMANITÄTSTDUSELEI

(El sentimiento de caridad cristiana)

El asesino creía firmemente en la comunidad racial aria. Aún recordaba la primera vez que acudió a una charla nacionalsocialista y le explicaron el peligro que corría su pueblo: acosados por enemigos desde fuera y por traidores desde dentro, los alemanes puros como él nunca estarían seguros. Los judíos, los socialdemócratas, los comunistas y ahora las naciones que se enfrentaban a ellos en la guerra mundial, todos formaban parte de una gigantesca conjura destinada a derribar los cimientos de la gran nación que Adolf Hitler estaba intentando crear. En realidad, el primer fundamento del nacionalsocialismo era la violencia o, más exactamente, la supervivencia a través de la violencia. La raza aria, para sobrevivir, debía exterminar a todos sus enemigos o, de lo contrario, sería exterminada. Y entre los adversarios del Reich no solo se encontraban los reales, sino los posibles, los probables, los imaginarios... solo limpiando el país hasta del más leve estigma de corrupción, se alcanzaría la victoria. La guerra perpetua contra todos y contra todo lo que no fuese inequívocamente ario, era el verdadero credo del asesino, porque él, más que nadie, entendía que la guerra no terminaría jamás y que la barbarie se justificaba a sí misma.

Pero para conseguir que el alemán medio aceptase la barbarie como modo de vida, debían eliminarse por completo los sentimientos cristianos. Porque el cristianismo era otro enemigo del Reich, especialmente allí, en Austria, donde la inmensa mayoría de la población era devota de aquel revolucionario judío de largas barbas llamado Jesucristo. Los beatos cristianos tenían una extraña obsesión por la vida; a lo que parece, matar no les hacía mucha gracia. Que en el pasado se hubiese matado en su nombre a lo largo y ancho de todas las naciones europeas, era una cosa que parecían haber olvidado. Para ellos, el que un régimen nacionalsocialista exterminase a retrasados mentales, a prisioneros de guerra subhumanos, homosexuales o antisociales, era un acto criminal: excepto en el caso de los judíos, acerca de cuya depuración la Iglesia no parecía escandalizarse demasiado. Por todo lo anterior, muchos buenos alemanes, incluso entre las SS, tenían dudas acerca de la santidad de su tarea en favor de la limpieza de la patria a causa de la *Humanitätstümelei*, esa maldita obsesión de los cristianos por preservar la vida.

También algunos albergaban dudas acerca de esterilizar a aquellos cuyos genes no eran puros o eran claramente insalubres. Muchos hombres indignos caminaban aún por la Gran Alemania arrastrando su sangre degenerada e infectando a sencillas campesinas arias. Y eso tenía que acabarse. Pero muchos curas cristianos iban por ahí vociferando en contra de los tribunales de esterilización y poniendo trabas a algunos de los más probos administradores de la nación.

El asesino detestaba a todos sus camaradas que eran capaces de albergar en su corazón el menor estigma de duda ante la grandeza del designio del *Führer*. Y eso le costó la vida a Erich Streicher:

Era este un Cabo segundo de las SS bastante usual: ario, guapo, no demasiado inteligente para poder ser manipulado, no demasiado culto para poder ser engañado, violento y con un sentido del valor bastante temerario. Por desgracia para él, su padre

había decidido no poner a prueba ese espíritu heroico y había movido hilos entre los más altos jerarcas del partido para mandarlo lejos del frente, a un campo de concentración. En eso era igual a otros muchos SS del campo, como los hermanos Otto y Rolf Weilerin, y el asesino odiaba especialmente a «esos cobardes hijos de papá». Pero tenía una razón adicional para odiar al Obergefreiter-SS Streicher: era profundamente religioso. Los crímenes y atrocidades que tenían lugar en el campo de Mauthausen le revolvían el estómago, le hacían volver la mirada hacia otro lado, y a menudo se le veía en la cantina intentando olvidar las escenas terribles que había contemplado durante el día. Muchos no se habían dado cuenta de los pensamientos secretos que albergaba «aquel traidor de pacotilla», pero el asesino sabía leer en el corazón de los débiles... y Erich era un hombre débil. Solo por eso merecía morir.

Sin embargo, otros muchos SS del campo tenían debilidades secretas, desde cierta inclinación a los jovencitos a la mala costumbre de decir el nombre del *Führer* en vano cuando creían que nadie los estaba observando. La razón por la cual comenzó su limpieza del campo de Mauthausen por el cabo segundo Streicher fue más debida a la casualidad que a la libre elección. Erich estaba en su lista, sí, pero el azar lo puso al frente de ella:

—A ti te había visto antes —le dijo de improviso aquel maldito cristiano justo delante del primero de los barracones que se estaban construyendo a la izquierda del edificio de la comandancia. Allí, en breve tiempo, se ubicarían las viviendas de los soldados, así como oficinas de administración y áreas de recreo para el disfrute de la tropa. Particularmente, ahora se hallaban junto a los cimientos de lo que un día habría de ser el hospital de las SS.

El asesino le mostró una sonrisa de dientes muy blancos, felinos.

—Sí, sí... estoy seguro —insistió el cabo Streicher—. Te vi meses atrás cuando estuve sirviendo una temporada en el castillo de Hartheim. Pero entonces tenías otro nombre y... Pero eso no es posible, ¿verdad? Nadie puede cambiar su nombre así como así y menos para ir a parar un lugar como este. —Erich meneó la cabeza, contrariado—. Tal vez esté en un error. De todas formas, en Hartheim deben llevar un registro de estos temas. Llamaré y me informaré de...

Un movimiento de la mano demasiado rápido para ser visto y la daga del asesino penetró por la parte inferior del cuello del cabo Streicher, atravesó la boca y el paladar, para acabar incrustándose en el cerebro de aquel pobre desgraciado. En la hoja de acero de la daga podía leerse «*Meine Ehre Heist Treue*» (Mi Honor es La Lealtad), uno de los lemas de las SS. Sobre la empuñadura negra de ébano, que sobresalía de su cuello como una mala barba postiza, podían verse el águila nazi y las letras «SS» en un círculo rúnico. Erich hizo un sonido parecido al de un mecanismo de cuerda que se quiebra y cayó blandamente hacia atrás, muerto.

—Creo que esa historia de cuando servimos juntos en Hartheim, mejor será un secreto entre nosotros, *Herr* Obergefreiter-SS Streicher, ¿no es cierto? —El asesino comenzó a arrastrar el cadáver hacia el interior del barracón, aún a medio construir—.

Le agradecería que no volviese a hacer mención de ese asunto. Se trata, como lo diría, «de algo embarazoso para mí».

Cuando estuvo seguro que nadie le había visto y que tardarían al menos un rato en encontrar el cuerpo, el asesino se inclinó y, después de arrancar la daga de la garganta de Streicher, comenzó a escribir con su sangre un pequeña nota para los investigadores. Él era un hombre educado y, aunque no deseaba que le atrapasen, tampoco quería que perdiesen el tiempo dando palos de ciego.

Su crimen no debía ser confundido con un mero ajuste de cuentas. Lo suyo era una ejecución racial: después de todo, estaba limpiando el campo de indeseables.

El asesino quería que todos supieran que él era un buen nacionalsocialista.

Diario de Rolf Weilern

Noviembre 1940

Lección 3:

Asesinato en Mauthausen

(O de cómo pasé de ser casi yo mismo a ser casi un detective)

VII

Me había desmayado. Y soñaba...

Soñaba en qué o quién soy yo: Rolf Weilerin.

¿Quién soy yo, en realidad? ¿Un mal aspirante a nazi, un falso creyente o un traidor? Sé que en los capítulos precedentes, cuando intentaba explicaros lo que había sucedido en la primera jornada de mi diario, dije que me valdría de un escrito autobiográfico como este para explicar mi proceso de transformación en un verdadero nacionalsocialista. También dije que quería alabar la persona de nuestro *Führer* y su dedicación a nuestro pueblo y al combate racial que libramos por nuestra supervivencia. Creo que dije muchas cosas y seguramente algunas no las dije de corazón. Mi hermano me repite a menudo que debo ser esto o aquello, y mi mente quiere ser todo lo que mi hermano me pide que sea, pero mi corazón me dice que todo eso está mal, y mi corazón y yo lloramos nuestra incompreensión desde la soledad de estas páginas. En los últimos años, Otto me ha insistido sin descanso en que mejorase mi caligrafía y mi forma de expresarme cuando escribo. Me ha hecho leer algunos libros clásicos de la literatura alemana e incluso algunos prohibidos por el *Führer*. Yo sé que eso fue para él un gran sacrificio, pero pensó que yo necesitaba ampliar horizontes. Lo que nunca pudo imaginar es que a medida que me hago menos tonto soy más y más incapaz de comprender todos esos conceptos y normas del nacionalsocialismo de los que él está tan orgulloso. Antes, cuando era solo un tonto sin aristas, y no había partes de mí que matizasen mi estupidez, las enseñanzas de mi hermano me resultaban claras como el agua: raza, nación, pueblo... esas palabras manaban diáfanas en mi mente. Ahora ya no es así, y cuanto más me esfuerzo en ser un buen patriota, más me doy cuenta de que no quiero ser el tipo de patriota que desean mi hermano y Adolf Hitler. Creo que no soy ya lo bastante tonto como para querer ser un nazi.

Pero volvamos a mi sueño. En él, todavía entre brumas, vi el rostro de mi progenitor, y el sueño se volvió gris, vacío, como si las olas de un mar imposible golpeasen una playa cuyas calas solo yo conozco y estoy autorizado a transitar. En el firmamento, el rostro de mi tío, que es también mi padre, parecía tomar la forma de las nubes que se perdían en lontananza.

Theodor Eicke, mi tío, cuando aún era mi padre, parece ser que tuvo la mala fortuna de que yo me resbalase entre sus brazos. Caí al suelo de cabeza y estuve casi un año sin llorar. Tardé dos años más en hablar que el resto de los chicos de la escuela y casi cinco más en aprender a escribir. También he oído otra versión, de labios de mi madre, que me dijo que tuve meningitis siendo muy pequeño. No me curé del todo o tan bien cómo los médicos esperaban y esa, siempre según mi madre, era la verdadera causa de mis problemas. Mi tío, cuando aún era mi padre, me miraba con ojos tristes y culpables que desmentían la teoría de la meningitis. Estoy seguro de que él nunca creyó que ninguna enfermedad fuese responsable de lo que soy. La culpa es algo muy

malo, la culpa nos convierte en lo contrario de aquello que en verdad somos. Mi tío, mi padre, que tanto ha luchado porque los enemigos de la Nación sean aislados en los campos de concentración, creo que entendió mi retraso mental como un castigo divino. Él fue el primero en aplaudir las leyes de eutanasia para los retrasados. De haber estado en su mano, los homosexuales, los asociales, los judíos y cualquier otro subhumano, habrían sido enviados a las cámaras de gas sin pasar por los trabajos forzados. Yo, Rolf Weilern, soy una especie de recordatorio para él de la fragilidad del hombre; su culpa es de alguna manera mi culpa, y también la de mi hermano, que ha heredado la de ambos.

Pero todo lo anterior solo es palabrería y digresión. Me había desmayado en el patio de revista; eso es lo que cuenta. Perdido el conocimiento, había comenzado a soñar. En mi fantasía, de alguna forma, todas mis dudas cobraron por fin la forma de un laberinto. Ahora lo sé, pero entonces huía de mí mismo, de mi tío y de mi hermano dentro de una pesadilla, y mis terrores me perseguían, algunos desde el presente y otros desde el pasado. Recuerdo que corría descalzo, enloquecido, por sinuosos corredores tallados en la roca. Chillé, grité un nombre que no conozco y continué mi loca carrera camino de ninguna parte. Al fondo del último corredor había una puerta, un gran portón de bronce con el emblema conocido como SA Sportabzeichen, la insignia deportiva de las Tropas de Asalto SA. Se trata de una esvástica enmarcada en hojas de laurel y atravesada por una espada: un viejo símbolo nazi ahora ya olvidado, especialmente desde que las SA cayeron en desgracia y nosotros, las SS, somos los hijos predilectos de Adolf Hitler.

Pero en mi sueño no había tiempo para reflexionar sobre símbolos y el portón cedió, abriéndose ante mí, incluso antes de que hubiera apoyado una de mis manos sobre su superficie. Dentro me esperaba una oscuridad aún mayor de la que venía huyendo corredor tras corredor. Supe instintivamente que, si atravesaba aquel umbral, me convertiría en un monstruo o, al menos, en algo que no quería ser. Di media vuelta y traté de huir, pero ya era tarde. En uno de esos saltos temporales y espaciales tan propios de los sueños, me vi delante de una celda. Se trataba de un pequeño cuarto de apenas cuatro o cinco metros cuadrados con tan solo un camastro y un orinal. Sobre el lecho, había un hombre cansado, roto, que me miraba con ojos brillantes, como pidiendo clemencia. Conocía a ese hombre: conocía sus mejillas regordetas, su absurdo bigotito prusiano, su expresión de complacencia, de superioridad y de endiosamiento enmarcados en un gesto de idiota capaz de hacer la competencia a mi propio gesto de idiota.

Su nombre: Ernst Julius Röhm.

Entonces descubrí que no estaba solo. A mi derecha se encontraba un Obersturmbannführer-SS, un hombre todavía joven pero con la cara ajada como un viejo y la típica pose envanecida de los altos oficiales de la Schutzstaffel. Ese hombre se parecía a de Adolf Hitler, con su mismo flequillo rebelde y esa expresión entre furiosa y alucinada que he visto en sus discursos en el cine. A mi izquierda estaba mi

padre, Theodor Eicke, vestido con uniforme de Brigadeführer-SS, un rango que ocupó hace ya bastantes años. Theodor me alargó su viejo revólver Mauser, una antigualla de la Primera Guerra Mundial. Soporté su peso con ambas manos y le lancé una mirada suplicante:

—¿Por qué yo?

—Porque debes hacerte un hombre —replicó mi padre.

—Pero yo no quiero hacerme un hombre —objeté—, solo quiero ser un buen hijo para usted.

El Obersturmbannführer se echó a reír tras escuchar mis últimas palabras. Theodor subió el tono de su voz, airado, y restalló:

—Tú no puedes ser un buen hijo para mí porque, para empezar, no eres mi hijo. Ya te lo he explicado muchas veces. Yo soy tu tío, tu jefe, y te ordeno que mates a ese mariquita de ahí dentro.

—Pero antes usted era mi padre.

—Por Dios, Rolf, me he casado con una mujer importante, bien relacionada en Berlín y con las altas esferas del partido. Hasta tú deberías entender que ahora eres solo mi sobrino. No puedo reconocer que soy un adúltero y tengo dos hijos bastardos. ¿Eres tan tonto para no entender eso? ¿O estás como siempre haciéndote pasar por más tonto de lo que eres para no hacer lo que te pido?

Me encogí de hombros. Prefería hablar de mi madre y de por qué nunca quiso casarse con ella que matar a nadie. Ernst Röhm se removía nervioso en su celda mientras escuchaba nuestra discusión; aprovechando una pausa, replicó en mi nombre:

—No tendrá valor para matarme. Tendrás que ensuciarte las manos personalmente, Theodor.

Entonces, los acontecimientos se precipitaron: el Obersturmbannführer cogió el arma de mis manos y, acercándose hasta los barrotes de la celda, levantó el Mauser y apuntó con pulso tembloroso al preso.

—Nadie debe saber nunca por qué hemos matado realmente a Röhm —dijo, mirando a mi padre—. Nunca, ¿me entiendes?

VIII

Una detonación, dos, tres... y desperté de mi sueño. Un dolor de cabeza terrible me taladraba las sienas. Intenté incorporarme pero la habitación daba vueltas. Tardé un par de minutos en darme cuenta de que me hallaba sentado en un viejo sofá de caoba tapizado en un chillón color amarillo azafrán. Estaba rematado con un laborioso ornamento en forma de volutas y una cenefa clásica con motivos geométricos. Aparte de ser una pieza horrorosa, me di cuenta de que se trataba también de una pieza de coleccionista. De vuelta al mundo real, traté de adivinar quién podía tener en Mauthausen una pieza tan cara y a la vez de tan mal gusto. Solo había una respuesta posible. Levanté la vista y descubrí, sentado en una silla Thonet de madera curvada, otra pieza de coleccionista, al comandante en jefe del campo de concentración, el mismísimo Frank Ziereis.

—Hola, Rolf. Espero que hayas tenido un sueño reparador. —Frank se volvió hacia una mesita baja y cogió una botella de alcohol—. ¿Te apetece echar un trago de licor de naranjas?

Negué con la cabeza, todavía demasiado sorprendido y un tanto adormilado. Mi superior se encogió de hombros y se sirvió con generosidad, engullendo al cabo su copa sonoramente.

Mi presencia en aquel lugar era significativa. No cabía duda que me hallaba en la Comandancia de Mauthausen, en el despacho privado del Lagerführer. ¿Por qué estaba allí? ¿Cómo había llegado?, pero, sobre todo, ¿por qué Frank Ziereis me trataba con tanta condescendencia y me ofrecía una copa, fuese de licor de naranjas o de cualquier otra cosa?

Frank no tendría más de treinta y cinco o treinta y seis años. Era un tipo alto, rubio y de ojos azules, aunque no demasiado guapo. A menudo lucía un corto bigote que, sin embargo, se había recortado pocas semanas atrás. Se trataba de un hombre vanidoso, estirado y pusilánime: un analfabeto que había llegado hasta su puesto lamiendo culos de altos oficiales del partido. Por eso se rodeaba de muebles antiguos y rarezas elitistas con las que pretendía suplir sus carencias. De alguna forma, era tan tonto como Rolf Weiler, si bien había aprendido a ocultarlo, especialmente a sí mismo.

—*Herr Lagerführer* —balbuceé, tan pronto comprendí que había recuperado el don del habla—, no entiendo cómo...

—No hay nada que entender —me interrumpió Ziereis—. Debes descansar, Rolf. Te has llevado un susto de muerte y ahora sin duda te sentirás débil. Yo estoy aquí para ayudarte. Eso es lo único que debes entender por ahora.

Sus palabras, lejos de serenarme, me sumieron en un profundo estado de *shock*. Frank Ziereis quería ayudarme: el mismo Frank Ziereis que en todos los meses que llevaba en el campo no me había dirigido la palabra; el mismo Frank Ziereis que yo pensaba que ni siquiera conocía mi nombre; el mismo Frank Ziereis que, y de eso

estaba seguro, no se habría dignado a mirarme a la cara bajo ningún concepto pocas horas atrás. Creo que cerré los ojos, preguntándome si no estaría todavía soñando. Esperé un buen rato y recé para mis adentros una vieja oración que me había enseñado mi madre poco antes de marcharse al cielo. Al abrirlos, sin embargo, allí seguía mi comandante. Se volvió hacia mí y abandonó una Biblia que había estado ojeando puesta del revés, sobre la misma mesita baja donde descansaba su copa de licor de naranjas.

—Así es, poco a poco —me dijo, con su voz aflautada de acento dulzón muniqués—. No debe tener prisa en recuperarse. Si es necesario, vuelva a dormir otro rato. Su hermano está al llegar para hacerse cargo de usted. Ha sufrido una experiencia terrible por culpa de ese imbécil de Boldt. Pero no debe pensar en ello. Ya he tomado medidas y ahora el Rapportführer está en un calabozo. Debe entenderlo, él... —Se detuvo a media frase, como si reflexionase y volvió a servirse un generoso trago de su licor—. Heinrich Boldt es un buen hombre y, a su manera, un buen oficial. Pero lo que hizo estuvo mal. Y no porque usted no se lo mereciera, ese no es el asunto. Humillar a un compañero de las SS en público es mucho peor de lo que usted hizo, suponiendo que hiciera alguna cosa. Un español, colabore o no con nosotros, Kapo, Vorarbeiter o Prominenter, no deja de ser un español y por lo tanto es prescindible. Pero Boldt cometió un par de errores que yo considero imperdonables. El primero, como ya le digo, fue lo riguroso del castigo. Si usted no podía matar a un español como se le había ordenado, ya se encargaría su hermano de disciplinarle. Además, como ya le he dicho, el castigo fue desproporcionado y un mal ejemplo para los prisioneros, que han visto que incluso uno de nosotros puede ser denigrado y relegado a la categoría de subhumano. Ese es un error que no debe repetirse... ¡jamás! Nosotros, los miembros de la Banda de la Calavera, somos seres superiores: todos y cada uno. Incluso usted.

En un reloj de cuco dieron las doce de la noche. Me volví, boquiabierto. ¿Cuántas horas llevaba desmayado? ¿Cuatro, cinco? ¿Todo el tiempo lo había pasado en las dependencias de Frank Ziereis? Además, volvía a llevar mi uniforme de SS. Pedí al buen Dios que no hubiese sido él mismo quién me hubiese desnudado y vuelto a vestir. Definitivamente, no entendía por qué aquel hombre se tomaba tantos desvelos conmigo.

—En segundo lugar —prosiguió entonces—, está el asunto de a quién se puede o no se puede disciplinar. La jerarquía es muy importante en nuestra organización. Usted, para bien o para mal, es quien es. Si no fuese por su parentesco con el Gruppenführer-SS Eicke, las cosas serían muy diferentes. Pero el caso es que Theodor Eicke es su tío y solo por eso un simple Rapportführer como Boldt debería cuadrarse cada vez que usted pasa a su lado. Él sabía perfectamente cuando cometió la estupidez de disfrazarle de prisionero y hacerle pasar la revista, que su decisión le acarrearía problemas. Su reacción, pues, fue doblemente estúpida. Y yo no quiero que un hombre estúpido esté al mando del conteo de subhumanos en mi

Konzentrationslager.

Frank Zierys se levantó de su silla de diseño y caminó lentamente en mi dirección. Me sonrió y puso una mano en mi hombro. Con la otra apoyada en la cintura componía su habitual gesto arrogante que le había valido el sobrenombre de «el pavo».

—Pero yo quiero que comprenda otra cosa, hijo mío. Heinrich Boldt tenía un hijo que ahora, de estar vivo, contaría más o menos su edad. Tenía un leve retraso mental, algo más acusado que el suyo, pero tampoco demasiado. Su padre, como el buen alemán que es, lo entregó al castillo de Hartheim para que fuese suprimido siguiendo las directrices del plan de eugenesia nacional más conocido como Aktion T4.

—¿Entregó a su propio hijo a los verdugos del Castillo?

Frank Zierys suspiró.

—No son verdugos sino médicos y enfermeras titulados que luchan por limpiar nuestro país de las taras genéticas que heredarían nuestros hijos si dejásemos que estas se propagaran. Pero bueno, el fondo de la cuestión es ese, lo entregó para que fuese gaseado en una cámara no muy diferente de las que nosotros utilizamos para los judíos. —Zierys me miró, buscando mi comprensión. Pero yo ya estaba completamente despejado y mis ojos, los ojos de un tonto, solo reflejaban el más frío desprecio—. Por diferentes circunstancias, la depuración del hijo de Boldt se retrasó. Trámites burocráticos, cierto exceso de celo en los padres de la comarca, que han llevado a más vástagos de los que podían ser absorbidos en el flujo habitual de trabajo en Hartheim, etcétera. El caso es que el muchacho llevaba ya varios meses pudriéndose en una celda del Castillo y la determinación de Boldt comenzó a flaquear. Así que tomó una resolución. Sus creencias nacionalsocialistas estaban por encima de sus propias debilidades. No podía hacer otra cosa.

»Yo mismo fui a buscar a una secretaria que le ayudó a redactar una carta. Esta misiva, iba dirigida al doctor Lonauer, el director del Instituto del Sueño de Hartheim. En ella, Heinrich instaba al director a consumir de una vez la depuración de su hijo o de lo contrario lo devolviera al hogar de los Boldt para que su padre cumpliera con su deber y le disparase un tiro en la cabeza. Esas fueron las palabras exactas. No recibí respuesta pero, en su lugar, a los dos días me fue entregada la notificación oficial de que Heinrich Boldt hijo, había pasado a mejor vida para beneficio del Reich alemán.

Creo que me eché a reír, nervioso.

—Para beneficio del Reich alemán...

—Sí, así es. —Si Zierys captó la ironía y el asco en mis palabras, no lo dejó traslucir—. Por ello le pido que entienda por qué el Rapportführer se comportó de tal forma con usted. De alguna manera, el que siga vivo es un insulto para el pobre Heinrich. —Zierys elevó el tono de su voz, presa de un repentino acaloramiento—. ¡Usted podría ser su hijo, maldita sea! ¡Su hijo podría haber sobrevivido y estar a su lado en el Lager haciendo tareas sencillas si su padre no hubiese sido tan escrupuloso en su interpretación de los mensajes del *Führer*! Lo que Boldt no acierta a

comprender es que la mayor parte de las normas y preceptos que son buenos para el pueblo, para la gestión de su obediencia y su organización como sociedad al servicio del partido, no sirven para nosotros los SS. Nosotros estamos por encima del bien y del mal. Su hijo murió por la cabezonería de un padre que se exige demasiado a sí mismo. Este tercer error, es a mi juicio el más grave de todos, y el que lo pagase con usted a mis ojos resulta absolutamente injustificable.

Creo que levanté la cabeza, ofuscado, y dije con brusquedad:

—Así pues, el Rapportführer Boldt va a ser castigado, después de todo; solo lamento que se le castigue por haberme maltratado y no por haber inducido a esos carniceros al asesinato de su propio hijo.

Ziereis se dio la vuelta y carraspeó. Luego me dijo que lo había relevado de su cargo y pensaba enviarlo al frente tan pronto recibiese la orden de traslado. También me dejó claro que él no consideraba que hubiese obrado mal respecto a su hijo, tan solo con demasiado celo, y no pude dejar de ser consciente que la única razón por la que lo alejaba del campo de Mauthausen era para evitar que alguna acción posterior de Boldt contra mi persona, le granjease la enemistad de mi tío, el bueno de Theodor Eicke. Este, de alguna forma, había sido su mentor y el de todos los comandantes de los Lager del Reich. Mi padre, mi tío, como todo el mundo sabe, diseñó el sistema de campos de concentración alemán y por ello, para bien o para mal, pasará a la historia.

Alguien llamó a la puerta en ese momento y Ziereis dio un respingo.

—¿Quién es?

Mi hermano pasó al interior y se cuadró. Su rostro parecía más serio y concentrado de lo normal.

—Oberstufmührer-SS Otto Weilern a su servicio, señor.

—Tome asiento, por favor —dijo entonces Frank, frotándose las manos. Le temblaban. Solo en ese instante pude darme cuenta de que toda la escena que acababa de vivir no era fruto de la familiaridad sino del nerviosismo. Frank estaba terriblemente preocupado por algo, y para solucionar ese algo necesitaba de mi hermano Otto. Yo, entretanto, le había servido de interlocutor para enmascarar su desasosiego; yo y media botella de aquel asqueroso licor de naranjas le habíamos servido de bálsamo mientras esperaba una solución a su problema.

—Acabo de llegar de Gusen, *Herr Lagerführer*. Tan pronto me informaron de su requerimiento, vine aquí a toda velocidad —dijo mi hermano, y al verme tras su comandante, sentado a su lado en el sofá, suspiró de alivio—: Ah, ya estás bien...

—Por supuesto que está bien —se ufanó Ziereis—. Solo fue el susto. Además, un poco de ejercicio no le viene mal a nadie. Su hermano hace un rato que volvió en sí y ahora estábamos hablando precisamente de que el incidente no era para tanto.

Mi hermano era un mozalbete alto y avisado. Medía más de metro noventa y se decía que su coeficiente de inteligencia superaba el ciento cincuenta. Ancho de espaldas, rubicundo, poseía una belleza sobria y unas facciones aquilinas, como labradas a cincel. Era rubio como yo pero más oscuro, y de un tono cobrizo. Yo a

veces imaginaba algún dios griego y le ponía su rostro y su inteligencia. Él había heredado todo lo bueno de los genes de nuestra familia y hasta un poco de los que tendrían que haber sido míos. Pero no me importaba, porque no había nada en este mundo que yo amase y respetase más que a mi hermano.

—Estupendo, señor —dijo Otto—. Me alegro que la cosa no fuese tan grave. Por teléfono me pareció usted muy preocupado y temí que mi hermano pudiese estar herido de gravedad.

—En absoluto, Weilern, en absoluto. El tema de su hermano está zanjado y olvidado. Tomaré medidas contra el Rapportführer y... bueno, espero de todo corazón que este desagradable incidente no llegue a oídos de su tío ni del *Führer*.

Otto iba a decir una frase típica como «no se preocupe» o «por mi parte, este asunto está olvidado». Lo vi en sus ojos. Por el contrario, calló abruptamente. La alusión a Hitler no tenía el menor sentido.

—¿El *Führer*? ¿Por qué iba el *Führer* a interesarse por los problemas de Rolf o...?

Mi hermano aún no había terminado su frase cuando un telegrama apareció como por arte de magia en la mano derecha de Frank Zierys. Otto lo tomó y lo leyó incrédulo.

—Sí, lo que está leyendo no es ninguna broma —dijo Zierys—. Cuando hacía una hora u hora y media que su hermano había perdido el conocimiento me mandaron este escrito desde la Cancillería del Reich. El *Führer* en persona me hace responsable de cualquier daño que pueda sufrir Rolf Weilern y me avisa de que si muriera por mi negligencia... me espera un Consejo de Guerra o algo peor.

Ahora terminaba de estar claro por qué Zierys estaba tan preocupado por mi salud.

—¿Algo peor, comandante?

—Leyendo entre líneas me ha parecido entender que uno puede aparecer en una cuneta y de esta forma no es necesario ningún Consejo de Guerra.

Ambos interlocutores se intercambiaron miradas que mezclaban sorpresa y turbación.

—Lo que no entiendo es cómo lo supieron tan rápido en Berlín, señor.

—Eso también me lo he preguntado yo mismo.

Mi hermano se volvió hacia mí con expresión severa.

—Un día, tienes que volver a contarme lo que pasó el día que murió Röhm —dijo.

Yo negué con la cabeza.

—No me gusta hablar de eso. Bastante tengo con mis pesadillas.

—¿Su hermano estaba en Munich la Noche de los Cuchillos Largos? ¿En la prisión de Stadelheim donde murió Röhm? —terció entonces Zierys, entre grandes aspavientos—. ¿Fue testigo de la caída en desgracia de las SA, de todos aquellos traidores purgados por el *Führer*?

Otto enarcó una ceja y le lanzó una mirada que quería decir: ¿de verdad desea que

le hable de la Noche de los Cuchillos Largos?

—Vale, de acuerdo, no quiero saber nada de ese asunto. —Ziereis escrutaba su vaso vacío buscando un rastro de licor, aunque fuera en el fondo—. Solo quiero que a cualquiera que le pregunte sobre su hermano, le diga usted que su estado de salud es inmejorable.

—Delo por hecho, Frank.

Mi hermano intentaba tranquilizar a Ziereis siendo un poco más cercano y tuteándole por primera vez aquella noche. Pero no lo consiguió. Por el contrario, Ziereis se levantó a toda velocidad y cruzó la habitación para volver a tomar su botella de licor de naranjas.

—¿Pasa algo más? —preguntó mi hermano, al ver cómo Ziereis bajaba los hombros y se encogía, copa en mano, y adivinando en su expresión el mismo nerviosismo incontrolable que yo había entrevisto pocos minutos antes.

Un rostro mortalmente pálido se volvió hacia mi hermano y le miró con cara ausente, sin expresión.

—Hoy ha sido un día extraño, Otto. Han pasado demasiadas cosas. Lo de su hermano y la amenaza del *Führer* solo han sido, como se dice popularmente, la gota que colma el vaso. Esta tarde sucedió una desgracia en los barracones nuevos que estamos construyendo para la tropa. Hasta ahora, he conseguido mantener el asunto oculto de miradas indiscretas, por así decirlo. Solo lo conocen mi segundo, Bachmayer, y el jefe de la oficina política. Un pelotón de soldados de mi confianza está montando guardia en torno al barracón en cuestión y no dejan que nadie traspase la barrera que han formado. Gracias a Dios, los SS tenemos profundamente interiorizado el concepto de obediencia debida y nadie ha preguntado todavía por qué he puesto una barrera de hombres en un lugar semejante. Pero lo harán y, para cuando eso suceda, quiero que no quede ni rastro de lo que hay entre esos muros aún a medio levantar.

Mi hermano asintió y frunció los labios en una expresión de eficiencia y concentración máximas.

—Si me explica lo que ha sucedido tal vez pueda ayudarle.

—Precisamente por eso le he hecho llamar, Oberstumsführer-SS. No hay nadie en este Lager que tenga las aptitudes que usted posee. Este tipo de instalaciones no son propicias para que las personas especialmente brillantes sirvan en ellas a nuestro país. Su caso, todos lo sabemos, es un caso excepcional, fruto del deseo de su tío de que ambos permanezcan bajo mi cuidado.

—Como ya le he dicho, y le reitero, tendrá toda mi colaboración sea cual sea la naturaleza del asunto. —Otto apretó la mandíbula y añadió con voz firme—: Solo hay una cosa que le pido, comandante.

—Lo que guste.

—Quiero que mi hermano Rolf me asista en esta misión.

—¿Su hermano? Yo pensaba a mandarlo a su casa en Sankt Valentin. —Ziereis

parecía sorprendido—. No es necesario que le diga que necesito la más absoluta discreción.

—Rolf jamás haría nada que me contrariase. Si yo le pido discreción será el hombre más discreto del mundo. Además, luego del incidente de esta tarde, me gustaría que mi hermano estuviese un día o dos bajo mi cuidado, lejos del contacto con el resto de la tropa del Lager, sea aquí o en Sankt Valentin. Intuyo que el asunto que nos ocupa va a tardar un poco en solucionarse y así podré tenerlo alejado de los demás hasta que lo del Rapportführer Boldt se calme.

Ziereis asintió, comprendiendo la lógica del razonamiento de mi hermano y deseando que esa misma lógica le sacase a él de un apuro que aún era un completo misterio para el resto de las personas que estábamos en su despacho.

—Bueno, basta de palabras —dijo, súbitamente animado, acaso por un postrer trago de aquel licor de naranjas que no dejaba de engullir—. Nos espera un asesinato particularmente macabro y un misterio que rezo para que podamos desvelar en ese par de jornadas que me ha pedido para cuidar de su hermano.

Otto y yo nos miramos sorprendidos, mientras nuestro comandante abría la puerta de su despacho y salía como alma que lleva el diablo. La palabra «asesinato» flotaba todavía en el aire, pero no tuvimos tiempo para reflexionar demasiado sobre ello pues salimos a la carrera siguiendo sus pasos, que ya se alejaban a grandes zancadas lejos de la Comandancia. Tanto mi hermano como Frank Ziereis se habían olvidado que estaba todavía convaleciente pero yo, el primero de todos, quería olvidarme de la criminal revista de Boldt; así que silencé mis doloridos músculos y me dispuse a iniciar la investigación de un asesinato cometido entre los muros del mismo Mauthausen. Como si de Philip Marlowe o de Sam Spade se tratase, me adentré en la negra noche, imitando el gesto impasible de mis héroes de las novelas de detectives americanas que, a espaldas de mi hermano, he de confesar que devoro a escondidas. El nombre de mi primer caso: Asesinato en Mauthausen.

IX

El destino se había teñido del verde castrense y del rojo de la sangre. Así, un grupo de hombres con uniforme verde oscuro avanzábamos, en busca de un cadáver, hacia un grupo de barracones de un verde oliva algo más claro. Estos, se encontraban la izquierda de la Comandancia, de donde acabábamos de llegar, y justo delante del portón de acceso al campo interior, donde vivían los reclusos. Un poco más allá, a la derecha de un talud artificial, discurría la carretera que conducía al lugar de trabajo de la mayor parte de los prisioneros de Mauthausen: la cantera de piedra. En dirección contraria, la carretera circunvalaba los anexos al campo y regresaba a la principal, camino del pueblo. Se trataba, en realidad, de un lugar de fácil acceso para la tropa, prisioneros, administrativos y secretarías civiles... Los sospechosos potenciales del crimen serían innumerables.

Pero en ese momento nadie pensaba en los sospechosos sino en el cadáver. Yo soy muy aficionado a las novelas policíacas, como antes os comentaba, y en ellas los ambientes son sórdidos, los hombres son tipos duros de rostro impenetrable y siempre hay damas caídas en desgracia a quien rescatar. Pero en la vida real, lo único sórdido con lo que uno se encuentra es con el cuerpo sin vida de un conocido, los tipos duros se miran con rostros aprensivos y no lo parecen tanto, y no hay manera de ver a ninguna mujer en apuros, por suerte o por desgracia. Erich Streicher yacía boca arriba sobre el suelo de madera del futuro hospital de campaña de las SS. Tenía la garganta destrozada; se le veían trozos de cosas, de órganos y de carne que no os sabría describir, saliendo por un agujero de su cuello. Había dientes suyos en el suelo y sangre por todas partes. Pensé que me vendrían ganas de vomitar pero tenía el vientre vacío y solo sentí una bocanada de hiel subiéndome por la boca. Erich era un buen tipo. Tal vez bebía demasiado, pero ni borracho era de los que más me insultaba llamándome tonto o retrasado. Siempre me pareció un hombre desdichado, pero llevaba su pena consigo y no se la explicaba a nadie. Creo que, como a mí, no le gustaba trabajar en el campo de concentración. No, no creo que le gustase.

—Esto es muy curioso —dijo mi hermano, inclinándose junto al cadáver. Había escritas en el suelo unas palabras. Ocupaban buena parte del final del barracón. Otto las olisqueó y dijo «hechas con sangre» antes de proseguir con su lectura.

La Iglesia romana de Alemania no puede negar su plena responsabilidad por haber devastado al pueblo a través de sus numerosos clérigos pacifistas, ya que en otros casos en que sacerdotes católicos honorables hallaron palabras de genuina voluntad nacional alemana, les impuso sin más la prohibición de hablar en público. Existe, por tanto, un trabajo político-ideológico realizado sistemáticamente, que puede ser probado, para robar al pueblo alemán su orgullo, para profanar su recuerdo y para enlodar la ardiente voluntad de amparar al pueblo y a la Patria.

(Alfred Rosenberg)

—¿Qué especie de demente se detiene a escribir una parrafada semejante después de asesinar a un pobre hombre como Erich? —Ziereis se había inclinado junto a mi hermano y leído a su lado el texto panfletario del asesino. Con un pañuelo se tapaba la nariz e inspiraba con fuerza, como si le costase respirar.

Otto tardó en contestar a su superior. Se incorporó y cerró los ojos, como siempre que trataba de concentrarse en alguna cuestión compleja.

—El asesino quiere que comprendamos que es un hombre culto, que no ha matado sin más ni más, que lo ha hecho movido por razones profundamente éticas y morales. Ha escogido un texto de Alfred Rosenberg, el más grande filósofo nacionalsocialista, y probablemente lo haya cogido de su obra cumbre: «El Mito del Siglo XX». Tengo que comprobarlo, pero estoy casi seguro que se trata de uno de sus párrafos iniciales, en la misma introducción.

—¿Cómo sabe eso? —Ziereis le lanzó una mirada suspicaz.

—Bueno, todos lo hemos leído, ¿no es verdad? Hasta los escolares tienen las obras de Rosenberg en su pupitre. Incluso se la hice leer a Rolf hace unos años.

—Y no entendí nada de nada —acoté.

Mi hermano hizo como si no hubiera oído mi comentario y prosiguió con su examen de la escena del crimen. Sin quererlo, adoptó una actitud severa, como un profesor que imparte una clase magistral.

—Bien, ¿por dónde iba? Sí, el asesino quiere que creamos que es un hombre instruido, pero no creo que lo sea. Hay momentos en la obra de Rosenberg en los que se examina el tema del cristianismo de forma mucho más explícita y acertada. No creo que el asesino haya pasado de esos primeros párrafos introductorios. Me parece que se trata de un crimen casual, de algo no premeditado que se nos quiere vender como todo lo contrario: un crimen planeado hasta el más mínimo detalle. El tema del enfrentamiento entre el mundo cristiano y el nacionalsocialista tal vez sea una excusa, o tal vez no. ¿Era Erich un hombre muy devoto?

—Sí, lo era —dijo una voz a nuestra espalda—. Profundamente religioso, casi obsesivo —dijo una segunda voz, más aguda que la anterior. Una voz conocida—. Iba siempre por ahí besando una cruz de San Ruperto que, según decía, le había regalado su abuela.

Nos volvimos. El soldado de primera Harald y el Blockführer Braun acababan de entrar en el nuevo Hospital de Campaña y, tras esquivar una pila de escombros, se habían cuadrado delante de Ziereis, que les ordenó descansar con un gesto. Hacían una pareja curiosa aquellos dos: Harald, tan joven, atractivo y pulcro, al lado de un viejo soldado fornido, medio bizco y hastiado como Braun.

—De todas formas, me sigue pareciendo que todo esto es una impostura, una excusa —sentenció mi hermano.

Harald se acercó hasta mí y me ofreció un cigarrillo. Lo rechacé y él se encendió

uno que ya llevaba entre los labios. Por un instante, el fósforo iluminó sus hermosos rasgos. Me sonreía, como siempre, paternal.

—¿Estás bien?

—Estoy bien; al menos estoy mejor que Erich.

—Eso seguro —rió—. Oí lo que te pasó a la hora de la revista con esa bestia de Boldt. Estaba preocupado por ti.

—Pues no hace falta que lo estés.

Harald exhaló una larga bocanada de humo. Suspiró y se quedó en silencio.

—Supongo que tú y Braun sois los guardias de confianza que el comandante ha puesto por aquí para evitar miradas indiscretas —le dije, volviendo la cabeza hacia mi hermano, que había cogido al cadáver del mentón y examinaba sus heridas.

—Nosotros y alguno más. Estamos ahí fuera procurando pasar inadvertidos pero evitando al mismo tiempo que nadie meta las narices en este asunto.

—Un asunto feo.

—Un asunto muy feo —confirmó Harald—. Yo creo que incluso peor de lo que imaginas.

De pronto, Otto pareció tener una idea y comenzó a comprobar el estado de los tablones de madera del suelo, especialmente aquellos que estaban cubiertos con las letras ensangrentadas por la caligrafía del asesino. Una de las tablas estaba más suelta que las otras y mi hermano comenzó a forcejear con ella. Braun acudió en su ayuda y de un solo manotazo hizo astillas la madera. Debajo, en un hueco del suelo, un objeto de metal brilló por un breve instante antes de que el Blockführer lo cogiese y lo exhibiera volviéndose en dirección a su comandante.

—¡Una daga de las nuestras! —acertó a decir, con los ojos como platos, como si no diera crédito a sus propias palabras.

Ziereis se quitó el pañuelo de la nariz y le miró con un gesto de desprecio.

—¿Y qué esperaba? Si hubiese tenido el menor atisbo de duda acerca del autor de este acto horrible, y hubiese sospechado que pudiera ser un preso, no estaríamos aquí a escondidas sino dando de latigazos hasta al último de esos miserables subhumanos de ahí enfrente. Ya sabía que se trataba de uno de nosotros. El asesinato es demasiado limpio: un solo golpe, rápido, profesional, silencioso. Además, están todos esos dislates filosóficos escritos con sangre. La mayor parte de los prisioneros son extranjeros y no saben escribir ni en su lengua, tanto menos en alemán. Respecto a los alemanes de la insignia verde, son casi todos maleantes de los bajos fondos y en su vida habrán visto un libro de Rosenberg. A los pocos triángulos rojos que tienen estudios, ya he ordenado llevarles a las celdas del Bunker. Yo mismo los interrogaré dentro de un rato, luego que haya descansado un par de horas.

En los campos de concentración había una estricta clasificación de reclusos atendiendo a las razones de su encarcelamiento. La insignia o triángulo verde era para los alemanes delincuentes comunes. Cada grupo tenía la suya, cosida en el pecho de su pijama a rayas: gitanos, homosexuales u objetores de conciencia, entre otros. Los

españoles tenían un triángulo azul de apátridas. Ziereis se refiere con «triángulos rojos» a los prisioneros políticos, socialdemócratas o comunistas en su mayoría. Una minoría en Mauthausen. Otto, que conocía de sobras aquella clasificación, le arrebató la daga con delicadeza al Blockführer Braun y la metió en una bolsa de papel.

—No quiero que nadie más la toque —dijo—. Puede tener las huellas del culpable.

Harald se echó a reír.

—¿Qué huellas, *Herr Weilerin*? Supongo que no las querrá sacar usted mismo y luego cotejarlas con los más de quinientos SS de este campo y de nuestro campo hermano en Gusen, sin levantar sospechas de que algo raro está sucediendo. A menos que quiera llamar a los de la criminal y que se encarguen ellos del trabajo sucio.

Ziereis estuvo de acuerdo. Por un momento, se convirtió de nuevo en el tipo maleducado y vociferante que yo había conocido durante toda mi estancia en el campo:

—¡Nada de huellas y nada de llamar a la Kripo! Si aparece por aquí alguno de esos policías de la criminal, rodarán cabezas. Como corra la voz que hay un asesino en serie en mi campo, estoy acabado. Me acusarán de no saber elegir a mis hombres y de mil cosas más que se inventarán de camino. Todos los hombres importantes tenemos «importantes» enemigos y más de uno lleva tiempo esperando para echárseme a la yugular. La mejor forma para perdurar en el sistema de campos de concentración del Reich es pasar desapercibido, ya lo sabéis, por lo que un escándalo de este tipo sería mi fin. —Nos señaló a todos, amenazador—. ¡Y también el de ustedes, ténganlo por seguro! Todo debe hacerse de la forma más discreta posible.

La única bombilla del techo iluminaba el rostro de nuestro comandante. Tenía la frente sudorosa.

—Lo que no entiendo —argumentó Otto—. Es por qué piensa que es un asesino en serie.

Frank Ziereis chasqueó la lengua, como un niño pequeño al que se le ha pillado en una travesura. Caminó hasta una de las ventanas y retiró un trozo de tela con el que se había cubierto el hueco de la misma.

—Quería que esto lo vieran las menos personas posibles, incluidos mis guardias de confianza.

Sobre los cristales había un último mensaje escrito con sangre. Un verso:

*El primero voló en la Casa del Sueño
cayó hasta el suelo como un águila de bronce.
El segundo ardió en el número once
sus dibujos degenerados le valieron la muerte.
Al cristiano le esperaba la misma suerte
por ignorar que del destino yo soy el dueño.*

—Valiente poeta de pacotilla es nuestro asesino —espetó Ziereis, escupiendo al suelo.

—Nos las tenemos con un perturbado, con un megalómano y, algo más... —Mi hermano parecía confuso, como si alguna cosa estuviera a punto de venirle a la memoria—. Pero, volviendo al poema, lo de la Casa del Sueño...

—Se refiere al SS que se suicidó en el Castillo de Hartheim hace unos días —le interrumpió Harald—. Lo llaman Institución del Sueño.

Otto asintió. Parecía evidente.

—Pues entonces no fue un suicidio —tercié, mirando a Harald, que apartó la vista. Ninguno de los dos habíamos olvidado la discusión de por la mañana delante de los muros agrietados de la vieja fortaleza.

—Y lo del número once solo puede ser el español al que asesinaron y prendieron fuego ayer mismo en el barracón once del campo interior. —Ziereis había vuelto a pasar de la ira al desánimo, y ahora parecía abatido, a punto de venirse abajo—. Pero si me lo permiten, me voy a dormir un poco. Necesito recobrar fuerzas para interrogar a los prisioneros del Bunker en unas horas. Quiero hacerlo, además, antes de que amanezca y comience la jornada habitual del campo. Cuantos menos testigos tengamos... mucho mejor. Así que prosigan las pesquisas ustedes solos. Nos espera un día muy largo.

—¡Sí, señor! —ladramos todos al unísono—. *Heil Hitler!*

Ya estaba casi en la puerta del inacabado hospital de campaña cuando el Lagerführer se dio la vuelta. Debía resultar una escena cómica: aquel grupo heterogéneo de SS en una larga sala aún sin techar, con las vigas desnudas, velando el cuerpo sin vida de uno de los nuestros y encubriendo su muerte para salvar el pellejo de un esperpento humano como Frank Ziereis. El viejo zorro sonreía.

—Comience usted el interrogatorio de esos triángulos rojos, Braun —dijo—. Pero los quiero a todos vivos y conscientes cuando yo llegue, ¿entendido? Procure controlar esas manos de bruto que tan bien sabe usar cuando le conviene.

—¡A sus órdenes, *Herr Lagerführer!* —chilló Braun, entrechocando sus talones tan fuerte que un tablón crujió bajo sus pies como si también fuera a quebrarse.

Mi hermano se inclinó a examinar más de cerca los cristales de la ventana, buscando algún indicio, por pequeño que fuese. Braun se quedó un instante en el medio de la sala, como si quisiera añadir alguna cosa más.

—Teniente Weiler...

—¿Sí, Blockführer? —Mi hermano ni siquiera había levantado la vista de la ventana. Braun era el tipo de persona que no suscita demasiado interés por parte de sus superiores. Un poco como yo mismo.

—Me preguntaba, señor, si alguna vez ha pensado usted en la reencarnación.

—No, y no entiendo a qué viene ahora esa pregunta.

—Pensaba, señor, en qué puede causar que un hombre muerto vuelva a la vida para castigar a aquellos que le hicieron mal. —Braun removía la punta de su bota en

el suelo, tal y como haría un animal inquieto, excitado ante la presencia de un rival. Pero él no parecía nervioso, solo algo tenso, con los pensamientos perdidos en alguna parte que ninguno de nosotros éramos capaces de desentrañar—. Pensaba que, si ese ser regresase, tendría que...

—Blockführer. —Otto debió pensar que ya tenía bastantes desvaríos de momento bajo la forma de la caligrafía sangrienta del asesino y decidió zanjar la cuestión—, váyase a tomar un café y procure no pensar demasiado en temas que ahora no vienen al caso como la reencarnación o lo que demonios sea que me está preguntando. Ninguno hemos dormido y me parece que comenzamos a perder la objetividad. Tal vez incluso podría echarse un rato, como ha hecho nuestro comandante.

—No, gracias, mi teniente. —Braun parecía haber recobrado súbitamente la compostura—. Tengo que interrogar a los prisioneros según las órdenes. Lamento haberle importunado, señor. ¡Muchas gracias, señor!

Braun abandonó el barracón sin que tuviéramos tiempo para reflexionar mucho más sobre su extraño discurso acerca de muertos y renacidos.

—Estamos todos perdiendo el juicio —dijo entonces mi hermano, despezándose—. Aquí ya no hay mucho más que ver. Mejor me voy a dar una ducha antes de que vayamos al castillo de Hartheim.

—¿A Hartheim? —repliqué—. Sabes que odio ese lugar. Podríamos comenzar por el asesinato del español.

—No, Rolf. El comandante Ziereis y ese idiota de Braun van a estar toda la mañana dando vueltas entre los prisioneros. Cuando se hayan cansado, iniciaremos nuestras propias pesquisas en el campo interior, tal vez intentando hacer una lista de los SS que penetraron ayer entre sus muros: no creo que sean más de quince o veinte y podría ser un buen punto de partida. Pero por el momento iremos en la búsqueda de esa Casa del Sueño de la que hablaba el poema. Intentaremos descubrir si lo que pasó allí fue un asesinato o un suicidio.

No había más que decir. Yo solo era su ayudante. Él llevaba el caso y las cosas se harían a su manera.

—Claro, Otto. Lo que tú digas.

Poco después, Harald y yo estábamos solos. Me senté entre un saco de cemento y unos ladrillos, y traté de no pensar en que pronto regresaría a un lugar cuya fachada ya me causaba pavor. Ahora tendría incluso que descubrir lo que se escondía en el interior de aquel lugar de pesadilla.

—Toma, la dirección y el teléfono de mi prima en Rems. —Sin que pudiera evitarlo, Harald me puso una hoja de papel en el bolsillo de la guerrera. No opuse resistencia aunque seguía pensando que no era una buena idea.

—No necesito saber dónde vive tu prima.

—Por si un día cambias de opinión.

Cogí la nota. Estaba mecanografiada.

Ilse: HermanGoeringstrasse 20 (Rems). El teléfono estaba algo más abajo, escrito

a mano.

—Le hablé de ti. Su número lo escribió ella personalmente.

—No voy a llamarla, Harald. —Devolví la nota al bolsillo de la chaqueta, junto al poema que mi hermano me había hecho escribir a nuestro *Führer*, y que llevaba allí desde la mañana.

—Muy bien. Estás en tu derecho.

Seguíamos solos en el Hospital de Campaña. Yo esperaba a mi hermano pero Harald debería haber regresado a sus obligaciones. Sin embargo, parecía aguardar alguna cosa.

—¿Tú no te marchas? —le dije.

—No, yo también tengo mis propias órdenes. He de esperar al equipo de limpieza y luego encargarme de que no queden testigos.

—¿Qué quieres decir con eso?

Harald sacó su pistola y comenzó a rellenar el cargador.

—Quiero decir que los prisioneros que se encarguen de levantar el cadáver del cabo Streicher y luego limpien este barracón hasta que no quede la menor huella del crimen, no regresarán nunca al campo interior. El comandante no quiere que nadie salvo su grupo de colaboradores más cercano, sepa nada de este asunto.

—¡Pero me estás hablando de asesinato!

Harald me dio la espalda, exasperado, y se alejó en dirección a la puerta.

—Muchas veces me parece, Rolf, que no sabes en qué mundo vives.

Salí al exterior detrás de mi amigo. Junto al camino había tres guardias más que completaban el grupo de hombres de confianza de Ziereis. Estaban apoyados en un coche, fumaban y reían de sus bromas privadas. Sobre el techo había un gato dormido. Harald y yo nos quedamos junto a la puerta, algo apartados del resto. Pasaron diez o quince minutos en los que no nos dijimos nada. Fumamos un cigarrillo tras otro bajo la luz de la luna. De pronto oímos unos pasos.

—Ahí llegan los que tienen que morir. Les preguntaré si quieren murmurar «Ave Mauthausen», o alguna cosa similar antes de que los ejecute. —Harald tenía los ojos vidriosos. Era la primera vez que le veía a punto de echarse a llorar.

—No tienes porqué hacerlo —le dije.

—No, Rolf. Hay muchas cosas de las que tú te libras por ser pariente del gran Theodor Eicke. Yo tengo que hacer todo lo que me mandan.

Cuando el equipo de limpieza llegó a nuestra altura descubrí que se trataba de dos españoles de mediana edad y de Ícaro, el muchacho sordomudo al que había estado a punto de matar horas antes. Ícaro me reconoció y me sonrió tímidamente al pasar.

—Ese muchacho es el protegido de Braun. No le va a gustar que aparezca muerto.

—Peor para Braun —dijo Harald, en voz alta, para que los guardias del coche le oyeran—. Si no se preocupase tanto de los jovencitos la vida le iría mucho mejor.

Un coro de risas siguió a su comentario y Harald se frotó los ojos, de los que habían comenzado a manar lágrimas traicioneras.

—Por favor, salva al muchacho.

—¿Por alguna razón especial? —Harald me miraba confundido—. Si coges aprecio de forma particular a alguno de estos subhumanos te costará mucho más matarlos el día que te lo manden. Y puedes estar seguro de una cosa: ese día llegará.

—Sálvalo hoy, Harald. Hazlo por mí. Hoy ya maté a un prisionero y sé lo que se siente. Cuando llegue el día de repetirlo... ya veré lo que hago.

—No, Rolf.

—No me hagas que te lo pida de rodillas.

Harald le dio una patada a una piedra. Profirió un juramento. Pero al final se volvió y cogió a Ícaro del brazo.

—Con dos españoles tenemos ya de sobra para limpiar ahí dentro y trasladar el cadáver sin ensuciarnos las manos. —Volvía hablar en voz alta para que sus compañeros le oyesen—. Además, seguro que el Blockführer Braun me invita a unas rondas de cervezas por salvarle el «culo» a su novia.

Una nueva tanda de risas y aplausos siguieron a la ocurrencia de Harald.

—Vete de vuelta a la cama —le dije a Ícaro, que parecía no comprender lo que pasaba a su alrededor—. Antes de que cambien de opinión. ¡Corre! ¡Rápido!

Mi hermano llegó apenas un par de minutos más tarde. Venía por detrás de la Comandancia y me hizo un gesto para que lo siguiese. Por segundos no vio al niño alejándose de vuelta al campo interior. Seguro que hubiese hecho preguntas que yo no querría contestar.

—Yo me quedo a supervisar «la limpieza» —dijo Harald—. Ten cuidado en Hartheim; sobre todo con lo que dices. No te olvides de lo que te expliqué sobre ese lugar.

—No me olvidaré.

Arrojé mi último cigarrillo al suelo y me despedí de mi amigo. Mi hermano iba ya unos pasos delante de mí, camino del patio de garajes, donde nos esperaba nuestro automóvil. Ahora éramos dos detectives en misión oficial.

X

Digan lo que digan, ser detective carece del *glamour* de los libros o las películas de Hollywood. Ser detective es hacer kilómetros y kilómetros en un coche junto a tu hermano, completamente en silencio, mientras este reflexiona sobre todos los indicios y las pistas, que intenta recomponer en su cabeza. Ser detective es pasar por un puesto de guardia tras otro, gritar «*Heil Hitler*», bajar las ventanillas, dar explicaciones, y decir las cosas lo bastante alto como para que los demás piensen que tienes razón. Ser detective o, al menos, ser ayudante de detective, es una labor ingrata. Nadie cuenta contigo y nadie te explica nada. Sigues siendo Rolf el tonto, vestido con su uniforme verde de las SS, yendo de aquí para allá sin saber cuál es el sentido último, el objetivo, de tus pasos.

En Hartheim las cosas no fueron diferentes. De nuevo ante mí se erguían los muros níveos y la cúpula bizantina, los tejados rojos como la sangre y esa sensación de haber traspasado el umbral de un lugar donde el mal aún era más profundo y real que en el propio Mauthausen. Sobre la fachada sur se levantaba la entrada principal. Luego de aparcar nuestro vehículo, un Opel Kadett gris que nuestro «tío» Theodor le había regalado a mi hermano las navidades pasadas, nos dirigimos al guardia de la entrada; este, que nos había visto llegar lanzándonos una mirada torva, todavía la llevaba impasible en el rostro cuando nos acercamos hasta él y saludamos con el sempiterno «*Heil Hitler*».

—*Heil Hitler!* —nos contestó, sin levantar el brazo y sacando la lengua para pasarla sobre un papel de fumar, al objeto de terminar de liar un cigarrillo que, al cabo, escondió en su mano derecha, aguardando mejor ocasión para encenderlo.

—Pronto amanecerá, soldado —dijo mi hermano, intentando romper el hielo.

—Pasa a menudo, SS Obersturmführer. —El guardia se creía gracioso. Al ver que no sonreíamos, se encogió de hombros y decidió ahorrarse y ahorrarnos circunloquios —: Sea como fuere, señor, hasta que no haya amanecido, o un poco antes, hasta las 5:30 de la mañana por lo menos, no habrá aquí nadie para atenderle salvo la enfermera de guardia.

—Me basta, de momento. Aunque en realidad, había pensado comenzar hablando con usted.

—¿Conmigo? —El guardia parecía sorprendido—. El soldado raso Glatz tiene poca cosa que decir.

Glatz tendría unos sesenta años pero conservaba aún una tupida mata de cabello negro, rodeado de hebras blancas que le daban un aspecto de erudito o de profesor universitario. A primera vista, resultaba esquivo, frío, casi arisco, pero yo no creo que fuese un maleducado, solo era un hombre al que le daba todo igual. Una actitud muy útil para un guardia de las SS, que tiene tanto que ver y aún más que olvidar.

—Me gustaría que me hablase de su compañero, del que dicen que se suicidó.

—¿Solo lo dicen, teniente? ¿Usted cree que no lo hizo?

—Yo no creo nada, soldado. Yo no sé nada. Por eso he venido preguntar.

Glatz miraba a mi hermano como si fuese un oso de feria, una rareza imposible que nunca más tendría la oportunidad de contemplar.

—Si ha venido a hacer preguntas me parece que ha errado al elegir este lugar. Aquí no encontrará a nadie que sepa nada o haya visto nada. De todas formas, tengo órdenes del doctor Lonauer al respecto. No hablaré de este asunto con usted ni con el mismísimo Adolf Hitler. Espero que lo entienda, señor.

Mi hermano asintió, como si hubiese anticipado aquella respuesta.

—Un SS conoce el valor de la obediencia debida. Así pues, esperaré. ¿A qué hora llega el doctor?

—Ya sé lo he dicho. Sobre las 5:30 o algo más tarde. Depende del día.

—Gracias. Entretanto, con su permiso, me gustaría interrogar a la enfermera de guardia.

Glatz soltó una carcajada.

—No necesita mi permiso, pero esa les va decir aún menos que yo. Ni los buenos días. Menuda es. Se ha levantado una noche fría, así que espero que tengan una buena provisión de mantas en el coche para echarse a dormir un par de horas mientras llega el buen doctor. Por otro lado, me parece que les vendría bien echar una cabezadita.

El guardia estaba en lo cierto. Y no solo en que no íbamos a sacar gran cosa de la enfermera de guardia, la cual se limitó a murmurar de mala gana que el doctor Lonauer llegaba a las seis y que ella no haría ninguna declaración sobre ningún asunto, tanto relacionado con el suicidio como con el no suicidio o sobre cualquier otra cuestión con la que quisiéramos importunarla. También estaba Glatz en lo cierto en que necesitaríamos un par de mantas para no helarnos de frío en nuestro Opel. Había vuelto a nevar, ahora copiosamente. Tuvimos que visitar por segunda vez a la enfermera de guardia, ateridos y con nuestras gorras y abrigos teñidos de blanco, y pedirle ropa de cama, unas colchas, lo que tuviera. Esta vez decidió que nos ayudaría, siempre y cuando no olvidásemos devolverlas «cuando llegase el doctor Lonauer».

Nos acomodamos en nuestro coche lo mejor que pudimos: Otto en la parte delantera y yo en la trasera. Oí que a mi hermano le castañeteaban los dientes y creo que sonreí para mí mismo. Desde pequeño había sido muy friolero. Toda su pose de oficial de la Schutzstaffel no le servía ahora de nada, porque yo sabía que tras ella había un hombre como otro cualquiera: un hombre afectuoso, brillante tal vez, pero repleto de debilidades e imperfecciones como las de todos, que le humanizaban. Y era esa parte humana e imperfecta la que yo más amaba.

—¿Tienes frío? A mí me sobra una manta —mentí.

—No tengo frío, Rolf. Esto no es nada. Los camaradas que están en el frente, esos si tienen frío cuando se echan a dormir. Esto es un paseo en comparación.

—¿Tendrá frío papá? —le pregunté, recordando que el gran Theodor Eicke estaba combatiendo al mando de la 3.^a división SS.

Mi hermano pareció sorprenderse de mi pregunta. Oí cómo rezongaba alguna

cosa entre dientes. La tercera división de las Waffen SS se había formado en mil novecientos treinta y nueve con los miembros de los campos de concentración del Reich, buenos muchachos de la Banda de la Calavera como Otto y yo mismo. Al principio, ni siquiera era una división propiamente dicha, sino un grupo de cuatro regimientos heterogéneos, tres alemanes y uno austríaco. Los regimientos alemanes habían acudido al frente de Polonia y se habían hecho tristemente famosos por entregarse a la limpieza étnica, siendo responsables de diversas matanzas de judíos polacos y asociales.

—Nuestro padre está demasiado arriba en el escalafón para pasar frío —dijo Otto, recordando sin duda el impoluto historial militar del Gruppenführer-SS Eicke.

—¿Después de Polonia combatió en Dunkerke, no?

—Sí, creo que sí. En la zona de Cambrais, nos dijo por carta.

Ahora me había venido a la memoria. Pocos meses después de caer Varsovia, la tercera división SS quedó definitivamente configurada con la inclusión del cuarto regimiento austríaco, formado por guardias de Mauthausen y de sus campos anexos. Los mejores soldados partieron a la conquista de Europa, mientras los tontos, los más viejos, y algunos que tenían padres poderosos que no querían ver a sus hijos en primera línea, nos quedábamos en el Lager. Pero las cosas en Francia no le fueron tan bien a mi padre como en Polonia. A pesar de que las tropas francesas capitularon en pocos meses, en las dos ocasiones en que nuestros valerosos guardias de la *Totenkopf* se las vieron con las tropas aliadas, fueron diezmados por sus enemigos.

—¿Y ahora dónde crees que le enviarán? —insistí—. Los periódicos dicen que Italia está sufriendo severas derrotas en el frente de Grecia. Muchos comentan que vamos a mandar tropas para evitar que los griegos tomen Albania y se abra otro frente en los Balcanes.

—¿Cómo quieres que sepa lo que tiene pensado hacer el OKW, el Alto Mando de la Wehrmacht? —Otto había comenzado a tiritar. No tenía ganas de charla—. ¿Por qué no procuras dormir un poco?

—Solo intentaba darte un poco de conversación y saber algo más sobre cómo le va a nuestro padre.

—Nuestro padre está mucho mejor que nosotros, tenlo por seguro. Además, ya sabes que ahora debemos llamarle tío.

—Antes era nuestro padre.

—Antes, no ahora. Duerme, Rolf. ¡Es una orden!

Como todo el mundo sabe, un buen soldado debe obedecer ciegamente las órdenes de un superior. Así que lo intenté. Pero no recuerdo si conseguí dormirme, después de todo. Probablemente sí lo hiciera porque el próximo recuerdo que me viene a la memoria es el sonido de unos golpecitos sobre el cristal de mi ventanilla; y luego, el rostro sonriente de un hombre de unos treinta años, pelo castaño perfectamente cortado a la moda, dientes blanquísimos y modales exquisitos. Llevaba una bata blanca por encima de la guerrera de teniente, es decir, que ostentaba el

mismo rango de mi hermano, el de Obersturmführer-SS. Durante la narración, habréis observado que alterno la graduación típica del ejército alemán, como teniente, con las graduaciones de las SS, como Obersturmführer-SS, ya que son muy largas y rimbombantes (Nosequéfürer-SS y Blablaführer-SS) y muchos, incluido yo mismo, no las conocemos demasiado bien.

—Pero, por el amor de Dios, qué falta de consideración —dijo el recién llegado—. ¡Qué deben pensar ustedes del grupo de profesionales que trabajamos en la Institución del Sueño de Hartheim!

Aquel hombre se nos presentó como el doctor Rudolf Lonauer. Mientras caminábamos de vuelta al Castillo, estuvo largo rato pidiéndonos perdón por el extremo celo de sus subordinados y el que no nos hubieran ofrecido al menos una taza de café durante nuestra espera. Cuando Otto le explicó que veníamos en misión oficial, las disculpas de Lonauer se redoblaron, pues no hay nada que guste más a un SS que esas dos palabras: «misión oficial». Nosotros, que en la mayor parte de las ocasiones estamos ya por encima del bien y del mal, cuando nos mandan en «misión oficial» mataríamos a nuestra propia madre para alcanzar nuestros objetivos. Sin embargo, mi hermano había sido muy precavido y no había hecho valer su graduación sobre el guardia de la entrada porque, de hecho, nuestra misión era cualquier cosa menos oficial.

—¿Tienen prisa? —quiso saber el buen doctor, que ya nos había hecho superar la puerta de entrada, despedido a la enfermera de guardia con un empujón no demasiado amistoso, y ahora nos conducía por las arcadas centrales del Castillo enseñándonos los delicados frisos renacentistas, que representaban animales fabulosos y motivos geométricos.

—En realidad, tenemos algo de pris... —comenzó a decir mi hermano, pero entonces se dio cuenta de que la pregunta de Lonauer había sido retórica y que no tenía la menor intención de frenar su verborrea, al menos de momento. Subimos al primer piso, donde estaban los despachos de los médicos y las habitaciones de los SS, entre explicaciones técnicas sobre el duro trabajo que llevaban a cabo profesionales como él entre los muros de Hartheim.

Una vez en su despacho, nos sentamos delante de su mesa de trabajo como si fuéramos dos pacientes más y Rudolf hizo crujir sus dedos, preparándose para comenzar con un discurso que llevaba ya bien aprendido. Así, empezó por hacer hincapié en cómo, años atrás, desde la Universidad de Frankfurt, el profesor Kleist había desarrollado el concepto de Carga para el Pueblo, y en un informe que había abierto los ojos a los jefes nazis, demostró la necesidad de suprimir a los enfermos incurables, a los retrasados más profundos, a los idiotas hereditarios y a todos aquellos que la gran nación alemana no tenía obligación de seguir dando techo y sustento cuando había incontables obligaciones que cubrir en tantos otros campos de la ciencia, de la tecnología... y ahora de la guerra.

—El *Volk*, el pueblo alemán, está por encima de las necesidades del individuo, así

como el *Führer*, encarnación suprema del *Volk*, está por encima del conjunto de la masa. La eugenesia, la eliminación de los inútiles, es un gran avance de la medicina y ya nadie puede cuestionarlo.

Yo, que hasta ese momento no había dicho una palabra, abrí la boca para contestar al buen doctor pero Otto me pellizcó por debajo de la mesa, conminándome al silencio.

—¿Decía algo su compañero?

—No —replicó Otto—. Es un gran defensor de la eugenesia y no ha podido evitar una exclamación de apoyo a sus doctas palabras.

El doctor Lonauer me sonrió, mirándome con mejores ojos, y prosiguió con sus explicaciones. Rudolf nos remitió a una orden del *Führer*, fechada el uno de septiembre de 1939, en que se daba amparo legal al exterminio controlado de los retrasados mentales. Nuestro guía estaba preocupado por el aciago destino de los idiotas y había resuelto acabar con unas vidas que no merecen ser vividas. Había escogido como fecha para su edicto la misma que la del inicio de la segunda guerra mundial y, así, al tiempo que las divisiones Panzer avanzaban por suelo polaco, los buenos médicos alemanes comenzaban a elegir a los primeros idiotas que tenían que ser depurados.

—Una fecha, el uno de septiembre, que será recordada hasta el fin de los tiempos. Un momento cumbre de la historia de la humanidad.

Lonauer nos enseñó sus títulos y sus muchas distinciones médicas y se quiso equiparar en dignidad al gran doctor Conti, que, como muchos otros reputados médicos de todo el mundo, había comprendido que los hombres evolucionan siguiendo los parámetros de la selección natural. El darwinismo nos enseña, insistía el gran Rudolf, que si solo los fuertes, los inteligentes, los mejores... en una palabra, la sangre aria de primera, sobreviven, se favorecerá la procreación de generaciones y generaciones de arios aún más sabios y aún más fuertes. Por ello, Conti había creado pocos años atrás la Comisión del Reich para el Registro de Enfermedades Graves de Origen Hereditario. Esta, era un grupo de expertos que se encargaba de la supervisión de los inútiles y pedía personalmente a los padres permiso para internar a un niño cuando detectaban que la presencia del mismo en la sociedad comenzaba a ser una Carga para el Pueblo, como habría dicho el mismísimo doctor Kleist.

—No podemos desperdiciar recursos —matizó Lonauer, mirándome fijamente y ampliando hasta lo imposible su perversa sonrisa de dientes blanquísimos—. La Oficina de Política Racial no deja de repetirnos lo importante que es no olvidar que los idiotas son inferiores y su pérdida, por tanto, una pérdida mínima, colateral, aceptable.

En el castillo de Hartheim se gaseaba a los inútiles pero el doctor Lonauer se envanecía de haber utilizado a menudo Luminal. Un pinchacito en la vena y un niño, por muy fuerte que sea, va perdiendo las ganas de vivir hasta que, poco a poco, despierta tan solo una o dos horas al día y, finalmente, no vuelve a despertar.

Definitivamente, a su juicio, el Luminal, o una buena inyección de morfina era un tratamiento mucho mejor que el gaseado. Los niños morían lentamente, en el sueño, por algún trastorno cardíaco, en lugar de padeciendo, encerrados en una opresiva cámara de gas.

—Pero aquí estamos todos para obedecer, y si desde arriba dicen que hay que usar el monóxido de carbono... pues bienvenido sea y no hay nada más que hablar.

»Aunque, naturalmente —nos reveló, componiendo un gesto afligido—, a veces se cometen errores y muchachos demasiado rebeldes o díscolos, pero en absoluto enfermos mentales, acaban en una Institución del Sueño como esta. Tal vez, con un poco de comprensión por parte de sus padres o maestros, habrían acabado siendo buenos ciudadanos, ¡pero el tiempo y la comprensión escasean en tiempos de guerra! Por otra parte, acaban sus días sirviendo a la gran nación alemana. Solo es otra forma de servicio.

Hasta Otto, que había aguantado impertérrito aquella sarta interminable de desvaríos, comenzaba a mostrarse nervioso. No abiertamente, por supuesto. Pero yo, que lo conocía bien, sabía lo que significaban aquellos gestos involuntarios de su mano derecha, que se abría y se cerraba compulsivamente cuando estaba a punto de perder los nervios.

—Pero, por favor, perdónenme una vez más —dijo de pronto el doctor, poniendo punto y final a su monólogo—. No paro de hablar y todavía no les he preguntado la causa de su visita a esta Institución. Díganme, ¿en qué puedo ayudarles?

Otto suspiro como si se hubiese quitado una pesada carga de encima. No creo que hubiese podido soportar escuchar mucho más tiempo a aquel matasanos inmundo hablando de sus crímenes con una sonrisa interminable en su sucia boca.

—Estamos investigando el supuesto suicidio de uno de sus guardias hace unos pocos días —dijo mi hermano, yendo directamente al meollo del asunto y evitándose así circunloquios que podían resultar peligrosos con un hombre de la locuacidad de Lonauer.

—Ah, el caso de William Ferrat. —Al buen doctor se le había iluminado el rostro—. Un tema de lo más interesante. Yo mismo sospeché desde el primer momento que en todo este asunto había... por así decirlo, gato encerrado. Pero esos imbéciles de la criminal no serían capaces de encontrar su propio culo si hubiese desaparecido. No sé si me entiende.

—Le entiendo, *Herr Doctor*.

Lonauer se incorporó de un salto y salió a grandes zancadas de su despacho. «Vengan. Rápido», nos dijo. El resto de la conversación tuvo que desarrollarse mientras subíamos interminables tramos de escaleras camino del tejado.

—El soldado Ferrat era un tipo estúpido. Lo elegí precisamente porque no tenía habilidad para obrar fuera de los estrictos parámetros de sus vicios. Era un mujeriego empedernido, aunque creo que también le gustaban los hombres; era jugador y más de una vez nos desaparecieron algunas drogas estando William demasiado cerca

como para que fuese casualidad.

—Una joya de muchacho —apunté, aunque sabía que mi hermano deseaba que yo permaneciera con la boca cerrada.

—No, no se equivoquen —prosiguió Lonauer levantando los brazos un par de escalones por delante mío—. William era bueno en su trabajo. Todos sus vicios no afectaban a su tarea en el Castillo. Era el mejor de mis hombres, el más escrupuloso, porque no pensaba nada más que en sí mismo, no tenía cargos de conciencia, no se sentía culpable de nada y nada le importaba. Los otros guardias que tengo a mi servicio responden más o menos este perfil, pero a William le salía natural. El resto, que me conocen, convierten mis gustos en su máscara. Tal vez lo que les estoy explicando es demasiado complicado.

—No, no lo es —dijo Otto apoyándose en la balaustrada para girar en el siguiente tramo de escalera—. Los guardias tienen que ver muchas cosas y es aconsejable que sean personas capaces de no ver nada en absoluto salvo lo que nos interesa que vean. Rolf y yo desempeñamos nuestras funciones dentro del campo de concentración de Mauthausen. Sabemos bien de lo que nos está hablando.

—¿Mauthausen? Sí, sí, otro lugar donde suceden cosas terribles pero necesarias para aumentar la grandeza de nuestra nación. —Lonauer se detuvo, pensativo—. Pero no entiendo qué interés pueden tener en un campo de concentración acerca de la muerte del soldado Ferrat.

—Eso no se lo puedo decir.

Rudolf Lonauer sonrió, divertido.

—Así que pretende que yo le explique todo lo que sé, pero usted no quiere o no puede corresponder y no me va explicar nada de nada.

—Eso es, precisamente, *Herr Doctor*.

—Ah, vaya, vaya... —Rudolf se palmeó los muslos como si acabase de oír la ocurrencia más chistosa del universo—. Un hombre que dice las cosas cara a cara, sin rodeos. Usted me gusta, teniente. Es sincero. Me cae simpático.

Llegamos al tejado luego de traspasar un gran portón de hierro que chirriaba al rozarse contra el suelo. Lonauer extendió la mano y nos enseñó un lugar donde no había nada que ver. Unas pocas cajas, mucha suciedad, telarañas, baldosas rotas y muchos arreglos pendientes.

—Los de la Kripo estuvieron aquí dando una vuelta y apenas echaron un vistazo. Había pisadas de varios hombres pero al tejado subimos muchos a fumarnos un cigarrillo mientras contemplamos el paisaje. Pero bueno, no es el paisaje de lo que quieren que les hable. Seré franco: William Ferrat no se suicidó y tampoco se cayó fruto de su estupidez o de la imprudencia. No se suicidó porque no era el tipo de hombre que se suicida. Acaso fuera el tipo de hombre que nos mataría a todos para sobrevivir él. Pero ¿suicidarse? Eso nunca. Y también estoy seguro de que no se cayó porque no era un estúpido ni un imprudente.

—¿Y entonces?

—Lo mataron, naturalmente.

—Qué extraño que cite usted mismo esa posibilidad y que no le preocupe la reputación de su establecimiento —dijo Otto, y se volvió para enfrentarse cara a cara a su interlocutor, esperando haber dado con un punto crítico en la investigación.

—¿Reputación? —Lonauer parecía estupefacto—. Esto es una Institución del Sueño, *Herr Weilerin*, aquí nos traen a los jóvenes alemanes que deben ser depurados para el bien de la nación. En mi opinión, si quiere que le sea sincero, vienen demasiados pocos. Hay muchos que se libran por tecnicismos administrativos y porque muchos médicos de la sociedad austríaca todavía no entienden la importancia de nuestra misión. Un demente que asesina a un entregado guardián de las SS sería una publicidad maravillosa. Llamaría a mis superiores y les exigiría menos permisividad con los tontos, con los débiles, con los idiotas de todas las regiones de Austria. Los retrasados son un peligro, les diría, no solo son una carga económica para Alemania sino que si les dejamos vivir pueden matar cualquier día de estos a alguno de nuestros heroicos soldados en un ataque de ira salvaje. ¡Oh, si la muerte de William fuese un asesinato sería algo maravilloso!

—¿Y no se ha parado a pensar en la posibilidad de que lo matara otro de sus guardias o de sus médicos, o usted mismo?

Lonauer no pareció sentirse ofendido con aquella insinuación.

—En absoluto porque, aunque así fuese, le tendríamos que echar la culpa a uno de esos idiotas de ahí abajo. Ni en Viena ni en Berlín son proclives a hacer demasiado ruido con asuntos de esta índole. Además, estoy seguro de que ninguno de mis subordinados tuvo nada que ver con esta muerte. William Ferrat le caía bien a todo el mundo. Era un tipo estupendo.

Bajamos las escaleras en silencio. Lonauer, naturalmente, no paraba de hablar, creo que esta vez de arquitectura, de los estilos visibles todavía en el viejo Castillo, de la época de la Restauración... pero ni Otto ni yo le escuchábamos. Ambos comprendíamos que, aunque fuese un asesinato, no teníamos el menor punto de partida para iniciar de verdad una investigación; en Hartheim trabajaban varias decenas de personas e interrogarlas una a una era un imposible, aparte de que despertaría recelos acerca de una investigación «oficial» que no tenía nada de oficial. No teníamos nada salvo la percepción de que el asesino no había mentado en aquellos horribles versos dibujados con sangre sobre el cristal de una ventana. Había asesinado a un guardia del Castillo lanzándole desde el tejado. Lo que no sabíamos era ni quién ni por qué.

Cuando llegamos a la planta baja Rudolf comenzó a cantar las excelencias de los frisos de las arcadas pero no tuvo demasiado tiempo para extenderse en sus «delicadas formas» y «graciosos motivos» porque una mujer desconocida se abalanzó sobre él y, luego de estrellarse contra su pecho, se arrodilló a sus pies.

—¡Por favor *Herr doctor!* Como no quiere recibirme he tenido que...

En ese instante llegaron a la carrera dos guardias de la entrada. Uno de ellos era

Glatz, el viejo soldado que no veía nada y no sabía nada.

—Perdone, señor, *Frau Schule* ha aprovechado el cambio de guardia para colarse por la puerta principal y...

Lonauer le mandó callarse y levantó a la señora del suelo. Se trataba de una mujer vestida de un negro implacable, de formas generosas, tal vez incluso rebosantes. Tenía el pelo teñido de rubio, pero descuidado, con las raíces castañas oscuras asomando bajo una media melena. Me dio la impresión que hacía no mucho aquella buena señora había pesado muchos menos kilos y cuidaba con esmero su físico. En poco tiempo, la desgracia se había abatido sobre ella y lo superficial había dejado de ser importante. Así, las ropas le apretaban porque apenas podía embutirse en ellas y su aspecto era en general el de una persona que se había abandonado por completo.

—Ya le he dicho mil veces, *Frau Schule*, que su hijo ha muerto y que todo eso que me cuenta son delirios de su mente. Si sigue por ese camino acabaremos ingresándola aquí y entonces sí que podrá reunirse con su hijo.

La mujer rompió a llorar y hundió su cabeza en el regazo del doctor.

—Pero yo le prometo que es verdad. Mi hijo regresa a casa algunas noches y me mira desde la ventana de mi habitación. Se queda fuera y si salgo a buscarle, desaparece. Pero siempre me deja una de las figuras de barro que modelaba cuando estaba en casa, antes de que mi marido cometiera el error de traerlo aquí y...

Frau Schule parecía buscar una explicación en alguna parte, entre sus recuerdos, pero no lo conseguía.

—Debería desembarazarse del sentimiento de culpa, señora mía. —Por el tono de voz, se notaba que el buen doctor estaba perdiendo la paciencia—. Usted y su marido hicieron bien trayendo a su hijo a esta institución. El muchacho tenía una enfermedad incurable y su estado empeoraba día a día. Su manutención suponía un coste demasiado alto para ustedes y, por extensión, para el estado. Ya lo hemos hablado muchas veces y creía que lo había comprendido.

La mujer sacudió la cabeza con aire resignado, pero algo en su interior le impedía abandonar la lucha.

—Ya lo sé, Doctor, pero esas visiones son tan reales... —De pronto, rompió a llorar—. ¿No puede ser que sobreviviese por error? ¿Que haya un chico parecido al mío que muriera en su lugar? ¿Lo ha mirado en sus registros? Mi hijo tenía dieciocho años, medía uno cincuenta y tres centímetros y...

—Señora, recuerdo muy bien cómo era su hijo y le puedo asegurar que ha muerto.

—Pero es que no me queda nada, *Herr Doctor* —se lamentó *Frau Schule*, obstinada—. Incluso mi esposo me ha abandonado. Marchó de casa hace días y no he vuelto a saber de él. Dice que estoy loca y yo quisiera de verdad estarlo para poder ingresar en esta Institución y correr la misma suerte que mi pequeño.

Rudolf Lonauer cogió violentamente a *Frau Schule* del brazo y la llevó desde el patio porticado, donde nos hallábamos, hasta el fondo de la sala, al este. Allí había

otra entrada, de menor tamaño que la entrada principal: la Ankunftsart. Por ella accedían en ese momento al Castillo, en rigurosa fila de a uno, un grupo de enfermos que acababan de desembarcar de un autocar. Desde allí no podía verse el patio porticado porque una empalizada de madera había sido dispuesta para que los idiotas no molestasen a los administrativos y al resto del personal de la Institución, que no podían concentrarse con los gritos de terror de los adolescentes según iban avanzando por el pasillo de la muerte.

—Debe ser fuerte, señora. Debe recuperarse y olvidar a su hijo. Él cayó sirviendo a nuestra Gran Alemania y usted debe volver a ser la mujer que era para poder engendrar en el futuro a niños arios sanos. —La voz de aquel hipócrita sonaba pausada, condescendiente—. No quiero que se le vuelva a pasar por la cabeza la idea de ingresar en un lugar como este porque no es lugar para usted.

Dos niñas de como mucho diez años entraron en una sala a su izquierda, la primera del largo pasillo. Lonauer y *Frau Schule* entraron tras ellos. Nosotros le seguíamos, fascinados por el verbo interminable y la gestualidad teatral de aquel demonio vestido con bata blanca.

—Esta, señora mía —dijo entonces la bestia—, es la peluquería. Acaba de llegar un transporte con idiotas: en este caso, se trata de judíos sin recursos, la mayor parte huérfanos, que provienen de hogares asistenciales. En la peluquería aseamos y despiojamos a estos pobres desgraciados. Pero usted no es ninguna idiota ni necesita que nadie le quite los piojos. Usted es una buena dama alemana.

—Pero si estos niños no son retrasados, no entiendo... —objetó la mujer, dubitativa.

—Son judíos, señora. Mucho peor que idiotas.

Casi sin darle tiempo a reaccionar, Lonauer arrastró a *Frau Schule* a la siguiente sala. Allí había niños y niñas aterrorizados que intentaban sonreír mientras una institutriz les chillaba. Estaban sentados en largas mesas y hacían diversos trabajos manuales bajo la dirección de esta, que no paraba del golpearles en los nudillos con una regla.

—Esta es una sala de espera: un taller si prefiere. Podemos depurar como máximo de treinta a treinta y cinco idiotas al día. A veces tenemos a algunos esperando su turno y tenemos que ocuparlos en algo para que no nos molesten más de lo necesario. Me parece evidente que este tampoco es lugar para una mujer sana como usted.

En la siguiente sala había un grupo de muchachos impúberes, completamente desnudos, agrupados y temblorosos. Nos miraban pidiendo ayuda con sus grandes y hermosos ojos fijos en nosotros. Por primera vez en mi vida, sentí vergüenza de haber nacido austriaco.

—Esta es la sala de desvestido. Aquí los idiotas entregan todos sus objetos, sean o no de valor y luego también nos entregan sus ropas, incluida la ropa interior, para que las purifiquemos a través del fuego, pues siempre he pensado que el estigma de la idiotez puede quedarse impregnado en cualquier objeto, por nimio que nos parezca.

—Lonauer cogió a la mujer de los hombros y la zarandeó, como si quisiera despertarla de un sueño—. Estos retrasados creen que se van a dar una ducha. Pero usted no es tonta y sabe que no van a ducharse. Lo sabe, ¿verdad?

Un anciano, probablemente con alguna enfermedad degenerativa que le había hecho perder poco a poco la razón, estaba vestido delante de los niños y se negaba a entregar su abrigo. Un par de celadores la emprendieron a golpes y patadas con él hasta que, lloroso y sangrante, comenzó a quitarse la ropa.

De la sala de desvestido se pasaba a la llamada cámara fría, donde los idiotas, completamente desnudos, esperaban que les tocara entrar en la sala siguiente. A veces tenían que esperar horas, sobre todo cuando el horno crematorio se atascaba. En esas ocasiones, en pleno invierno, con temperaturas bajo cero, muchos acababan muriendo de congelación: de ahí el sombrío nombre que había puesto a la sala el personal del Castillo. Lonauer, entre grandes aspavientos, nos explicó que a veces habían encontrado a un par de idiotas acurrucados en el suelo, yertos como carámbanos de hielo. Esos idiotas, al morir antes de llegar a la sala de registro, a menudo ni siquiera eran contabilizados, porque, siendo estrictos, no habían sido depurados por la maquinaria de muerte del Castillo. Habían fallecido ellos solitos a causa de su debilidad y poca resistencia al frío.

—Esta es la sala de registro —dijo Lonauer, muy ufano al llegar a la siguiente estancia de nuestro periplo—. Aquí, el personal médico deja correr su imaginación y se inventa una muerte natural para el idiota, porque el término «gaseado» hace tiempo que decidimos que no queda muy vistoso en los libros de contabilidad.

Mientras hablaba, otro médico con bata blanca sobre su uniforme de las SS, levantó la vista del folio en el que estaba escribiendo y saludó a su superior con un gesto de la cabeza.

—¿Todo bien Doctor Renno? —inquirió Lonauer.

Renno contestó que había sido un día muy duro, que una vieja senil se había cagado encima y que un niño había intentado arañarle. Por lo demás, a lo que parecía, había sido una jornada como tantas otras. Ambos colegas quedaron para tomarse un café cuando bajase un poco el ritmo de llegada de idiotas, que últimamente estaba siendo muy elevado.

Al fondo, había una pequeña sala donde un funcionario estaba haciendo fotografías a dos gemelas que se cogían de la mano. Estaban casi azules de frío. Tiritaban y les castañeteaban los dientes como a Otto una hora atrás. Pero al buen doctor le pareció que una sala de fotografía no era algo lo bastante cruel y nacionalsocialista y nos llevó en dirección contraria.

—¡Vengan por aquí! ¡No se entretengan! —nos dijo, ejerciendo impertérrito su función de guía por la cámara de los horrores de Hartheim, olvidando toda delicadeza que, por lo visto, le parecía a aquellas alturas completamente innecesaria. De pronto, se detuvo, emocionado—. Ah, este es mi lugar preferido.

Esta vez no habíamos salido al pasillo general sino que desde la sala de registro, a

través de una pequeña puerta interior, se alcanzaba la cámara de gas. La cámara en sí misma no era sino un pequeño espacio de cinco metros cuadrados donde los idiotas pasaban los últimos segundos de su vida escupiendo bilis por los pulmones. Muy ufano, nos enseñó acto seguido el área técnica, un cuarto aún más pequeño donde se guardaban las botellas de monóxido de carbono y desde donde se accionaba el mecanismo mortal. Más allá estaba la morgue, en la que se apilaban decenas de cadáveres, literalmente hasta el techo, y finalmente el crematorio, donde un cabo de las SS vestido con un mono de trabajo, se llamaba a sí mismo Maestro de los Hornos y vaciaba cada hora unos cuantos cadáveres de la morgue. Tan pronto como la remesa anterior se había convertido en cenizas repetía la operación.

—Me parece que por fin habrá entendido a qué me refería, *Frau Schule*. — Lonauer abrió una portezuela a su izquierda y salimos del crematorio de nuevo el patio porticado, casi a la altura de la entrada principal del Castillo—. De aquí no sale nadie con vida. Su hijo está muerto y bien muerto y este no es lugar para usted. Debe olvidar porque su pequeño es como si jamás hubiera existido. No crea que he sido cruel gratuitamente. Usted necesitaba saber la verdad. Pero, sobre todo, lo he hecho porque no quiero que vuelva aquí para molestarme. Yo soy un hombre muy ocupado y no voy a permitir que siga entrando como una loca en mi establecimiento. Si vuelve a hacerlo no tendrá que pedirme ingresar en Hartheim: yo mismo la pondré la primera de la lista y accionaré el dispositivo de la cámara de gas. ¿Me ha entendido?

La mujer estaba boquiabierta, tan sorprendida, tan anonadada, que había dejado incluso de llorar. Asintió, incapaz de pronunciar palabra alguna. Rudolf le dio una palmadita en la espalda y llamó a Glatz, que se llevó a *Frau Schule* hacia la salida.

—Si esta zorra vuelve a aparecer por aquí, tienes mi permiso para darle una tanda de palos y meterla directamente en la sala de registro —le dijo, mientras se alejaban.

Fue en ese instante cuando se dio cuenta de que todavía seguíamos allí, observando la escena con los puños apretados y los ojos teñidos de ira e indignación.

—Y ustedes, mis queridos amigos —concluyó, mostrándonos su interminable sonrisa de dientes blanquísimos—, no olviden regresar si me necesitan para cualquier otra cuestión. Aquí, en la Institución del Sueño, no tenemos nada que ocultar.

El doctor Rudolf Lonauer nos dio un fuerte apretón de manos a cada uno y volvió a subir escaleras arriba camino de su despacho. Antes de irse, echó un vistazo atrás, hacia el pasillo donde el grupo de enfermos mentales (niños en su mayoría, aunque también había algún anciano y dos o tres adultos de mediana edad) formaban ya una fila de más de veinte personas, sin contar a los judíos sin recursos, que aún estaban descendiendo de su autobús. Antes de que anocheciese, estarían todos muertos.

—¡Maldito sea ese hijo de la gran puta! —dijo Otto, que llevaba ya un buen rato conteniéndose—. Ser un nacionalsocialista no tiene nada que ver con esto, ¿me oyes, Rolf? Nada que ver.

Me miró, buscando comprensión en mi mirada. Pero no la encontró porque Lonauer era un buen nacionalsocialista y eso era algo que mi hermano no quería

comprender. Ya lo hará. Tampoco le dije nada al respecto. No había nada que decir. Sabía que la única razón por la que yo no estaba engrosando una de aquellas filas de mártires era porque mi padre y mi tío era el gran Gruppenführer-SS Eicke, el inventor de los campos de concentración. Otro hombre que, como Lonauer, será recordado por siempre y, si el mundo padeciera la terrible desgracia de que Alemania ganase la guerra mundial, sus nombres se escribirán con letras doradas y habrá calles y avenidas de Theodor Eicke y de Rudolf Lonauer.

A ti, lector nacionalsocialista del futuro, a quien dirijo este diario, te digo que si estos pobres enfermos mentales o los prisioneros de un campo de exterminio, merecen morir, también yo lo merezco y, por qué no, también tú, por muy ario que te creas. Pero, sobre todo, lo merecen todos esos superhombres del mañana, esos alemanes sin taras genéticas, de los que el *Führer* lleva hablando desde 1933. Dios nos libre de las *Herrenvolk*, de las razas superiores. Amén.

FIN DE LA TERCERA LECCIÓN

Capítulo 4

GNADENSCHUSS

(Un tiro de gracia)

El Rapportführer Boldt estaba a solas en su celda. Hacía frío, pero no le importaba. Llevaba horas sentado en el suelo, con la espalda contra la pared, divagando sobre todo y sobre nada, sobre sí mismo y sobre la condición humana. Jules Boldt era un hombre desgraciado, pero se congratulaba de su desgracia, se sumergía en ella, buceaba en el lodo de su propia miseria. No se sentía ni bien ni mal, sencillamente ya no sentía nada. Había tardado demasiado en comprender que el día que su hijo fue depurado en la Institución del Sueño, él también había desaparecido, calcinado hasta los huesos en un horno a miles de grados de temperatura.

Inspiró y expiró profundamente un par de veces hasta que pudo comprobar que, incomprensiblemente, seguía vivo.

A lo lejos, en las celdas contiguas a la suya, oía llorar a los prisioneros políticos, la mayoría comunistas, a los que el Blockführer Braun y el comandante Ziereis habían estado interrogando durante horas. No consiguieron sacar nada en claro y los interrogatorios se habían ido transformando poco a poco en un combate de boxeo. Ahora que ya habían terminado, los rojos se lamían las heridas, y sus sollozos, en los que se mezclaban tanto el dolor como la impotencia, le recordaron que, pese a todo, aquellos eran unos tipos con suerte porque seguían teniendo una identidad por la que lamentarse, por la que avergonzarse. Él ya estaba más allá de todo eso.

—¡A mí ya no me quedan lágrimas! —les gritó, aferrado a los barrotes de su celda. Esta daba a un pasillo horizontal sobre el que estaban dispuestos cada uno de los cubículos que conformaban el área de detención o Bunker.

Entonces oyó unos pasos. Distinguió a lo lejos la figura de su subordinado, el Blockführer Braun, y tras él a Ícaro, el muchacho sordomudo que le seguía a todas partes. Boldt no estaba precisamente a favor de que los soldados tuviesen un preso de confianza, pero muchas veces era difícil controlar ese tipo de situaciones. Cuando la confianza se volvía demasiado evidente, a menudo era mejor mirar para otro lado. Especialmente, le parecía poco adecuado el trabar una amistad tan «personal» con un niño de apenas catorce años. Pero bueno, eso ahora era lo de menos.

—Braun, tráeme algo de beber. Llevo aquí horas encerrado con estos rojos como si fuera unapestado. Podrías haberle dicho al comandante que me llevase a otro lugar. —Como no le respondía, subió el tono de su voz—. ¡Prefiero estar solo que rodeado de esta gentuza! ¡Me oyes, Braun! Soy tu superior, ¡maldita sea!

No pudo ver al tercer hombre. Le pareció intuir una sombra seguida de una risa estentórea y terrorífica. Susurros, idas y venidas, otra vez aquella risa y finalmente unas palabras que retumbaron como un eco en el pasillo.

—¿Has oído, Braun? El traidor tiene sed. Me parece que tendremos que darle a probar su propia medicina.

Jules Boldt, por primera vez en su vida, tuvo miedo. Un miedo instintivo, elemental, que le atenazaba los músculos. El ser que acababa de hablar no parecía humano: era como una bestia venida de ultratumba que desgranase su verbo desde el reino de los muertos. Era el mismo tipo de voz impía, demoníaca, que tanta veces él

mismo había impostado durante su revista, cuando asesinaba a decenas de hombres sin un pestañeo.

—Hola, *Herr Rapportführer*, mi señor.

La puerta se había abierto y tenía al asesino cara a cara. Boldt supo desde el primer momento que se hallaba ante la bestia que andaba buscando Zierys, en vano interrogando a aquellos pobres diablos, triángulos rojos, que nada tenían que ver con las verdaderas causas que se escondían tras aquellos crímenes. Él se había enterado desde su celda del hallazgo del cadáver del cabo Streicher y, a pesar de los esfuerzos del comandante por evitar que la historia se propagase, no había ni un solo SS en Mauthausen que no se estuviera preguntando quién sería el siguiente. Ya no hacía falta seguir dándole vueltas al asunto: el siguiente era él.

—Yo estaba sirviendo en Hartheim, *Herr Rapportführer*, cuando el pequeño Boldt fue ingresado en las instalaciones. Era un muchacho dulce y bueno que nunca emitía una queja, que nunca tenía una mala palabra con nadie, ni con los celadores ni con sus compañeros.

Boldt estaba petrificado. No podía dar crédito a sus ojos. Al instante, se había dado cuenta de que el asesino les había engañado a todos, que había cambiado su identidad para infiltrarse en el campo y descargar su ira vengativa sobre aquellos a los que consideraba culpables. Y él, el más culpable de todos, no pudo sino encogerse de hombros ante la magnitud de sus faltas.

—No debí llevarle allí. Lo que hice es imperdonable, Adolf.

—Ah, ¿sabes mi nombre? —El asesino parecía divertido. Un pequeño cabo suelto, un giro del destino que escapaba su control. El asesino, que se vanagloriaba de controlarlo todo, encontró aquella situación muy refrescante.

—Sí, mi hijo me escribió una carta; bueno, en realidad me escribió muchas pero solo abrí la primera. El resto las arrojé al fuego: quería olvidarle. Pensaba, que Dios me perdone, que era mi obligación. En aquella primera carta me hablaba de ti. No le tratabas como a un idiota; estaba impresionado por tu voluntad de servir a Alemania aún en un lugar tan lúgubre como Hartheim. Al verte ahora frente a mí, descubierta tu simulación, he sumado dos y dos. No ha sido difícil.

El asesino hizo una mueca de asco.

—Claro que no te ha sido difícil. A ti pocas cosas se te hacen difíciles. Fuiste capaz de traicionar la confianza depositada en ti por tu propio hijo. Si eso te fue fácil cualquier cosa debe serlo para ti. —Boldt observó que al asesino le temblaban las manos mientras hablaba. Parecía enfermo, mucho más enfermo de lo que le había parecido otras veces. Pero esta idea escapó rápidamente de su cabeza, fue como un relámpago en medio de una noche estrellada, porque la culpa, inmensa, abrumadora lo iba llenando todo poco a poco—. Dime una cosa, *Rapportführer* —prosiguió el asesino—, ¿has oído hablar del *Lebensraum*?

Boldt no quería hablar de nada y mucho menos de algún tema extraño y abstruso como aquel.

—Creo que me suena, pero no sabría explicarme. Creo que se lo he oído a Goebbels por la radio alguna vez —dijo, en cualquier caso, siguiendo el juego a su interlocutor.

—¡La radio! Si leyese algún libro no serías tan ignorante —se pavoneó el asesino—. De lo contrario, habrías oído hablar de Friedrich Ratzel, el gran geógrafo, que introdujo ese término para referirse al espacio vital, a la cantidad de tierra, de kilómetros cuadrados, que necesita el pueblo alemán para expandirse y alcanzar la completa plenitud. Pero el término va más allá y se refiere también a un entorno social, biológico y económico. Un pueblo sano, rico y fuerte como el alemán, con el suficiente territorio conquistado y completada su expansión, puede alcanzar el infinito. *Volks und kulterbodentheorie*: te hablo de la teoría del espacio étnico y cultural de Alemania, el que necesita para alcanzar ese objetivo final. Un espacio que incluiría todos los pueblos germánicos, aquellos territorios de otros países donde viven grupos con sangre parcialmente alemana y también aquellos territorios limítrofes en que la influencia de nuestra cultura ha dejado huella a lo largo de los siglos. Siguiendo estos principios, Alemania va a buscar su expansión por toda Europa, especialmente hacia el este, pues necesita territorios y zonas limítrofes sobre las que extender su cultura, ya que es el pueblo y la raza más grande de todo el universo.

Boldt miraba su interlocutor con los ojos muy abiertos, incapaz de comprender a dónde quería llegar con sus palabras.

—Todo esto te lo explico, amigo mío, porque estos conceptos que ilustran la grandeza de la nueva Alemania, también son aplicables al pueblo o *Volk* que la conforma y a su vez a cada unidad familiar del *Volk*. Una familia alemana tiene su espacio, tiene a un padre que cuida de su madre y de sus hijos, así como el *Führer* nos cuida a todos, y él padre no descuida a sus retoños ni los deja a merced de terceros para que los ejecuten en un lugar como la Institución del Sueño de Harthem.

—Pero el propio *Führer* —objetó Boldt, intentando aferrarse a un clavo ardiendo para justificar lo injustificable—, ha hablado más de una vez de la necesidad de depurar a los retrasados mentales y a los idiotas para que...

—Aquí el único idiota que veo eres tú —le interrumpió el asesino—. Tu hijo no era ningún tonto. Es más, la razón por la que Lonauer postergaba la «depuración» del pequeño Boldt es porque desde el principio comprendió que el niño tenía graves problemas de aprendizaje pero su coeficiente intelectual estaba intacto. El doctor es un hombre sanguinario, como corresponde a un buen nacionalsocialista, pero nunca permitiría que su deseo de depurar a los idiotas le impidiese distinguir de entre la masa a los que son útiles para el Reich. De hecho, estaba a punto de concluir que tu hijo era un superdotado y que todos sus problemas de aprendizaje, que habían hecho que sus profesores le calificasen como tonto, se debían a su desinterés por las materias banales y comunes que estudian los niños de su edad. ¡Solo tenía nueve años, por el amor de Dios! Y tú mandaste una carta al doctor apremiándole para que

lo ejecutase. Y Lonauer dudó, tenía demasiados idiotas a su cargo y si acaso el doctor tiene algún defecto es su terror a la presión burocrática y a los errores administrativos. Decidió que si tanta prisa tenías por ver a tu pequeño muerto, pues se le mataba y se terminaba su problema de un plumazo. Probablemente Alemania sobreviviría con un superdotado menos.

El Rapportführer estaba pálido. La sangre de su rostro se había perdido en alguna parte, muy lejos, mezclada con la rabia, la autocompasión y el autodesprecio.

—Si lo que dices es verdad soy el más indigno de los hombres que han pisado este mundo. —Súbitamente, descubrió que al contrario de lo que había gritado minutos antes, sí le quedaban lágrimas y prorrumpió en un largo y silencioso llanto. Al cabo, miró cara a cara a su asesino y le dijo—: ¿Qué has traído para ejecutarme, Adolf?

El asesino le alargó un vaso a medio llenar de un líquido transparente.

—Tú ya estás muerto, Rapportführer. Cuando traicionaste a la sangre de tu sangre te convertiste en un muerto viviente. Yo solo te he traído tu *Gnadenschuss*. Has dicho que tenías sed y querías beber. Te he traído pues el veneno más doloroso que he podido encontrar.

Boldt asintió. En una ejecución, el comandante remataba al prisionero agonizante, mientras este se desangraba, en caso de que las balas del pelotón de fusilamiento no hubieran alcanzado órganos vitales. Había casos en que la muerte, aunque inevitable, necesitaba varios minutos e incluso una hora en alcanzar al condenado. Rematarle era una forma de evitar una agonía innecesaria. En el campo de Mauthausen llamaban a ese gesto *Gnadenschuss*: tiro de gracia, literalmente «disparo compasivo». No era por tanto un acto de crueldad sino todo lo contrario, un gesto de piedad y de misericordia. Era el gesto que él necesitaba: que se apiadaran de su alma y le llevaran de la mano hacia el otro mundo. Así pues, Jules Boldt, sin hacer ninguna pregunta más, se bebió el contenido del vaso de un solo trago, aceptando su destino.

—¿Braun sabe de verdad quién eres?

—¿Ese judío? —El asesino soltó una carcajada—. Braun no sabe nada. Ese idiota cree que soy un maldito títere de arcilla resucitado.

Cuando el dolor le alcanzó, el Rapportführer Boldt sintió algo similar a un puñetazo en el estómago. Le hubiese gustado preguntar por qué llamaba judío al Blockführer y a qué demonios se refería con lo de «títere de arcilla resucitado». Pero no tuvo tiempo para descubrirlo. Sus entrañas se estaban deshaciendo, acuchilladas por un millón de diminutos cristales. Había reconocido el olor a almendras amargas y sabía que acababa de beber cianuro, pero no comenzó a gritar inmediatamente para que su asesino tuviese oportunidad de huir.

Roto por un dolor profundo y devastador, se volvió hacia la ventana e inspiró una última bocanada de aire. A lo lejos, vio llegar a la carrera al comandante del campo y a sus dos lugartenientes, Georg Bachmayer y Karl Schultz. Les seguía el prefecto de los prisioneros, el Kapo en jefe de Mauthausen, ese mal nacido que se hacía llamar

Godzilla. Por unos instantes, unos segundos tan solo, no coincidirían todos ellos en el Bunker con el asesino o con Braun. El comandante Ziereis trotaba como desbocado por la Appellplatz en la que Boldt había pasado revista tantas veces, seguido de cerca por el jefe de seguridad y el jefe de la oficina política. Si ese trío de ineptos, cuarteto si contaba a Godzilla, esperaba derrotar a una mente perversa y sobresaliente como la de Adolf, estaban arreglados. Si le hubiesen quedado fuerzas, se habría echado a reír.

—Gracias por liberarme —musitó, aunque ya no quedaba nadie a quién agradecerle nada. Su asesino había huido.

Pero Boldt prefería no pensar en Adolf como su asesino sino como su salvador. Porque aquel, a sus ojos, no era ningún asesino. Al menos, no era su asesino. Había venido a darle la paz que tanto ansiaba. Boldt no era un suicida y difícilmente habría encontrado la forma de darse muerte. Tal vez hubiese pedido el destino más peligroso del frente y habría actuado de la forma más temeraria posible, buscando que una bala enemiga terminase con su sufrimiento. Por el contrario, ahora solo tenía que soportar una justa y merecida agonía y podría reunirse con su hijo. Adolf tenía razón. Él había traicionado el espacio cultural y biológico y moral de su familia. Un padre jamás debería entregar a su hijo al estado para que lo asesinase. Alguien que hace algo semejante no merece estar vivo, no merece llamarse hombre, no merece pertenecer a la raza humana. Por suerte, el Rapportführer Boldt, sintiendo que lo atravesaban por dentro, vomitando sangre profusamente por la boca, supo que muy pronto abandonaría esa triple condición. Su pobre hijito, estaba seguro, le había perdonado en su último aliento, pero él jamás se perdonaría a sí mismo. Cuando la muerte vino a su encuentro, en forma de una última y violenta oleada de dolor, Jules Boldt estaba preparado. «Perdona, hijo mío», fueron sus últimas palabras.

Diario de Rolf Weilern

Noviembre 1940

Lección 4:

Volks und kulterboden:

Espacio étnico y cultural de Alemania

(o de cómo pasé de ser casi un detective a ser otra vez una carga)

XI

Había un pájaro pequeño, de color rojo y negro, cantando en un árbol delante de mi casa. Acabábamos de regresar a Sankt Valentin y aparcado nuestro Opel Kadett debajo del árbol. No sé de qué especie sería: no entiendo gran cosa de plantas, aunque mi sueño es poderme dedicar un día la jardinería. Mi árbol era muy grande, seguramente centenario, de ramas muy gruesas y tortuosas. Le pregunté a Otto si sabía cómo se llamaba aquel gigante, o cómo se llamaba el pájaro que trinaba entre sus hojas... y si después de todo lo que habíamos visto en la Institución del Sueño, algo del mundo real tenía sentido y valía la pena que nos detuviésemos a contemplarlo.

—No lo sé, Rolf.

Mi hermano me miraba sin verme. Como un autómatas, subió los cinco escalones que llevaban de la calle a la puerta principal. El aire olía a humedad pues apenas a veinte metros discurre un pequeño cauce del río. Un enjambre de pequeños mosquitos se elevaba sobre nuestras cabezas y acabó formando un enjambre en el balcón, junto a mis macetas y mis tomateras. Mi casa, alquilada tiempo atrás a una familia de los contornos, cuenta con tres plantas: bajo, primer piso y ático, aparte de un sótano por debajo del nivel del suelo. A mí me gusta, sobre todo porque está muy céntrica en el pueblo y desde mi balcón puede verse la vieja iglesia parroquial, que a menudo voy a visitar antes o después del trabajo en el campo. Allí me confieso con el padre Von Banish: un buen hombre que más de una vez ha criticado en público el exterminio de los retrasados mentales. Yo nunca he llegado a tanto pero, mirando las imágenes de los santos y de las vírgenes del pasado, tenía la misma sensación de quietud y de irrealidad que ahora nos embargaba a mi hermano y a mí. No podía ser que un lugar como el Castillo de Hartheim o el campo de Mauthausen existiesen, y sin embargo existían. Era como estar viviendo un sueño... o una pesadilla.

—Me voy a Alkoven a proseguir con las investigaciones —dijo Otto, de pronto, luchando por vencer la aversión que le dominaba después de la visita a la Institución del Sueño. Apenas había dormido y se le veía agotado—. Quiero saber algo más sobre el doctor Lonauer. Intentaré también trabar amistad con algún guardia del Castillo que no sea ese estirado de Glatz. Tú quédate por aquí y procura echar una cabezadita. Aprovecha, tú que puedes, pues me parece que en estos días dispondremos de poco tiempo para descansar. No hasta que hayamos descubierto a nuestro asesino.

No tuve fuerzas para oponerme a los deseos de mi hermano y atravesé el umbral cabizbajo. Aunque comenzaba a dolerme la cabeza, regué mis plantas, ahuyenté los mosquitos y me senté en el lecho a cambiarme las botas por un calzado más cómodo. Creo que cogí de un estante uno de los libros de Werner Beumelburg, ese escritor que hace novelas que ensalzan la grandeza de la guerra y la amistad entre los combatientes: es el escritor preferido de Otto. Pero no tardé en comprender que mi

cerebro no estaba en condiciones para iniciar una lectura patriótica. Ni para nada, en realidad. Lentamente, comencé a masajearme las sienes como mi madre me había enseñado. No debía permitir que una migraña me alejase de mi deber de ayudar a Otto en nuestro caso. Cuando se me pasase, leería un poco para inspirarme y luego tomaría notas de todo cuanto habíamos descubierto. Y haría un esquema, una lista de sospechosos o de las pistas, si es que había alguna. Eso es lo que hacen los detectives en las novelas que he leído. Me hallaba haciendo planes, lucubrando inútiles organigramas cuando... mis recuerdos se desvanecen. Debí quedarme dormido, sin saber cómo, al igual que los niños se duermen sin recordar en qué momento cerraron los ojos, de la misma forma que se duermen los tontos.

En mis sueños, viajé de regreso a un lugar conocido. Al principio, creí estar en la zona de detención del campo de Mauthausen: lo que mis compañeros llaman el Bunker. Me encontraba entre los muros de una prisión; veía las rejas, las celdas distribuidas a izquierda y a derecha de un largo pasillo. Oía los gritos, los lamentos, las voces sollozantes de los prisioneros y me imaginaba que en cualquier momento aparecería el comandante Ziereis saliendo de una de aquellas celdas, después de interrogar a un preso comunista sobre cierto asesinato cometido en los barracones nuevos de las SS. Incluso traté de adivinar en cuál de ellas estaría preso el Rapportführer Boldt, pagando su desliz, el error de perder los nervios con un idiota tan bien relacionado como Rolf Weilern. Pero, súbitamente, me di cuenta de que mis conclusiones iniciales no tenían sentido. Una vez más, andaba equivocado. Aquel lugar era demasiado grande para ser el campo interior de Mauthausen. La prisión que albergaba, a su vez, resultaba también demasiado grande para ser el Bunker. Me asomé a una ventana y la extensión del presidio me dejó anonadado. Me habían llevado a una cárcel que podía albergar al menos a mil almas y no a un pequeño calabozo dentro de un Lager. Nadie pasa demasiado tiempo en el calabozo de un campo como Mauthausen. Si ha hecho algo lo bastante grave, seguramente no llegará con vida al día siguiente, por lo que con unas cuantas celdas hay más que suficiente. No, aquello no era un calabozo cualquiera sino una gran prisión estatal. Un lugar como Stadelheim.

¡Stadelheim! Por fin lo entendía, mis sueños no me habían llevado de vuelta a los problemas del presente, a la resolución de aquellos tres terribles asesinatos, sino a un lugar del pasado, pero no a un lugar casual sino a un lugar determinado en el espacio y en el tiempo: concretamente, seis años atrás, el día en que fue asesinado Ernst Röhm. La última vez que soñé con este lugar, recordé que tenía poco más de veinte años y mi padre, Theodor Eicke, me había traído consigo para que me hiciera un hombre empuñando una pistola y convirtiéndome en un magnicida. Debía pensar el pobre que asesinar a uno de los hombres más poderosos de Alemania me haría más listo, más valiente y nacionalsocialista, de tal forma que su sentimiento de culpa hacia mí desaparecería. Tal vez por eso me hizo volar con él hasta Munich cuando le encomendaron aquella tarea: la de ir a la prisión de Stadelheim y convertirse en el

asesino del número dos del partido nazi.

Desde el principio, todo aquel asunto me había parecido muy extraño. ¿Por qué razón los peces gordos del Tercer Reich habían escogido a un hombre como mi padre para aquella tarea? Él, por entonces, no era el poderoso Gruppenführer-SS Eicke sino tan solo Theodor, el comandante del campo de concentración de Dachau, un hombre con un cargo similar al que ahora ostentaba Frank Ziereis: es decir, un don nadie dentro de la estructura jerárquica del nazismo. Es bien cierto que Himmler en persona acababa de ascenderle y se había fijado en su trabajo al frente del campo de Dachau, pero Theodor aún tenía mucho que demostrar antes de poder codearse de verdad con los jefes del partido. Yo siempre he creído que le escogieron porque, si las cosas salían mal, era un hombre prescindible, un peón sacrificable. Más tarde, Theodor supo jugar bien sus cartas y crear una red de personajes poderosos en deuda con él que le valieron para catapultarse hacia la cima del poder.

Pero todo comenzó aquella noche. Y no fue una noche cualquiera ni un día cualquiera. La situación en el país era muy complicada: Hitler era el Canciller de la nación pero ni de lejos el dictador omnipotente que poco después llegaría a ser. El presidente Hindenburg, aunque anciano y decrepito, seguía vivo, y el ejército alemán estaba en guerra abierta con las Tropas de Asalto SA; y estar en guerra con las SA era en estarlo con Röhm, su líder indiscutible.

Pero aquel problema se había gestado años atrás: Hitler tuvo que valerse de un enorme contingente de fuerzas paramilitares para alcanzar el poder. Al frente de ellas estaba un carismático tipejo bajo y regordete llamado Ernst Röhm, un hombre que hacía tiempo que tenía tanto poder como el propio *Führer*. Había millones de afiliados a las SA en Alemania, la mayor parte excombatientes de la Gran Guerra, gente violenta y desarraigada, ciudadanos descontentos con el sistema democrático de la República de Weimar, que el partido nazi, el NSDAP, había ido recogiendo y amparando durante su ascenso. Una vez alcanzado el gobierno de Alemania, Hitler se valió de ese enorme contingente de seres embrutecidos para literalmente aplastar a socialdemócratas y a comunistas, a cualquiera que pudiera en el futuro arrebatarle el poder en unas elecciones libres.

Una vez destruidos los partidos de izquierda, su poder acabó por hacerse absoluto y unas nuevas elecciones nunca fueron necesarias. Pero hubo un momento antes de eso en que el futuro del NSDAP no estuvo tan claro: las acciones violentas de las SA habían dejado de ser populares. La gente estaba harta de ver cómo pateaban a la gente de izquierda, de que se llenasen las cárceles de todo el país de socialistas y de comunistas, y de muchos otros que no eran ni una cosa ni otra pero que eran acusados por sus vecinos para arrebatarles las tierras o por enemigos de toda la vida que ahora veían la oportunidad de tomarse una cumplida venganza. Tanta violencia ya no parecía necesaria. El orden que el nazismo había impuesto a la fuerza peligraba a causa de aquel grupo inmenso de millones de hombres violentos de las SA que, llegado el día de la victoria, se habían convertido en fuente de desórdenes civiles más

que de otra cosa. El ejército estaba descontento y quería absorber todo ese caudal humano, pero Röhm quería hacer todo lo contrario, absorber al ejército dentro de su organización, lo cual era una quimera absolutamente irrealizable: los aristócratas prusianos de la Reichswehr, las fuerzas armadas de la república, jamás aceptarían formar parte de un club tan poco refinado como las SA, a las que consideraban poco menos que una asamblea de paletos con uniforme. Además, el presidente Hindenburg no se acababa de morir y amenazaba con nombrar como sucesor a alguien diferente de Adolf Hitler a menos que este fuese capaz de poner freno a sus Tropas de Asalto. Así, las SA habían puesto a Alemania al borde de una guerra civil entre los diferentes sectores de la derecha tradicional y la ultraderecha.

Entonces llegó la Noche de los Cuchillos Largos. Una noche en la que una parte de los líderes de las SA fueron asesinados, acusados de conspirar con Francia para hacer caer el gobierno legítimo de Alemania, encarnado en la persona del Primer Ministro Adolf Hitler y del presidente Hindenburg. Se acusó a Röhm de traición y se le encerró en Munich, en Stadelheim, una de las prisiones más grandes del país. Pero aún quedaba una cuestión pendiente: qué hacer definitivamente con él. Hitler tardó día y medio en decidirse. Nadie entendía la causa por la que no terminaba con la vida de su antiguo colaborador y muchos veían en ese gesto una señal inequívoca de debilidad. Finalmente, ordenó su asesinato y este se le encomendó a un oscuro comandante de un campo de concentración: a Theodor Eicke, mi padre, mi tío.

Los libros de historia contarán que mi padre y su segundo al mando en el campo de Dachau, el Sturmbannführer-SS Michael Lippert, se encargaron del asunto, pero yo sé la verdad. Mi padre y yo viajamos a solas desde Dachau a Munich para cumplir con la misión encomendada y allí nos encontramos con un hombre que se hizo pasar por Michael Lippert. Se vistió como él, se puso un uniforme de Sturmbannführer y unos galones que no le correspondían y entró detrás de mi padre, procurando ampararse entre las sombras, para que nadie lo reconociese. Secretamente, en la noche, Adolf Hitler había viajado en avión los casi seiscientos kilómetros que separaban la cancillería del Reich en Berlín hasta Munich para poder tener una última conversación con su viejo amigo Ernst Röhm. No quería que nadie fuese testigo de esa conversación salvo el pequeño e insignificante Theodor Eicke y su hijo bastardo Rolf Weiler, dos peones perfectamente sacrificables en el gran tablero del Tercer Reich.

De pronto, en mi sueño, las nubes del olvido se despejaron y me vi andando detrás de mi padre y del falso Michael Lippert por los pasillos de la gran prisión de Stadelheim, un lugar que el simulado Sturmbannführer conocía perfectamente pues, cuando solo era un civil llamado Adolf Hitler, estuvo varios años preso después de intentar un golpe de estado en 1922.

En rigor, nunca había olvidado todo cuanto sucedió aquella tarde, sino que lo había dejado aparcado en el fondo de mi mente, como esperando el día en que su evocación fuera necesaria para recomponer algún tramo de mi inútil existencia. Y

aquí es donde entraba en juego la intuición, porque yo sabía que entre aquellos recuerdos había una parte decisiva para resolver los asesinatos que una mente perturbada, en el presente, estaba llevando a cabo en el entorno del Castillo de Hartheim y el campo de concentración de Mauthausen. Es por eso que mi mente había llamado a la puerta del pasado: para resolver el caso que investigábamos mi hermano y yo.

La puerta del pasado se había abierto de par en par, y el primero en franquearla fue Adolf Hitler, que se acercó hasta los barrotes de la celda de Röhm.

—Hola, Ernst.

Parecía triste. Ambos parecían tristes, despedazados por dentro, como si aquella situación fuese insoportable para sus corazones. Me di cuenta de que el *Führer* había roto a llorar.

—Hola Adolf —respondió el caudillo de las moribundas Tropas de Asalto SA, en camiseta, sentado en un viejo taburete, cansado, sudoroso, derrotado—. ¿Has venido a liberarme o a matarme personalmente?

Pero mi excursión en el gran océano de la retentiva no fue más allá porque unos gritos me arrancaron del pasado y me devolvieron al presente, roncando en el lecho de mi habitación, aún vestido y con solo una bota puesta, luego de haberme desmayado, exhausto por todos los extraordinarios sucesos que llevaba vividos en la última jornada.

XII

Volví a oír aquellos gritos, mientras me desperezaba, y me di cuenta de que se trataba de aullidos de alegría, de silbidos, de palmas, de juegos de niños. Me acerqué al balcón intentando despejar mi cabeza que, todavía embotada, no terminaba de entender por qué ya estaba anocheciendo. De pronto, los gritos cesaron. A través del ventanal, entreabierto, descubrí una luna en cuarto creciente asomarse e iluminar las aguas que, perezosas, discurrían por un extremo de mi jardín. Abrí un batiente, me asomé y distinguí a lo lejos la figura de Joseph F. y a su grupo de amigos, despidiéndose tras otra tarde de juegos imitando a sus mayores en los campos de exterminio. Un prisionero rezagado salía entonces de una caja que pensé simulaba una celda de castigo, y Joseph le dio un imaginario tiro de gracia en la cabeza con un palo de madera. El niño-prisionero, sobreactuando, se echó las manos al pecho y cayó teatralmente hacia atrás con los brazos extendidos. Jutta y Gertrud, las dos muchachitas arias que completaban el grupo, aplaudieron a rabiar la ocurrencia como buenas hermanas que eran y cubrieron de besos al comandante de su Lager imaginario.

Era ya muy tarde y ese último juego marcó el final de su jornada; al cabo, la chiquillería fue disolviéndose en diversas direcciones. El líder del grupo, aquel muchacho espigado que me rehuyera el día anterior, se me quedó mirando un buen rato, plantado con los brazos en jarras, como desafiándome. Desde aquella distancia no pude verle bien, pero su gestualidad era inconfundible: cuerpo en tensión, puños crispados... incluso escupió al suelo un par de veces. Esta vez ya no cabía duda: el muchacho era el hijo de algún comunista al que habían purgado las Tropas de Asalto SA en 1933, o, en cualquier caso, alguien que odiaba al régimen nazi y todo lo que representaba. No se lo pude echar en cara. Hay muchos austriacos que nos odian a escondidas y un niño de doce o trece años tiene tanto derecho a despreciarnos como cualquiera de sus mayores. Este, por lo menos, no trataba de disimularlo. Algo llamó entonces la atención del muchacho y echó a correr calle abajo súbitamente, casi atropellado, como si huyera de alguna cosa. Miré en derredor pero no me pareció ver nada fuera de lo usual. Un hombre había aparecido por un extremo de la plaza y encendía un cigarrillo al amparo de un portal. Suspiré aliviado. No quería enfrentarme a un mocoso por culpa de los crímenes de otros, que el pobre llegase por un azar a golpearme y algún funcionario escrupuloso considerase que era un niño rebelde, imposible de reeducar, y se lo llevase a una Institución del Sueño. No sería la primera vez que un joven acaba en un sitio parecido por atentado contra la autoridad, por levantar la mano contra la sacrosanta figura de un miembro de la Banda de la Calavera.

Joseph y Gertrud se habían quedado los últimos, hablando de sus cosas. Me pareció que se gustaban. El niño, muy tieso en medio del patio, con su gorra de aviador y su porte de guerrero, debía todavía esperar a que su madre volviese del

trabajo para regresar ambos a Amstetten. Gertrud, la de los cabellos trenzados como la heroína de una ópera de Wagner, la que un día, no os quepa duda, será una líder regional de la Liga de las Muchachas Alemanas, me reconoció espiándolos desde mi atalaya y me saludó moviendo muy rápido una mano, entre risitas cómplices. Joseph se volvió entonces.

—¡Buenas noches, *Herr Sturmmann-SS!* —dijo la niña, con un tono extraño en la voz, como si riese, y se perdió calle abajo, adentrándose en la tibieza de la noche, con una temperatura extrañamente suave para aquella época del año.

—¡Buenas noches, Gertrud! —Hice un gesto a Joseph para que me esperase. Este asintió.

Bajé del primer piso, desperezándome de nuevo y quitándome las legañas de los ojos. El muchacho se había acercado hasta la puerta de mi casa y aguardaba en el zaguán.

—Esta mañana no salió a trabajar como todos los días —me dijo, y yo comprendí enseguida que llevaba todo el día en la calle, jugando a ratos con sus amigos, a ratos paseando, perdiendo el tiempo y esperando... siempre esperando.

Me miraba, receloso como si hubiera faltado a una cita.

—Hoy tuve un problema en el trabajo y no pude volver a casa hasta hace un rato.

Asintió, comprensivo. Solo quería oír una justificación, que se le tuviera en cuenta, que no se le tratase como a un mocoso al que no hace falta explicarle nada.

—Parece enfermo, señor. Tiene mala cara.

—Ha sido un día duro, Joseph.

—Ya. Conozco bien esos días.

Estaba seguro de que Joseph sabía bien cómo eran los días duros y los peores. Le puse una mano en el hombro e iniciamos un paseo sin prisas y sin itinerario. Me preguntó si había podido conseguirle la gorra de las SS que me pidió y tuve que reconocer que seguramente sería imposible. Respecto a los *Dienstgradarmwinkel*, los galones para las mangas de nuestros uniformes, que me demandaran el resto de miembros de su grupito de amigos, le dije que lo intentaría, pero por el tono de mi voz, Joseph se dio cuenta de que era probable que tampoco los consiguiera.

—Una pena —dijo, bajando la cabeza.

Tal vez diéramos un par de vueltas a la manzana o nos alejáramos unas cuantas travesías. No lo recuerdo y no creo que sea importante. Le pregunté entonces por el muchacho que lideraba su pandilla. Lo hice tratando de que pareciese algo casual, sin premeditación, como el que habla del tiempo. Joseph, al principio, me dijo que no sabía de quién le hablaba.

—Recuerdo que tú hacías el papel de *Schutzhaftlagerführer*, el jefe de seguridad y número dos de vuestro campo imaginario. Había un chico que me dijiste que hacía el papel de comandante en vuestro juego. —Joseph negó con la cabeza, como si no recordase de lo que le hablaba. Finalmente, decidí ir directamente al grano—: Me refiero al muchacho al que no le caigo bien.

—Ah, ¿lo ha notado? —Joseph parecía sorprendido—. No se lo tenga en cuenta. Él no es como nosotros, y tampoco es que sea exactamente nuestro jefe. Es un chico raro.

—¿Cómo de raro?

—Raro y ya está. Tampoco tiene padre.

Así pues, estaba en lo cierto desde el principio. Aquel niño se había quedado huérfano por culpa de las SA, de la Gestapo, de las SS o de la policía. Tal vez su padre se pudría en un Lager para izquierdistas en el corazón del Reich o, Dios no lo quisiera, igual era uno de los triángulos rojos de Mauthausen. Aquel odio tan profundo que había sentido solo podía tener una explicación semejante. Suspiré profundamente, avergonzado de vestir el uniforme sangriento de una unidad sangrienta, y decidí cambiar de tema.

—¿Sabes quien va en cabeza de la liga unificada de Fútbol?

—¡El Rapid de Viena! —me contestó Joseph al instante. El color había acudido a su rostro, olvidando por un momento todas las tragedias, grandes y pequeñas, que nos rodeaban—. Este año el Schalke va a morder el polvo.

El Schalke 04 había ganado cinco de las siete últimas ligas de Alemania. Ahora que los austriacos éramos con los alemanes y los checos un solo país, disputábamos una liga unificada. La antigua Austria (ahora llamada Ostmark) había sido en tiempos una gran potencia futbolística y nuestros valientes le disputaban la hegemonía a los equipos del norte. Nuestro estandarte era, claro está, el Rapid, el equipo de la capital.

—Este año la liga se queda en casa —afirmé, convencido de que lo lograríamos.

Estuvimos un buen rato comentando los resultados de fútbol y de la gran selección que podría haber formado la Gran Alemania si Sindelar no hubiese muerto de una forma tan trágica. Este, considerado el mejor futbolista del mundo, era natural precisamente de la capital de la antigua Austria, la Viena de Mozart, y, de hecho, Matthias Sindelar, por su baja estatura y su habilidad y regate sobrehumanos, era conocido como el pequeño Mozart.

—Muchos dicen que se suicidó para no tener que jugar con la selección de la Alemania unificada con Austria —le dije, porque circulaba un rumor más que extendido asegurando que Matthias se había quitado la vida para así evitar vestir los colores de Alemania, ya que era un antialemán y un nacionalista austriaco de primer orden. También había circulado el rumor que espías del Reich lo habían eliminado para evitar tener a un personaje tan célebre en su contra en unos años delicados en los que aún se estaba asentando el ideario nazi en Austria.

—Eso no me lo creo —dijo, muy serio, Joseph—. Sindelar no se hubiera matado cuando tenía la oportunidad de formar parte de una selección capaz de ganar el mundial o los juegos olímpicos. Era un deportista y a los deportistas les gusta ganar. Además, aunque hubiera decidido hacerlo, no creo que se hubiese matado junto con su esposa. Se hubiese pegado un tiro con una buena pistola austriaca en lugar de dejar encendido el gas y acabar con su vida de una forma tan cobarde.

Joseph parecía estar muy seguro de sus argumentos. Lo cierto es que, como todos los niños, sabía de fútbol mucho más que sus mayores: hablaba con tal propiedad y seguridad que creo que hasta me convenció. Sin duda, el bueno de Matthias Sindelar había muerto envenenado por el monóxido de carbono de su estufa: un absurdo accidente casero de esos que pasan a menudo pero que nunca pensamos que le vaya a pasar a un famoso.

—Tal vez tengas razón.

Al pensar en el monóxido de carbono, mi mente, sin poder evitarlo, marchó hasta el castillo de Hartheim y a las botellas que aquel mal nacido de Lonauer guardaba en la cámara técnica para gasear a sus niños. Delante mío, Joseph había dejado de hablar y, cabizbajo, perdido en sus pensamientos, le daba patadas a una piedra. Súbitamente, entendí que aunque el niño estuviese enfadado con su progenitor por haberle abandonado, había muchos padres alemanes, padres que se llamaban a sí mismos buenos hombres, que habían abandonado a su descendencia en situaciones mucho peores: en aquellos malditos remedos del infierno llamados Instituciones del Sueño.

—¿Piensas a veces en tu padre, Joseph?

El niño se volvió, sorprendido, examinándome de pies a cabeza como si me estuviese viendo por primera vez.

—No. Sí. A menudo. —Había dado en el blanco. Joseph volvió a vacilar y esconder la cabeza entre los hombros—. Ya sabe. Pienso cuando tengo que pensar, cuando estoy solo y...

—Yo creo que estás mejor sin él —le dije.

—¿De verdad?

—De verdad.

—Pues se equivoca, soldado de primera Weilern. Aunque yo sé que me lo dice para qué me sienta mejor y ¿sabe? —Joseph me sonrió—. Funciona.

Apreté con más fuerza su hombro que minutos antes.

—Y aún así dices que me equivoco.

—Sí. Se equivoca, señor, porque un hijo pertenece a su padre. Da igual que sea como el mío, siempre bebiendo. Da igual incluso si no le importas demasiado a tu padre porque tiene otras cosas mejores que hacer o que beberse. Los hijos son de los padres y nunca se los puede dejar solos. Un padre puede pegar a un hijo u obligarle a trabajar y dejar los estudios: pueda hacerle lo que quiera menos dejarle solo sin su protección.

Intenté razonar con él e incluso creo que llegué a hablarle del Castillo. Pero él no quiso escucharme: el dolor por la pérdida de su padre le había marcado profundamente y él tenía muy claro cuáles eran sus prioridades y sus creencias en todo lo relacionado con aquel asunto. Por un momento, me llegué a preguntar si su padre no estaría muerto sino alcoholizado, tirado en una cuneta. Tal vez su madre se había inventado lo del abandono porque había creído que esa explicación causaría menos padecimientos al pequeño Joseph. Si había sido así, se equivocaba por

completo. El mocososo se pasaba horas y horas reflexionando sobre cómo habría sido su vida con su progenitor. Y tenía demasiado tiempo para reflexionar, y sus pensamientos le estaban devorando por dentro.

—Tal vez tengas de nuevo razón y yo esté equivocado, muchacho.

—Tengo razón. Estoy seguro. Un hijo no puede crecer sin su padre. No puede. Ni hablar.

Seguimos andando en un incómodo silencio durante un par de calles. Había un café haciendo esquina, justo delante de la Iglesia, y un grupo variopinto de hombres y mujeres hablaban animadamente. El padre Von Banish, rodeado de feligreses, me saludó con la mano. Correspondí a su saludo y le sonreí. Tenía ganas de volver a confesarme: había visto tantas cosas en unas pocas horas que necesitaba reconfortar mi alma y oír unas palabras serenas y sabias que dieran una apariencia de sensatez al momento presente.

—¿Vas mucho a la Iglesia? —me preguntó Joseph.

—Siempre que puedo.

Llegamos al final de la terraza del café. Allí estaban sentados, en una charla más relajada, un par de soldados con uniforme de las SS, pues yo no era el único de los nuestros que vivía en Sankt Valentin. Al verlos, a Joseph le vino una idea a la mente.

—Seguramente usted pensará, señor, que el campo que intentamos imitar en nuestros juegos en el patio es el campo grande, el de Mauthausen.

Le dije que no recordaba si lo había pensado o no. Pero parecía lógico. Joseph rio.

—Yo nunca he estado allí, en el campo de Mauthausen, señor. Ojalá. Pero cerca de mi casa en Amstetten hay un campo auxiliar. Es un campo muy grande también, lleno de mujeres. Solo hay mujeres. Muchas veces voy en bicicleta y me quedo mirando más allá de las alambradas. Las tienen trabajando en cosas para los trenes. A veces alguna se desmaya por trabajar tantas horas bajo el sol y los guardias se la llevan a rastras. Me he hecho amigo de uno y a veces hablamos de cómo hay que enseñar disciplina a esas rojas comunistas. Creo que he llegado a entender que los campos de concentración son como un padre para esos inferiores y que, en el fondo, ellos son como hijos perdidos para el estado y para el *Führer*, que es como un abuelo muy sabio para todos nosotros. Allí están encerrados porque un padre no puede dejar solo a sus hijos, aunque sean subhumanos o asociales o anden perdidos lejos de las normas buenas y justas del nacionalsocialismo. Es lo que tendría que haber hecho mi padre conmigo: encerrarme o castigarme o pegarme si no estaba contento con lo que yo era. Pero nunca abandonarme...

Aunque yo soy solo un pobre tonto, comprendí entonces que el pequeño Joseph estaba terriblemente traumatizado y aunque ahora era un pobre niño desvalido, si alguien no hacía algo por evitarlo y remendaba su pequeña cabecita, acabaría convirtiéndose en un adulto lamentable como el doctor Lonauer o el comandante Ziweis. Tal vez con el paso de los años acabaría siendo un hombre malvado y sin alma, de tal forma que sus convecinos le considerarían, después de todo, un buen

nacionalsocialista. Algo descorazonado, me despedí del muchacho alegando alguna tarea pendiente y regresé a mi vivienda junto al río, a mi terraza, a mis macetas y a mi pequeña vida de idiota. Como estaba algo triste, decidí trabajar un poco en mi diario e hice casi de un tirón las lecciones una a la tres que, si habéis llegado hasta aquí, ya habréis leído. Luego, pensando en mi hermano, terminé el poema para el *Führer* que me había pedido y que pondré al final de estas páginas para que lo podáis leer si es que alguien realmente está interesado en él. Escribir un poema alabando la figura del líder de la Nación con motivo de su cumpleaños, en principio parece una cosa que está muy bien; pero cuando lo escribe alguien tan tonto que no siente el menor aprecio por ese líder que en pocos meses celebrará su cumpleaños, igual el valor del poema ya no es tan importante. Aunque, como no me canso de deciros, al ser un pobre tonto es posible que tampoco entienda bien cómo funciona esto de la poesía y a lo mejor resulta que mi hermano tiene razón y estoy aprendiendo algo alabando la persona de su *Führer* o escribiendo este diario que, en teoría, debe servir para convertirme en un buen nacionalsocialista. Yo creo que este diario no va a servir para nada, la verdad.

En cualquier caso, el hecho es que comenzó a dolerme de nuevo la cabeza. Hacía tiempo que no tenía una de mis migrañas, una de las fuertes, una de esas en las que chillo y pataleo, con los ojos muy gordos, y luego me quedo dormido y ausente días enteros. Esta, sin embargo, no fue de las más fuertes. Salí al balcón y me senté a fumar un cigarrillo mientras me masajaba de nuevo las sienes. A lo lejos, vi a Joseph cogido de la mano de su madre, brincando de contento por haber recuperado a uno de sus progenitores, uno de esos que él cree que tienen derecho a pegarle, a encerrarle o hacerle lo que les venga en gana solo por ser sus padres. Sentí pena por el pobre muchacho y di una fuerte calada a mi cigarrillo. No tragué bien el humo o no lo supe exhalar y me puse a toser, lo que aumentó mi dolor de cabeza y mi sensación de náusea y de desamparo. Entonces le descubrí:

Era Harald, entre las sombras de la noche, mirándome desde detrás de un árbol, tras el que parecía esconderse. Yo estaba de rodillas, tosiendo y lamentándome, y de no haber levantado la vista desde un perfil tan bajo probablemente no le habría visto al fondo de mi campo de visión, a la izquierda de la calle, donde empiezan los descampados y el terreno de los vecinos. Pero allí estaba, mirándome escupir el humo mal tragado, deplorando en silencio la suerte del pobre Joseph. Se trataba del mismo hombre que una hora atrás había distinguido llegando a la plaza y encendiendo también su cigarrillo junto a un portal. Justamente cuando el líder del grupo de niños, el hijo del comunista, se había marchado corriendo como alma que lleva el diablo, como si huyese de...

De pronto, me di cuenta de que allí había un nuevo misterio, que alguna cosa había sucedido ante mis ojos y yo no había sido capaz de desentrañar su significado. Decidí guardar aquel incidente en mi memoria y revisitarlo cuando tuviese más datos sobre el mismo. Lamenté no haberle preguntado a Joseph al menos el nombre de

aquel muchacho desconocido. Pero, de momento, tenía otro misterio al alcance de la mano; y este reclamaba mi atención:

—¿Eres tú, Harald? —voceé, inclinándome sobre la balaustrada.

Cuando Harald se dio cuenta de que le había visto, en lugar de venir a mi encuentro como hacía todos los días y como cualquier amigo haría, se dio media vuelta subiéndose el cuello de la gabardina. Retrocedió lentamente, intentando salir de mi campo de visión, y se perdió en la oscuridad, como si fuese transeúnte cualquiera. Pretendía, aunque en vano y patéticamente, que yo pensara que me había equivocado al reconocerle. Pero no me había equivocado y grite su nombre:

—¡Harald! ¡Qué demonios haces, maldito idiota! ¿A qué juegas?

No me había dado cuenta de qué hora era (rondarían las doce de la noche) y desde una casa cercana oí una maldición. Me volví un instante hacia el lado contrario esperando que no se encendiera la luz en alguna alcoba, pues no tenía ganas de dar explicaciones a nadie, y menos a mis vecinos. Cuando volví de nuevo la vista, Harald había desaparecido y un nuevo misterio se había añadido a la lista de misterios de aquella jornada absolutamente inexplicable.

XIII

Al cabo de un rato, me sentí mejor y terminé de repasar la relación de los primeros tres capítulos de mi diario. Pasaron unas horas. Estaba corrigiendo alguna expresión y un montón de faltas de ortografía cuando el coche de mi hermano aparcó delante de casa. El claxon sonaba insistentemente: una, dos, tres, cuatro veces. Me asomé al balcón y pude contemplar la cara de Otto, sonriéndome a través de la ventanilla del Opel. Estaba contento, y eso solo podía significar que sabía o creía saber algo más sobre el caso que la última vez que nos habíamos visto.

—Vamos, holgazán, que aún nos quedan muchos asuntos pendientes —me gritó mientras me hacía gestos elocuentes para que bajase de una maldita vez.

—¿Seguro que no quieres echarte un rato antes de proseguir?

—¿Tú qué crees?

Los ojos de mi hermano brillaban de una forma especial. Cuando bajé a su encuentro me di cuenta de que resplandecían de ideas, de emociones, de posibilidades... Una noticia inesperada lo dominaba todo: pero yo, que no la conocía, me sentía como un necio al que todo se le escapa, que no comprende la alegría o la tristeza de sus mayores. Avanzábamos por la carretera a toda velocidad y mi hermano tenía la vista fija en un punto cambiante del paisaje, siempre hacia adelante.

—¿Me lo vas a decir ya? —espeté de pronto, cansado de que se me ignorase.

Yo esperaba una especie de dilación, un largo compás de espera en el que mi hermano se entretendría en explicarme los prolegómenos del asunto, de cómo lo había descubierto o cómo había sucedido. Pero no fue así como pasaron las cosas y Otto dijo, sencillamente:

—El Rapportführer Boldt ha muerto. Asesinado.

—¿Qué?

—Ya lo has oído. Lo han asesinado. Parece que con veneno. Entraron en su celda y le hicieron beber algo que lo mató. Han encontrado el vaso junto al cuerpo, la puerta de hierro de su celda abierta, y otro escrito de nuestro asesino y poeta preferido. —Otto esquivó a un transeúnte que caminaba distraído por el borde de la carretera arrastrando de las riendas a un burro perezoso. La bestia, que circulaba lentamente por el arcén masticando alguna cosa con aire ausente, levantó una oreja cuando les rebasamos a más de cien kilómetros por hora.

—Ha tenido que ser un hombre fuerte —objeté—. A Boldt no le harían beber veneno así como así. Yo creo incluso que debieron ser varios hombres para obligarle. A menos, claro, que le engañasen y pensase que estaba bebiendo cualquier otra cosa.

—Como no estamos todavía allí, ahora es inútil especular. Lo poco que sé lo conozco por el Blockführer Braun, que vino a buscarme desde el campo. Suerte que me encontró en un bar tratando de hacer amistad con uno de los guardias del Castillo. Por lo visto, el comandante Ziereis está como loco porque ya no podrá mantener el asunto oculto mucho más tiempo. Con suerte, tenemos veinticuatro horas. Al cabo, le

guste o no, tendrá que dar parte a la policía criminal.

Me encogí de hombros.

—Es lo que tendría que haber hecho de buen principio.

—¿No confías en que vayamos a solucionar el caso? —Otto parecía decepcionado.

—No confío en mí. Tú seguro que tienes ya un par de sospechosos en la cabeza.

—Un par... tal vez, sí.

Como yo sabía que esa información no me la iba a dar así como así, decidí no insistir más en el tema. Rolf Weiler, para él, seguía siendo un niño y no compartiría conmigo confidencias de adulto.

—¿Le sacaste alguna información a Glatz?

—¿Glatz?

—El guardia del Castillo de Hartheim. Has dicho que estuviste con él tomándote unas copas. Confraternizando con el enemigo, creo que se dice —reí.

—No estuve con Glatz. A ese cretino no le hubiera sacado ni un pfenning para una limosna a una viuda de guerra. No. Esperé a que terminase su turno el siguiente guardia y le convencí de que sentados delante de un par de pintas de cerveza negra, veríamos las cosas mucho más claras.

Yo iba a decir alguna cosa pero detuvo mis labios con un ademán.

—Y, en efecto, las vimos más claras. Gracias a Dios, de Creutzfeld, que así se llama el hombre, un fortachón de Renania con su característica nariz roja y sus chistes subidos de tono, ya me habían indicado que delante de unas buenas jarras de cerveza se sentiría inclinado a compartir conmigo sus pensamientos, por mucho que Lonauer le hubiese advertido de lo contrario.

—¿Sospechas del doctor muerte? —dije, interrumpiendo su línea de razonamiento.

—De ese carnicero no sospecho en absoluto. Tiene demasiado trabajo ya de verdugo para buscarse nuevas tareas. Además, es un hombre público y bastante conocido en la comarca. No podría moverse libremente como hace nuestro asesino. Alguien en el campo de Mauthausen hubiese reconocido su cara, sus modales y su sonrisa engolada, de haber acudido este hasta los nuevos barracones a cometer el asesinato del cabo. Ya nos hubiera llegado la información. Lonauer, lejos de su Castillo, es como un pez fuera del agua. Si partimos de la presunción que el mismo que asesinó a Erich Streicher degollándole con una daga de la SS, es la misma persona que puso a volar camino de la acera al soldado de guardia William Ferrat, hemos de concluir que el doctor no tiene nada que ver con ambos crímenes. Por supuesto, todavía menos respecto al del español que murió calcinado en el campo interior. Y créeme que si pudiese elegir un culpable, él sería el primero de mi lista.

Por lo menos en ese punto, ambos estábamos de acuerdo. Hablamos de ello durante un rato y descartamos definitivamente al buen doctor. Mi hermano, después de intentar convencerme de que un hombre como Lonauer no era para nada un

ejemplo de buen nacionalsocialista, sino al contrario, el paradigma de hombre cruel y depravado que se servía de la maquinaria del estado para dar rienda suelta a su sed de sangre, me miró de reojo como esperando de mí una muestra de adhesión a sus palabras. Pero yo había reservado mi empatía y adhesión para los pobres «idiotas» que había visto desfilando en el pasillo de la muerte de la institución del sueño de Hartheim. Otto resopló, movió crispado su mano derecha sobre la caja de cambios, poniendo la siguiente marcha, y retomó su relato donde lo había dejado: delante de dos jarras de cerveza y un guardia que ya había engullido cinco de ellas.

—Creutzfeld parecía convencido de que al difunto soldado raso Ferrat le interesaban los jovencitos. Se le había conocido una novia tiempo atrás, pero de eso hacía ya mucho. Además, no compartía las conversaciones típicas de los machitos vestidos de uniforme ni los piropos de estos hacia una buena mujer austriaca que pasa moviendo las caderas y provocando al personal. En este tipo de temas, era un hombre reservado. Y aunque me pareció que Creutzfeld es el típico personaje que desconfía de cualquiera que vaya sobrio y no esté dispuesto a perseguir a todas las mujeres arias que se crucen en su camino, lo cierto es que me pareció que estaba razonablemente seguro.

—Todo lo razonablemente seguro que se puede estar después de engullir varios litros de cerveza negra —aduje—. De todas formas, su descripción no coincide mucho con la que nos hizo el buen doctor.

—Coincide y no coincide. Lonauer pensaba que Ferrat era bisexual y tanto disfrutaba del placer de la compañía de hombres como de mujeres. Tal vez Creutzfeld sea un tonto que solo se apercibió que su compañero se interesaba también en la carne joven de los chiquillos y no vio más allá. Tal vez Lonauer sea otro tipo de tonto, el que ha leído tanto en los libros que no sabe juzgar a las personas. Vio que Ferrat se interesaba por los jovenzuelos y pensó que lo hacía «además» de interesarse por las buenas damas arias. Probablemente ni se le haya pasado por la cabeza que un buen SS pueda no interesarse por una mujer como Dios manda. En cualquier caso, el tema de los jovencitos ha quedado definitivamente confirmado, que era lo que yo trataba de establecer en este punto de mi investigación.

—De nuestra investigación.

—De nuestra investigación... claro.

—Así pues, Ferrat era homosexual o bisexual: esa es «nuestra» hipótesis de trabajo. Y piensas que esa desviación de su conducta tuvo que ver con su muerte.

—Estoy seguro de que sí. Porque luego regresé al castillo y cuando mencioné este asunto el guardia nuevo que ha sustituido a Ferrat, así como a un par de enfermeras, volvieron la vista como si se tratase de un tema sobre el que ya hubiesen sido advertidos, y me indicaron a donde debía ir si necesitaba más información: al primer piso, al despacho del doctor muerte.

Parece que Otto había encontrado ocurrente el apodo que yo improvisara minutos atrás. Lo cierto es que a Lonauer le venía como anillo al dedo.

—¿Volviste a tratar con él?

—Lonauer ya me había dicho lo que necesitaba saber sobre ese punto. Además, creo que no tuve estómago. O tal vez tenía demasiado. Me vi obligado a beber lo mío para acompañar a Creutzfeld y tuve miedo de que otra visita a las oficinas me acabase haciendo vomitar.

Me di cuenta entonces que a Otto, a pesar de la excitación del momento, le estaba entrando sueño. Levantó la mano del volante para frotarse los ojos, que le picaban. Mi hermano me miró e hizo una pausa trágica. O, al menos, desde la distancia de las horas que han pasado desde ese momento, me lo parece. Lo cierto es que iba a sacar a colación un tema que a partir de ese momento se convertiría en mi principal quebradero de cabeza. Ahora mismo, mientras os escribo estas líneas, no dejo de pensar y de dudar de alguien del que jamás habría dudado hasta el momento en que mi hermano dijo:

—Además, he descubierto otra pista particularmente inquietante. Tanto Creutzfeld como los propietarios de una granja cercana al castillo, los Schuhmann, recordaron que el mismo día del asesinato, así como un par de días antes, estuvo paseándose por los contornos un Mercedes de alta gama.

—¿Un Mercedes, dices?

Mi hermano no respondió inmediatamente. Me dejó reflexionar sobre el asunto. La única persona que ambos conocíamos que poseyera un Mercedes de esas características, aunque fuese de segunda mano, era Harald. Por un momento, sentí la necesidad de explicarle a mi hermano la extraña conducta de mi amigo justo pocas horas antes, cuando lo descubrí vigilándome desde detrás de un árbol, acechando en la oscuridad. Pero, de pronto, tenía dudas de que fuese realmente Harald la persona que vi desde mi balcón. Tal vez fuera otro. No quería creerlo. No podía creerlo. A veces, cuando un solo indicio apunta hacia una persona, estamos dispuestos a tomarlo en consideración. Pero cuando un segundo indicio o una conducta inexplicable nos hacen dudar nuevamente, estamos dispuestos, por amistad o por pura necedad, a negarlo todo. Es por eso que yo entonces me negué a creer que Harald estuviese implicado y no le conté a mi hermano lo que había sucedido.

—¿Sabes cómo consiguió Harald Bauer un vehículo así? —me preguntó de pronto Otto, rompiendo un largo silencio.

—No... y seguro que hay más personas en la comarca con un coche de esas características —dije, procurando poner énfasis en cada una de mis palabras.

—Seguramente sí —dijo Otto, frotándose de nuevo los ojos—. Pero no debe haber muchos miembros de las SS con un coche semejante y nadie que tenga acceso al campo de Mauthausen. Ni siquiera el comandante Ziereis tiene un coche así: en realidad, como bien sabes, tiene un viejo Hanoman, ni siquiera un Opel como el nuestro. Mis testigos vieron a dos miembros de las SS bajar de ese Mercedes de alta gama y dirigirse hacia la Institución del Sueño.

—¿Crees que podrían reconocerlos?

—Creutzfeld tal vez podría pero ya me ha dicho que no lo hará. Ya ha colaborado demasiado extraoficialmente y no quiere enfrentarse a Lonauer que, diga lo que diga, estoy seguro de que no quiere una investigación de asesinato en su Castillo y tener a esos mentecatos de la Kripo dando vueltas y mirando debajo de las alfombras, que sin duda deben estar repletas de huesos de chiquillos asesinados. Respecto a los Schuhmann, la puerta de su granja está a casi doscientos metros de donde vieron aparcar el coche y no me parece que pudieran reconocerlos. Tampoco creo que les gustase verse ante una rueda de identificación. Seguramente preferirían decir que no saben nada. Bastante han hecho con decirme lo que habían visto. Son malos tiempos para la gente que ve más de la cuenta.

Asentí. La Alemania de Adolf Hitler no es un lugar en el que tenga cabida más que la obediencia ciega y todas las formas de ceguera en general. Cualquiera que no sea lo bastante listo como para ser al menos tuerto, tiene sus días contados. Todos lo sabemos y ya nadie se asusta de reconocerlo.

XIV

Ya casi habíamos llegado al Lager cuando mi hermano redujo hasta prácticamente detener el coche al borde de la estación de tren.

La estación de tren de Mauthausen es un pequeño recinto con un único andén para ambas direcciones y una barraca a la derecha que hace las veces propiamente de estación. Al fondo, un poco apartada, hay una vía muerta, donde se desvían los transportes, sean de hombres o material, destinados al Lager. Justamente, hacía unos pocos minutos, acababa de llegar un convoy integrado por prisioneros de diferentes nacionalidades pero, como venía siendo habitual desde hacía un tiempo, presumíamos que españoles en su mayoría. Aún faltaban varias horas para amanecer y por las rejillas de los vagones de ganado que formaban el convoy, asomaban unos ojos de pupilas blancas, atemorizados, perdidos en la bruma y en el hedor de cuerpos hacinados, más de ciento por vagón, durante horas y horas de camino desde el corazón del Reich alemán. El tren acababa de detenerse en la vía muerta y nada parecía distinto de lo usual. A lo lejos, un grupo de prisioneros trabajaba ya en un terraplén cercano, con picos y palas, construyendo quién sabe qué nueva ampliación del campo que se le acabaría de ocurrir a nuestro comandante. Según ascendíamos hacia el campo, las temperatura había descendido varios grados, y un frío penetrante y desolador me golpeó el rostro al bajar la ventanilla de nuestro Opel. Me pregunté qué sentirían aquellos presos cuando descendieran al suelo nevado vestidos solo con una camisa y un pantalón. Muy pocos llegaban con ropa de abrigo. Me volví hacia mi hermano:

—¿Sucede algo? No quiero ver nada de esto a menos que sea completamente necesario.

Nuestro coche se había detenido por completo y Otto parecía mirar a lo lejos, más allá del pelotón de soldados que acudían ya hacia los vagones para descerrar los cerrojos de los portones de madera e invitar a aquel nuevo grupo de esclavos a incorporarse a la disciplina del campo de Mauthausen. Entonces yo también lo vi. El comandante Ziereis y alguno de sus hombres de confianza (Bachmayer y Schultz, sus lugartenientes, me pareció que eran desde aquella distancia) estaban llegando a la vía muerta desde la carretera. Y lo hacían a pie, cosa nunca vista; pero es que además lo hacían a unas horas de la madrugada en las que habitualmente aquellos peces gordos suelen estar durmiendo la mona. El que los tres más altos mandos del campo, en solitario y sin escolta, apareciesen de pronto en medio de la nada, era algo ciertamente fuera de lo normal. Mi hermano, como siempre, observador, no podía pasar por alto un hecho semejante.

—¿Nos presentamos al comandante? —le pregunté.

—De momento, abriremos bien los ojos y callaremos. Si nos ven, nos apeamos del coche tranquilamente y decimos que acabamos de llegar.

Me pareció una propuesta sensata. Así que nos quedamos en el coche viendo

cómo nuestros compañeros de las SS la emprendían a culatazos con los españoles de los vagones de ganado, obligando a bajar a los hombres y a los chiquillos a partir de los quince años. Naturalmente, para hacer esto se guiaban por la estatura, por lo que un chico de doce particularmente crecido o de padres muy altos, bien podía acabar en el campo, como ya le había sucedido a mi amigo Ícaro y a otros muchos. Un grupo de unos doscientos prisioneros fueron arrojados sobre la nieve y obligados a avanzar por una carretera empinada camino del campo. El ruido era ensordecedor. Los perros de los guardias aullaban enloquecidos, con las fauces abiertas, prestos para abalanzarse sobre cualquiera que estuviese lo bastante enfermo como para descolgarse del grupo; las mujeres y los niños pequeños gritaban desde los vagones, demandando la presencia de sus familiares, que les habían sido arrebatados probablemente para siempre. La esposa de uno de los prisioneros se lanzó desde el vagón tratando de dar alcance a su esposo, padre o hermano, y cayó de bruces, quedando sepultada en la nieve, que alcanzaba ya por encima de las rodillas. Un Rottenführer-SS la levantó del suelo y amenazó con violarla a ella y a cualquier otra de sus compañeras que volviese a intentar una estupidez semejante; la mujer, que no entendía el alemán, repetía una y otra vez las palabras «violar a una mujer» (*Frau zu brechen*), pensando acaso que era el nombre del Rottenführer-SS y pidiéndole clemencia o el favor de traer de regreso a su parentela. Esto causó una gran hilaridad en la tropa, que comenzó a barajar la posibilidad de entrar en los vagones y yacer en masa con aquel grupo de putas españolas que, después de todo, parecían tener tantas ganas de que las «violasen». Algunos estaban ya repartiéndose a las más guapas cuando Frank Ziereis apareció súbitamente en medio del andén: las risas y los juegos se terminaron tan abruptamente como habían comenzado. Todo el mundo se cuadró y la mujer que se había arrojado tras de su esposo, hermano o padre fue devuelta al vagón. Los portones se cerraron y el tren inició un largo viaje camino del sur de Francia.

—¿Cómo se llama? —le preguntó Ziereis al cabo que había recogido del suelo a la mujer española.

—Racht, mi comandante. Rottenführer-SS Wilhelm Racht.

Aunque el suboficial llevaba gorra, guantes y un grueso capote de invierno, temblaba de pies a cabeza. Ziereis le miraba directamente a los ojos. Detrás de él, los segundos al mando de Mauthausen, contemplaban la escena con gesto adusto.

—Y dígame, Rottenführer-SS Racht, ¿es usted un hombre inteligente?

—Eso espero, señor.

—No quiero que usted espere nada. ¿Lo es o no lo es?

La mano derecha del cabo temblaba como un molinillo de café.

—Lo soy, mi comandante.

—Así pues, si yo le mando una tarea, usted la llevará a cabo sin dudar, sin volver a preguntarse nunca más en el futuro por qué se la he mandado hacer ni por qué debe olvidarla tan pronto la haya cumplido.

Racht, por su gesto, parecía no tener muy claro lo que se le había preguntado pero

juró por sus hijos, por el *Führer* y por Alemania que haría todo cuanto se le ordenase. Ziείς asintió, pensativo, y despidió al resto del pelotón, que comenzó a subir la cuesta camino del campo. Pasaron un par de minutos en los que el comandante encendió un cigarrillo y ofreció uno de los suyos, turcos, de primera calidad, al boquiabierto Rottenführer-SS Racht. Cuando Ziείς estuvo seguro de estar lejos de oídos indiscretos, pareció relajarse. No podía imaginar que apenas a unos metros, en la oscuridad, había un Opel gris con las luces apagadas y dos hombres contemplando atónitos aquella escena.

—¿No deberíamos presentarnos ahora? —dije, en voz muy baja—. Si nos descubren igual es peor.

Mi hermano se mordió un labio antes de contestar.

—¡Mantén la boca callada, Rolf! Si fuesen a descubrirnos, ya lo habrían hecho. Lo mejor es seguir como estamos y ver a dónde conduce todo esto.

Al cabo de un rato, Ziείς alargó de nuevo su pitillera de oro al cabo Racht, pero este rechazó un segundo cigarrillo. Entonces, el comandante decidió que había llegado el momento de revelar la particular misión que quería encomendarle. Señalando al grupo de prisioneros que trabajaban a lo lejos en un terraplén, dijo:

—¿De qué nacionalidad son esos prisioneros?

—Alemanes y austriacos, señor. Triángulos verdes: prisioneros comunes.

Tanto Frank Ziείς como sus dos acompañantes parecieron desilusionados.

—Es una pena. Hubiese preferido que fuesen judíos o españoles o polacos. Utilizaríamos a los recién llegados pero ninguno sabrá alemán y ni siquiera tenemos a mano un intérprete. En fin, no hay tiempo. Esto es lo que quiero que haga: lleve a esos hombres con discreción hacia el campo, pero no llegue a entrar. Luego los conducirá hacia los terrenos del futuro campo de enfermos que vamos a construir en los alrededores, en particular a la pequeña ciénaga embarrada que hay a los pies de una loma baja. Supongo que conocerá de qué lugar le estoy hablando. —Racht asintió y Ziείς inspiró profundamente, aliviado—. Quiero que sus diez hombres drenen todo lo que haya en ese lugar, que saquen hasta el último pedazo de madera, costal viejo, trozo de ropa... cualquier cosa que cualquiera haya arrojado a esa ciénaga. Cuando su Kommando de trabajadores acabe quiero que reúna a los prisioneros y los ejecute.

—¿A todos?

Racht estaba extrañado. Matar a un prisionero alemán, aunque no era algo inaudito, sí era algo bastante fuera de lo común. Asesinar a diez sin razón alguna parecía un acto completamente descabellado.

—A todos, incluido al Kapo del Kommando. Y ya le he dicho que no quiero que haga preguntas ni que vuelva comentar nada sobre este asunto. Nunca más en el futuro volveremos a hablar de sus pesquisas en la ciénaga. Y quiero que sepa que un hombre que sabe tener la boca callada es un hombre con muchas posibilidades de promoción en un campo como el de Mauthausen.

No había que ser muy listo para comprender lo que se esperaba de él. Así pues,

Wilhelm Racht se cuadró una vez más y gritó hasta desgañitarse «*Heil Hitler*». Ziereis entonó un cansino «*Heil*» y requisó un vehículo militar que había aparcado a unos metros, junto a la vía muerta, y que sin duda había servido a Racht y su pelotón para venir desde el campo. Los tres jefes de Mauthausen se alejaron por la carretera al tiempo que Racht subía al terraplén y reclutaba a su grupo de voluntarios camino de una muerte segura.

—¡Vaya, vaya! —Ahora fue mi hermano el que encendió un cigarrillo, aunque él no era muy amigo de ningún tipo de vicio: muy frugal en el comer, rara vez bebía a menos que fuese en Navidades o para interrogar a guardias reluctantes de Instituciones del Sueño, y tenía poco apego por los placeres terrenales. Sin embargo, decidió que aquel era un momento propicio para entregarse a un exceso más propio de mortales que de un superhombre como él. Durante la conversación de Ziereis con el cabo Racht me había prohibido con un gesto echar mano a mi paquete de cigarros para que la punta ardiente de uno de ellos no nos delatase. Así que ahora me sumé al pequeño vicio del tabaco con gran felicidad, pues yo también era víctima de un profundo estrés.

Mi hermano seguía dándole vueltas a la cabeza.

—¿Qué hemos aprendido de todo esto, Rolf?

—Que Ziereis tiene cosas que ocultar —le dije, pero mi hermano hizo una mueca. No parecía estar muy de acuerdo.

—Ziereis tiene la cabeza demasiado cuadrada para ocultar nada a nadie con dos dedos de inteligencia. Hay algo en esa ciénaga y quiere descubrir lo que se esconde antes de tener que avisar a la policía criminal. Eso significa que seguramente allí hay más cadáveres. Sin embargo, no creo que trate de ocultárnoslo. Sencillamente, no estando yo para guiarle se mueve a impulsos, o aconsejado por esos dos mentecatos que tiene de lugartenientes. —Otto detuvo su disertación. Mordiéndose el labio inferior, reflexionaba sobre algún extremo de su razonamiento—. Es más, estoy convencido de que tan pronto lleguemos nos explicará de qué va este asunto. Me preocupa más el hecho de que haya echado mano de esos dos imbéciles, de Bachmayer y de Schultz. Nuestro comandante se siente mucho más a gusto entre la tropa de grado muy inferior, a los que puede someter solo con una mirada y provocarles un terror irracional. Esos dos no le caen bien, aunque sabe que puede confiar superficialmente en ellos porque su carrera depende de la carrera de su comandante. Si les ha llamado para solucionar un problema de esta magnitud, es porque el grupo de confianza que vimos montando guardia en el hospital en construcción, cuando murió degollado el soldado Erich Streisser, ya no existe o ya no puede confiar en ellos. Eso significa que algo ha pasado con Braun o con Harald, probablemente con ambos. Ellos eran sus consejeros en el campo: uno violento y el otro astuto, y los dos con una graduación lo bastante baja para no ser ninguna amenaza para él. Si estuvieran por aquí cerca, no le habríamos visto acompañado de los segundos al mando. Ziereis hubiese preferido que Bachmayer y Schultz no se

enterasen más que de lo fundamental de todo este asunto. Supongo que no querrá tener deudas de gratitud con aquellos que pueden demandárselas y pedir por ellas un alto precio.

El tono reflexivo de sus palabras se había transformado en ominoso.

—¿Crees que le habrá pasado algo a Harald? —inquirí, preocupado.

—Estoy seguro.

Mi hermano arrancó el coche y comenzamos la ascensión por la carretera camino del campo. Eran cuatro kilómetros de una calzada serpenteante y encumbrada que conducía hasta el *Konzentrationslager* de Mauthausen. Poco tiempo cuando vas sentado cómodamente en tu coche, pero toda una agonía cuando tienes los músculos atrofiados por un largo viaje de más de dos días, en los que has tenido que estar de pie en un vagón abarrotado, sin espacio para estirar las piernas o para hacer tus necesidades en la intimidad. El grupo de españoles avanzaba a través de la niebla y del frío cogidos de la mano en filas de a cinco. También había italianos que habían servido en la guerra de España, en las filas de las brigadas internacionales. Pero para nosotros esos italianos eran igual que los españoles, unos malditos rojos. Un prisionero se retrasó y uno de los perros le mordió un tobillo. El hombre reanudó la marcha cojeando pero a los pocos pasos cayó desfallecido y los perros, como la jauría que eran, cayeron sobre él y lo despedazaron. A la entrada del pueblo de Mauthausen, cuando aún les quedaban más de tres kilómetros de ascensión, rebasamos al grupo de prisioneros. Estos, obligados a caminar a paso vivo, casi a la carrera, se arrastraban aterrorizados por las calles con los rostros teñidos de incredulidad, como si estuviesen viviendo una pesadilla. Las patadas, los golpes de culata de mis compañeros de la Banda de la Calavera, los mordiscos de los perros... eran su única compañía en la ascensión. Yo me volví y por el vidrio trasero del Opel pude ver cómo un par de campesinos del pueblo, recién levantados para comenzar sus tareas en los cultivos, se reían al verlos pasar y se pasaban el dedo anular rápidamente por la garganta en el signo internacional de degüello, que viene a significar: «de esta no vais a salir vivos». Tenían razón. Ya nadie podía librarles de su destino porque ni a las buenas gentes de Austria les importaba lo que fuera sucederles a todos aquellos rojos. Goebbels y el propio *Führer* llevaban muchos meses preparándonos psicológicamente para enfrentarnos a los bolcheviques. Los ciudadanos del Reich les odiaban tan profundamente que pensaban que el Lager era el destino adecuado para aquellos malditos subhumanos.

—Un día tendremos que rendir cuentas por todo esto que estamos haciendo —le dije a mi hermano, que llevaba callado un buen rato con la vista fija en la carretera.

—¿Rendir cuentas por qué? —me contestó, sin comprender de qué le estaba hablando.

—Si tú no lo sabes, entonces no hace falta que yo te lo explique.

Mi hermano se volvió y me miró desde el fondo de sus pupilas azules. Sentí que una parte de él titubeaba, intuyendo a qué me refería. Estuvo a punto de decirme

alguna cosa pero decidió que había otros asuntos más perentorios: por ejemplo, mi educación camino del nacionalsocialismo.

—Últimamente estás muy raro, Rolf. ¿Hiciste el poema que te pedí?

—¿El poema sobre Adolf Hitler? ¿Para el cumpleaños de nuestro excelso líder?

—Sí, ese.

—Ya casi lo tengo. —En realidad, desde hacía día y medio llevaba la primera parte en el bolsillo de mi guerrera, y ahora también la segunda, aún por corregir. Entre unas cosas y otras, aún no había tenido tiempo de cambiarme de ropa.

—Me lo tienes que enseñar, y también el diario que me dijiste que escribirías.

—Llevo escrito bastante. Te lo enseñaré cuando tengamos un momento libre en casa.

—Me gustaría verlo, sí. Espero que estés haciendo avances en tu proceso de transformación en el camarada racial ario que ambos queremos que seas.

¿Ambos lo queríamos? Mi hermano se había acostumbrado a hablar por mí, como hace un padre con su hijo pequeño.

—Yo soy el mayor, Otto.

—¿Qué?

—Decía que yo soy el mayor. Nací casi ocho años antes que tú.

—Eso ya lo sé. Pero no sé qué...

—¿Piensas que soy tonto, Otto? —le interrumpí, mirándole a los ojos a través del espejo retrovisor.

—No eres tonto, hermano. Solo un poco lento. Todos tenemos nuestra velocidad y no es ninguna vergüenza el no poder alcanzar tan fácilmente el ritmo que los otros llevan.

—Me parece que eso no lo han aprendido en el castillo de Hartheim.

Otto redujo la marcha: estábamos llegando a la puerta de entrada. Alcanzamos el patio de garajes tras saludar al puesto de control de la entrada y ladrar un sonoro «*Heil Hitler*». El rostro de mi hermano se había convulsionado tras mi última frase:

—Ya te dije que ese lugar no es para nada un ejemplo de lo que es el nacionalsocialismo.

—Entonces, ¿de qué es ejemplo ese lugar? ¿El doctor Lonauer no se rige por las directrices de nuestro *Führer*? Si no lo hace, sus acciones deberían ser denunciables, pero yo creo que seguramente un día de estos veremos en los periódicos que le han condecorado por su sacrificio por el Reich o alguna cosa así.

El Opel giró bruscamente a la derecha aparcando en la primera plaza libre que encontramos. Mi hermano puso el punto muerto y quitó la llave del contacto.

—No todo es blanco o negro, Rolf. Además, estos temas son demasiado complicados para discutirlos ahora. Ya lo haremos cuando acabemos con esta investigación. Entonces te explicaré todo lo que no puedes o no quieres entender.

Abrí la puerta del coche y, mientras abandonaba el vehículo, le dije:

—Ojalá puedas explicarme todo lo que no puedo entender. Respecto a todo lo que

no quiero entender, prefiero que no me lo expliques. Eso es cosa mía. Soy tan lento que creo que prefiero aprender ciertas cosas a mi manera, con mi propio ritmo.

Afuera, en la cumbre de la montaña, hacía frío, un aire glacial que me produjo un dolor físico en lo más profundo de los huesos, como si fuera a arrancarme la carne de las mejillas... No en vano estábamos en uno de los círculos concéntricos del infierno que imaginó Dante. Doscientos españoles e italianos que subían la larga cuesta de la muerte a nuestra espalda, no tardarían en comprobarlo.

XV

Frank Ziereis nos esperaba en su despacho de la comandancia, sentado en una de sus sillas de diseño y bebiendo un trago tras otro de licor de naranjas. Parecía frustrado, se le marcaban las ojeras en la cara y por su gesto parecía a punto de saltarnos encima, como un gato cuando tiene el lomo erizado. Detrás de él, estaban los dos hombres que le seguían en la línea de mando. El primero lo era *de facto* y se llamaba Georg Bachmayer. Era el encargado de la seguridad del campo. El segundo era el jefe de la oficina política y respondía al nombre de Karl Schultz. La Oficina Política, era la forma eufemística de llamar en los Lager a la Gestapo, y esta tenía tanto ascendiente en cualquier punto del Reich que, de hecho, todos la considerábamos una autoridad aparte, tan poderosa casi como el propio Bachmayer. Tal vez incluso más.

—Supongo que por fin se ha dignado a venir —dijo Ziereis, entre sorbo y sorbo de licor.

—No me fue posible hacerlo antes, *Herr Lagerführer*. Estaba investigando una pista y cuando se me avisó de la muerte del Rapportführer Boldt, terminé con los temas más esenciales y he venido de inmediato.

Ziereis se secó el sudor de la frente con un pañuelo de encaje. Era un pañuelo de mujer, pero ninguno nos habíamos atrevido todavía a sacarle de su error. La obsesión de nuestro comandante por parecer refinado a pesar de ser un hombre inculto le jugaba malas pasadas como aquella.

—Supongo que fue Braun el que le avisó. Yo mismo le di la orden.

—Sí, señor. Hace unas dos horas y media, aproximadamente.

—¿Y ha sabido algo de él desde entonces?

—No, señor. Y me atrevería a inferir que tanto él como el Sturmmann-SS Harald Bauer, están desaparecidos.

Ziereis enarcó una ceja. No era la primera vez que mi hermano le sorprendía con una de sus deducciones. Seguramente tampoco sería la última.

—Ahora sería largo de explicar cómo he llegado a esa conclusión solo a través de la observación externa de ustedes tres —dijo Otto, algo endiosado—. Lo importante es repasar las pistas antes de que el rastro de los sospechosos se borre. Con su permiso, me gustaría empezar por la celda donde murió el Rapportführer.

Ziereis asintió y, algo torpe por los excesos con el alcohol, se levantó titubeante, botella en mano, y enfiló camino del campo interior. Bachmayer iba tras él, mostrando una sonrisa inquieta en su rostro petulante. Les seguía de cerca el jefe de la oficina política y, cerrando grupo, mi hermano y yo.

—Ha sido un día de locos —comentó Ziereis, señalando al fondo del patio de revista, que ahora transitábamos.

—Un día ciertamente extraño —convino Bachmayer.

—Un día lamentable —corroboró Schultz.

Con el trío de altos mandos a la cabeza, terminamos de atravesar la Appellplatz.

Por el camino se nos sumó el prefecto Godzilla, que siempre seguía a Bachmayer como un perrito faldero a su amo. El gigante me lanzó una mirada simiesca y rabiosa: tal vez, al igual que yo mismo, no se quitaba de la cabeza la última revista de Boldt, que había tenido lugar allí mismo y en la que el tonto de Rolf había estado haciendo ejercicio hasta desfallecer con los prisioneros españoles. Como muchos, él me odiaba porque se consideraba superior a mí y no entendía cómo yo podía ser un SS y él un simple preso; acaso el superior de todos, el Kapo de todos los Kapos, pero un preso al fin y al cabo.

Girando a la derecha, luego del tercer barracón, llegamos al área de detención, que todos conocíamos popularmente como el Bunker. La guardia gritó «*Heil Hitler*» y todos, maquinalmente, respondimos «*Heil*».

—Ha sido un día de locos —repitió Zierys, adentrándose en el entramado de celdas y precipitándose hacia una de las primeras, a su izquierda—. Yo había estado interrogando a esos pobres diablos triángulos rojos junto con Braun durante unas horas. Al principio, llegué a convencerme de que, después de todo, tal vez uno de ellos era nuestro asesino. Era lo más fácil: un criminal político que comete crímenes políticos. No hay nada más cerca de un nazi extremista que un antinazi extremista. Fueron unos interrogatorios muy ligeros, nada del otro mundo, creo que solo han muerto uno o dos de los hombres que interrogamos. Y todo por culpa de esas manazas del Blockführer Braun.

Godzilla hizo un gesto a Bachmayer y este le devolvió el gesto, tres dedos levantados de la mano derecha, a su comandante. Zierys asintió:

—Bueno, dos o tres muertos. ¡Qué más da! El caso es que no sacamos nada en claro de ninguno de ellos y me fui a descansar a la cantina. Allí me encontré con mis dos amigos, con Georg y con Karl, aquí presentes, y me di cuenta de que si no podía confiar en ellos no podía confiar en nadie. Así que les conté con un poco más de detalle todo este embrollo absurdo con ese asesino que nos está volviendo locos.

»Al poco un miembro de la guardia acudió afirmando que Braun les había ordenado abandonar su puesto en el Bunker. Así que decidimos regresar los tres a ver cómo llevaba los interrogatorios Braun, pensando que se había vuelto loco y había decidido dar rienda suelta a sus instintos asesinos matando a todos los malditos triángulos rojos. Pero en lugar de unos comunistas muertos, nos encontramos con el cadáver del Rapportführer Boldt. Fue un espectáculo de lo más desagradable.

Otto y yo llegamos entonces a la altura de Zierys, parado delante de la verja de hierro de la celda número tres. Allí pudimos ver el cuerpo sin vida de mi torturador. Tirado en el suelo, encorvado por el dolor y convertido en un trozo de carne inerte, no parecía tan temible como cuando me ordenaba levantar y bajar una pierna, saltar, arrodillarme o postrarme de hinojos hasta la extenuación delante de sus botas recién enceradas. Ahora era solo un patán muerto, uno de los pocos hombres que habían muerto en Mauthausen y que realmente se lo merecían. Mi hermano se inclinó sobre el cadáver y le olió el aliento.

—Sí, cianuro —apuntó Zierys—. El médico del campo le ha echado un vistazo, aunque no le he dejado mover el cadáver hasta que usted llegase. Además, quería también que viese el segundo poema de nuestro asesino. Se trata de un sencillo pareado. Parece que esta vez ha tenido la decencia de no poner a prueba en exceso nuestra paciencia con su prosa infantil y demente.

En el suelo, con tiza en lugar de sangre, el asesino había escrito:

*Con cicuta el padre homicida fue castigado
pues nadie recordará su nombre*

—¿Nada más? —dijo mi hermano.

—Nada más —repuso Zierys.

—No me parece un pareado sino un poema incompleto. Usted debió llegar cuando el asesino aún estaba terminando de escribir su sexteto.

—¿Sexteto? —terció Georg Bachmayer.

—Sí, es la forma poética que utilizó en el primer asesinato en el campo, el del cabo Streisser. O poco conozco a nuestro asesino o quería repetir el mismo juego con la misma construcción poética. Estoy seguro de que es un hombre de costumbres.

Bachmayer y Schultz intercambiaron una mirada de inteligencia.

—Si es cierto lo que dice, entonces todo cobra mayor sentido —dijo Karl Schultz, poniendo esa cara de saberlo todo que ponen siempre los de la Gestapo—. Cuando llegamos los cuatro...

—¿Los cuatro? —le interrumpió mi hermano.

Schultz, que cojeaba de un pie y odiaba las interrupciones, se volvió lentamente girando sobre su calzado ortopédico.

—Sí, los cuatro. También nos acompañaba, como ahora, el Lagerältester, el prefecto de los prisioneros. —Godzilla exhibió una enorme y bovina sonrisa al ver que le nombraban—. Pero bueno, eso es lo de menos. De lo que quería hacer mención y que, de alguna forma, explicaría lo del poema incompleto, es que, cuando llegamos a la puerta del Bunker, Braun vino a nuestro encuentro. Gritaba, aparentemente muy excitado, que acababa de encontrar muerto al Rapportführer.

Zierys intervino de nuevo entonces:

—Inmediatamente, como es natural, mandé al propio Braun a buscarle para que le informase a usted, teniente, de lo sucedido. Ese fue mi error. Con la impresión, me había olvidado de que la guardia del Bunker le había señalado a él como el culpable de que abandonaran su puesto. Entiéndalo, ¿cómo iba a sospechar que Braun pudiese estar implicado? Yo le creía un hombre de mi absoluta confianza. Le envié a él porque no quería que nadie más se enterase de este desagradable asunto sin saber que...

—Y entonces descubrieron que Braun había alejado a la guardia con cualquier subterfugio, como transmitirles una falsa orden suya, para que abandonasen su puesto

mientras el asesino entraba aquí y daba su veneno a Boldt. —Mi hermano había interrumpido por segunda vez a uno de los mandamases del campo y yo me di cuenta de que este error, aunque provocado por el deseo de Otto de ir avanzando lo más rápido posible, en realidad era una prueba de su falta de sueño. Si era incapaz de darse cuenta de que su actitud era una falta de respeto que no gustaba a aquellos estúpidos nazis engreídos, es que comenzaba a perder facultades. Por un momento, me pregunté si acaso sucedía que le daba igual lo que pensasen.

—Más o menos fue así —reconoció Ziείς—. Alejó a los centinelas del Bunker pretextando una orden, pero no mía sino de Georg, que es el superior directo del pelotón, y estos fueron a reunirse con la guardia de extramuros, encontrándose con que la orden era falsa. Braun debía saber que solo tenía unos minutos y que, al cabo, todos sospecharían de su implicación en todo el asunto. Corrió muchos riesgos para nada.

—O no, comandante. Braun sabía que usted le enviaría a él a buscarme. ¿A quién sino a uno de los pocos que sabían lo que estaba pasando con nuestro asesino? Probablemente ya tenía pensado no regresar. Me llama más la atención el que viniese finalmente a explicarme lo que había sucedido en el Bunker. Si obedeció la orden no fue por usted, señor. Él sabía que a aquellas alturas ya le estarían buscando y que su futuro ya no estaba en las SS. Si vino a avisarme es porque o bien quería alejarme de mis pesquisas en el castillo de Hartheim o bien deseaba que regresase aquí lo antes posible. En ambos casos, es algo de momento que no acierto a comprender.

Bachmayer dio unos golpecitos en la espalda de mi hermano.

—No habíamos pensado nada de eso. Es usted un hombre muy inteligente, *Herr Weiler*. Muy inteligente...

Georg Bachmayer, no era precisamente un ario de postal o de propaganda. Natural de Bavaria, se trataba de un tipejo sin estudios, de piel oscura para ser uno de los nuestros, estigma del que se burlaban muchos a sus espaldas. Era, además, un hombre especialmente poco agraciado: de dientes sobresalientes, una mano inútil y una gestualidad vulgar y soez. Le olían mucho los sobacos y no creo que se los hubiese lavado en su vida. Antes de la guerra, había trabajado siempre de forma eventual en oficios mal pagados; solo su servicio en los campos de concentración le permitió ascender a un buen nivel social. Adicto a los prostíbulos y a sus perros, tenía en el primero de ellos, de nombre Lord, a su mejor amigo. Yo siempre creí que era un reprimido sexual; había tenido problemas por golpear a un par de prostitutas en Linz, por lo que había oído. Odiaba a sus congéneres por sus propias limitaciones físicas y su color de piel oscuro, por lo que gustaba de gasear a los presos más jóvenes y, especialmente, lanzar a sus perros a devorar a los insolentes. Yo creo que era un psicópata. Curiosamente, este tipo de hombres, los sádicos que se valen del nacionalsocialismo para ver cumplidos sus deseos enfermizos, siempre se sienten atraídos por mi hermano.

—Gracias *Herr Schutzhaftlagerführer* —repuso complacido Otto a la adulación

de Bachmayer, utilizando el interminable y relamido nombre con el que en las SS de la Banda de la Calavera se designa al jefe de seguridad de un campo de concentración. Recordé entonces que era el mismo cargo que ostentaba Joseph F. en su campo de concentración imaginario, en un patio abandonado junto a mi casa.

Seguro que Joseph, a sus siete años, haría mejor aquel trabajo que Georg, «el gitano sanguinario», pues ese era el apodo que su tono de piel y su crueldad le habían granjeado entre mis amigos españoles.

—No hay que darlas. Es la verdad, *Herr Weilerin*.

—Es usted muy amable, *Herr Bachmayer* —dijo entonces mi hermano, atreviéndose a un trato más familiar con su superior. Y siguieron hablando un buen rato, entre risas cómplices, halagos y alabanzas que iban y venían en ambas direcciones.

Otto Weilerin había hecho un nuevo amigo. Como él, un buen nacionalsocialista.

XVI

La siguiente parada de nuestro Tour sangriento fueron las habitaciones de Braun. Esta vez, el grupo lo encabezaban Ziereis, Bachmayer y Otto, quedando el cojo de Karl Schultz, el tonto de Rolf Weilerin y el gigante Godzilla en segundo plano. Pasamos por delante del edificio de la comandancia y vimos a los Kommandos que estaban construyendo el campo exterior. Allí había más de un centenar de esclavos: albañiles poniendo la piedra de los cimientos y peones picapedreros, la mayoría jovencitos menores de quince años, que ayudaban a los primeros. Eché de menos a Ícaro, que cuando no estaba ayudando en la lavandería, se le podía encontrar en la obra, con los otros chicos de su edad. Pero también había hombres delgados como papel de fumar llevando en parihuelas el material para los maestros de obra y sus ayudantes; hombres aún más demacrados levantando andamios, y un sinfín de muchos otros que pululaban obedeciendo las órdenes, a menudo contradictorias, de los Kapos, que los vigilaban a todos.

—¡Hola Johann!

—¿Qué hay, Josef?

—¿Cómo va todo, Llup?

Godzilla, en tanto que prefecto de los prisioneros, era, como ya he dicho, el Kapo en jefe de todo Mauthausen. Despreocupadamente, mientras avanzaba a paso de simio por la calzada nueva, aún en construcción, iba saludando a sus «amigos policías» o *Kamaraden Polizei* (KAPO).

Un grupo reducido de SS de la Banda de la Calavera se paseaban por los alrededores, supervisando las obras, aunque en realidad poco había que supervisar, y se pasaban la mañana fumando o recostados en una pared, indolentes. Sin embargo, cuando vieron llegar a nuestro siniestro grupo, tiraron sus cigarrillos al suelo, se cuadraron, y no dejaron de mirarnos de reojo mientras avanzábamos hacia uno de los pocos barracones de la tropa que estaba terminado: el segundo a la izquierda, aquel donde vivía el desaparecido Blockführer Braun con varias decenas de compañeros. Karl Schultz echaba chispas por los ojos. Consideraba una afrenta el haber sido relegado del grupo de cabeza, con los otros dos jefes del campo, para engrosar el pelotón de los tontos. Yo no estaba ofendido y Godzilla caminaba con el semblante concentrado, ajeno a todo, pero el jefe de la oficina política intentaba alcanzar a los que nos precedían, aunque su cojera se lo impedía. Dos gruesas gotas de sudor perlaban su frente. Tal era su enfado, que cuando llegamos al cuarto de Braun, se abrió paso a codazos hasta el interior y fue el primero en hablar:

—¡Las acciones de este maldito judío no pueden quedar impunes! —farfulló, con el rostro rojo de ira.

—¿Judío? —Mi hermano, a pesar de la solemnidad de las palabras del jefe de la oficina política, no terminaba de comprender el alcance de las mismas.

—¡Sí, judío! ¡Maldita sea! —Schultz se acercó a una mesa y blandió unas hojas

de papel delante de la nariz de Otto.

—Cuando comenzamos a sospechar de Braun, registramos su habitación —se apresuró a interceder Ziείς—. Encontramos pruebas muy comprometedoras.

En efecto, la habitación estaba revuelta, el contenido de los armarios por los suelos; los libros de las estanterías, caídos a los lados o desmembrados en una papelera; los muebles movidos, arrastrados por la habitación, habían dejado formas geométricas de distinto color señalando su emplazamiento original. El comandante y sus ayudantes habían hecho una labor concienzuda. No había quedado nada por arrancar, revolver o destruir.

—¿Puedo? —Otto, impertérrito, alargó un brazo hacia el jefe de la oficina política y este, después de un instante de duda, le entregó los papeles.

—Yo le puedo adelantar lo que descubrimos entre los documentos del Blockführer —terció Bachmayer, que era el más fanático de todos y que, desde su fanatismo, era el que más conocía los entresijos de la política racial de nuestra gran nación—. Ese perro falsificó su Ahnenpass.

—¿Eso puede hacerse? —tartamudeé, incrédulo—. Yo pensaba que era imposible.

El Ahnenpass o pasaporte racial es la piedra angular de la política de Adolf Hitler respecto al control de la pureza pueblo ario. Aproximadamente cinco años atrás comenzaron a propagarse como una plaga. Se trataba, ni más ni menos, de que un notario investigase tu árbol genealógico y emitiese un documento oficial que probase que eras un alemán de pura raza.

—Todos lo pensábamos —me contestó Bachmayer, de mala gana, porque secretamente pensaba que un hombre de su condición no debería detenerse a hablar con un imbécil—. Pero si se tiene dinero suficiente... todo es posible.

—Y a los judíos nunca les falta dinero —concluyó Schultz, pronunciando la palabra «judío» con especial intensidad, como si la escupiese.

Mi hermano, seguía leyendo la correspondencia aún no enviada de Braun hasta que se detuvo en un párrafo comprometedor en que, hablándole a un familiar, se reconocía a sí mismo como un «*mischlinge*» de segunda categoría.

—Así que solo era medio judío —dijo.

Los «*mischlinge*» de segunda categoría son aquellos que tienen un solo abuelo judío; son de primera categoría los que tienen dos abuelos judíos, y completamente judíos los que tienen tres o más abuelos. Era este un tema particularmente complicado desde que en 1935 se habían dictado las leyes de Nuremberg. En ellas se dictaminaba que los judíos apenas tenían derechos como ciudadanos y no eran en absoluto iguales ante la ley. Nadie que estuviera en su sano juicio querría tener el menor atisbo de sangre judía en la Alemania nazi. Yo entendía perfectamente al Blockführer Braun. Pero Ziείς no compartía mi opinión:

—Medio judío o judío entero es lo mismo. Solo los arios de verdad podemos entrar en las SS. Solo aquellos que pertenecemos al grupo selecto de arios con una

completa pureza de sangre podemos pertenecer a las Escuadras de Protección del Tercer Reich. Las leyes de Nuremberg, las leyes de sangre y honor de nuestra raza, así lo proclaman.

Otto estaba meneando la cabeza. Miraba el pasaporte racial de Braun y lo estuvo manipulando hasta que consiguió arrancar el sello del notario y comprobar que realmente era falso.

—Una impostura notable en manos de un ser contradictorio: un hombre curioso este Braun. Quería ser un buen alemán y por lo tanto odiaba ser judío. Por eso era uno de los más violentos con los prisioneros: cada vez que pegaba a uno de ellos estaba golpeando a esa cuarta parte de sangre judía que habitaba su interior. De alguna manera, me da lástima.

—Yo no tendría lástima por un asesino, ¡un judío que se ha atrevido a mancillar la sangre de buenos hombres alemanes! —dijo Ziereis, mirando a Otto iracundo. Mi hermano no se apercibía del gesto de Ziereis y de que estaba caminando otra vez sobre la cuerda floja. Seguía ensimismado mirando los papeles de Braun y, por segunda vez, ignoraba que delante de aquellos tres hombres cualquier palabra podía resultar peligrosa y hacer que cayeses en desgracia delante de ellos.

—El asesino —prosiguió Otto, reflexivo, obviando el comentario de su comandante—, en el poema escrito con la sangre del cabo Streisser, se quejaba del cristianismo y, por extensión, de la *Humanitätstauselei*, el sentimiento de caridad cristiana, la empatía que sienten los cristianos hacia la vida. Por eso seguramente hizo buenas migas con Braun: este era un hombre muy elemental, montaraz, que no sentía un gran respeto por la vida humana. Cuando pudo convencerle de la necesidad de asesinar a determinados de entre los nuestros, el Blockführer se entregó a su tarea sin pensar demasiado en el alcance de sus actos. No se caracterizaba precisamente por ser un individuo reflexivo. Pero debió suceder algo que convenciera a Braun para salirse del camino de las ordenanzas del campo y de las SS. Para él era fundamental agradar a sus superiores y en especial a usted, su Lagerführer. —Otto miró a Ziereis un instante y luego apartó la vista—. Debía tener una razón imperiosa para dejar de hacerlo.

—Así pues —dijo Ziereis, hinchando el pecho y conteniendo la respiración—, usted no cree que Braun sea el asesino. Sepa que esos papeles no son la única prueba en su contra.

De la mesa cogió una funda de cuero y se la entregó a mi hermano. Este la sopesó con la mirada perdida. Era la funda de una daga de las SS. El arma reglamentaria de Braun no estaba en ella.

—Parece lógico pensar que asesinaron a Streicher con la daga de Braun —reconoció.

—¿Y aún así sigue afirmando que el Blockführer no es nuestro asesino?

Otto estaba muy seguro de ese punto.

—No, no lo es. Braun es su cómplice, el colaborador necesario que nuestro

hombre necesitaba. Le pudo entregar su daga para cometer el crimen. Eso no habría supuesto ningún problema. Pero el asesino es alguien muy distinto, alguien que trata de pasar por una persona refinada y culta. ¿Recuerdan la cita de Alfred Rosenberg a la que acabo de referirme? Braun era un hombre ignorante y no le importaba parecerlo. El Blockführer es el siervo de nuestro enemigo. Es un peón, nunca un rey.

Ziereis y sus dos lugartenientes se reunieron en el extremo de la habitación y parlamentaron durante un par de minutos, entre cuchicheos interminables. Bachmayer, al cabo, se excusó, y abandonó las estancias de Braun a toda prisa. El comandante dio por terminado el conciliábulo poco después, acercándose a mi hermano con gesto decidido:

—Usted está pensando en Harald Bauer como nuestro asesino —dijo.

Mis ojos se abrieron como platos. Yo seguía pensando que mi amigo nada tenía que ver con aquel asunto. No podía ser verdad. Otto, sin embargo, manifestó con voz firme:

—Yo creo que concibió todo este maquiavélico plan, *Herr Lagerführer*. Es la única persona que conozco con la inteligencia suficiente para orquestar algo semejante. Incluso he encontrado un par de testigos que aseguran que un Mercedes como el suyo fue visto el día anterior y el mismo día de la muerte del guardia del castillo de Hartheim: William Ferrat. Pero hay algo que no me cuadra.

—¿El qué?

—No lo sé. Una intuición. Me da el perfil del asesino pero al mismo tiempo...

—Harald jamás cometería un crimen como los que estamos investigando —creo que me puse a gritar, llevado por la emoción—. ¡Él es un hombre de honor! No haría daño a nadie a menos que fuese...

Callé de pronto. Yo mismo había cavado la fosa de mi amigo.

—A menos —completó Otto por mí—, que fuese algo que él considerase completamente necesario para ayudar a un camarada, para el beneficio del Reich o que recibiera una orden directa de un superior. Y el asesino cree que todo lo que hace es para mayor gloria de nuestro pueblo y de nuestra raza, que está cumpliendo las órdenes del propio *Führer*. Se considera un ejecutor, un verdugo que limpia el campo de los malos alemanes.

—Pero entonces Harald estaría loco.

—No todos los locos son como los de la Institución del Sueño. Los peores son aquellos que andan libres por las calles. Esos no son fáciles de detectar.

Mi hermano aprovechó aquel momento para explicar a sus superiores cuanto había descubierto en Hartheim, que, por desgracia, no era demasiado, pero que inculpaba indirectamente a Harald por el asunto del Mercedes que los testigos habían visto en las inmediaciones del Castillo. Tampoco obvió el asunto de la presunta homosexualidad del soldado asesinado que, yo aún no sabía la razón, Otto seguía considerando un detalle decisivo. Al cabo, se volvió hacia Ziereis, que, con gesto afectado, se estaba sonando de nuevo con su pañuelo de encaje:

—Dígame, mi comandante, en qué momento empezaron a desconfiar de Harald. Porque ustedes también habían pensado en la posibilidad de que fuese el asesino. De eso hablaban a escondidas hace un momento.

Schultz, que no soportaba que le relegasen, volvió a arrogarse el papel de interlocutor. Karl Schultz tendría unos cuarenta años y era un hombre, como tantos otros en el campo, diminuto, aunque no de estatura ni intelectualmente, ambas superiores a la media. Era un ser humano diminuto, pequeño, cobarde... un individuo gris que había llevado una existencia gris que detestaba, hasta que el nazismo y sus excesos vinieron a rescatarle. Había sido un simple herrero, alcoholizado y maltratador, antes de que las SS le pusieran al frente de la Oficina de la Policía Política de un campo de concentración. Ahora se creía un gran hombre y paseaba su cojera arrogante y su crueldad por todos los rincones del Lager. Al igual que Bachmayer, amaba profundamente a los perros y le gustaba azuzarlos contra los prisioneros. Tenía dos secretarías, treinta hombres a su cargo y un enorme barracón de la Gestapo, uno de los más grandes del campo, que con las nuevas obras iba a ser ampliado. Se decía que los muebles de su casa, en una urbanización cercana, exclusiva para altos mandos, se los habían hecho personalmente los prisioneros; también que tenía a un par de ellos dedicados en exclusiva a preservar su pie tullido, cortándole las uñas, lavándose y cuidando del pequeñín con el mismo mimo con el que se trataría a un recién nacido.

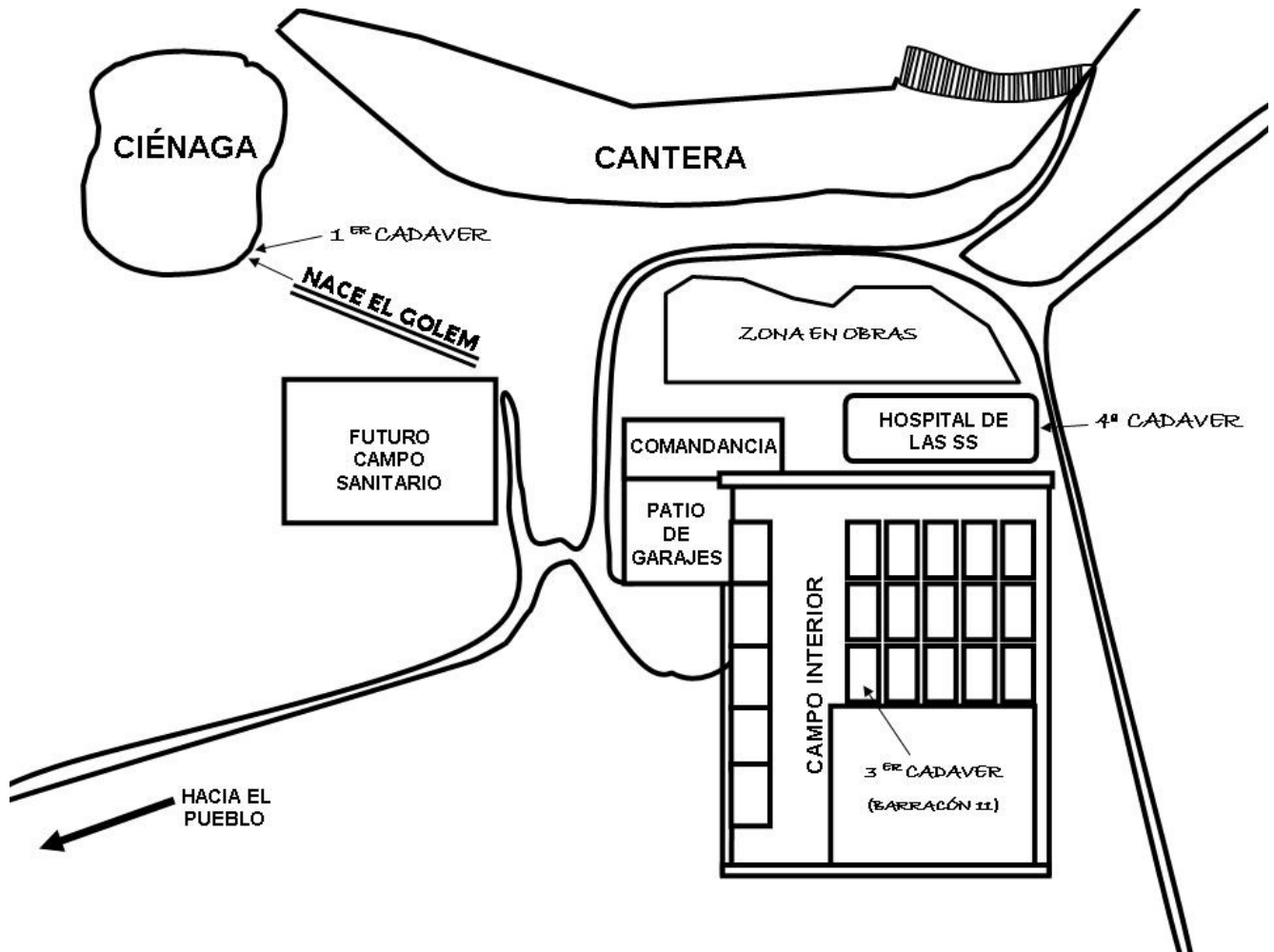
—Fue fácil, Oberstumführer-SS —dijo el jefe de la oficina política, con un tono que dejaba bien claro que él no se rebajaría con familiaridades como llamarle *Herr Weiler* o sencillamente *Otto*, como habían hecho Bachmayer o *Ziereis*. En realidad, yo creo que le tenía algo de envidia porque a pesar de su cargo y sus ínfulas, el caso es que Schultz tenía el mismo rango (teniente u *Oberstumführer-SS*) y por tanto el mismo sueldo que mi hermano—. Muy fácil, en realidad. Bauer se descubrió él solo.

»Cuando vinimos a registrar las habitaciones del *Blockführer*, encontramos que Harald Bauer se nos había adelantado. Estaba revolviendo la habitación cuando traspasamos esta misma puerta. —Schultz se apoyó en una jamba como corroborando su aserto—. Quisimos saber qué demonios estaba haciendo y el *Sturmmann-SS* Bauer nos dijo que él también había sospechado de Braun, pero no supo dar explicaciones acerca de por qué no había informado de sus recelos a la superioridad, o de por qué había entrado sin permiso y forzando la puerta del dormitorio de otro oficial. Le ordenamos que nos esperase en el despacho de la comandancia mientras terminábamos el registro. Deberíamos haberle interrogado más a fondo en ese momento porque estaba nervioso y desvariaba, asegurando que él servía a objetivos más altos de los que nosotros salvaguardábamos, como si fuese un iluminado.

—Yo pensé que había bebido —reconoció *Ziereis*—. Así que le dejé durmiendo la mona en el sofá que Rolf ya conoce bien y terminamos de registrar el cuarto de Braun. Para cuando regresamos descubrimos que había cogido su vehículo y se había marchado del campo.

—Un cúmulo de errores y despropósitos por nuestra parte, hemos de reconocerlo —opinó Schultz, mirando en derredor como buscando una señal de aquiescencia de su comandante. Al no recibir más que una mirada esquiva, arguyó—: Pero no nos equivocamos del todo. Cuando descubrimos a Bauer en esta habitación nos dimos cuenta de que trataba de esconder este papel y lo guardamos.

Se lo entregó solícito a mi hermano y este lo desdobló con gran cuidado.



—¿Nace el Golem? —pregunté, pues Golem era una palabra que no había oído en mi vida. Fue lo primero que me llamó la atención del mapa.

Mi hermano se mesaba el mentón, rumiando alguna cosa.

—Es una superstición de los judíos: el Golem es un monstruo sin vida nacido a partir de una figura de arcilla.

—¿Como un zombi? —reflexioné, recordando una película de Bela Lugosi que había visto en el cine años atrás.

—Más o menos, Rolf. Olvida ahora este asunto. Hay cosas en este plano que me parecen más relevantes —el tono de mi hermano era el mismo que se utiliza con un niño cuando se están entrometiendo las conversaciones de los mayores. En realidad, era un poco el tono de siempre.

Ziereis guardó su pañuelo de seda y se acercó hasta nosotros.

—A mí me pareció, en efecto, más significativo que en la parte de la ciénaga se lea «Cadáver 1» y he enviado a un hombre de mi confianza a drenar la zona en busca de cualquier cosa que pueda hallarse en ese lodazal.

Ahora cobraba sentido la escena que habíamos visto en las vías del tren y que el cabo Racht y su grupo de voluntarios condenados a muerte, estuvieran trabajando desenterrando los misterios que pudieran hallarse bajo aquellas aguas sucias y hediondas.

—Sin duda, señor —sancionó Otto—. Y si se fija, mi comandante, están especificados los asesinatos uno, tres y cuatro, por lo que podemos concluir que el número dos fue el de Harthem. En la ciénaga debió escenificarse una muerte anterior, la que comenzó todo. El primer crimen de una serie es siempre el más importante: el homicida aún está aprendiendo y comete más errores. Además, suele ser un crimen personal, a menudo de su entorno familiar, que sirvió de catalizador para la cadena de acontecimientos posterior. Cuando desenterremos ese cadáver, habremos dado un paso definitivo en la investigación.

Ziereis y mi hermano siguieron comentando aspectos del plano, deduciendo cosas vagas de esta o aquella referencia, pero sin prestar atención al asunto del Golem, que a mí me parecía lo único que en aquel papel estaba fuera de lugar. El dibujo pretendía situar las muertes en el entorno del campo, como si Braun hubiese querido dejar constancia de sus malas obras. Sin embargo, el tema del nacimiento del Golem no se refería en apariencia a un asesinato. Lo repito: estaba fuera de lugar y por ello era hartamente más insólito que se hiciese referencia, máxime cuando estaba subrayado, como si el Blockführer lo considerase el punto clave de aquella ecuación.

—¡Lagerführer, señor!

Georg Bachmayer acababa de regresar súbitamente y se había cuadrado delante del comandante Ziereis.

—Infórmeme, jefe de seguridad —le ordenó Ziereis y, volviéndose hacia mi hermano—: He mandado a mi segundo que hiciera unas averiguaciones. Fue una corazonada. Creo que su hallazgo nos sorprenderá a todos.

—Su intuición era cierta, *Herr Lagerführer* —dijo Bachmayer, muy ufano y orgulloso de su comandante—. He llamado a Linz y de Linz a Viena y desde Viena a Berlín. Nadie conoce a Harald Bauer. No hay nadie con ese nombre en las SS. Ese hombre es un impostor.

Creo que si mi hermano no me hubiese cogido del brazo, me habría desmayado allí mismo.

XVII

El cabo Racht llevaba ya cinco horas cavando infructuosamente junto a su compañía de voluntarios. Era media mañana y nadie parecía demasiado interesado ya en los prisioneros esclavos que sacaban cestos y más cestos de escombros sobre sus cabezas. Sentado en su silla Thonet, que se había hecho traer de la comandancia, Ziereis esperaba entre bostezos que aquella excavación diese algún fruto. Flotaba una sensación de desánimo en el ambiente y tanto Georg Bachmayer como mi hermano daban vueltas en círculos a la hondonada. Schultz se sacaba un pedazo de barro de su bota ortopédica. Yo contemplaba la escena con cierto regocijo, todavía esperando que sucediera algo inesperado.

—¿Tú crees que aparecerá un Golem de esos de dentro de la ciénaga? —le dije a Otto, que no me respondió y siguió caminando junto a Bachmayer, ambos con cara de pocos amigos.

—Eso, por lo menos, sería una forma de combatir el aburrimiento —opinó Ziereis, haciendo crujir los dedos de sus manos sonoramente. Luego, como dominado por un súbito impulso, se incorporó y vociferó—: ¿Nada nuevo, Rottenführer-SS?

Racht ascendió a la carrera hasta nuestra posición levantando una estela embarrada a su paso. Como buen SS que era se le veía alerta y dispuesto a todo, ignorando el cansancio acumulado tras tantas horas de trabajo.

—De momento nada, mi comandante. Pero no pararemos hasta que el último hombre muera de agotamiento, si es preciso.

—No lo pongo en duda, Rottenführer-SS. Pero le exijo que obtenga algún resultado antes de caer la noche.

—Puede estar seguro de ello, señor. No descansaré hasta haber drenado por completo esa maldita charca.

Racht se retiró después de hacer entrechocar sus talones y descendió hacia la hondonada haciendo el paso de la oca.

—Vamos, Rolf.

Me volví. Mi hermano se estaba alejando hacia la carretera, camino de la entrada del campo. Antes de que pudiera seguirle, la voz de Ziereis tronó a mis espaldas:

—¿Dónde van?

—Me gustaría continuar las pesquisas en el interior del Lager, con su permiso, señor. —Otto tenía algún asunto entre manos. Yo, que lo conocía bien, reconocía cierto aire nervioso en sus gestos. Sus ojos se movían de un lado a otro como si procesaran información demasiado rápido—. Además, así ganaríamos tiempo mientras ustedes supervisan las excavaciones.

Me había parecido que con «excavaciones» mi hermano había dejado ir cierto retintín irónico, pero el comandante Ziereis no pareció notarlo y asintió con la cabeza.

—Pero le digo lo mismo que al Rottenführer-SS Racht. Solo tenemos hasta que se ponga el sol. Este problema es demasiado gordo y enrevesado para mí. Mañana por la

mañana a primera hora llamaré a la policía criminal, y cuando los de la Kripo comiencen a dar vueltas por aquí, perderemos el control de este asunto, así como perderemos el control del futuro de nuestras carreras militares.

—Pondré todo mi empeño, señor.

—Ponga más que su empeño, Weilerin. Usted sabe bien de los privilegios que goza su familia por su relación con mi mentor, Theodor Eicke. Si viene un nuevo comandante para este campo, seguramente no será uno de los que formó personalmente su tío. No digo que lo vayan a pasar mal pero bueno... ya sabe lo que se dice: más vale lo malo conocido...

Mi hermano no necesitaba incentivos adicionales. Lo cierto es que los SS vivimos muy bien en el campo de Mauthausen, y mi hermano y yo gozamos de una independencia casi absoluta.

—Encontraré al asesino, mi comandante. Sin hacer ruido y sin llamar a patrullas adicionales de soldados o de policías que peinen el terreno detrás de Harald o de Braun.

—Dios y nuestro *Führer* así lo quieran.

Nos despedimos con un sonoro «*Heil Hitler*» y enfilamos hacia el campo a paso firme. Atravesamos la entrada y el patio de garajes más rápidamente que de costumbre. El tiempo pasaba, no habíamos desayunado y debíamos tener un aspecto bastante desaliñado después de pasar varias horas entre la nieve y el barro. Llegamos al campo interior y de nuevo al patio de revista, donde giramos a la izquierda hacia el último barracón de los prisioneros:

—Vamos al barracón once, ¿verdad?

—Sí, claro. Recuerda, en primer lugar, que allí fue ejecutado un preso español, según nos informaba el primer poema del asesino. Además, el barracón once es el hogar no solo de buena parte de los españoles sino de los aprendices de picapedrero, los niños que trabajan en la cantera o en los *Baukommandos*. Y esos niños, son los preferidos por los desviados para sus juegos antinaturales. Sigo pensando que en todo este asunto, en alguna parte, se esconde un componente sexual.

—Ícaro también vive en ese barracón —dije con voz meliflua, apercibiéndome que había descubierto algo importante antes de terminar la frase.

—¿Quién es Ícaro?

—Es amigo mío. Se trata del muchacho que siempre iba con Braun. Se decía que al *Blockführer* le gustaba la carne fresca... bueno... la de los miembros de su mismo sexo y, en especial la de los *junge*, los prostitutas jóvenes, más o menos de la edad de Ícaro...

Mi hermano se detuvo en seco y levantó las manos al cielo con gesto de impotencia.

—¿Y ahora me lo dices? ¿Dónde tienes la cabeza, Rolf? ¿No recuerdas que antes te he explicado que de Ferrat, el soldado que fue asesinado en Hartheim, se sospechaba también que tenía una cierta inclinación por los chicos jóvenes? ¿No has

visto relación entre ambos hechos?

—No lo había pensado hasta ahora —dije, bajando la cabeza.

—En ocasiones, Rolf...

Otto no había terminado la frase pero yo sabía cómo continuaba.

—En ocasiones parezco tonto, sí. Tal vez lo sea.

—Por Dios, Rolf. No te lo tomes todo a la tremenda. Solo te pido que hagas algo más que ir de un lado a otro conmigo mirando lo que pasa como un pasmarote. Si tienes información, alguna cosa que yo ignoro... no dudes en explicármela. Cuatro ojos ven siempre más que dos.

El barracón once estaba prácticamente vacío. Solo había un par de prisioneros limpiando los baños y el Kapo que los mandaba; un poco más allá, en los lavaderos, estaba el resto del Kommando. El *Stubendienst*, o equipo de limpieza de barracón, era uno de los mejores destinos que se podían conseguir. Interrogando a los miembros del mismo, pudimos descubrir que Juan López era el nombre del prisionero que había muerto en el incendio.

—Yo no creo que muriera realmente de resultas de las quemaduras —opinó el Kapo, que luego de que le diéramos cinco cigarrillos, comenzó a sentir que se le soltaba la lengua.

—¿Ah, no? —dijo mi hermano.

—No. A estas alturas ya he visto a unos cuantos morir en este lugar, no sé si me entiende, señor. Juan ya estaba muerto cuando le prendieron fuego. Yo creo que lo estrangularon: los ojos tenían pequeñas venas rojas y la lengua toda afuera. No es la primera vez que veo a alguien morir así.

—Es usted muy observador, Kapo.

—Gracias, señor.

Uno de los presos, sin dejar de limpiar el suelo con una escoba de madera, recordó que Juan quería ser dibujante y que llevaba meses trabajando en un cómic que él pensaba que revolucionaría la historia del arte moderno.

—Era un soñador —nos dijo, apesadumbrado, en español. Se llamaba Antonio García y era evidente que el muerto había sido su amigo. Pero las amistades duran poco en Mauthausen y es mejor olvidar y no encariñarse demasiado con nadie.

—Un artista degenerado. Un enemigo del estado alemán —musitó mi hermano, como para sí mismo.

—¿Perdón? ¿Hablabas conmigo, señor? —dijo el prisionero, poniéndose a la defensiva al oír la frase «enemigo del estado». Los presos españoles como Antonio no entendían del todo el alemán, pero había ciertas frases que sabían que no podían ignorar, y hasta el más negado para los idiomas las aprendía rápidamente si quería sobrevivir.

Mi hermano negó con la cabeza y se volvió hacia mí, dando la espalda al equipo de limpieza:

—Solo pensaba en voz alta. El asesino no pudo soportar que alguien que no fuese

ario pudiese llegar un día a ser un artista de renombre. Creo que este tampoco fue un crimen premeditado. Estaba aquí haciendo su ronda o sencillamente paseando cuando debió descubrir los dibujos o el pobre español se los enseñó sin saber el peligro que corría. Lo que no entiendo es por qué no lo mató sin más y reclamó su día de permiso al comandante Ziereis. Es bien sabido que el asesinato de un preso reporta un día en Linz en el mejor prostíbulo que uno pueda pagarse. Y aunque solo se puede asesinar indiscriminadamente a los prisioneros inútiles para el trabajo, una vez muerto es difícil de probar si era o no útil para trabajar. Tú y yo sabemos que eso no lo mira nadie y, *de facto*, cualquiera de nosotros puede matar a quien le venga en gana.

—Tal vez separa lo que son sus asesinatos dentro de la disciplina del campo de sus crímenes personales —argüí—. Aunque en ambos casos son igualmente abyectos, seguramente para él pertenecen a diferentes categorías morales.

Los prisioneros me miraban con los ojos muy abiertos. El Kapo era austriaco como nosotros y el resto llevaban lo suficiente en el campo para entender que yo había equiparado los asesinatos de un criminal a lo que sucedía en el campo de Mauthausen. Pensé por un momento que mi hermano me iba regañar, pero o bien estaba muy cansado o bien por primera vez en su vida tuvo que reconocer que todos los asesinatos son abyectos, se hagan o no bajo los auspicios del estado.

—No sé, Rolf. Sigo pensando que hay algo en esta historia que se me escapa y no sé lo que es. Noto que lo tengo delante de la nariz pero que no consigo verlo. El asesino nunca debería haber considerado la muerte de Juan López como parte de su carrera criminal. Se trata de la muerte de un subhumano. Para un hombre de las características de nuestro asesino, eso no sería mucho más que matar a una cucaracha.

Los miembros del equipo de limpieza, viendo el giro que tomaba la conversación, se retiraron discretamente en silencio y continuaron sus tareas de limpieza, como si fuesen invisibles.

—¿Sabes dónde podemos encontrar a ese tal Ícaro? —A mi hermano había vuelto a escapársele la resolución del caso y removía la cabeza, contrariado, pero lo único que podía hacer era continuar.

—Creo que en la lavandería. Allí solía llevar Braun a sus muchachos preferidos. Al menos, eso he oído.

—Sí, es verdad. Ahora creo recordar que yo también he oído algo al respecto.

Caminando en línea recta, salimos del barracón y regresamos al patio de revista. Pero antes de alcanzar la puerta ya escuchábamos los aullidos, los lamentos, los gritos demandando auxilio y una voz rota contando: uno, dos, tres, cuatro, cinco. Avivamos el paso, porque a nuestros oídos había llegado un siseo largo que pone los pelos de gallina y termina en un estallido. Conocíamos bien ese sonido. A menudo, sobre todo los domingos, que era día libre en Mauthausen, incluidos en principio también los presos, se levantaba en el patio de revista una larga tarima delante del barracón uno. Incluso había quien se traía su mujer y a sus hijos a contemplar el espectáculo. Varios SS rivalizaban entre sí a la hora de utilizar aquel instrumento que emitía el terrible

siseo que termina en estallido: el látigo del comandante Ziereis.

—Déjame, Georg, me toca a mí —estaba diciendo Schultz a su camarada el jefe de seguridad, tironeando del instrumento de tortura, cuando finalmente llegamos a la Apellplatz.

Esta vez no se había levantado tarima alguna sino que se habían clavado tres postes en el suelo y a ellos se había atado a tres muchachos. Eran todos ayudantes en la lavandería, sospechosos de tener una amistad demasiado personal con el Blockführer Braun. Ziereis, muy serio, dirigía el castigo personalmente, perdido ya todo interés por llevar el asunto con discreción. Sabía que el tiempo se le echaba encima y solo le importaba resolver el caso lo antes posible. Tembloroso, subía y bajaba su pañuelo de seda cada vez que quería que el látigo se incrustase en las nalgas de uno de aquellos pobres muchachos. El primero había sido torturado por Bachmayer y ahora yacía caído en el suelo, muerto o inconsciente, y todavía atado al poste por las manos. El segundo acababa de recibir ya su cuarto latigazo, de manos del Jefe de la Policía Política, cuando terminamos de cruzar el patio y llegamos por fin a la altura de la improvisada zona de tortura, junto a las torres de la entrada. Como era costumbre en el campo, el reo estaba obligado a contar los latigazos. Si se equivocaba o no conocía el número siguiente en alemán, la cuenta empezaba de nuevo desde el número uno.

—¡Cinco! —gritó el muchacho, apretando los dientes, al tiempo que su nalga derecha estallaba y se partía en dos, derramando carne y linfa en derredor como si de un maldito surtidor de filetes se tratase.

Al vernos, Ziereis detuvo en el aire su pañuelo de seda.

—Hay novedades, señores —nos dijo, torciendo los labios en un gesto que quise creer era una sonrisa—. Nada más marchar ustedes, me informaron que uno mis hombres había recordado que cuando Braun alejó a la guardia del Bunker para poder asesinar al Rapportführer Boldt, había con él uno de esos muchachitos afeminados que tanto le gustan. Así que hemos venido a sonsacarles amablemente un poco de información.

El campo, a aquellas horas, estaba lleno a rebosar de presos, guardias y Kapos, que se afanaban en todas direcciones camino de sus tareas, procurando no llamar la atención, no mirar siquiera la escena dantesca que se estaba desarrollando en medio del patio de revista. Hasta los guardias de las torres, pagodas de inspiración oriental, en lugar de vigilar hacia el interior del recinto, miraban hacia afuera, en dirección a las obras de los Kommandos exteriores en los barracones nuevos. El sexto sentido de todos, su instinto de supervivencia, les decía que no se les había perdido nada allí. A nadie.

—Pero no crean que ignoro que la culpa es mía por permitir que algunos hombres con tendencias desviadas hayan permanecido entre nosotros en la impunidad —prosiguió nuestro comandante—. Siempre me había parecido que en un lugar donde hay tantos hombres es imposible mantener estrictamente dentro de los límites de la

decencia todas las conductas sexuales. No quise investigar los rumores acerca de que Braun perdía aceite; pensé que era su problema y no el mío. Pero estaba equivocado. Porque la homosexualidad es como un cáncer, y un hombre que comienza por rebajarse a sí mismo de esa forma, luego puede convertirse en un asesino de sus camaradas o en cualquier otra cosa. No volverá a suceder. A partir de ahora voy a tener una tolerancia cero con este tipo de conductas.

Dicho lo cual volvió a bajar su pañuelo y un nuevo latigazo se incrustó en la piel del muchacho, que hubo de gritar el número seis en alemán: *Sechs!* Angustiado, di la vuelta al otro lado de cada uno de los postes y contemplé el rostro de los chiquillos. Ninguno de ellos era Ícaro. Suspiré, ligeramente aliviado, pero luego me sentí culpable porque, después de todo, tres muchachos estaban recibiendo una paliza de muerte y nadie iba a levantar un dedo para rescatarlos. Yo tampoco iba a hacerlo porque, aunque más de una vez a lo largo de este relato haya explicado cuán tonto puedo llegar a ser, hasta yo tengo mis límites y al menos sé cuándo hay que callar.

—Falta Ícaro Echeverría —dijo una voz a mi espalda, dirigiéndose a Zierys. Se trataba de Godzilla, que acababa de regresar de dar una vuelta por el campo, supervisando a sus Kapos y dirigiendo la siguiente tanda de asesinatos, palizas y demás tropelías a los que estos se entregan con los prisioneros.

—¿Quién es ese Ícaro Echeverría? —inquirió Zierys levantando acusador su pañuelo de encajes.

—Es otro de los amiguitos de Braun, comandante. Le traigo la documentación de todos los chicos de la lavandería. Incluido Ícaro. El jefe de seguridad me lo ordenó. Pensó que podría serle de utilidad.

—¿Y por qué demonios no está aquí ese tal Ícaro? —Zierys se puso entonces a bramar como una fiera que estaba rodeado de incompetentes. Cuando por fin se serenó un poco, leyó con más atención la documentación que le acababa de traer el gigante—: ¿Trece años tiene ese chiquillo? ¿Cómo demonios han dejado entrar a un niño de trece años en el campo?

—Debía estar muy crecido —objetó Godzilla, inclinando la cabeza—. No es la primera vez que pasa. El pelotón que recoge a los prisioneros de los vagones en la vía muerta tiene que guiarse por la altura y no por la edad. Si tuvieran que comprobar la documentación de cada uno, no acabarían jamás. Además, muchos vienen indocumentados. Solo los que provienen de algún Stalag traen un expediente completo y actualizado.

Zierys, que sabía de sobra todas esas cosas, soltó un gruñido por toda contestación y se sumergió en el papeleo. «Encima sordomudo», se oyó que murmuraba.

—Maricón, español, rojo y sordomudo: no le falta de nada a este subhumano. Me extraña que no tenga tres pezones, cinco brazos o cuatro piernas. —Nuestro comandante estaba comenzando a perder los nervios y la poca cordura que le restaba.

»¡Malditos españoles rojos! Habría que arrancarles la piel a tiras a todos y cada

uno de ellos. ¿Me oyes? ¡Hasta el último tendría que pasearse por mi campo despellejado como un conejo!

Por lo menos, mientras desvariaba, se había detenido la tortura del segundo muchacho, que suplicaba y se lamentaba pidiendo clemencia mientras de sus nalgas, su espalda y sus piernas corría la sangre a borbotones. Zierys exigió entonces que se callase, pero el muchacho, completamente enloquecido por el dolor, no dejaba de chillar. El Lagerführer se levantó entonces de su silla Thonet, que un asistente llevaba tras él a todas partes, y disparó una única vez sobre la cabeza del muchacho, que se contorsionó y luego de rebotar contra el poste, cayó al suelo hacia atrás deshaciendo en su caída el nudo que le había atado a la madera.

—Este asunto acabará por volverme loco —confesó, amartillando su arma para descerrarle otro disparo al tercer muchacho.

—Espere, espere, señor comandante —lloriqueaba este, temblando de pies a cabeza—. Le diré todo lo que sé de los asesinos. Pero no me mate, señor. No me mate.

Zierys respiró profundamente.

—Al final, estos subhumanos de lo único que entienden es de mano dura —se volvió hacia nosotros—: ¿Han visto? Mano dura y menos darle a la cabeza y buscar pistas que no conducen a ninguna parte.

El ayudante de lavandería seguía llorando. Frank Zierys se acercó al muchacho y le acarició el pelo de la misma forma que lo hacía con sus propios hijos.

—Dime, chiquillo, ¿qué sabes de todo este asunto?

El muchacho, un huérfano polaco de quince años, se había criado en Austria y había sido un ladronzuelo de poca monta de los bajos fondos de Linz antes de ser declarado carne de presidio para un Lager. Durante la tortura de sus compañeros se había meado y cagado encima. Zierys se puso su pañuelo perfumado sobre la nariz al acercarse para escucharle mejor:

—Esta mañana, el Blockführer Braun vino a llevarse a Ícaro. Dijo algo así como que lo del Bunker les había puesto al descubierto y que no tardarían en sospechar de él. Ícaro recogió sus cosas y se fue detrás del Blockführer. Yo estaba fumando un cigarrillo a escondidas y no me vieron. Poco después vino el soldado de primera Harald Bauer preguntando por ellos y le dije que se habían marchado juntos. Parecía muy enfadado. No sé nada más. Lo juro.

—¿Y por qué has hablado de ellos como de los asesinos?

El muchacho respiraba fatigosamente, hiperventilado. Estaba tan muerto de miedo que no tardaría en desmayarse.

—Bueno, *Herr Lagerführer*, señor, he atado cabos. Todo el mundo habla del asesinato del Bunker y de ese otro en los barracones nuevos, donde va a ir el Hospital. Además, acabo de recordar... —Se detuvo un momento para recuperar el resuello.

—Además has recordado, ¿qué? —Zierys había perdido ya la paciencia y volvía

a amartillar su arma.

—Además, hace un par de noches, el Blockführer Braun vino a buscar a Ícaro. Pero este había sido requerido en el exterior, en un Baukommando. Braun estaba como ofuscado y hablaba en voz alta. Creo que tenía miedo y decía cosas sin mucho sentido acerca de un muñeco de barro y de que este le iba a obligar a ser de nuevo el cómplice del asesino. Él no quería matar a nadie, y lloraba. Tenía miedo de perder su puesto en el campo. Yo traté de consolarle...

—¡Maldita sea, muchacho, no quiero detalles de tus mariconadas! —Ziereis había levantado su arma y apuntaba directamente a la cabeza del chiquillo.

—Pero, señor, le juro que Braun y yo... nunca. Braun no era homosexual, ¿sabe? Ícaro era su protegido y a nosotros nos había echado una mano para que no acabásemos cargando piedra en la cantera. Pero nunca nos tocó, ni nos hizo una proposición... de esas, ¿sabe? Braun es un poco bruto, pero no es mal hombre, al menos con los más jóvenes. Una vez me dijo que perdió a un hermano con doce años y que todos se lo recordábamos.

—Oh, vaya, vas a conseguir que me ponga a llorar, muchacho. —Ziereis tenía el dedo sobre el gatillo del arma—. ¿Sabes algo más sobre los crímenes? ¿Te dijo el nombre del que mandaba sobre él? ¿Braun estaba al servicio de Harald Bauer?

—No lo sé, comandante. Me dijo que el muñeco de barro era un hombre que se había reencarnado en otro cuerpo o algo por el estilo. Hacía tiempo que decía cosas así, sin mucho sentido. A veces le oía hablando con un tercer hombre cuando venía a buscar a Ícaro, pero le juro que nunca lo vi. Se debía ocultar en las sombras para que no le reconociéramos. Ah, ¡espere! —El muchacho intentaba recordar lo que fuese para evitar ser ejecutado. Todos menos Ziereis nos dábamos cuenta de que en breve comenzaría a inventarse cualquier cosa para salvar el pellejo—. Una vez le oí hablar del Sturmmann-SS Bauer, de que le tenía miedo, y de una escuela, de ir a una escuela o de que la culpa era de lo que pasaba en la escuela. Decía una cosa, luego otra y se contradecía... y yo ya no me acuerdo muy bien. Hablaban de una escuela, sí, estoy seguro, y otra vez vi cómo Ícaro escribía algo sobre una escuela. «Ícaro está en la escuela» o algo así.

Frank Ziereis, a pesar de su estado de nervios, había comprendido ya que aquel muchacho no le sería de más utilidad. Estaba a punto de apretar el gatillo cuando mi hermano le cogió del brazo y lo apartó con suavidad, amistosamente.

—Creo que he resuelto el caso, *Herr Lagerführer*. Y me parece que el desenlace va a ser de su agrado.

Todos esperamos en un silencio expectante. Schultz fue el primero en hablar:

—¿Y bien?

Mi hermano carraspeó.

—Ya sé quién era Harald Bauer antes de ser Harald Bauer. Lo que no sé es cómo consiguió hacerse pasar por uno de nosotros. Un hombre como Braun no pudo conseguirle toda la documentación necesaria. Tiene que haber algún otro implicado.

Pero de momento vayamos por pasos. Harald no es ningún SS. En realidad, es un hombre de la calle, un ciudadano sin ninguna conexión con el ejército ni, que yo sepa, con el partido.

Ziereis guardó la pistola en su cartuchera. Nunca he visto una expresión de alivio más genuina que la que reflejaba su rostro.

—¿Y cómo se llama nuestro asesino?

—El nombre de pila no lo conozco, mi comandante, pero su apellido es Schule, escuela en alemán —dijo mi hermano, inclinándose hacia el oído derecho de Ziereis—. Lo que el muchacho vio que Ícaro escribía no se refería a estar en una escuela sino a estar con Schule. Ambos, Braun e Ícaro, servían y temían no a algo relacionado con una «escuela» sino a ese tal «Schule», al que nosotros conocimos como Harald Bauer. Se trata, en suma, de un enfermo mental escapado del castillo de Hartheim..., y esa es precisamente la conexión con ese lugar que desde el principio habíamos observado en este caso.

No pudimos escuchar nada más de lo que le dijo en adelante. Ziereis asentía y sonreía embelesado con cada palabra de Otto. Yo, por mi parte, no necesitaba oírles, ya había adivinado el resto. A los demás aquel apellido no les decía nada, pero a mí sí. De un solo golpe, comprendí el rumbo de los razonamientos de mi hermano. Recordé a la señora Schule, asegurando que había visto a su hijo una vez muerto rondando su casa, mirando por la ventana y dejando sobre el alfeizar un muñeco de barro. ¿No había dicho que era aficionado a modelar figurillas de arcilla? El ayudante de la lavandería acaba de decir precisamente que Braun tenía una de esas figuras y que decía que esta le obligaba a matar. Ciertamente, el asesino era un ser perverso e inteligente que nos había engañado a todos desde el principio. Harald, mi mejor amigo, era un ser enfermo, un demente de la peor clase escapado de una Institución del Sueño. Mientras centenares o miles de inocentes morían, tal vez el único demente verdaderamente peligroso que pisaba aquel lugar, conseguía eludir la cámara de gas y los hornos crematorios. Toda una ironía. Por mi parte, yo jamás habría adivinado la verdad. Pero por eso Otto Weilern es el listo de la familia y yo, Rolf, soy el tonto, una comparsa, una carga para mi pobre hermano.

Un par de minutos más tarde, Otto y yo abandonamos el campo interior, camino una vez más de nuestro Opel. Teníamos que cumplir con una misión, con la misión de encontrar al asesino; pero a diferencia de la última vez que habíamos salido en su búsqueda, sabíamos de quién se trataba y a quién preguntar la forma de dar con su paradero: *Frau Schule*, la madre de nuestro enemigo, tenía la llave para dar carpetazo definitivamente a nuestra investigación.

—¿Para qué se habrán llevado a Ícaro? —inquirí, todavía preocupado por el pequeño español.

—¿Qué querrán de él Harald y Braun? ¿A eso te refieres?

—Claro —repuse. Estaba temblando, y no era de frío.

—No creo que sea nada criminal. El niño seguro que no está implicado. Lo

querrán para... saciar sus apetitos, supongo.

La idea de una orgía con un pequeño de trece años me revolvía el estómago. Y lo que es más extraño, no podía imaginar al Blockführer, y aún menos a Harald, en un contexto semejante. El muchacho al que había torturado Ziereis lo había dejado bien claro: Braun no era homosexual. Había algo que no cuadraba.

—Antes has dicho que tenías el pálpito de que alguna cosa se te escapaba. ¿Sigues pensando lo mismo? —dije, tratando de alejar de mi mente la imagen de Ícaro.

—Sí. Hay muchas cosas que no comprendo todavía, Rolf. Le dije al comandante que todo estaba ya muy claro, pero solo fue para tranquilizarle, pues estaba fuera de sí. Por ejemplo, no sé quién ha proporcionado papeles falsos a Harald, perdón, a Schule, para transformarse en un SS.

—¿El mismo que falsificó el pasaporte racial de Braun, tal vez?

—Puede ser, pero también puede ser que sean dos sucesos completamente independientes. Debe existir un mercado negro de pasaportes falsos para aquellos que no quieren vivir con el estigma de ser judío o medio judío. Es algo lógico. ¿Pero quién falsificaría un expediente de las SS a fin de que un civil pueda trasladarse a un campo como el nuestro? ¿Quién podría hacer algo tan complejo e impensable? Ya te he dicho que hay algo que tengo delante de las narices y no termino de ver. Tal vez si durmiese un poco se me despejarían las ideas...

—¿Pero estás seguro de que Harald es nuestro hombre?

—¿Qué otra explicación hay? Es un impostor, estaba en las inmediaciones de Hartheim el día de la muerte del guardia y alguna cosa más que no quieres decirme.

Mi hermano se había dado cuenta de que le ocultaba algo sobre mi antiguo amigo. Le revelé que Harald me había estado vigilando el día anterior, acechándome en las inmediaciones de nuestra casa en Sankt Valentin. Eso pareció preocupar a mi hermano, que por primera vez se planteó la posibilidad de que pudiéramos ser perseguidos y no perseguidores.

—¿Crees que Harald quiere hacerte daño?

—Ahora ya no sé qué pensar.

Otto me dijo que en adelante, y hasta que atrapásemos al asesino, no quería que volviese a ir solo a ninguna parte, ni siquiera a la puerta de la calle. Me prometió que me pondría escolta en cuanto pudiera.

—No necesito escolta —protesté.

—Estoy preocupado por ti. Para un hombre como Schule, tú eres una vergüenza para la Nación y para las SS. No voy a arriesgarme a perderte.

Decidí postergar el enfadarme porque me tratase como a un niño al ver cuánto se había inquietado por mi causa. Otto era un hombre brillante pero tenía además un gran corazón. Por eso yo le amo por encima de todas las cosas de este mundo.

—Nadie habría descubierto la verdad de no ser por ti —le dije, con la voz inflamada de orgullo y admiración.

Otto pareció no dar importancia a sus logros en el caso. No era consciente del hombre extraordinario que era.

—Sin tu ayuda no habría podido conseguirlo. Tú me insististe hace un rato en la importancia de la anotación sobre el Golem.

—¿Y la tiene?

—Naturalmente. Ya oíste la declaración del muchacho de la lavandería. Braun cree que obedece a una figura de arcilla, es decir, a un Golem, el producto de esa figura mágica en la imaginería del judaísmo. Otra cosa es cómo ha llegado a creer una tontería semejante, de qué forma Schule ha metido ese desvarío en su cabeza. Ese es otro de los detalles que todavía no alcanzo a comprender. Y sin ti, no habría reparado en ello cuando el chiquillo hablaba con Ziereis. Tal vez, sin tu ayuda, no habría atado cabos y estaríamos a oscuras como hace un momento, sin saber a dónde ir a buscar al asesino. Tú has resuelto el caso en la misma medida que yo mismo.

Pero estaba mintiendo. Trataba de ser cortés y de ganarse mi simpatía. Yo, en ningún momento había tenido la menor idea de lo que estaba pasando por la cabeza de Otto; nunca hubiese sospechado de Harald y, si os soy sincero, tampoco de Braun. De hecho, hasta que escuché de labios de mi hermano el apellido del asesino, no podía ni imaginar de qué trataba todo el asunto. No, Otto Weilerin es el tipo de hombre sobresaliente, el superhombre, el nuevo ario que hace años nos están vendiendo por la radio Adolf Hitler y Joseph Goebbels. Es este tipo de hombre superior el que se supone ha de expandir la cultura y las fronteras de Alemania más allá incluso de su espacio vital, a las regiones limítrofes. Y sin embargo...

Y sin embargo yo sigo creyendo que los hombres, listos o tontos, arios, bolcheviques, blancos, negros o rojos, son todos iguales... y que nadie tiene derecho a expandir su territorio o su cultura por encima de la de otros.

Ojalá que hombres como mi hermano sean únicos, que sean tan pocos que el Tercer Reich no tenga fuerzas para conquistar el mundo como pretende, porque una Europa de Ottos Weilerin tal vez fuera tan aburrida como esa otra Europa de Rolfs Weilerin, llena de tontos subhumanos, que los nazis creen estar enfrentando.

A ti, lector nacionalsocialista del futuro, a quien dirijo este diario, te digo que el futuro de la humanidad está en todos nosotros, en los superhombres como mi hermano, en los supertontos como yo y en todos los que estáis entre uno y otro extremo. Porque todos tenemos derecho a ser libres y a vivir como mejor nos plazca. Así debería pensar un buen alemán. Así pienso yo, sin temor a estar equivocado, porque hasta alguien como Rolf el tonto sabe lo que está bien y lo que está mal.

Tú también, lector nacionalsocialista, deberías saberlo.

FIN DE LA CUARTA LECCIÓN

Capítulo 5

KALTER ARSCH

(Culo frío)

El asesino contemplaba las evoluciones del cabo Racht y su grupo de prisioneros desde una loma. Mauthausen está lleno de pequeñas colinas, altiplanos y estribaciones, y desde una de ellas, decúbito prono, él y Braun, prismáticos en mano, veían como el último de sus secretos salía a la luz. Ambos sabían que les buscaban, pero al asesino no le importaba en absoluto. Hacía tiempo que no importaba nada salvo purgar las culpas de todos esos hombres que, habiendo jurado servir a las SS, se servían solo a sí mismos. A su lado, el Blockführer rompió a llorar quedamente, pensando en todo lo que había perdido: trabajo, posición y, muy pronto, la libertad. Debía estar loco para haber decidido seguir a la bestia en aquella carrera infausta de crímenes. Pero lo había hecho, y eso ya no tenía vuelta atrás. Preguntó algo al asesino y este le respondió de la forma habitual:

—Déjame en paz, maldito judío.

Braun comenzó a farfullar, insistiendo en lo que fuera que estaba explicando a su interlocutor, hasta que el asesino tuvo que prestar por fin atención, por mucho que odiase que aquel imbécil le hiciese perder su valioso tiempo.

—¡Quiero acabar con esto! No puedo más. Me has sometido a muchas pruebas y en todo te he obedecido. Pero no puedo seguir.

El asesino se dio cuenta de que su cómplice se estaba derrumbando y decidió cambiar de actitud.

—Pronto se acabará, amigo mío. Solo me queda una pequeña misión que encomendarte.

Braun hipaba, sin dejar de farfullar alguna cosa ininteligible y sin dejar de llorar: dos gruesas lágrimas corrían por sus mejillas.

—Hace días que no dejo de darle vueltas a la cabeza. Me corroe la culpa. Necesito poner en orden mis pensamientos. Necesito descansar...

—Claro, claro. Pronto descansarás, mi buen amigo.

Con el rabillo del ojo, el asesino se apercibió que alguna cosa estaba sucediendo en la ciénaga. Los prisioneros habían hallado al primero de los cadáveres y lo arrastraban hacia la orilla. No había tiempo que perder. El asesino comprendió que había que actuar rápido.

—Braun, han descubierto el cadáver del hombre.

—¿Al que robamos el Mercedes?

—Claro, ¿a cuántos más arrojamos a la ciénaga?

—Sí, es verdad. Ya no sé lo que me digo.

Era una contradicción que un ser tan estúpido pudiese pensar que tenía derecho a formar parte de la raza aria, el linaje de superhombres destinado a gobernar todo el universo.

—Tenemos que deshacernos de las pruebas antes de que estas les conduzcan a nosotros. Trae el coche y préndele fuego.

—¿Y cómo huiremos de aquí sin el coche? Los soldados verán el humo y vendrán a por nosotros. Si vamos a pie, tarde o temprano nos darán alcance. Además, cuando

maté al hombre me lo regalaste. Dijiste que era mío.

El asesino sonrió y dijo, procurando parecer seguro de sí mismo:

—Y era tuyo, mientras lo necesitamos. Ahora es un estorbo.

—¿Por qué es un estorbo?

—Porque sí, porque lo digo yo, judío. Tienes que confiar en mí. Hasta hora nunca me he equivocado y ahora tampoco lo haré. No nos atraparan.

Braun se levantó, limpió su uniforme de tierra y acudió arrastrando los pies hacia el coche, un Mercedes 500k, que había aparcado apenas a cincuenta metros. Cuando el asesino oyó el ruido del motor encendiéndose, el grupo de prisioneros de Racht ya habían encontrado el segundo cuerpo. Ahora sí que había que actuar rápido. El Blockführer llevó el coche casi hasta la cima del promontorio y aparcó junto a su amo. Por un momento sintió el impulso de atropellar a la bestia y lanzarla al fondo del abismo. Pero no lo hizo. Seguía temiéndola; seguía odiando todo lo que era y todo lo que significaba pero, por encima de todo, seguía odiándose a sí mismo por haberla conjurado con sus actos impíos. Él, Jonas Braun, era el verdadero monstruo y tenía que pagar por todo lo que era y en cuanto se había convertido.

—Ya está, señor.

El asesino se incorporó y miró cara a cara al Blockführer. Pero Braun no le devolvió la mirada. Acababa de echar un vistazo más allá de su hombro, en la lejanía, donde el Kommando de Racht terminaba por fin de drenar la ciénaga. Aun sin prismáticos, distinguió los dos cadáveres, uno mucho más pequeño y delgado que el otro y, por primera vez en varias semanas, Braun comenzó a razonar con claridad.

—Han encontrado un segundo cadáver, señor.

—Sí, eso parece.

—Pero nosotros solo arrojamos a un hombre a la ciénaga.

—Creo que estás en lo cierto.

—Pero hay dos y el segundo no puede ser cosa nuestra.

—Mía no, seguro, maldito judío. Pero tal vez sea cosa de alguien que tengo a mi lado, mirándome con su gorda cara de cretino.

Braun distinguió entonces el cañón de su propia arma apuntándole y, súbitamente, lo entendió todo. Fue como una ráfaga de realidad que barriera todas sus anteriores dudas, supersticiones, creencias infundadas... De pronto se dio cuenta de que la explicación más sencilla era la única explicación y que él, después es todo, no era un ser maldito por los dioses sino un imbécil de tomo y lomo.

—Me has robado la pistola para asesinarme.

—Muy perspicaz, Blockführer Braun.

—Y mataste a Streisser con mi daga para incriminarme.

El asesino quiso echarse a reír, pero descubrió que ya no le quedaban fuerzas ni para eso. Matar a Braun no tenía ninguna gracia. Solo era necesario.

—Te la robé porque la necesitaba para comenzar a limpiar el campo de indeseables. Lo de que te incriminaba se me ocurrió luego. Pero bueno, tampoco está

de más desviar un poco la atención, ¿no?

Le extrañó que Braun no estuviese rojo de ira, con el rostro desencajado, deseando lanzarse sobre él para arrebatarse el arma. Por el contrario, se le veía tranquilo, como si se hubiese quitado un peso de encima. Tenía los hombros caídos, y respiraba fatigosamente. Parecía haber llegado al final de un largo camino. El que no hubiese nada al final del camino, ya no era cosa suya. Se sentía igual que un Ulises al que Ítaca se le hubiese atragantado.

—Y supongo que tampoco eres un Golem, solo un joven enfermo, un asesino demente y sanguinario que ha arrastrado a un pobre imbécil como yo a la perdición.

El asesino se encogió de hombros.

—Eres demasiado melodramático, Blockführer. Solo soy un gran hombre haciendo justicia, acompañado por un subalterno estúpido. Ha sucedido muchas veces a lo largo de la historia. Esta es solo una más. Respecto a si soy o no soy un Golem —esta vez sí que se echó a reír—, eso lo discurreste tú solo. Yo nunca te dije nada al respecto: fue tu mente supersticiosa de judío la que me transformó en el ser que tú estabas esperando ver.

Braun asintió. Al fin todo cobraba sentido.

—Y lo de la ciénaga... el día que nos conocimos... —Parecía tan cansado que no podía completar sus propias frases. Estaba agotado, al borde del desfallecimiento.

—Yo estaba escondido, espionando. El azar hizo el resto.

Apenas quedaba nada que añadir. Ambos lo sabían. La conversación llegaba a su fin. Solo un par de cabos sueltos. Braun metió una mano en el bolsillo y sacó una figura de barro, mitad humana, mitad ave fabulosa. La quebró por la mitad y la arrojó al suelo. Al ver que el asesino seguía en pie, inmune al hechizo del muñeco, casi se echó a reír.

—Y ahora... ¿qué pasará ahora? A mí, me matarás, pero ¿qué harás con Ícaro?

—Ícaro hará un último saludo a los escenarios y desaparecerá para siempre. Nadie va a echar de menos a un subhumano. Solo será un rojo sordomudo menos en el mundo. Nadie hará preguntas.

—Lo tienes todo pensado. Mi enhorabuena —dijo Braun, irónico.

Había llegado el momento de terminar con aquella farsa. Maquinalmente, el Blockführer inspiraba y expiraba, con los ojos cerrados, como si ya lo entendiese todo, como si lo supiese todo y el conocimiento de la verdad le bastase. Es cierto que solo conocía una parte, pero conocía lo suficiente. Sabía, por ejemplo, que no estaba maldito, que nunca estuvo maldito. Eso le bastaba. Estaba preparado para morir en paz.

—Gracias y adiós, Braun. Has sido de gran ayuda. —El asesino apuntó de nuevo, titubeó. Sintió lástima de su víctima pero no se sintió culpable como otras veces. Era la empatía que tiene un buen amo hacia su perro, hacia el animal que le ha servido bien dentro de sus limitaciones de animal o de judío—. Dime, Jonas, ¿quieres rezar alguna cosa a tu Dios o decir algo para reconfortar tu alma en esta última hora?

El Blockführer abrió mucho los ojos, como despertando de un sueño.

—¿Para qué iba a añadir nada más? No hay nada más.

La Luger ladró una sola vez y el cuerpo del Blockführer cayó hacia atrás con un agujero de bala en medio de la frente. El asesino se lamentó de haber tenido que acabar con su cómplice, su ayudante, su fiel esclavo. Si no hubiesen encontrado el segundo cadáver... pero ah, ahora era inútil lamentarse, aunque sin el concurso de Braun sería mucho más difícil, casi imposible, seguir limpiando el campo de la chusma que lo habitaba. Debía, pues, elegir un último objetivo: uno que por su relevancia sirviese de ejemplo al resto de perezosos SS de la Banda de la Calavera. Por suerte solo había un hombre que reuniese los requisitos demandados, alguien cuya presencia fuese tan repugnante entre los superhombres de la Schutzstaffel, que tras su muerte todos entendieran el mensaje que quería enviarles. Su nombre: Rolf Weilern. Porque, ¿cómo era posible que se permitiese que un retrasado mental formase parte de la guardia personal del *Führer*? La presencia de aquel hombre entre la tropa era una aberración y él se encargaría de extirpar la enfermedad del campo de Mauthausen. Hacía tiempo que estaba preparando esa última ejecución en Sankt Valentin. Se felicitó a sí mismo por su previsión. Gracias a ello podría concluir su obra con la grandeza que esta se merecía.

—Cuando haya matado a Rolf Weilern, mi misión aquí habrá tocado a su fin — murmuró en voz baja, repitiéndolo como un mantra durante varios minutos, hasta que él mismo se creyó sus propios rezos y, una vez más, se supo predestinado para cumplir una misión sagrada: acabar con el idiota de Rolf.

Con gran esfuerzo, comenzó a mover el cuerpo del Blockführer hasta que consiguió depositarlo en el asiento del conductor del Mercedes. Fue al maletero a buscar un bidón de gasolina y aún estaba rociando el vehículo cuando oyó la primera detonación. Rápidamente, regresó a la cima de la loma y con sus prismáticos pudo apreciar con todo lujo de detalles como el cabo Racht ejecutaba uno a uno a los prisioneros que acababan de drenar la ciénaga. Estos, de rodillas, ni siquiera intentaron escapar. Solo los dos últimos, desesperados, se levantaron y avanzaron unos metros camino de ninguna parte antes de ser abatidos por la espalda de un certero disparo. Uno de ellos cayó a la ciénaga y Racht tuvo que rescatarlo personalmente y llevarlo con el resto de ejecutados. Le pareció incluso que escuchaba, en la distancia, como el cabo se quejaba por haberse ensuciado sus preciosas botas nuevas. Despacio, con meticulosidad, el cabo dispuso dos grupos de cadáveres con una separación exacta de veinte pasos. A un lado, los dos que había sacado de la ciénaga; al otro, los diez prisioneros que terminaba de ejecutar.

—Es una pena, mi buen Braun, que no puedas contemplar a un verdadero ario en acción, ejecutando sus órdenes con precisión y profesionalidad. Si no hubieses nacido judío, sabrías apreciar la grandeza de cuanto acabo de contemplar.

El asesino hablaba para sí mismo pero le parecía que, de alguna manera, al difunto Blockführer, que tanto había deseado ser un alemán de verdad, le habría

gustado oírle. No era mal lacayo, después de todo, ese Braun. El asesino, de niño, había tenido un caballo al que cuidó desde potrillo, lo amamantó y, con el tiempo, montó con presteza por el club de campo del que sus padres eran socios. Lo amó más que a ningún otro ser en este mundo. Con ocho años se rompió la pata intentando saltar un seto. Tuvieron que sacrificarlo. El asesino prometió solemnemente al cadáver del Blockführer que si alguna vez volvía a tener un caballo le pondría de nombre Jonas Braun.

—Me estoy volviendo un sentimental, ¡maldita sea!

En el campo, los SS tenían una expresión maliciosa para referirse a los recién asesinados. Los llamaban *Kalter Arsch*, algo así como «culo frío». El asesino pensó que, por lo menos, a Braun nadie podría llamarle así, porque su «culo» iba a acabar de cualquiera manera menos frío. Secretamente satisfecho por haber sustituido un momento de debilidad por la aséptica crueldad que le caracterizaba, se echó a reír de su propia gracia y arrojó una cerilla al vehículo.

Cuando las llamas comenzaron a alzarse a favor del viento, el asesino se alejó a toda prisa del escenario de su nuevo crimen. Los vigías de las torres de vigilancia no tardarían en divisar el humo. Incluso le pareció que el propio Racht miraba en su dirección. Pero el asesino era demasiado listo y, valiéndose de sus prismáticos, se anticipó a sus enemigos y puso en marcha su último plan: aquel que le permitiría huir indemne del campo de Mauthausen.

Nadie podría con Adolf Schule. Al menos no hasta que cumpliera con su destino.

El sistema de vigilancia del Lager de Mauthausen estaba pensado para que nadie escapase, no para evitar que alguien se escurriera hacia su interior. ¿Quién, en su sano juicio, estaría interesado en volver a las entrañas de un campo de exterminio?

Por caminos escondidos, veredas secretas, el asesino esquivó el perímetro de valla electrificada, pasando por debajo de ella, después de retirar unas rocas. Sigiloso, recorrió la distancia que le separaba de la entrada del campo y no se detuvo hasta que divisó las luces de la fachada y el patio de garajes. Un grupo de prisioneros giraba en ese momento a la derecha por el sendero que conducía hacia la cantera, seguidos por tres guardias SS que reían las hazañas de uno de ellos con una campesina de un pueblo cercano. Entonces arrojó sus prismáticos para no levantar sospechas y se unió a ellos como si tal cosa; nadie reparó en su presencia. Solo era uno más de entre los muchos habitantes del universo de Mauthausen. Nunca darían con él: era un ser anónimo e indistinguible de la masa, pero, a la vez, el primero de ellos, el mejor, el que impartiría por última vez justicia en el imperfecto mundo de los hombres. Adolf Schule, que casi era un Dios, como el propio *Führer*, se debía a esas pequeñas criaturas.

Apenas cien metros más allá se encontró con la persona que andaba buscando. Godzilla caminaba despreocupado, portando una caña de pescar. Era el único prisionero que tenía el privilegio de poder pasear por el pueblo de Mauthausen o de ir a pasar una tarde con alguna ramera de algún prostíbulo cercano. Estaba fumando en su vieja pipa china de porcelana y parecía satisfecho, tanto que había decidido regalarse un rato de asueto pescando en el lago luego de aquella extraña jornada llena de gritos, de acusaciones y de búsquedas infructuosas de asesinos en serie. Cuando Godzilla le vio, sus ojos se abrieron de par en par por la sorpresa:

—A ti te andan buscando. ¡Todo el mundo te anda buscando!

Antes de que pudiera dar la voz de alarma al trío de SS que guardaban el grupo, el asesino jugó su última baza.

—Ayúdame a matar a Rolf Weilern. Luego tú, si quieres, puedes encargarte de Otto. Eso ya no será cosa mía. Yo terminaré mi misión y tú podrás ver cumplida tu venganza.

Godzilla abrió la boca lentamente, incapaz de entender cómo nadie había podido adivinar su secreto. El asesino solo esperaba que no se hubiese equivocado y que los planes de aquel bruto fueran en verdad más allá de la imaginación, que estuviera dispuesto a arriesgarlo todo para castigar a los Weilern, para obligarles a expiar un delito que el asesino no conocía y ni siquiera imaginaba.

—¿Cómo lo supiste?

El grupo que se dirigía a la cantera pasó de largo y les dejó solos. Los guardias se alejaron riendo de alguna cosa relacionada con las enaguas de la campesina con la que uno de ellos tenía tratos carnales.

—Soy un hombre observador —dijo entonces el asesino—. He visto cómo los miras, señor prefecto de los prisioneros. —Su voz tenía un toque de sorna, como si

considerase al gigante un ser indigno de representar a los esclavos del campo—. Sé que tu sangre hierve por dentro pidiendo venganza. No sé tus razones y no me importan. Yo tengo las mías propias y ellas me bastan.

Godzilla compuso una mueca extraña, entre el desdén y la admiración. El gigante llevaba mucho tiempo esperando aquel día. Muchas veces, al amanecer, había lucubrado la forma de acabar con los hermanos Weilern. Nunca se había atrevido. No por falta de valor: le faltaba un plan, una oportunidad. Tal vez le faltara inteligencia. Pero ahora, por fin, tenía ambos. Alargando su mano derecha, el gigante dijo:

—Así que te llamas en realidad Schule.

¿Schule? ¿Cómo sabía que...?

El asesino comprendió entonces que sus enemigos habían llegado ya muy lejos en sus pesquisas. Ahora, más que nunca, tenía que actuar con rapidez.

—Adolf Schule: así es. Pero ¿vas a echarme una mano o no? —El tono de su voz era ahora cortante, apremiando a su interlocutor. De la misma forma, apretó bien fuerte la manaza que le tendía el gigante.

—Adolf... —Godzilla repitió aquellas dos sílabas, abstraído. Después de todo, era el nombre de pila del mismísimo *Führer*. Ya que todo el asunto tenía que ver con Hitler en persona, lo consideró una señal del destino—. Dime, Adolf, ¿qué tengo que hacer para ayudarte?, ¿para ayudarnos?

Una vez más, el asesino se había salido con la suya.

—Poca cosa. Debes llevarme a un lugar y vigilar por si surgen dificultades. Yo me encargaré del resto.

—Muy bien. —Godzilla estaba decidido. Los Weilern pagarían todo lo que le habían hecho, aunque aquellos malditos arrogantes le hubieran olvidado. El que le considerasen tan insignificante como para arrinconarle en los pasillos de la memoria, le hacía odiarlos todavía más, especialmente a Rolf, con el que tuvo la oportunidad de hablar largamente antes de convertirse en un preso de un campo de concentración, seis años atrás—. Vayámonos sin perder tiempo. Es mejor que no te vea nadie. Podría ser que te reconociera y tratase de detenernos.

Adolf Schule y Godzilla tomaron el camino de vuelta hacia la entrada del campo pero, en lugar de penetrar en él por el patio de garajes, giraron bruscamente carretera abajo, hacia el pueblo de Mauthausen. Acompañado de su nuevo acólito, un hombre lo bastante poderoso para que nadie que los viera alejarse hiciera demasiadas preguntas, el asesino se sentía seguro.

Antes de que se acabase el día, Rolf Weilern estaría muerto y su tarea habría concluido.

Diario de Rolf Weilern

Noviembre 1940

Lección 5:

Ich bin nicht Volkgenosse:

No soy un camarada nacionalsocialista

(o de cómo pasé de ser una carga a traicionar a mi hermano)

XVIII

Mi hermano y yo íbamos camino del Castillo de Hartheim. Otto quería cerrar el caso lo antes posible y nuestro coche volaba sobre el asfalto, azotado por ráfagas intermitentes de lluvia. Había dejado de nevar y estaba saliendo el sol pero, qué demonios, estábamos en la alta Austria y en pleno invierno, no podíamos esperar que hiciese un día radiante. El parabrisas iba desplazando a los lados regueros de agua entre los que a veces se escapaba una hebra blanca, un copo de nieve despistado.

—El «doctor muerte» tendrá el expediente de Schule y podrá decirnos dónde encontrar a su madre —me explicaba Otto, con la voz distante, como si en realidad pensase en otra cosa. Yo creo que no dejaba de darle vueltas a las dudas que tenía sobre el caso, a esa parte que no encajaba, a ese palpito de que algo no estaba donde debiera.

—¿Y su madre tendrá información relevante que nos conduzca hasta el asesino? —objeté—. ¿Si de verdad es su hijo nuestro hombre, estará dispuesta a dárnosla por las buenas?

—Por el bien de todos, esperemos que la respuesta a ambas preguntas sea un sí, Rolf.

A dos kilómetros de Alkoven, el Opel de mi hermano comenzó a hacer un ruido extraño. Otto me preguntó si yo también lo oía. Era como un sonido metálico al final de cada pequeño rugido del motor. Le contesté que no había percibido nada fuera de lo común: seguía enfadado por haberme convertido una vez más en una carga, por no estar a la altura de las circunstancias y permitir que mi hermano resolviese todos los problemas. Un minuto después, el coche tosió dos veces, como una vieja resfriada, y se paró en seco.

—Igual tenías razón —le dije—. Creo que algo sonaba raro en el motor.

Hicimos a pie los últimos veinte minutos hasta el castillo. Había subido un poco la temperatura y caminábamos deprisa, manchando de sudor nuestros uniformes. Otto iba al frente y yo le seguía en silencio. Pensaba en Harald y en cómo me había engañado durante tanto tiempo. Sentí una punzada de tristeza en mi interior y comprendí que, a pesar de todas las apariencias, de todas las palabras vanas de las personas que se cruzan con nosotros en el camino de la vida, solo podemos contar con la familia. Mi hermano me protegía y me cuidaba aunque yo fuese inferior a él en todo, mi madre había sido mi único apoyo hasta que se la llevó el buen Dios, y mi padre, a pesar de todas las cosas terribles que había hecho, se preocupaba por mí también a pesar de ser un tonto, o precisamente por serlo.

No sé si alguna vez habéis sufrido un *déjà vu*. Se dice que se produce cuando de pronto tienes la sensación de haber vivido ya aquel instante. Te encuentras en una calle y te da la sensación de que ya estuviste, aunque no la hayas pisado en tu vida. Ves a una persona y estás seguro de haberla conocido aunque no hayas coincidido jamás con ella. Yo nunca había tenido uno de esos hasta que, terminando la ascensión

hacia el castillo, sentí un cosquilleo en la nuca. Me detuve. Me volví, mirando en derredor. Tenía una sensación extraña, de haber vivido aquel instante. Pero no sabía qué era lo que ya había vivido. Sin duda, el subir casi a la carrera una pendiente durante un cuarto de hora no era el objeto de mi *déjà vu*. Tampoco la presencia lejana del Castillo, junto al que ya había pasado en varias ocasiones y en dos últimamente, una con Harald y otra con mi hermano, el día antes. La sensación de repetición provenía de algo diferente. Al principio no supe desentrañar la causa de mi extrañeza; mi hermano se alejaba ya sin darme tiempo a reflexionar cuando, a menos de un centenar de metros, detrás de un árbol, surgió una figura: era Harald. De ahí provenía mi sensación de repetición. Como la noche antes, mi antiguo amigo me perseguía, me acechaba. Y al igual que horas antes lo hacía protegiéndose detrás del tronco de un viejo árbol.

—¡Rolf! —me llamó, invitándome a seguirle subrepticamente, ignorando a mi hermano, que ya comenzaba a desaparecer al final del recodo de la carretera.

—¡Rolf!

Dudé un instante. Harald era mi amigo y seguramente tenía una explicación para todo lo que estaba sucediendo. Eso me decía el corazón. Pero mi cabeza me repetía que era un asesino, un cobarde y un impostor; que solo podía confiar en mi familia. Otto me había dejado bien claro que el culpable era Harald, que ni siquiera se llamaba así y que solo había tomado aquella identidad para poder cumplir con sus sangrientos propósitos, fueran estos cuales fuesen. Dudé un instante, ya lo he dicho. Pero fue suficiente para que mi hermano se volviese y nos descubriera.

—Rolf —dijo Harald, abandonando su escondite y acercándose a mí—. Tengo que hablarte de...

—¡Alto ahí, Schule!

Mi hermano venía a la carrera desenfundando su pistola. El rostro de Harald se contrajo al oír aquel nombre; hizo una mueca como de desprecio y sonrió. Otto tenía ya el arma en la mano:

—¡Alto Schule! No se mueva o disparo.

Harald se dio la vuelta y, de un salto, volvió a su escondite detrás del árbol, y desde allí desapareció por el prado, colina abajo, entre matorrales y hierbas altas. Mi hermano pasó a mi lado a toda velocidad.

—¡Vamos, Rolf! —me apremió.

Iniciamos una carrera desesperada ladera abajo. Solo recuerdo las copas de los pinos, el siseo de la hierba según avanzábamos y un par de disparos de advertencia de mi hermano. Aunque en aquellos disparos al aire había algo más que una advertencia, porque en realidad habíamos perdido de vista a Harald y no sabíamos dónde se hallaba. Otto había disparado esperando que se descubriese. Pero Harald o Schule, o quién demonios fuera, nos llevaba una buena ventaja mientras pudimos verle y había tenido tiempo de echar cuerpo a tierra y guarecerse en casi cualquier lugar. Nosotros, por el contrario, estábamos de pie, en medio de los pastos, y éramos blanco fácil para

un tirador experto como él. Eso debía pensar mi hermano cuando volvió a enfundar su pistola y me cogió de brazo, llevándome de nuevo hacia el camino.

—Cuando lleguemos al Castillo —me dijo—, voy a pedir una patrulla de SS para que peine en toda esta zona.

—Harald ya se habrá ido —argumenté.

Mi hermano me devolvió una mirada hosca.

—Probablemente sí, probablemente no.

—¿Todavía te interesa el paradero de *Frau Schule*? Harald ya sabe que hemos descubierto su engaño y se cuidará mucho de ir a ver a su madre.

—¿Acaso tenemos otra opción, otras pistas? Iremos a ver a *Frau Schule* y la interrogaremos. Luego nos la llevaremos a Mauthausen para que reconozca el cadáver de la ciénaga.

—¿El cadáver de la...?

—Sí, ese cadáver.

—¿Pero por qué estás tan seguro que la señora Schule podrá identif...?

—Lo sé y ya está, Rolf. Ya te dije que el primer asesinato de un criminal en serie suele producirse en su círculo más íntimo: amigos, hermanos, padres. Si no lo tienes claro todavía, ya te explicaré eso más tarde. Estamos llegando al Castillo y hay mucho que hacer.

No sé a vosotros, pero yo odio que me interrumpen, que me traten como a un inútil o que no me terminen de explicar las cosas como si no valiese la pena perder el tiempo con alguien que tiene el coeficiente de un niño preadolescente. Otto, en una sola frase, había conseguido todo ello sin esfuerzo y sin inmutarse. Sin duda, la ofensa fácil debe ser uno de los dones de los superdotados como él.

En Hartheim, el soldado Glatz nos recibió con su mismo pelo entrecano sobresaliendo de su gorra y los modales esquivos de costumbre. Pero cuando Otto le mintió explicándole que un SS del campo de Mauthausen había intentado agredir a un superior y que luego había huido de las instalaciones en dirección a la Institución del Sueño, el viejo soldado cambió de expresión. Una cosa era la desidia y otra el amor por la obediencia debida a las jerarquías que tenemos todos los buenos ciudadanos del Reich. Glatz, llevado por un repentino acceso de actividad, llamó personalmente a una patrulla para que fuesen al encuentro de Harald Bauer. También dio orden que les acompañase un mecánico para el Opel estropeado del Oberstumführer-SS Weilern. Luego, visiblemente cansado, se apoyó en una pared de piedra, y suspiró, agotado.

—Que tengan cuidado los de la patrulla —dijo Otto—. Harald Bauer está armado y es peligroso. Yo creo que ha perdido el control. Diga a esos muchachos que no se confíen.

Pero por el tono de su voz me di cuenta de que él tampoco esperaba que Harald se encontrase rondando por las inmediaciones cuando fueran a buscarle. Glatz también percibió el desánimo y la ira en la voz de su superior y se cuadró:

—Así lo haré, señor. *Heil Hitler!*

Encontramos al doctor Lonauer en su despacho de la primera planta. Pasamos sin hacernos avisar entre los alaridos de su secretaria, Helene, que estaba de día libre en nuestra anterior visita y que ahora proclamaba que su jefe estaba muy ocupado. Rudolph Lonauer la tranquilizó y nos hizo pasar, aunque en su rostro se había borrado la sempiterna sonrisa que yo bien recordaba. Le acompañaba su colega, el doctor Renno, un hombre alto, moreno, de cara cuadrada: un psiquiatra de renombre del que ya habíamos comprobado con qué diligencia clasificaba «idiotas» en la sala de registro.

—Hoy es un día especialmente atareado en mi institución. —Rudolph señaló en dirección a su colega, que, sentado frente a una máquina de escribir, tecleaba sin cesar. En papel de alta calidad, con tinta negra y notas en tinta roja, estaban redactando un conjunto de gráficas y de estadísticas acerca del número total de idiotas depurados desde que se había iniciado la T4. Por lo visto, Hartheim iba en cabeza con casi 8500 idiotas muertos, muy por delante de otros institutos del sueño competidores en su capacidad exterminadora, como Grafenek, Sonnenstein, Hadamar o Brandemburgo. Esto parecía hacer muy feliz al doctor Lonauer, que afirmó que llevaba días trabajando en aquel informe, a fin de demostrar que sus desvelos por limpiar la Gran Alemania de las manchas de sangre impura de los retrasados y los incapaces, estaba dando sus frutos finalmente.

—Hoy no tengo tiempo ni estómago para sus estupideces, ni sus demostraciones gratuitas de sadismo —comenzó mi hermano. Aquel preámbulo me dejó completamente boquiabierto. Lonauer dejó traslucir una sonrisa de desprecio—. Necesito información, no he dormido nada en dos días y no estoy de muy buen humor, por lo que agradecería que no me hiciese dar otra vuelta por la Cámara de los Horrores que tiene montada ahí abajo. Creo que este mes no he pagado la cuota del cursillo intensivo de torturador cuya primera lección tuvo a bien adelantarme el otro día.

Georg Renno dejó de teclear en su máquina de escribir y abrió mucho los ojos, como si no pudiera creer lo que estaba oyendo. Ciertamente, yo tampoco me lo creía.

—No te detengas, Georg, aún quedan muchos datos por incluir —dijo Lonauer, dirigiéndose a su colega; y volviéndose de nuevo hacia Otto—: Dígame lo que necesita, *Herr Weilerin*.

—¿Recuerda a la señora Schule, la mujer que estaba aquí el otro día? ¿La que cree ver a su hijo aún después de muerto?

—Sí, claro.

—Quiero todos los datos pertinentes relacionados con la supuesta depuración de su hijo.

—¿Supuesta?

Ambos se miraban fijamente, como dos gallos de pelea que miden las fuerzas de su adversario.

—Supuesta, sí, doctor.

Lonauer se encendió un cigarrillo.

—¿Y si me niego? Usted no puede darme órdenes, y con esos modales no esperará que le haga ningún favor. ¿Y si cojo el teléfono y llamo a su superior, o a mi superior, o todavía mejor, al Gauleiter de la región, que resulta que es amigo mío?

—Me gustaría ver cómo hace esa llamada con los dedos completamente rotos a culatazos de mi pistola.

Se hizo el silencio. Lonauer tenía las cejas tan arqueadas que parecía un muñeco de feria y su rostro tenía una expresión grave y circunspecta; parecía imposible que esa cara pudiera pasarse horas enteras sonriendo interminablemente. Alguna cosa en el cerebro del doctor muerte debió indicarle que debía de modificar de inmediato el rumbo de aquella conversación, por lo que ofreció un cigarrillo a mi hermano de su pitillera personal y llamó a su secretaria.

—Helene, tráeme todo el papeleo que tengamos sobre Adolf Schule.

Cinco minutos después, mi hermano y yo estábamos leyendo el informe del desdichado muchacho que yo había conocido con el nombre de Harald Bauer.

—¿Qué edad tenía pues Adolf Schule cuando ingresó, doctor? —pregunté, sujetando tembloroso la hoja de ingreso.

—Diecisiete, creo. Lo debe decir por ahí. Ahora tendrá dieciocho o diecinueve. Pero no aparenta esa edad en absoluto.

Desde la primera vez que vi a Harald, me llamó la atención que contara con tan pocos años. Yo le hubiera echado veinticinco por lo menos. Yo no era el único que había notado que era un tipo extraordinariamente maduro para su edad. Lonauer también había percibido que la madurez había venido a su encuentro antes de hora. Tal vez sea un rasgo típico de algunos psicópatas.

—¿Sífilis? ¿Ahora encierran a los jóvenes por tener sífilis? —terció mi hermano, alejándome de mis conjeturas. Otto había levantado la vista y exhibía una hoja de papel delante del doctor.

—La sífilis es una de las enfermedades que están en la lista.

—¿Lista? —dijo mi hermano, todavía con un tono áspero y desafiante.

Lonauer le miró comprensivo y exhaló una bocanada de humo. De pronto, tuvo miedo de las reacciones de mi hermano y apagó el cigarrillo.

—Hay una lista de enfermedades que nos pasó el Centro de Eutanasia del Reich. Se trata de males que conducen rápidamente al que los sufre a un estado de inutilidad para nuestra Nación. Así, de memoria, creo que son la esquizofrenia, la epilepsia, las enfermedades mentales, por supuesto, la parálisis refractaria, la sífilis, la encefalitis y la enfermedad de Huntington. —Lonauer hizo una pausa y prosiguió—: En el caso particular del señor Schule, la sífilis le estaba destruyendo la sustancia gris del cerebro: tenía arrebatos, ideas delirantes, síntomas precoces de demencia, una fuerte paranoia megalomaniaca y su cuadro se iba agravando con el paso del tiempo. Creía que había venido al mundo a salvar a la raza humana y alternaba momentos de euforia y de sinrazón con otros de sosiego y creatividad. Incluso se podría decir que

tenía algo parecido a una doble personalidad, una hiperactiva e hipomaniaca, irascible, que yo creo que podría haberle convertido incluso en un psicópata, y otra más racional en la que era un individuo completamente distinto. Probablemente el individuo que habría sido de no haber contraído la enfermedad.

—Yo creía que la sífilis tarda mucho tiempo en desarrollarse —dijo entonces mi hermano.

—Es raro, sí, que se llegue a un estadio tan avanzado de la enfermedad teniendo solo diecisiete años. Sin embargo, creemos que la contrajo teniendo doce o trece y cuando llegó aquí ya no se podía hacer nada por él. Ese estadio final puede durar décadas a menos que se ataje, que se depure al enfermo.

—¿Y cómo cree que contrajo la enfermedad tan joven?

—La sífilis se contrae a través de un microorganismo, por vía sexual. En este caso me temo que fue de forma anal.

—¿Un amigo? ¿Un familiar?

—Su padre, probablemente. Al menos, eso me contó en una de nuestras sesiones. Pero, paradójicamente, el causante de todo este mal, si en realidad tenía la enfermedad, había conseguido disimularla o esta avanzaba más lentamente que en el caso del hijo. Yo no puedo ordenar que se hagan pruebas a un ciudadano, a un miembro del partido, que en apariencia está perfectamente sano y, de hecho, es un padre ejemplar, que envía a un hijo enfermo a mi institución por propia voluntad siguiendo los consejos de las autoridades médicas.

—Quizás solo quisiera desembarazarse de la prueba de su incesto.

—Puede. Como le digo, son todo especulaciones.

Otto adoptó un aire concentrado. Toda aquella historia le sacaba de quicio y tenía que esforzarse por no perder los nervios de nuevo y seguir la línea de investigación con profesionalidad. Al cabo, preguntó, con amargura, como si una sola frase pudiese contener toda la pena que sentía por Harald:

—¿Es Bauer, perdón, Schule, peligroso, a su juicio, doctor?

—¿Es? ¿No habrá querido decir «era»?

—He preguntado si «es» peligroso.

—De estar vivo y libre... —Lonauer pareció reflexionar—. Supongo que si todos esos supuestos se cumplen, nos encontraríamos ante un peligro público, con alguien que podría albergar el deseo de limpiar su patria de malos alemanes. Además, se trataría de alguien capaz de idear un plan lo bastante retorcido y maquiavélico para engañar a muchos y asesinar a no pocos de esos muchos.

Mi hermano, confirmada su tesis, decidió cambiar la línea del interrogatorio.

—¿Era Adolf homosexual, doctor?

—No lo sé. Creo que no. Más bien se valía de los que lo eran para conseguir sus objetivos.

—Ya entiendo, de hombres como el difunto William Ferrat, ¿no es verdad?

De pronto, en la mente del doctor Lonauer todo cobró sentido. Recordó al soldado

Ferrat y su inclinación por los jovencitos púberes y la frase recién pronunciada de mi hermano refiriéndose a Adolf Schule como «supuestamente muerto» y luego preguntando si «es peligroso» y no si «era peligroso». Comprendió por fin que mi hermano tenía razones fundadas para pensar que, de alguna manera, uno de sus guardias había liberado a un psicópata peligroso del Castillo para colmar sus apetitos sexuales.

—Pero no pensaré de verdad... —tartamudeó el buen doctor.

—No pienso —dijo mi hermano—, afirmo. Estoy seguro de que a Adolf no murió en su Institución del Sueño.

—Y no habrá cometido alguna muerte más aparte de la de mi guard... —Lonauer no se atrevió a acabar la frase.

—Me temo que al menos tres asesinatos más. Probablemente a estas horas ya habrán descubierto en una ciénaga al cuarto cadáver.

Rudolph se echó las manos a la cabeza y se cubrió el rostro. Durante un par de minutos barbotó frases inacabadas, algunas sin sentido: «escándalo» «primera línea de frente» «no pued...» «¿pero cómo...?» «dimisión» «culpables». Por fin, levantó los ojos hacia mi hermano, transfigurado de pronto en su salvador y no en su rival, como sucediera minutos atrás.

—Pero el papeleo está todo en orden, ¿verdad?

Mi hermano le entregó un pliego con dos hojas a máquina del informe del paciente.

—Creo que sí. Pero eso no significa nada.

A la Comisión del Reich para el registro de enfermedades graves de origen hereditario.

Hartheim 10/09/1940

En el caso de Adolf Schule, nacido el 01/10/1922, hablamos de un caso grave de sífilis que ya fue comunicada el 06/01/1940 en el informe de diagnóstico. El joven presenta rasgos inequívocos de demencia que derivarían de no ser erradicados en un peligro para la sociedad.

Por el director: Rudolph Lonauer

El doctor muerte terminó de leer el primer folio y, con manos temblorosas, dispuso el segundo delante de sus ojos. Este, decidió leerlo en voz alta, para que todos conociéramos su contenido. Yo ya lo había leído y también mi hermano, pero el doctor Renno abandonó de nuevo su tarea en la máquina de escribir y arrugó el gesto, consciente de todo lo que se jugaban en aquel asunto.

Comisión del Reich para el registro de enfermedades graves de origen

hereditario

Berlín, 29/09/1941

Al señor Director del Instituto del Sueño de Hartheim, doctor Rudolph Lonauer.

Referencia: tratamiento del niño idiota o demente Adolf Schule.

En relación con su comunicado oficial sobre Adolf Schule, le hago saber que según las circulares correspondientes del ministro del interior del Reich del 18/8/1939 y del 1/7/1940, no hay más obstáculos para el tratamiento final del idiota o demente. Le ruego comunique oportunamente el resultado de la depuración. *Heil Hitler!*

El doctor Renno soltó entonces un gruñido:

—Todo eso que dicen no tienen ningún sentido. Adolf Schule no puede estar vivo. Yo mismo firmé su parte de defunción y vi sus huesos calcinados.

—¿Lo recuerda entre tantos asesinatos a los que se enfrenta cada día? —dijo mi hermano, algo extrañado.

—Adolf no era un muchacho cualquiera —argumentó Renno—. Como el joven Boldt o algún otro caso especial, llevaba aquí mucho tiempo. Normalmente ninguno dura más de unos días o, últimamente, unas horas. Pero en algunos casos intentamos curarlos.

—Es todo un detalle por su parte.

Renno encajó la ironía sin inmutarse y se la devolvió a mi hermano mirándole fijamente desde el fondo de unos ojos de un azul glacial.

—Para usted es muy fácil, *Herr Oberstumführer-SS*; usted trabaja en un campo de concentración y tiene la suerte de ver cada día el trato exquisito que deparamos en los Lager a los enemigos del Reich. Nosotros, los que trabajamos con idiotas, no podemos perder el tiempo con las sutilezas y los procedimientos repletos de cortesía que ustedes pueden otorgar.

—Usted no tiene ni idea, doctor Renno, de lo que pasa en un campo de concentración. Allí, las muertes que se producen son debidas a causas justific... — Las palabras se le helaron a mi hermano en la boca. Nosotros éramos tan culpables, tan criminales, como aquellos dos torturadores de pacotilla. Matábamos o dejábamos matar a terceros, actuábamos si se nos pedía o mirábamos hacia otro lado si se nos ordenaba. Éramos víctimas e instrumentos del nacionalsocialismo, como todos en el gran Reich de Adolf Hitler.

—Nosotros matamos por exactamente las mismas «causas justificadas». ¡Las mismas! —sentenció Georg Renno, volviendo a su trabajo, con la cabeza gacha. Me pareció que no estaba en absoluto satisfecho de haber ganado aquella pequeña batalla

dialéctica.

De pronto, Lonauer se levantó de su silla. Mientras Otto y Renno discutían, él había vuelto a echarse las manos a la cabeza, mientras reflexionaba sobre todo el asunto. Sin duda, acababa de pensar alguna cosa.

—Si Adolf sobrevivió... si el soldado Ferrat urdió algún plan para que Schule escapase, tuvo por fuerza que sustituir su cuerpo por otro antes de ser calcinado en el horno crematorio. Y eso no pudo hacerlo solo sin levantar sospechas. Todos conocíamos a Adolf, no lo podría haber cambiado por otro sin que se descubriese el engaño.

Rudolph intercambió una mirada rápida con su colega. Renno asintió con la cabeza y dijo:

—El Maestro de los Hornos, claro. El Unterscharführer-SS Hubert.

XIX

Atravesamos la primera planta a la carrera y descendimos las escaleras hasta llegar al patio porticado. Lonauer daba grandes zancadas, mirando nervioso en derredor como si temiera que alguna sombra fuese abalanzarse sobre él para mandarle al frente de batalla, lejos de su vida regalada de verdugo. Cuando llegamos a la puerta del crematorio, el doctor muerte nos invitó a pasar, solícito, a una pequeña sala, ocupada casi totalmente por un horno gigantesco en el que cadáveres humanos se cocían a miles de grados de temperatura. Luchando contra un calor sofocante, cruzamos un estrecho pasillo y bajamos otro tramo de escalera, para, por fin, al volvernos a la izquierda, encontramos un curioso artilugio que emitía un ruido sordo y repetitivo, lanzando al aire volutas de un polvillo gris que lo envolvía todo. El aparato, dispuesto sobre una mesa, era operado por un hombre bajo, moreno y extremadamente fornido, de tal forma que sus hombros parecían comenzar directamente debajo de la barbilla, como si no tuviera cuello. El Unterscharführer-SS Hubert no tendría más de treinta años pero manejaba un molinillo eléctrico con la habilidad del que lleva ya toda una vida desempeñando un oficio. Pero aquel no era un molinillo corriente sino un aparato pensado para moler huesos humanos: por un extremo, Hubert dejaba caer una falange y, luego que esta era aplastada produciendo aquel ruido sordo y penetrante, solo quedaba de ella unas cenizas esparcidas formando bocanadas de aquella neblina plomiza que nos envolvía.

—A veces —murmuró el Maestro de los Hornos, a modo de presentación, al ver nuestra mirada de sorpresa—, los cadáveres no terminan de consumirse en el horno crematorio. Gracias a mi molinillo he conseguido aumentar la productividad de mi sección en un treinta por ciento. ¿No es así, doctor Lonauer?

Rudolph, detrás nuestro, carraspeó.

—Sí, sin duda, Unterscharführer, un esfuerzo loable el suyo. Pero estoy seguro de que a nuestros invitados no les interesan demasiado sus logros personales. Han venido aquí buscando otras respuestas.

Hubert arrojó un último hueso a su invento infernal, se levantó y saludó con el brazo en alto. Luego se quitó su delantal de trabajo y nos dio a Otto y a mí un fuerte apretón de manos.

—Estoy seguro de que los señores, aunque haya venido por cualquier otro tema, se sentirán felices al saber que en Berlín se ha calculado que cualquiera de esos retrasados e idiotas de ahí afuera gastan entre tres y cuatro *reichmarks* al día. Gracias al sistema de depuraciones que ha implantado el estado alemán, nos estamos ahorrando aproximadamente ochenta millones de *reichmarks*. Gracias a avances en la ciencia de la depuración como mi molinillo eléctrico, estoy seguro de que podría llegarse incluso a los cien millones de *reichmarks* en poco tiempo.

Se hizo el silencio. Aquella atmósfera densa, con la penumbra artificial del polvo de huesos, podía volver loco a cualquiera. Yo llevaba allí unos segundos y ya

contemplaba al Maestro de los Hornos con el rostro desencajado. Si él pasaba toda su jornada laboral en aquel lugar, sin duda había acabado por volverse loco, si no lo estaba ya antes, y por eso se dedicaba en sus ratos libres a inventar máquinas para aplastar restos de difuntos. Lonauer, por su parte, tenía una explicación más sencilla a todo el asunto.

—El cabo Hubert es un nacionalsocialista devoto, como pueden comprobar, un hombre de mi total confianza. —El doctor se acercó a su subordinado y le puso una mano en el hombro.

»Hasta hace un momento yo había confiado ciegamente en su gestión. Era la última persona de la que esperaba que me defraudase o que traicionase su sagrado juramento de servir al *Führer* y a las SS.

—Pero yo... no es posible que hable en serio... —balbuceó el Maestro de los Hornos, tras dar un respingo. Con manos temblorosas, cubrió su molinillo de huesos con el delantal que acababa de quitarse, como si su apreciado molinillo no debiera oír aquella conversación en que se ponía en duda la fidelidad de su progenitor. Por mi parte, creo que suspiré aliviado al no tener que volver a contemplar aquel instrumento demoníaco.

—Me has traicionado —afirmó Lonauer—. Has faltado a tu deber y has ayudado a otro a faltar al suyo.

—Yo le prometo que nunca...

—¡No prometas! Sé que ayudaste al soldado Ferrat. Sé que él se llevó a un muchacho del centro y que tú lo encubriste.

—¡Ah, es eso! —Por increíble que parezca, Hubert pareció aliviado—. Eso no tiene la menor importancia, señor.

—¿No la tiene, imbécil? —Al ver el gesto y las palabras de su superior, el Maestro de los Hornos ya no pareció tan aliviado y tartamudeó su respuesta:

—William Fe-fe-ferrat, él, él, a veces se llevaba a chi-chicos...

—¿A chicos? —intervino mi hermano—. ¿A cuántos chicos?

—Seis, siete, no creo que llegasen a diez. —Hubert miraba nervioso el rostro de Lonauer y el de mi hermano intentando discernir el grado exacto de su falta; de momento, comenzaba a ser consciente que estaba metido en un lío. Sin embargo, desde su perspectiva, aún no tenía muy claro cuál era el problema—. Pero realmente no se perdió ni un solo *reichmark* de la institución y William siempre devolvía a los niños, ya cadáveres, puntualmente, a los pocos días. Al menos, todos menos el último.

Otto tuvo que reformular su pregunta un par de veces porque las respuestas del Maestro poco a poco se hacían más nerviosas, menos inteligibles. Al final, pudimos entender que un par de veces al mes, el soldado Ferrat escogía a alguno de los niños que debían ser gaseados e incinerados y lo sustituía por otro cadáver. Al cabo de unos días, de una semana a lo sumo, los devolvía ya muertos para que su amigo el Maestro de los Hornos los incinerase y pasase por su molinillo de huesos, .

—¡Pero no se perdió ni un solo *reichmark*! ¡Ni una vez! —El cabo insistía una y otra vez en este punto, pensando desde la pequeñez de su cerebro enajenado, que eso justificaba todos sus actos—. Los días que el idiota estaba fuera, corrían de cuenta de Ferrat. El estado no gastaba nada en la manutención del condenado y luego, al regresar ya cadáver, lo introducíamos en el horno y es como si no hubiese pasado nada. Yo nunca le pregunté a William qué hacía con los niños. No era cosa mía. Al fin y al cabo, esos idiotas valen menos que nada. Por mí como si se los comía asados a la parrilla —dijo finalmente, soltando una carcajada nerviosa.

Si aquello fue un intento de hacer un chiste, fue el intento más patético de la historia de la humanidad.

—¡Por el amor de Dios, cierre la boca, Unterscharführer!

Lonauer tenía los ojos inyectados en sangre. Descargó un puño airado sobre la mesa de trabajo del «Maestro».

—Estoy rodeado de estúpidos. Da igual en quién deposite mi confianza: al final no es más que un maldito estúpido como el resto de malditos estúpidos que pululan a mi alrededor. ¿No sabes en qué lío nos has metido?

Hubert se encorvó, como si quisiese hacerse más pequeño, y dio un paso atrás.

—Perdone, señor. Yo solo quería. —No pudo seguir hablando porque vio que el doctor se abalanzaba sobre él y levantó las manos, en postura defensiva.

—¡Maldito estúpido! —reiteró Lonauer, mientras forcejeaba, buscando su cuello. Por suerte para el Maestro, su torso de toro le confería una singular ventaja para cualquiera que quisiese encontrar un espacio para atacarle debajo de su mentón.

—¡Dejen eso para luego! ¡Ya se asesinarán cuanto quieran cuando yo me haya ido!

Otto se interpuso entre los dos hombres cuando ya parecía que Lonauer iba a conseguir estrangular a su subordinado.

—Háblanos del último niño, Maestro.

—El último niño... —comenzó Hubert, pero se le quebró la voz, mientras se mesaba la nuez, pensando acaso en lo poco que había faltado para pasar a mejor vida.

—Adolf Schule —le ayudó mi hermano.

—Sí, sí Adolf Schule... este no era tan niño. No sé por qué le interesaba a Ferrat, que los prefería algo más jóvenes. Cuanto más pequeños, más manejables y dóciles. Yo, yo... se lo dije a William pero él no me escuchaba y quiso llevárselo a pesar de mis advertencias. Creo que fue idea del propio Adolf, que le envenenó la cabeza y lo convenció. Ya saben... era un crío condenadamente listo y manipulador.

—¿Y qué pasó entonces? —inquirió Otto, impaciente, mirando su reloj.

—¡Que se escapó, naturalmente! No sé dónde los escondía William pero un día vino muy nervioso diciéndome que se había marchado. Fue unos cuatro o cinco días antes de su muerte; de la de Ferrat, digo. Me pareció que le tenía miedo. No dejaba de repetir que ese muchacho era capaz de cualquier cosa. Le consolé, diciéndole que seguro que no pasaba nada. Yo estaba algo preocupado por las consecuencias de que

se descubriese nuestro pequeño desliz pero como, al fin y al cabo, no se había perdido ni un solo Reichmark...

Fue entonces cuando perdí los nervios. Creo que es la primera vez que me ha pasado en la vida. No es que sea una persona flemática pero sí es verdad que no me gusta perder el control y prefiero ponerme de morros y guardarme mis sentimientos. Cuando lo hago, parezco más tonto de lo que yo soy en realidad pero me salvaguarda de cosas peores; cuando un tonto pierde los papeles, la gente suele ser menos paciente que con alguien normal. Se supone que los tontos no tenemos derecho ni a enfadarnos. Así, hasta ese momento, había asistido a toda aquella escena en segundo plano, viendo las evoluciones de mi hermano o del doctor Lonauer y la confesión de cierto torturador llamado Unterscharführer-SS Hubert, Maestro de los Hornos. Sabía que yo era una mera comparsa en toda aquella función, que nada de lo que dijera o hiciera, iba a modificar un ápice, para bien o para mal, el resultado de las pesquisas. Pero, de pronto, no pude más. Me cansé de Mauthausen y de Hartheim por un igual, de tener que lidiar con niños gaseados que acaban con sus huesos en un molinillo de café gigante, jóvenes con latigazos en las nalgas, presos atados a anillas como animales en el Muro de los Aulladores, españoles muertos de fatiga durante la revista sangrienta en la Appellplatz... Algo se removió en mi interior, algo terrible, esa cosa terrible que sin duda deben tener hombres como el comandante Ziereis, Lonauer o Hubert en su interior, una inclinación hacia la maldad y hacia el asesinato que solo podemos encontrar muy en el interior de nosotros mismos los hombres que no nacemos con las manos manchadas de sangre. Rechinando los dientes, eché mano a la funda de mi pistola y extraje la Luger. Era la misma arma con la que había asesinado cuarenta y ocho horas antes a Juanita, el Kapo español. Entonces comprendí que no era la primera vez que esa ansia asesina había revuelto mis entrañas, pero no me importó. Avancé con la pistola apretada en mi mano derecha y empujé a mi hermano un lado. Antes de que nadie pudiese reaccionar, apoyé el cañón en la sien del Maestro de los Hornos.

—Si vuelves a hacer referencia al dinero que se ha gastado o no se ha gastado la Nación con «esos» a los que llamas idiotas, te juro que te meto un tiro entre ceja y ceja. Es más, como solo pronuncies otra vez la palabra «*reichmark*» te juro que te mato aquí mismo como a un perro.

No pude ver la cara de Otto, que estaba a mi espalda, pero sin duda debía estar tan sorprendido como yo mismo de mis propios actos. Lonauer, por el contrario, dio un paso al frente y dijo:

—Y yo declararé que se le disparó el arma mientras la limpiaba. A menos que nos digas todo lo que queremos saber y dejes de justificarte como un imbécil, soy yo el que ahora te juro que no saldrás de esta habitación si no es con los pies por delante.

Hubert se derrumbó por completo y se meó en los pantalones. Pidiendo perdón, entre sollozos que se redoblaban constantemente, y lamentos, y juramentos de eterna fidelidad al *Führer* y la Gran Alemania, nos juró que no sabía nada más, que Ferrat

nunca le había explicado lo que hacía con los niños ni a dónde los llevaba, y que después de desaparecer Adolf, había estado muy nervioso y apenas se habían cruzado dos o tres palabras hasta el día de su muerte. Nos prometió por su madre, por su padre fallecido y hasta por la pureza de su sangre aria, que no sabía nada más.

Salimos del Crematorio apenas diez minutos después. El Maestro seguía sollozando y yo había enfundado de nuevo mi arma. Mi hermano me miraba con un brillo en los ojos parecido al respeto y Lonauer seguía temblando de ira mientras avanzábamos por el final del patio porticado camino de la salida.

—¿Dónde está su automóvil? —preguntó de pronto el doctor.

—Se estropeó apenas a poca distancia de aquí —repuso mi hermano. Un mecánico de su institución nos lo está arreglando estos momentos.

—Entonces cogeremos el mío.

—¿El suyo?

—Sí, quiero acompañarles a su siguiente destino.

Mi hermano, por un momento, pareció perplejo.

—Y ese destino es...

—La casa de la señora Schule, naturalmente.

Mi hermano estuvo de acuerdo.

—La misión principal de nuestra visita era que nos dijese dónde vive para poder interrogarla en persona.

—Pues lo haremos entre los tres —concluyó Lonauer, incluyéndome para mi sorpresa. Acaso no me conocía lo bastante para darse cuenta de que yo no estaba a su altura ni a la de mi hermano—. Si Adolf está vivo eso significa que la buena mujer decía la verdad cuando afirmaba verlo en ocasiones en torno a su vivienda, vigilándola y dejando regalos al final de su estancia. ¿Qué dijo exactamente qué eran? ¿Unos muñecos de barro?

—¡Un Golem! —exclamé yo entonces.

Otto asintió. Al cabo, decidió que era mejor dar una explicación de mis palabras al doctor.

—Creemos que el asunto del muñeco de barro va más allá de un pasatiempo o del mero valor sentimental de la pieza para la señora Schule. Tal vez utilizara una de esas figuras para convencer a un tercero de no sabemos qué locura. Consiguió de esta forma que un tal Braun le ayudase en sus fechorías.

—¿Y cómo hizo algo semejante, *Herr Weilerin*?

—Los detalles exactos los desconocemos; al menos de momento.

—A ese muchacho le encantaba modelar con arcilla —dijo el doctor—. Ya vieron el otro día en el taller, en la sala de espera, que tenemos a muchos idiotas ocupando su tiempo en tareas manuales.

—No les llame idiotas —dije de forma casi espontánea, con la voz fría.

—¿Y cómo quiere que les llame? Son idiotas; les llamamos tal y como nos indican desde arriba que...

Delante del automóvil del doctor Lonauer, un Kübelwagen, un hombre carraspeaba. Por el raballo del ojo yo le había visto seguirnos desde la Institución del Sueño y girar por un lateral para encontrarse con nosotros de frente. Era uno de los administrativos, un hombre muy alto de casi dos metros y cara muy chupada, con la nariz aquilina y un gesto como de buitre. Me recordó a Joseph Goebbels.

—Perdone, *Herr Doctor*.

Lonauer se volvió y miró al desconocido un instante, como si no valiese la pena perder el tiempo mucho más con él.

—Hoy no, Helmut. Ha sucedido un hecho inesperado y no tengo tiempo para tonterías.

—Pero es que mi petición no es ninguna tontería, señor.

—Helmut...

—Ya he elevado a usted dos veces por escrito la queja de los administrativos por lo que está sucediendo con los idiotas.

—Ya le he dicho que hoy no puedo, Helmut —repitió entonces Lonauer, volviéndose para zanjar la cuestión.

—Pero es que nos molestan, señor. Nosotros estamos tranquilamente realizando nuestro trabajo, recontando el número de depurados, los gastos de la institución o cualquiera de las otras tareas burocráticas que llevamos a cabo, y nos distraen los gritos de esos malditos retrasados. Incluso alguno supera el muro que usted hizo construir para separarlos del patio y entra en nuestras dependencias llorando porque tiene hambre o frío. Así no se puede trabajar.

De buena gana hubiese vuelto a sacar mi arma, pero esta vez me contuve y me limité a subir al vehículo del doctor, la versión militar del famoso «escarabajo» de la Volkswagen, y sentarme en el asiento de atrás. Mi gesto fue aprovechado por Lonauer, que intentaba quitarse de encima a su interlocutor.

—Como ve, estamos muy ocupados y tenemos prisa. Tal vez mañana pueda atenderle.

Pero Helmut no estaba dispuesto a dejarnos en paz.

—Lleva mucho tiempo dándome largas, señor, y las interrupciones y las molestias que nos causan los idiotas no nos permiten desempeñar nuestro trabajo con la diligencia adecuada. Es inadmisibile que esos malditos tarados...

Aquel hombre era un buen ejemplo de lo que está sucediendo en la Gran Alemania en los últimos años. Nuestros ciudadanos, deshumanizados, no son capaces de ver el mundo más que a través de la estrecha óptica del nacionalsocialismo. La radio nos dice que los enemigos de la patria no tienen derechos, ni la dignidad más elemental; también nos lo dicen de la gente con retraso mental, de los judíos y de tantos otros... El ser humano, acostumbrado a vivir en civilización, es capaz de cualquier cosa por parecer civilizado, y la gente se vanagloria de ser aún más ruin y despreciable que sus vecinos. Helmut solo era un hombre más, un buen ciudadano que quería servir a su patria y al que le estorbaban para ejecutar ese servicio, los

lamentos, las quejas de unos niños retrasados y moribundos.

—Esos malditos tarados —prosiguió Helmut—, no mueren con la rapidez que sería necesaria. Si les metiésemos un tiro en la nuca nada más entrar por la Ankunftsart tal vez así nos ahorraríamos sufrir sus quejas, y de esta forma podríamos ser más productivos y...

La mano de Otto se movió veloz hacia adelante. Al retirarla, comprendí que no había sido la mano sino el puño. Se escuchó un grito ahogado. Mi hermano le había roto la nariz a Helmut de un puñetazo certero. El administrativo cayó hacia atrás sobre el suelo de cemento. Luego se tocó la nariz, y cuando sus manos se tiñeron de sangre, comenzó a gritar, esta vez mucho más fuerte. Varios empleados salieron del Castillo y nos contemplaban con ojos desorbitados. Mi hermano esperó pacientemente a que se calmase, y luego le dijo:

—¿Cómo se llama? ¿Cuál es su apellido?

Helmut no respondió y se limitó a levantar los brazos sobre su cabeza, como si quisiese protegerse de un nuevo golpe imaginario.

—Respóndame si no quiere que le rompa alguna otra cosa aparte de la nariz.

—Helmut Michel, *Herr Oberstumführer-SS* —repuso, con voz forzosamente nasal.

Mi hermano sacó una libreta y tomó nota.

—Muy bien, señor Michel. Hoy mismo voy a hacer unas llamadas. Mañana quiero que se presente en la oficina de reclutamiento más próxima. Tengo un buen amigo que trabaja en Berlín. Se hará cargo gustoso de su caso. Es un honor para Alemania que se haya presentado voluntario para luchar en la Wehrmacht. Le puedo asegurar que, sirviendo a la patria en infantería, no tendrá que oír nunca más los lamentos de esos que usted llama idiotas, retrasados y tarados, que tanto le ofenden. Como mucho, ofenderán a su oído los cañones pesados de los ingleses. Diga a sus compañeros de administración, algunos aquí presentes por lo que veo, que cualquiera que como usted considere intolerable las molestias que les causan, puede tomar ejemplo de su caso y presentarse voluntario. Buenos días y... *Heil Hitler!*

XX

El viaje hasta la casa de la señora Schule no nos llevó más de veinte minutos. El Kübelwagen de Lonauer volaba sobre las carreteras asfaltadas camino de Amstetten. Yo creo que la elección de aquel automóvil no era casual y, de alguna forma, servía para hacerme una idea del carácter del doctor muerte. Este era uno de esos nazis fervientes que creen de verdad que estamos embarcados en una guerra perpetua contra todos y contra todo lo que no sea inequívocamente nacionalsocialista: contra los homosexuales, contra las democracias, contra los más débiles de entre nosotros mismos... contra todo el mundo. A pesar de ser un hombre con una situación económica desahogada, no había elegido un vehículo de lujo que reflejase su posición ante la comunidad, como la mayoría hacen sin dudarlo. Lonauer había tomado un vehículo del ejército, un vehículo de transporte de tropa, como coche personal. Él estaba en guerra también y necesitaba por tanto el transporte típico de un soldado. Su guerra particular tenía por contrincantes a los tontos, los retrasados, los idiotas... todos aquellos arios que se habían atrevido a nacer diferentes de lo que Hitler decía que deben ser los hijos de nuestra patria alemana.

—Yo no soy peor que usted, *Herr Weilerin*.

Lonauer, se volvió un momento hacia la derecha, mirando a mi hermano, que no le devolvió la mirada. Se notaba cierta tensión entre ellos. El doctor no podía soportar que mi hermano juzgase su tarea, o a sus subordinados.

—Yo no soy peor que usted —repitió Lonauer.

—Ya le oí la primera vez.

—El doctor Renno tenía razón cuando en mi despacho quiso hacerle entender que un campo de concentración no es ni de largo un sitio mejor que una Institución del Sueño. Acaso peor. ¿Cuántos hombres mueren cada día en su precioso Lager de Mauthausen, víctimas de los trabajos forzados, de las torturas, de los asesinatos impunes? ¿Cree que no ha llegado a mis oídos que su comandante reparte días de permiso a los que asesinan a los enfermos y a los que ya no pueden tenerse en pie para trabajar? ¿Qué le parecería si yo irrumpiese en su campo insultando a sus superiores como usted ha hecho conmigo o rompiendo narices? ¿Qué le parecería que mandase al Helmut de turno a luchar en primera línea porque acaba de asesinar a un español de los suyos porque tiene ganas de irse de putas en Linz?

Mi hermano asintió, cabizbajo.

—Yo no soy mejor que usted. ¿Es eso lo que quería oír? No soy mejor que el criminal más abyecto que he visto en mi vida, y tal vez uno de los peores que haya pisado la faz de la tierra. No soy mejor que el asesino al que perseguimos. No soy mejor que nadie. Ninguno de nosotros merece perdón ni compasión. Somos unos seres infames y nuestro sino es que en el futuro se nos recuerde desde el horror y el desprecio —concluyó.

No se dijo nada más durante el viaje. Nada más podía añadirse. Lonauer apretó el

acelerador. Tenía el rostro pálido y le temblaban los labios. Pero también permaneció en silencio. Mi hermano miraba las rayas del asfalto, como abstraído.

La señora Schule habitaba una pequeña casa de piedra erigida sobre un pequeño promontorio, al final de la ciudad de Amstetten, que está por lo demás diseñada sobre un terreno llano, formando una cuadrícula. Mi hermano fue el primero en apearse del coche; yo le seguí y, por último, lo hizo el doctor, guiándonos hacia la puerta de la casa.

Mientras tomábamos asiento en una mesa de la cocina, *Frau Schule*, que nos había invitado a pasar sin aparentar sorpresa por nuestra visita, nos trajo unos pedazos de pastel y un poco de café recalentado. Tendría unos cuarenta años, era rubicunda, de pecho abundante y carrillos y papada sobresalientes. Era la viva imagen de una antigua matrona alemana.

—¿Entonces es verdad que mi hijo está vivo? ¿Yo no estaba loca, después de todo?

Lonauer no pareció sorprenderse.

—¿Cómo sabe eso, *Frau Schule*? —preguntó.

—Me lo dijo el inspector de la criminal —repuso, con naturalidad—. Pero, por favor, pueden tutearme y llamarme por mi nombre de pila: Dora.

Luego afirmó que estaba segura de que todas las acusaciones que pesaban sobre su hijo eran completamente infundadas.

—¿Acusaciones? —inquirió Otto, que a aquellas alturas, estaba encogido, como superado por los acontecimientos.

—Sí, el inspector Dalbauhar me preguntó por el paradero de mi Adolf. Yo le dije que, por lo que yo sabía, estaba muerto, depurado en el castillo de Hartheim. Pero él afirmó muy convencido que seguía vivo y que se creía que mi pobre Adolf había asesinado al menos a tres personas. —La mujer no podía disimular el alivio que sentía ante el descubrimiento de que su hijo no había fallecido. El que otros hubiesen muerto en su lugar, llegado el caso, no le parecía tan importante—. Pero eso no puede ser, mi pequeño Adolf no le haría daño ni a una mosca.

—El inspector Dalbahall, ha dicho. ¿Le comentó este cómo había llegado la policía a tener conocimiento del caso? —dijo entonces Otto.

—No era Dalbahall sino Dalbauhar. Un nombre raro, de ascendencia aria checoslovaca, creo que me dijo; ¿no es así? En cualquier caso, respondiendo a su pregunta, no me comentó nada al respecto de cómo había comenzado a trabajar en el caso. Solo que estaba investigándolo desde hacía ya un tiempo.

Dora le alargó una tarjeta que rezaba: R. E. Dalbauhar, inspector de la policía criminal, Sicherheitsdienststrasse 4, Linz. Mi hermano me la entregó para que la guardase luego de que Lonauer la echase un vistazo, imitando su gesto de incredulidad. La puse en el bolsillo de mi guerrera, que rebosaba ya de documentos. Me prometí que cuando llegase a casa trataría de aligerarlo un poco.

—¿Desde hace ya un tiempo que está investigando! —Otto no podía dar crédito a

lo que estaba oyendo. Un inspector de la Kripo iba un paso por delante suyo y él no se había dado ni cuenta. Sin duda, el campo estaba siendo investigado en secreto. Toda la maniobra del comandante Ziείς, destinada a ocultar aquel terrible suceso a ojos de las autoridades, no había servido para nada y, muy pronto, sería destituido. Otto había fracasado... y el fracaso era lo que más odiaba de este mundo. ¿Cómo era posible que el gran Otto Weiler no completase con éxito algo en lo que había puesto tanto empeño?

—Tal vez quieran ver el cuarto de mi hijo como hizo el inspector. Se pasó casi media hora revolviendo las cosas de mi chiquillo. Menos mal que, aunque llevaba muchos meses oficialmente muerto, yo no había recogido nada y la habitación está tal y como él la dejó el día que su padre quiso entregarlo a la Institución del Sueño.

Todos la seguimos, como hipnotizados. Ninguno nos habíamos repuesto del descubrimiento de que no estábamos solos en aquella investigación. Lentamente, seguimos a Dora Schule escaleras arriba, hasta la buhardilla de su hijo. Se trataba de una habitación enorme, sin paredes medianeras, que ocupaba la planta entera; sin duda era el espacio más grande de la casa. Había fotos y esculturas de caballos, perros y gatos, pero no había nada relacionado con la cultura judía ni ningún objeto asimilable a un Golem. Muy al contrario, se trataba de la habitación típica de un muchacho ario nacionalsocialista, con sus banderitas con la cruz gamada, sus dibujos del *Führer* y una colección entera de insignias de Auxilio de Invierno, imitando escudos de armas de las localidades patrias más famosas o bien pequeños bustos de resina de grandes artistas patrióticos del Reich. Mi hermano recorrió con los dedos dos nutridos anaqueles de libros y extrajo de uno de ellos «El Mito del Siglo XX», de Alfred Rosenberg.

—De aquí extrajo el texto del poema que había en la escena del crimen de los barracones —me explicó.

La señora Schule se acercó hasta nosotros y cogió el libro de entre las manos de Otto.

—Mi pobre Adolf disfrutaba mucho con obras de filosofía como esta. Se las daba de intelectual, el pobrecillo. Pero yo sé que no las entendía demasiado bien. Estos libros hablan de cosas elevadas que la gente de la calle no terminamos de hacer encajar en nuestro pequeño mundo, pero él intentaba descubrir los misterios que se escondían en la obra de Rosenberg o de Schönerer o algún otro de esos. —Señaló la estantería con el envés de la mano—. Le gustaba sobre todo hablar de libros de geografía y de la expansión futura de Alemania a través de todas las naciones inferiores de la Europa del este. Era un buen chico: un buen nacionalsocialista.

—Seguro que sí, señora. Sin embargo... —Otto se detuvo a media frase; lo cierto es que seguía algo espeso. No parecía él mismo, como si estuviera ensimismado en sus pensamientos y no pudiera descender al universo de lo real, de lo tangible, de aquella escena en casa de su asesino junto a su protectora madre y unos objetos que un día le habían pertenecido. Algo le preocupaba. ¿El inspector de la Kripo? ¿Esos

cabos sueltos que no terminaban de tener sentido? No sabría decirlos.

—Sin embargo, se lo llevaron —dijo Dora, completando su frase—. Y mi marido quemó todas sus fotos para que lo olvidáramos: como si nunca hubiera existido. Pero yo me resistía a desterrarlo de mi memoria y rescaté del fuego una de cuando tenía nueve años, que llevaba siempre conmigo. El inspector Dalbauhar me la pidió. Me dijo que era una prueba. Ahora ya no puedo contemplar la carita de mi Adolf. Al menos, me queda la esperanza de que todos ustedes estén en lo cierto y siga vivo.

Otra vez aquel inspector de la criminal. Cada vez que se hacía referencia a aquel tipo, tanto Lonauer, ausente, sentado sobre un jergón y mirando el paisaje más allá de un ventanal, como Otto, aún con la obra de Rosenberg en la mano, parecían cobrar vida y se ponían a temblar sin remedio.

—Hábleme de su marido —dijo mi hermano después de una pausa, recobrando la compostura. Yo le conocía bien y me di cuenta de que comenzaba a sobreponerse por fin de la presencia de un competidor en su lucha por resolver el caso. ¿Qué otra opción le quedaba sino encajarlo y seguir adelante? Además, había algo que necesitaba saber si quería tirar del hilo a fin de deshacer de una vez aquella madeja.

—Mi marido me abandonó al poco de ingresar mi Adolf en la Institución del Sueño —nos explicó Dora—. No le culpo. Yo me pasaba el día llorando, presionándole para que fuese a recoger a nuestro hijo. Una mañana discutimos, cogió su Mercedes y no lo volví a ver. Ni siquiera ha regresado a por sus cosas.

Frau Schule, por un momento, volvió a componer el gesto contrito y desolado que pudimos contemplar la primera vez que coincidimos. Sin duda había recordado todo cuanto debía haber pasado aquel niño, primero en casa, con su padre, y luego en el castillo de Harthem. Mi hermano estaba pensando en lo mismo.

—Pero usted, el día que la conocí en el castillo, dijo que estaba segura de que la había abandonado.

—Eso dije, sí, y lo acabo de repetir. ¿Qué otra explicación hay?

—Si no ha vuelto por sus cosas es porque no las necesita donde está. Tal vez su marido no regresó porque se lo impidieron.

La señora Schule miró recelosa a mi hermano.

—¿Cree que lo secuestraron? Eso no tiene sentido. No somos tan ricos y nadie ganaría lo suficiente con un rescate. O tal vez cree... —Se echó las manos a la cara—. ¡No creerá que mi hijo...!

—Yo no creo nada, Dora, pero me gustaría que me acompañase al campo de Mauthausen. Acabamos de descubrir el cadáver de un hombre de unos cincuenta años y nos gustaría que lo reconociese.

Miré a mi hermano arqueando las cejas, como diciéndole: «Das por sentado que hay un cadáver en la ciénaga y que es el padre del niño. ¿Estás realmente seguro?». Ese era el primer asesinato que sospechaba había cometido Adolf en su entorno más cercano, aquel con el que comenzaba la serie de crímenes. Sus ojos azules se clavaron en los míos. Estaba completamente convencido de que el cadáver del padre

nos estaba esperando en el Lager.

—Además —prosiguió mi hermano—, necesito que me ayude a encontrar a Adolf. Usted puede tener información que ahora no recuerda y que acaso nos conduzca hasta el chico. Creo que es fundamental dar con el paradero de su hijo y ponerlo a salvo... si es inocente.

—Lo es.

—En ese caso, usted debería ser la primera interesada en que demos con él y que, durante su detención, no sufra ningún daño. Son muchos los cargos en su contra y se le considera muy peligroso. Algún soldado de gatillo fácil podría acabar con su vida por segunda vez. Y esta sería definitiva.

Dora Schule no dijo nada más: asintió, se dio la vuelta y abandonó la buhardilla a toda prisa. La oímos en una habitación del piso inferior abriendo y cerrando armarios, como si buscara algo que ponerse, algo en lo que embutir todas aquellas carnes sobresalientes.

—El padre de Adolf tenía un Mercedes —dije yo entonces, llamando la atención de mi hermano sobre un punto que me había parecido crucial en sus declaraciones—. Una de las razones que te hizo sospechar de Harald fue el Mercedes que los testigos vieron en las inmediaciones del Castillo. Tal vez fuera el Mercedes del señor Schule.

—Ya me había dado cuenta —repuso mi hermano—. Pero eso no prueba nada; en todo caso, complica aún más las cosas porque tenemos dos Mercedes, nuevas posibilidades y quién sabe si nuevos sospechosos.

El doctor Lonauer, que llevaba un rato en silencio, se había levantado del lecho y sentado en un extremo de la buhardilla, junto a una mesa rústica de madera. Sobre ella había diseminadas varias hojas de papel, juguetes, más libros y buena parte de los objetos que el inspector de la criminal había desordenado en su registro. El doctor había cerrado los ojos y se mesaba la barbilla, meditabundo.

—Si la policía ha llegado hasta aquí, mi carrera se ha acabado. Me veo luchando en el frente como ese administrativo estúpido, Helmut Michel, al que usted tuvo la amabilidad de quitarme de encima sin pedir mi permiso. ¿No tendrá algún otro amigo por ahí que pueda mandarme al frente, pero en intendencia, por ejemplo, un lugar lo más tranquilo posible? —bromeó el doctor. Pero en su voz había también un deje de ironía que dejaba traslucir que no hablaba completamente en broma.

—No adelantemos acontecimientos —dijo entonces mi hermano—. Si la policía aún no ha hecho público el asunto tal vez tengan instrucciones de Berlín. Podría que nadie quisiese que un asunto tan feo como este se haga público y al final su culo y el de mi comandante estén pese a todo a salvo. Nuestro caso es tan enrevesado que es difícil prever lo que va a pasar dentro de diez minutos, tanto menos dentro de unas horas, mañana o la semana que viene.

En la buhardilla no había ya más que ver y cuando Dora Schule nos indicó que estaba lista, bajamos a la planta baja. Lonauer llamó desde la sala de estar al castillo de Hartheim y estuvo largo rato dando instrucciones acerca de quemar archivos,

informes y registros de contabilidad, tratando de ocultar cualquier asomo de mala gestión en los años que llevaba al frente de la Institución del Sueño. Luego pasó el teléfono a mi hermano y Otto habló brevemente con los mecánicos.

—¿Dónde quieres que te deje? —me dijo entonces, sin soltar el auricular.

—¿Dejarme? ¿No voy a ir con vosotros al Campo?

—No, Rolf. Hay algo en todo este asunto que me da mala espina. No sé por qué, tengo la sensación de que estás en peligro. No quiero que te encuentres ni a diez kilómetros cuando vayamos a detener al asesino. ¿Recuerdas que Harald ha estado persiguiéndote? Hoy mismo ha intentado matarte.

—Creo que solo quería hablar conmigo y que tú le asustaste.

—Rolf, por favor, no digas más tonterías. Ya te expliqué en el patio de garajes que te iba a poner un escolta hasta que terminase el caso. El soldado Glatz me dice que nuestro Opel ya está arreglado y como ya no vamos a regresar al Castillo, tan pronto termine su turno va a llevarlo a dónde le digamos. Luego se quedará contigo para garantizar tu seguridad.

—No necesito una niñera.

—Rolf...

Yo sabía que mi hermano tenía miedo de que el asesino quisiese retomar su tarea de ajusticiar a los miembros del Lager que no estaban a la altura de su labor en defensa de la raza aria. ¿Y quién estaba menos a la altura que Rolf Weilerin? Nadie. Otto temía que, por alguna razón, Harald, Adolf o cómo se llamase, pensara que la mejor manera de acabar su tarea, fuera poner una diana en la frente del pobre tonto de su hermano.

—No estoy en peligro y no necesito a ese viejo de Glatz. ¿Un viejo de pelo blanco va a ser mi carabina y mi protector?

—Es un soldado veterano. Además, no te estoy preguntando si quieres o no protección: es una orden de tu superior. Solo quiero saber dónde quieres que vaya a buscarte. ¿Le digo que vaya a casa?

De alguna manera, quería rebelarme; quería tener una pequeña franja de libertad. No estaba dispuesto a regresar así como así a Sankt Valentin, pero no había ningún otro sitio a dónde ir. Hubiese deseado ejercer de verdad de hermano mayor y tomar mis propias decisiones, no que las decisiones me tomaran a mí, como hacían siempre. Súbitamente, me vino una idea a la cabeza. Aún era muy pronto, ni siquiera las ocho de la mañana, y yo sabía dónde estaba Joseph F. a esas horas, antes de que su madre se marchase al trabajo. Ahora que Harald me había traicionado, aquel niño era lo más parecido a un amigo que tenía en este mundo. Además, era un sitio seguro, un sitio que le gustaría a mi hermano, pues, aunque me dejaría solo, estaría rodeado de soldados de las SS que me protegerían de un ataque imaginario de su asesino. Por otro lado, el lugar quedaba apenas a un kilómetro y no les obligaría a desviarse de su camino como tendrían que haber hecho de llevarme a Sankt Valentin. Cuando le dije el lugar al que quería que el soldado Glatz llevase nuestro coche, Otto, en un primer

momento se sorprendió, pero luego asintió, satisfecho.

—En cuanto puedas, lleva el Opel al campo auxiliar de Amstetten —le dijo a Glatz, que aguardaba al otro lado de la línea—. Sí, al campo ferroviario de mujeres. Rolf te esperará allí.

XXI

Cinco minutos después, el Kübelwagen de Lonauer arrancaba llevándose también a mi hermano y a Dora Schule. Al poco, solo quedaba de ellos una pequeña nube de polvo que desapareció cuando abandonaron la pista de tierra y regresaron a la carretera asfaltada.

—¡Maldita sea!

Solo, delante del campo auxiliar, me sentía como un imbécil. Una vez más, se me dejaba de lado porque era prescindible para la investigación. Daba igual que mi hermano afirmase que estaba preocupado por mi seguridad, que el asesino pretendía acabar con los falsos nacionalsocialistas como yo y que acaso Rolf «el tonto» fuese la más propiciatoria de sus víctimas. También lo era el mismo Otto, que gracias a la influencia de nuestro tío había eludido su deber en el frente y se refugiaba entre inútiles y tullidos, dentro de los cuatro muros de un campo de concentración. Seguramente, el asesino detestaba también a mi hermano y no había a mi juicio razón alguna para pensar que hiciese distinciones filiales. La verdadera distinción, la diferencia entre ambos, era que mi hermano me creía un inútil, incapaz de llevar a buen puerto la investigación, incapaz de protegerse solo e incapaz, en general, de hacer frente al mundo en el que conviven como iguales los adultos.

Las cosas son como son, y ahora, a causa de todo ello, volvía a estar lejos del lugar donde habría de resolverse nuestro caso. Mientras el grupo de excavación del cabo Racht seguía drenando la ciénaga, mientras investigaban nuevos cadáveres y nuevas pistas, yo me sentaría a esperar a que Glatz viniese a buscarme para hacer de niñera.

—¡Maldita sea! —repetí.

Meneando la cabeza, atravesé la corta pista de tierra que separa los alrededores del campo auxiliar de Amstetten de la carretera principal. Una alambrada circunvalaba su perímetro y solo dejaba entrever una hilera de barracones y un grupo de mujeres vestidas con camión a rayas, que se afanaban en diversas direcciones. Un guardia protegía la entrada desde una garita. Al verme, se levantó y vino a mi encuentro, saludándome solícito:

—*Sieg Heil!*

—*Heil* —reliqué con desgana.

—¿Qué se le ofrece *Herr Sturmman-SS*?

Aquel hombre, al igual que Glatz, ocupaba el escalafón más bajo de nuestra amada Schutzstaffel: era un soldado raso o Mann-SS. Mi padre, para que yo no ocupase ese último escalafón, me había nombrado soldado de primera (Sturmman-SS) antes de ingresar en el campo de concentración de Dachau, años atrás. Nunca ascendería más allá de ese rango pero nadie podría decir que era un simple soldado raso. Sonreí, pensando que era todo un privilegio que hombres capaces como Glatz estuvieran por debajo de mí en la jerarquía militar. Aunque, por lo menos, yo no era

el último mono de aquella función. A lo que parece, si uno tiene algo de paciencia siempre acaba apareciendo alguien dispuesto a ocupar ese ingrato lugar.

—Busco a un niño de unos seis o siete años. Así de alto —le dije, poniendo la mano a la altura de mi abdomen—. Me comentó que a veces se pasa por aquí y había pensado...

—Ah, el pequeño Joseph. —En los ojos del guardia percibí un atisbo de preocupación—. ¿No habrá hecho nada malo?

—No, no, por supuesto —le tranquilicé—. Solo quería charlar un rato con él.

El guardia se llamaba Hochheim y era un hombre de pelo pajizo, no demasiado alto y bastante pecoso. Mascaba tabaco y trataba de sonreír sin enseñar sus dientes ennegrecidos. Me señaló hacia el este, a cien o ciento cincuenta metros más allá. Al final del primer tramo de alambrada, volviendo un recodo, me pareció reconocer unos pantalones viejos de pana y una gorra de la Luftwaffe.

—Lleva ahí toda la mañana —me dijo el guardia—. Desde antes de que amaneciera. A veces viene aquí aún más pronto y espera mirando hacia el campo a que llegue su madre.

—¿Qué será lo que encuentra tan fascinante el pequeño Joseph en estas vistas?

Barracones, suciedad, esclavos, piezas de maquinaria, golpes con un palo, una vagoneta que se cruza a lo lejos, un soldado fumando sobre una caja de madera... Eso es lo que, a primera vista, vieron mis ojos más allá de la alambrada.

—No lo sé. Mira a las mujeres. Las mira trajinando con las piezas que construyen para el ferrocarril. Las mira llevar las vías, cargar material, picar, soldar, atornillar. Le interesa sobre todo cuando las castigamos. Una vez ataron a una y le dieron de latigazos allí mismo, en ese solar. —Me señaló una pequeña franja de tierra en la que solo había plantado un poste. Debía ser el lugar elegido para el castigo de las mujeres—. El niño saltaba alborozado de un lado a otro. Sus pies prácticamente no tocaban el suelo. Hablaba solo, de sus cosas, ya sabe... Ha sufrido mucho, el pobre.

—Sí, creo que sé a que se refiere. Ayer me estuvo explicando sus teorías acerca de que el estado alemán es como un padre para las prisioneras y que tiene por tanto potestad para castigarlas, reprenderlas o asesinarlas. También cree que un padre cualquiera, por extensión, puede hacer lo que quiera con sus hijos, desde encerrarlos en un sótano hasta la muerte, abusar de ellos o quién sabe qué más.

Hochheim agachó la cabeza.

—El muchacho no está muy bien, no sé si me entiende. Mezcla realidad y fantasía. Todos lo hacemos, ¿no es verdad?, pero nosotros sabemos cuándo acaba una y comienza la otra. La mujer de la que antes le hablaba, *Herr* Sturmmann, pues a esa terminaron encadenándola. Estuvo dos días chillando hasta que perdió el conocimiento. Joseph le hablaba desde la alambrada, le gritaba consignas del partido y le aseguraba que al despertar sabría entender el verdadero valor de la obediencia.

—Nosotros tenemos un lugar similar en Mauthausen. Lo llamamos el Muro de los Aulladores.

Como refrendando mis palabras, se oyeron unos gritos, unas voces de mando. El Mann-SS Hochheim miró tras de sí, donde un oficial estaba organizando los Kommandos de trabajo. Todos los Lager, grandes o pequeños, funcionan de una forma parecida: hay unos pocos que mandan y un montón de desgraciados que obedecen. El oficial, no pude distinguir su graduación desde donde estábamos, empujaba a los prisioneros y a los Kapos, daba órdenes y señalaba a derecha e izquierda entre grandes aspavientos.

—Y la muchacha. ¿Aprendió algo? —inquirí, retomando nuestra conversación.

—No creo. No despertó. Murió de una insolación, o de los golpes, o de los latigazos, o de todo ello.

Hablamos un rato más. Del tiempo, de la contraofensiva griega en el frente de los Balcanes. Recuerdo que nos reímos de los italianos, que habían atacado Grecia intentando emular las conquistas de Adolf Hitler y nuestra Wehrmacht, y ahora retrocedían derrotados. Probablemente tendrían problemas para mantener sus posiciones en Albania, de donde había partido un ataque. ¡Pandilla de ineptos macarroni! Luego comentamos el bombardeo de la noche anterior sobre la ciudad inglesa de Coventry, que había sido portada de los periódicos. Se decía que habían muerto varios centenares de civiles y que la vieja catedral, una joya arquitectónica, había sido completamente destruida. Al pensar en los aviones de la Luftwaffe, volví de nuevo la vista hacia Joseph y su vieja gorra de la Legión Cóndor. El niño no se había percatado de mi presencia y seguía vigilando a las mujeres esclavas, completamente absorto.

—Una vez le dejé entrar en el campo, ¿sabe? —El guardia había seguido la dirección de mis ojos y anticipado mis razonamientos.

—¿Si? ¿Y qué pasó?

—Fue un error. Pero era un día de poco trabajo, ¿sabe? No habían llegado las cajas con los repuestos y había poco que hacer. Algunos de los jefes se habían tomado el día libre y yo me llevé al muchacho a dar una vuelta. Estaba como hipnotizado, babeaba viendo las marcas de latigazos en la espalda de las mujeres, tocaba la sangre del suelo donde alguna había caído muerta de un balazo... cosas de esas. Fue entonces cuando me di cuenta de que le pasaba algo malo en la cabeza y decidí no volver a dejarle entrar. No hizo nada más aquel día, no sé si me entiende, nada raro... Pero me dio miedo. No creo que este lugar le haga ningún bien.

—Yo pienso lo mismo.

Hochheim escupió el tabaco que llevaba un buen rato mascando en el carrillo derecho. Como ya teníamos algo de confianza, debió pensar que no hacía falta disimular su afición más tiempo.

—Ya, claro, *Herr* Sturmmann, el caso es que me pidió varias veces que le dejase volver a entrar y con diversos pretextos le dije que no era posible. Al final, se dio cuenta de que ya no le volvería a permitir que pasase nunca más. Así que se coló. No sé como lo hizo, o si fue en mi turno o en el de mis compañeros. Pero el caso es que

entró en las instalaciones por segunda vez. —El guardia se sentía culpable. Pero no tenía la culpa. Comenzaba a darme cuenta de que ya nada podía hacerse por Joseph F. — Un Kapo le encontró al día siguiente, por la mañana.

—¿Pasó la noche en el campo?

—Consiguió entrar a escondidas en uno de los cinco barracones donde duermen las mujeres y se quedó toda la noche en la oscuridad, observándolas. No dijo nada. No hizo nada. Solo las miraba. Cuando lo encontraron tampoco dijo gran cosa. Solo habló conmigo un breve instante. Yo acababa de entrar en mi turno cuando llegaba su madre para recogerlo. El teniente al mando la había llamado a casa. ¿Puede creerse que la mujer ni siquiera había notado la ausencia de su hijo y se llevó una sorpresa cuando supo que no había dormido en casa? ¿Un niño de siete años y su madre ni siquiera mira si está en la cama?

Desgraciadamente, me lo podía creer. A nadie le importaba nada lo que hiciera o dejara de hacer el pequeño Joseph. Por eso había idealizado al padre perdido que, de haberse quedado en el seno del hogar, probablemente tampoco habría puesto mucha atención en el niño.

—Me estaba diciendo que el niño habló brevemente con usted, Hochheim. ¿Qué le dijo?

—Eso es lo más extraño: le pregunté por qué había hecho algo semejante, por qué había entrado en los barracones de las mujeres y se las había quedado mirando, allí encerradas, sin escapatoria. Me dijo que había estado tomando apuntes para el futuro, que estaba aprendiendo lo que un buen padre debe hacer con sus hijos descarriados.

De pronto, perdí las ganas de seguir con aquella conversación. Sentía un nudo en el estómago, unas arcadas similares a aquellas que me asaltaron cierta vez, tres días atrás, cuando mi hermano me ordenó que matase a un español. Me despedí del guardia ofreciéndole un par de cigarrillos por la información. Este me aseguró que no hacía falta pero cogió el tabaco y se lo guardó detrás de una oreja. Me pareció entonces que Joseph me había visto desde el principio pero que, vuelto de espaldas, prefería ignorarme. Sin duda consideraba mucho más productivo emplear su tiempo en el examen de cuantas formas de degradación humana pueden contemplarse en un campo de concentración alemán. Tenía para un buen rato.

—¡Pobre muchacho! ¡Pobre Alemania! ¡Pobre Austria! ¡Pobres de todos nosotros! —murmuré para mis adentros.

Me alejé de vuelta por la pista de tierra hacia la carretera principal. Aunque había venido para pasar un rato con Joseph, me di cuenta de que el muchacho no necesitaba mis consejos, ni mi amistad. Había construido dentro de su cabeza una prisión similar a la que lucubraba para las mujeres, para sus hijos e hijas futuras, para Dios sabe quién. Temblé solo de pensar en el monstruo que surgiría de todo aquel terreno abonado por la soledad, el abandono y las terribles enseñanzas que el Tercer Reich está sembrando en la mente de nuestros niños.

Me había embargado una tristeza tan profunda que creo que lloré. Por suerte, ya

me había secado las lágrimas cuando oí el sonido de un motor que me resultó conocido. Aún continuaba haciendo aquel clic metálico del que se había quejado mi hermano por la mañana. Nuestro Opel, conducido por el soldado Glatz, fue frenando su marcha lentamente y se detuvo a mi lado, en el arcén.

—¿Le llevo a alguna parte, señor Weilerin?

El soldado Glatz parecía de buen humor. Debía de estar harto de su rutina como guardia en el Castillo; sin duda aquello de ser comparsa y escolta de un tonto era una novedad, aunque solo se tratase de proteger la vida de un hombre que no estaba en peligro. Aquello le daba la oportunidad de salir, de darse una vuelta en un coche que nunca podría permitirse y de modificar por un día el rumbo de sus obligaciones. Glatz, en edad ya más de jubilarse que de servir a la patria, parecía más mi padre que un guardaespaldas. Pero a él eso no le importaba. Sonriente, dio unos golpecitos al asiento del acompañante y me hizo un guiño afectuoso, retomando su ofrecimiento:

—Venga, vamos, Rolf.

Seguro que Glatz tenía hijos al menos diez años mayores que yo. Lejos del entorno de la Institución del Sueño, donde le había conocido, se me antojó un hombre completamente distinto. Arrastrando los pies, me acerqué al coche y me senté a su lado. Aunque no era un tipo muy hablador, al menos ya no daba la impresión de ser el sujeto arisco, gruñón e indiferente a todo de días anteriores. Así pues, conversamos amigablemente durante el trayecto. Creo que, mientras nuestro automóvil avanzaba de regreso a Sankt Valentin, volvió a salir a colación el asunto de nuestros aliados italianos, no solo de su desastrosa campaña en Grecia sino de los barcos que habían perdido en el puerto de Tarento apenas una semana atrás, durante un ataque sorpresa de los ingleses. Hacía un tiempo ya que las pifias de nuestros aliados eran noticia y apenas se hablaba de otra cosa entre la soldadesca. Pequeños detalles como aquel demostraban que la guerra no iba a ser un camino de rosas para las fuerzas del eje: después de las victorias fulgurantes en Polonia y Francia, el asalto a Inglaterra había fracasado. En los diarios, la tramposa fraseología del régimen había dicho que la operación León Marino, con la que se pretendía doblegar al Reino Unido, se había «pospuesto hasta nueva orden», lo cual era solo una forma artística de decir que las pérdidas de la Luftwaffe habían sido tan cuantiosas que no podríamos asegurar el dominio del aire mientras nuestras barcasas desembarcaran en las costas del sur de Inglaterra. De hecho, aunque veladamente, tanto Glatz como yo estuvimos de acuerdo en que, *de facto*, era la primera derrota de la hasta ahora invencible maquinaria de guerra nazi.

Tal vez comenzaban a soplar nuevos vientos.

A la entrada del pueblo el coche volvió a detenerse. Glatz abrió el capó, trasteó unos instantes e intentó arrancar el Opel. A la tercera lo consiguió. El ruido metálico era cada vez más fuerte y chirriante cuando por fin aparcamos delante de mi casa.

—Tu hermano quería que viniese a buscarte lo antes posible y los mecánicos no terminaron el arreglo. Me dijeron que era cosa de la bomba de agua y del compresor.

Yo entiendo un poco de mecánica y me quedaré aquí echándole un vistazo al motor, si te parece bien.

—Mi hermano se preocupa demasiado por mí. Yo estaba perfectamente en el campo auxiliar.

Glatz enarcó una ceja.

—¿Llorando a solas en el arcén de la carretera?

De pronto, aquel viejo chismoso me había dejado de caer bien.

—No estaba llorando y, si lo hacía, no lloraba por mí sino por otra persona, por un niño que... —Me interrumpí y luego dije, vacilante—: Bueno, lo que yo haga es cosa mía.

Me alejé sin despedirme y le dejé con la cabeza metida en el motor, caminando con la espalda bien erguida hacia la verja de la entrada de mi casa. Decidí que no le ofrecería a Glatz ni un vaso de agua, tanto menos algo de comer, durante su estancia. Como su misión era vigilarme y velar por mi seguridad, seguro que el hambre y la sed le harían estar alerta. Entré en la casa y al cabo de cinco minutos salí con una botella de Schnapps y un trozo de pastel de arena. Ya os he dicho en alguna ocasión que soy un pobre tonto, por lo que no es necesario ahondar en esta reflexión.

—Gracias —dijo Glatz—. Perdona si te he ofendido.

—No me has ofendido —reliqué—. Estaba llorando, es verdad.

—Hoy hay demasiadas cosas por las que llorar en nuestra Gran Alemania —dijo el viejo, mirando en derredor, como temiendo que algún informante, un vecino bien intencionado sin duda, le hubiese escuchado y se le ocurriese informar a la Gestapo de unas palabras que podían interpretarse de demasiadas maneras, y algunas muy poco halagüeñas.

—Nuestra Gran Alemania, por sí sola, es ya una razón para empujarnos a derramar un océano de lágrimas —repuse, dándome la vuelta y sin preocuparme de ninguno de mis vecinos. Ellos ya tenían sus propios problemas, viviendo con el miedo constante a recibir una carta certificando la «muerte heroica» al servicio de la patria de alguno de sus hijos, de sus hermanos, de sus sobrinos, primos o nietos.

Antes de entrar de nuevo en casa, recordé que no había recogido el correo desde el día del primer asesinato. Abrí la puerta del buzón y encontré una postal de la tía Ana, que vive en Linz, un par de facturas y una hoja de papel cuadriculado con una nota sin apenas signos de puntuación, escrita con la caligrafía indecisa de un niño de corta edad:

Estimado señor Sturmman SS Weilern.

Le escribía para hablarle de mi amigo Joseph F. ayer nos vio juntos jugando delante de su casa estoy muy preocupada por él está muy raro hace unos días me tuvo encerrada durante horas en el barracón de castigo. Yo le tengo mucho aprecio pero me amordazó y me dijo que me castigaría si gritaba o si se lo

contaba a alguien pase mucho frío y mucho miedo. No me liberó hasta la noche.

No se lo he contado ni a mis padres y le pido que no lo haga tampoco usted me gustaría que hablásemos de todo esto porque creo que hay que hacer alguna cosa por el pobre Joseph. Esta noche pasaré por su casa si le parece, me gustaría que me diese unos consejos sobre esto.

Atentamente

Gertrud Müller.

«¡Pobre niña!», pensé, sintiendo que me abandonaba hasta el último resquicio de lástima que en mi corazón quedaba hacia Joseph F. Era el momento de empezar a sentir lástima por los que se cruzasen en su vida en el futuro más que por él mismo. Me guardé la nota en el bolsillo de mi guerrera, como hago siempre con todos los papeles. Pero ya no cabía nada más. Vacíé su contenido y descubrí mi poema para celebrar el próximo cumpleaños de Adolf Hitler; también estaba la tarjeta del inspector de la policía criminal, el tal R. E. Dalbauhar. Por último, encontré escrita en una hoja de papel perfumado la dirección de la prima de Harald en la vecina ciudad de Rems. Recordé cómo, dos días atrás, Harald había puesto tanto empeño en que yo tuviese una cita con su familiar. Parecía que había pasado un millón de años y que esa conversación hubiese tenido lugar en un universo paralelo sin asesinos, Instituciones del Sueño ni campos de concentración.

Penetré en la vivienda dándole vueltas a todos aquellos asuntos, cuando comenzó a dolerme la cabeza. Había algo en la misiva de la pequeña Gertrud que no tenía sentido; algo en mi poema inacabado tampoco lo tenía; la tarjeta del inspector me daba mala espina y la hoja perfumada con la dirección de la supuesta prima de Harald, la tal Ilse Bauer, aún resultaba más extraña e incomprensible. ¿Quién da la dirección de un familiar cuando ese alguien no existe y vive bajo un nombre supuesto? O el supuesto familiar está con él en la conspiración o no existe tampoco y es todo una tomadura de pelo o... Tenía que descansar y poner mis pensamientos en orden. Un terrible pinchazo en la nuca casi me tiró hacia atrás y me tuve que coger de la barandilla mientras ascendía a mi habitación, en el primer piso. El segundo pinchazo fue tan fuerte y doloroso que creo que grité. O tal vez lo hiciera una voz desde mi interior. Todavía vestido, me arrastré como pude hasta la cama y me eché en ella, dispuesto como siempre a quedarme dormido como un patán, con las botas puestas. Comencé a masajearme las sienes tal y como mi madre siempre me aconsejaba hasta que el buen Dios se la llevó.

«Debes tener paciencia, Rolf», me decía. «Las migrañas siempre pasan. Yo siempre estaré a tu lado para cuidarte». Las palabras de mi madre brotaron de alguna parte de mi subconsciente. La recordaba todavía inclinada junto a mi lecho, con un vaso de agua en la mano, mientras parecía que mis ojos estaban a punto de estallar y salirse de las órbitas. Al fondo, apoyado en el dintel de la puerta, estaba mi padre, que

más tarde sería mi tío, el gran Theodor Eicke.

Me dormí pensando en la figura de mi padre, de pie en el marco de una puerta imaginada, y mis pensamientos me lanzaron de nuevo hacia otra visión, con Theodor apoyado en el dintel de una puerta semejante, a centenares de kilómetros de distancia de Sankt Valentin. Al fondo, Hitler discutía con un hombre bajo y rechoncho: discutían a gritos, se acusaban, se amenazaban. Mi sueño había regresado a una antigua prisión en Munich, donde el rompecabezas del pasado vendría fundirse con el rompecabezas del presente. No sé si me desmayé o rompí a soñar, pero, sea como fuere, me vi transportado a las mazmorras de Stadelheim, por tercera y última vez.

Adolf Hitler me estaba esperando para enseñarme dónde comenzó todo.

XXII

Los sueños son un ámbito desconocido, siempre nuevo. Cada vez que uno regresa con ellos por el camino de la memoria, los matices han cambiado, las sombras reflejan el contorno de cuerpos que antes no estaban allí, tal vez un poco a la derecha o un poco a la izquierda, transfigurados en ellos mismos o en remedos con otro rostro. Nada es realmente como era y, sin embargo, es igual. La última vez que vagué por los senderos cenagosos de este mi sueño, Adolf Hitler avanzaba por uno de los pasillos de la gran prisión estatal de Stadelheim, acompañado de mi padre y de mí mismo. Vestido con las ropas del segundo al frente del campo de Dachau, el Sturmbannführer-SS Michael Lippert, el *Führer* parecía divertirse como un niño con aquella actuación. Se había rapado su característico bigotito, ocultaba su rostro tras las solapas del abrigo y se sentía emocionado, regodeándose de haber engañado a los guardias con su disfraz. Acaso había olvidado que, como le sucede a Glatz, es requisito de un guardián mirar sin ver, oír sin escuchar y olvidar inmediatamente todo cuanto, pese a todo, se haya visto u oído. Para los guardias de la prisión, aquel hombre era un SS Obersturmbannführer. Eso y nada más. Les habían ordenado que condujesen a sus tres invitados a la celda del altivo jefe de las SA Ernst Röhm. Y ellos eso hacían. Se limitaban a obedecer, a entrechocar sus talones, a gritar bien alto «*Heil Hitler*» y a no preguntarse por la identidad de quien no deseaba ser interpelado. Así que vieron al Brigadeführer-SS Eicke, a su sobrino el tonto Sturmmann-SS Rolf Weiler y a un tercer hombre que se ocultaba tras un embozo y miraba por encima de este a su alrededor, con unos pequeños y nerviosos ojillos azules. Este hombre decía llamarse Michael Lippert pero para ellos podía ser el mismísimo Adolf Hitler porque, mientras llevase un uniforme de teniente coronel de las SS, sería exactamente eso y nada más: un teniente coronel de las SS.

No sé si os será fácil o difícil creer que, en ese instante, mi cabeza estaba en otra parte. Caminaba un paso detrás del *Führer* pero mi mente estaba abstraída en un problema diferente de la contemplación del momento presente. Al principio, bien es verdad, cuando fuimos al aeropuerto de Munich a recoger al entonces Canciller del Reich y pude estrechar su mano, estaba nervioso y superado por los acontecimientos. Pero luego, cuando se sumó a nuestra excursión hacia la prisión de Stadelheim, poco a poco me fui serenando. Mirando por el retrovisor los cuatro coches de escolta que nos seguían, o al mismo Adolf quitándose su bigote postizo y cambiando su vestimenta por el uniforme de Lippert, que habíamos traído desde Dachau, toda aquella situación comenzó a parecerme algo irreal. Tal vez fuera un sueño, una pesadilla, y ahora que la contemplo desde el recuerdo, me parece un sueño dentro del sueño o una pesadilla dentro de otra. Todo aquello no debería estar pasándonos a mí y a mi padre. Si bien era cierto que Theodor Eicke acababa de ser ascendido a un puesto importante dentro de las SS, y que había deslumbrado al propio Himmler con su gestión al frente del campo de Dachau, hasta el punto que se le había

encomendado organizar la red de campos de concentración nazis; también era cierto que mi padre no era un gran jerarca del partido, ni un hombre de confianza del *Führer*. Fuera lo que fuese lo que tuviera que suceder en la prisión de Stadelheim, era algo que ninguno de nosotros dos deberíamos saber, y aún menos haber contemplado en persona. En alguna parte anterior de mi diario creo haber reflexionado ya sobre este punto, y concluido que mi padre o yo mismo éramos cabezas de turco, peones prescindibles en caso de que algo saliera mal. Pero ahora, desde la distancia, la explicación que me di a mí mismo páginas atrás no me resulta tan convincente. Yo no soy nada dentro de las SS, no valgo nada, pero mi padre era ya demasiado importante para ser un peón cualquiera, pero a la vez demasiado pequeño para situarse a la diestra de Hitler y encargarse de la ejecución del hombre que hasta días atrás había sido su mano derecha y hoy era su principal rival: el jefe de las SA: o «ese mariquita de Röhm», como le llamaban «cariñosamente» sus enemigos.

No, en todo este asunto había algo que se me escapaba. No deberíamos estar allí y, sin embargo, estábamos, y eso solo podía significar que, una vez más, yo era demasiado tonto como para saber lo que demonios se cocía delante de mis narices. Y debía ser algo muy gordo.

—Hola, Adolf. ¿Has venido a liberarme o a matarme personalmente?

El paseo por los tortuosos pasillos de la prisión había terminado. Estábamos delante de una celda de unos siete u ocho metros cuadrados. Tenía una mesa, una silla y un camastro adosado a la pared. El otrora poderoso jefe de las Tropas de Asalto estaba sentado en su catre, vestido solo con un pantalón sucio y una camiseta, y se había dirigido al supuesto SS Obersturmbannführer Michael Lippert con una voz irónica y cargada de desprecio.

—He venido a verte, sí —dijo Hitler, retirando las solapas de su abrigo y dejando por fin ver su rostro, cuyo embozo no había engañado a Röhm. Miró fijamente a su rival una sola vez, escupió el suelo y dio un paso al frente, aferrándose a los barrotes de la celda.

Mi padre había decidido respetuosamente dejar a los dos titanes enfrentarse a sus anchas. Sonriendo, con un brazo apoyado en el dintel de la puerta desde la que se accedía al pasillo, contemplaba la escena. No había ningún signo de emoción aparte de esa media sonrisa que adornaba su rostro; por el contrario, yo estaba aterrado, consciente por fin de mi propia pequeñez, de estar asistiendo a un momento histórico al que no debería pertenecer. Me hice a un lado, como si en verdad no perteneciese, y clavé mis ojos en el *Führer*. Este había dejado de divertirse con aquella situación y una lágrima corría por su mejilla derecha. No sé si de rabia o de pena o de otra cosa. Ya no era un hombre disfrazado sino el guía de los alemanes, embarcado en una misión que él consideraba trascendental. Le observé con detenimiento a la luz mortecina de una bombilla. Hitler tenía entonces cuarenta y cinco años y estaba en plenitud de facultades. Delgado, de pelo castaño oscuro y algo más de metro setenta de estatura, seguía aferrado al acero de los barrotes como si en ello le fuese la vida.

Sus nudillos se tornaban pálidos por momentos, y el flequillo en forma de hoja de guadaña que le caía sobre la frente, le daba un aspecto amenazador.

—Una vez servimos juntos a un mismo ideal.

—De eso hace ya mucho, mi *Führer*.

La voz de Röhm había resonado como un eco, rota, reverberando de pura repulsión. Aquel hombre odiaba a Adolf Hitler.

—Ya no tenemos los mismos sueños.

—Los tuyos no, desde luego.

Hitler asintió. Se habían sentado las bases de la conversación. Sería un enfrentamiento entre ambos. La última batalla de dos viejos adversarios.

—Dime cuántos conocen mi secreto, Ernst.

—Tu secreto. Solo te importa tu secreto. ¿Y Alemania? ¿Qué hay de Alemania?

—Röhm trató de soltar una carcajada pero esta se quebró en su boca, convertida en gemido o lamento—. ¿Cuántos más habrán de morir para preservar tu secreto? — prosiguió, levantando la mirada—. Yo siempre había pensado que eras otro tipo de hombre. Un patriota.

—Tú no puedes darme lecciones de patriotismo. No puedes darme lecciones de nada. Yo confiaba en ti y me traicionaste. Todas esas muertes de las que me acusas las habrías de cargar en tu conciencia y no en la mía.

Estaban hablando, por supuesto, de la Noche de los Cuchillos Largos. Aunque entonces todavía nadie la había llamado así. De momento, ni siquiera tenía nombre. Horas antes, el *Führer* había pronunciado un encendido discurso en la radio. Había acusado a unos traidores de tratar de destruir a la nueva Alemania que estaba intentando crear. Los traidores a los que veladamente se inculpaba no eran otros que las Tropas de Asalto SA. Para atajar el pretendido complot de sus enemigos, de una punta a otra del Reich se estaba perpetrando una orgía de detenciones y asesinatos. En total, cerca de un millar de encarcelados y más de un centenar de ejecutados. Hombres de toda naturaleza y condición, miembros del parlamento, de la policía, de los gobiernos provinciales, sacerdotes, miembros del partido, abogados, publicistas, arquitectos, y, por supuesto, miembros de las Tropas de Asalto SA, que Ernst Röhm había dirigido con mano de hierro durante años. Pero si todo aquel ajuste de cuentas intentaba destruir el poder de las Tropas de Asalto y de su jefe, ¿por qué se había detenido a gente de todos los estamentos sociales y de poder dentro de Alemania, incluidas en algunos casos sus esposas que, como todos sabían, dentro de la jerarquía del nazismo ejercían de meras comparsas?

—Hice lo que tenía que hacer, mi *Führer*. No me arrepiento.

—Fuiste demasiado lejos. No debiste amenazarme con revelar mi secreto. Ahora, todos aquellos que lo saben, todos aquellos que lo sospechan y todos aquellos sobre los que tengo dudas si lo saben o lo sospechan, morirán. Tengo que salvaguardar el futuro de Alemania.

Röhm suspiró de nuevo y bajó la cabeza, como si contemplase el brillo apagado

de sus botas. El antiguo jefe de las SA era un hombre bajo, al menos diez centímetros más bajo que Hitler, y estaba muy pasado de peso. Además, era notoria su debilidad física y su homosexualidad, de la que siempre había hecho gala y defendido desde diversos presupuestos filosóficos homofílicos. Según su doctrina, debía preservarse la preeminencia social y sexual del macho para con los machos de su especie, buceando en unas creencias que provenían de la Grecia clásica. Pero ahora, solo quedaba de Röhm el hombre diminuto: había perdido su rango, su poder, su libertad, sus grandes teorías y en breve, suponía, la vida.

—Si me hubieses defendido cuando esos aristócratas del ejército trataron de destruir mis Tropas de Asalto...

Hitler sacudió los barrotes en los que llevaba tanto tiempo encerrado su enemigo, presa de un ataque de ira, y Röhm calló abruptamente, dejando que el *Führer* hablase, escupiendo su rabia por la boca:

—¡Por favor, no seas tan iluso! Esos aristócratas de los que hablas tenían toda la razón. Tus Tropas de Asalto son un grupo de palurdos descerebrados que me vinieron bien para asaltar el poder y destruir a comunistas y socialistas. Son un grupo ideal para dar palizas o infundir terror. Pero una vez llegados al poder, un grupo de tales características sirve de poca cosa. ¿Acaso crees que tus palurdos someterán a las naciones democráticas cuando estalle la guerra? ¿De verdad estabas pidiendo que el ejército alemán se sometiese a los dictados de tus hombres, que se integrase en la estructura de las SA? Llevas demasiado tiempo oponiéndote a mis designios y poniendo en peligro mi posición en el parlamento y en el gobierno del país.

—Pero yo quería ir más allá en nuestra revolución nacionalsocialista. Aún quedan muchos ricos, muchos oligarcas, muchos aristócratas, mucha gente que se ha unido a nuestra causa sin creer verdaderamente en ella. Millones de alemanes están con nosotros pero no son en verdad camaradas raciales, no creen en nuestros ideales ni en lo que significan. Debemos seguir usando a las Tropas de Asalto para dominar a todos los que duden a través del terror.

El rostro de Hitler se iluminó al oír estas palabras, como si de pronto hubiese comprendido algo muy importante.

—Me doy cuenta por fin de algo que algunos me habían dicho hacía meses y yo no quería creer: eres tan palurdo como el resto de palurdos de tus Tropas de Asalto. Llevas tanto tiempo entre descargadores de muelles, parados, mendigos y toda esa hez inmundada de descontentos con la que formamos la masa de tu ejército personal, que te has convertido en la misma escoria que son ellos. No has entendido nada de nada.

»Hemos alcanzado el poder y hemos eliminado a los partidos de izquierda. En el momento que el presidente Hindenburg muera, el hombre que le suceda alcanzará el poder absoluto. Solo es cuestión de unas pocas semanas: un lapso de tiempo en el que tus Tropas de Asalto lo único que deberían haber hecho era estarse sus cuarteles en silencio, rascándose los huevos y jugando a cartas. Porque tan pronto tenga el control

del país, se hará lo que yo diga y como yo diga. Un hombre con un poder así no necesita de la violencia. La mano dura es para llegar al poder... no para mantenerlo. El país se rendirá a mis deseos a través de la propaganda: daré discursos cada día en la radio y explicaré a las gentes la importancia de formar parte de nuestra comunidad racial; para hacer más efectiva la fuerza de mi mensaje, construiré aparatos de radio más baratos para que todos los alemanes tengan uno en su casa. Luego ordenaré producir películas que ensalcen la grandeza de ser ario; explicaré al *Volk* que estamos luchando en una guerra perpetua contra nuestros enemigos; crearé insignias para que las gentes que colaboren con nosotros paseen con ellas por la calle y nuestros adeptos puedan reconocerse; muy pronto todos querrán llevar esas insignias, todos querrán formar parte del Auxilio de Invierno o de la Liga de Defensa Aérea... todos querrán llevar nuestros galones o apuntarse a las SS.

»Y eso solo para empezar, porque crearé programas y excursiones para reeducar a los antiguos socialistas más moderados, y les enseñaré a ser buenos alemanes, a odiar a los judíos y a todos los enemigos del pueblo; crearé nuevos Lager de concentración para asociales y subhumanos donde se podrá realmente utilizar esa mano dura que tanto te gusta; crearé otro tipo de Lager para maestros, jueces, abogados, para reeducarles también, para convencerles de que el servicio desde el estado y para el estado está por encima del hombre y de sus derechos; contrataré grandes directores que hagan documentales acerca de la grandeza de nuestros logros; organizaré vacaciones baratas para la gente de escasos medios, que es el núcleo principal de nuestros ciudadanos, y les haré ver que sin el concurso del partido un hombre no puede ni siquiera disfrutar de sus ratos libres; crearé pasaportes raciales para los que tengan sangre alemana pura y así estos podrán distinguirse y elevarse por encima de judíos, medios judíos, eslavos u otras razas; la gente aceptará la visión biológica y racial del mundo que quiero entregarles y ni siquiera sabrán cómo han llegado a creer en todo ello.

»Así que dime, Ernst... dime qué lugar tiene en medio de mis planes tu política de la violencia. La violencia tiene que dejar paso a la propaganda. Los alemanes me amarán como nunca amaron a nadie en toda su historia. Y sin derramar más sangre que la necesaria. Estoy en el poder solo con el treinta y tres por ciento de los votos. Nadie volverá a necesitar hacer unas elecciones en Alemania, pero si se produjesen yo conseguiría más del noventa por ciento. ¿Sabes por qué? Porque yo soy Adolf Hitler y la razón estará siempre de mi lado: yo les enseñaré a creer que mi palabra tiene valor de ley y es infalible, incuestionable.

Durante aquella disertación, Röhm no pareció sorprenderse. Debía recordar muchos otros momentos en que la verborrea de Hitler lo dominaba todo. No en vano se trataba uno de los mayores oradores y charlatanes de todos los tiempos. El *Führer* pensaba que si no dejabas hablar a tu oponente, este acaba convenciéndose de que tal vez tengas razón. Son muchas las ocasiones en que la fuerza de la voluntad vence a la verdad o la lógica. Röhm miraba a su interlocutor como el que mira a un disco de

gramófono rayado, condenado a labrar eternamente el mismo surco. Entendió al fin que este siempre se saldría con la suya, que su obstinación le conduciría a cambiar el mundo, aunque tuviese que destruirlo para alcanzar sus objetivos. Luchar contra él, como Röhm había intentado hacer, era una soberana estupidez. Súbitamente, el antiguo comandante de las SA, decidió cambiar de táctica y no enfrentarse a quien no podía vencer y aún menos convencer. Recordó entonces anécdotas del pasado, de cuando habían sido amigos y luchado por que el partido nazi saliese de las catacumbas. Hitler, después de oírle, negó con la cabeza y dijo:

—Tú y yo nunca fuimos amigos. Durante mucho tiempo hicimos un largo camino juntos. Pero decidiste cambiar de rumbo y utilizaste mi secreto para evitar que te lo impidiese.

—De nuevo volvemos a tu secreto —se lamentó Röhm—. Es ese maldito secreto y no el ejército o el presidente el que te pide mi cabeza... es él y solo él el causante de que hoy esté aquí, preso, con mi honor mancillado. Podrías, de haber querido, calmar los ánimos entre esos aristócratas prusianos y convencer al viejo chocho de Hindenburg de que soy un palurdo, como bien dices, inofensivo. Pero pensaste que esta era una buena oportunidad para acabar conmigo.

Hitler no negó las palabras de su antiguo camarada. Parecía aliviado, feliz de liberarse de una pesada impostura.

—Tú me diste la excusa perfecta. No debiste amenazarme con revelar lo que sabes. Ahora ya es tarde para preguntarse qué podría haber sucedido si hubiésemos obrado de otra forma. No importa lo que podría haber sucedido, importa lo que está sucediendo. Y ahora, lo que está sucediendo es esto: eres mi prisionero y quiero que me digas quién más sabe mi secreto.

Röhm se levantó, le dio la espalda a su *Führer* y musitó:

—Ya que eres tan inteligente, descúbrelo tú solo.

La conversación había terminado. El viejo zorro no hablaría y todos lo comprendimos a un tiempo. A una señal de Hitler, mi padre abrió la puerta de la celda. Adolf se precipitó al interior y sacó una pistola. Por un momento creí que iba a disparar. Sin embargo, depositó el arma sobre la mesa. Era un viejo Mauser de la primera guerra mundial.

—Ese revólver tiene una única bala. Aprovéchala y muere con honor ya que no has sabido vivir como un hombre honorable.

Nos alejamos unos metros hacia el pasillo y esperamos largamente a oír la detonación. El *Führer* estuvo muy amable. Me contó un par de historias de cuando estuvo encarcelado en la misma prisión de Stadelheim, doce años atrás, junto con Rudolf Hess y otros jefes del NSDAP. Parecía esforzarse en caerme bien pero yo sonreía ante todo lo que él me explicaba y procuraba no parecer demasiado aterrorizado. En un momento dado, le pregunté la razón por la que alguien como yo había sido invitado a una velada semejante:

—¿Por qué no habías de estar?

—Porque yo no soy nadie, mi *Führer*... nadie como para compartir este momento con usted.

—Este tampoco es un momento tan especial —terció mi padre, quitándole hierro al asunto—. Solo estamos dándole su merecido a un traidor.

Yo, por entonces, tenía veintitrés años y solo hacía mes y medio que había entrado en las SS de la Banda de la Calavera. Sin embargo, llevaba ya el tiempo suficiente en el campo de concentración de Dachau, como para saber que cuando un superior ladraba una orden que no tenía el menor sentido o te daba una explicación que no explicaba nada, lo mejor era no añadir nada más y gritar bien fuerte: «A sus órdenes, señor». Iba precisamente a hacer esto último cuando oímos por fin un disparo proveniente de la celda contigua. Entramos a la carrera, el *Führer* en primer lugar, con los ojos muy abiertos, esperando ver a su antiguo camarada tumbado en un charco de sangre. Por el contrario, apareció ante nosotros el mismo Ernst Röhm, velludo, desafiante y en camiseta, que habíamos dejado minutos atrás.

—Quería saber si funcionaba todavía esta antigualla —nos dijo, esbozando una sonrisa pícara—. Porque si esperáis matar a alguien con ella tendréis que hacerlo vosotros mismos.

Theodor Eicke penetró en la celda del reo, dio dos sonoras bofetadas a Röhm y le arrebató la pistola. La cargó de nuevo con una única bala. Entonces me la alargó:

(En este punto es donde todos los días comenzaba mi sueño, aunque nunca concluyera. Esta vez sí llegaría al final)

—Mátalo —me dijo.

Soporté el peso del arma con ambas manos y le lancé una mirada suplicante:

—¿Por qué yo?

—Porque debes hacerte un hombre —replicó mi padre.

—Pero yo no quiero hacerme un hombre —objeté—, solo quiero ser un buen hijo para usted.

Hitler se echó a reír tras escuchar mis últimas palabras. Theodor subió el tono de su voz, airado, y restalló:

—Tú no puedes ser un buen hijo para mí porque, para empezar, no eres mi hijo. Ya te lo he explicado muchas veces. Yo soy tu tío, tu jefe, y te ordeno que mates a ese mariquita de ahí dentro.

—Pero antes usted era mi padre.

—Por Dios, Rolf, me he casado con una mujer importante, bien relacionada en Berlín y con las altas esferas del partido. Hasta tú deberías entender que ahora eres solo mi sobrino. No puedo reconocer que soy un adúltero y tengo dos hijos bastardos. ¿Eres tan tonto para no entender eso? ¿O estás como siempre haciéndote pasar por más tonto de lo que eres para no hacer lo que te pido?

Me encogí de hombros. Prefería hablar de mi madre y de por qué nunca quiso casarse con ella que matar a nadie. Ernst Röhm se removía nervioso en su celda mientras escuchaba nuestra discusión; aprovechando una pausa, replicó en mi

nombre:

—No tendrá valor para matarme. Tendrás que ensuciarte las manos personalmente, Theodor. —Röhm, por alguna razón, estaba convencido de que Hitler no se atrevería a matarle y lo haría a través de terceros. Se equivocaba.

Entonces, los acontecimientos se precipitaron: el Obersturmbannführer Michael Lippert, según los libros de historia, cogió el arma de mis manos y, acercándose hasta los barrotes de la celda, levantó el Mauser y apuntó con pulso tembloroso al preso.

—Nadie debe saber nunca por qué hemos matado realmente a Röhm —dijo, mirando a mi padre—. Nunca, ¿me entiendes?

Ernst Röhm murió el uno de julio de 1934. Su cadáver fue enterrado por un grupo de guardias en los sótanos de la prisión. Uno de ellos, un gigante de dos metros diez de estatura, que había sido miembro de las SA en el pasado, no dejó de llorar durante las improvisadas exequias. Sus lamentos podían oírse desde la celda del ajusticiado, donde todavía nos hallábamos. Hitler estaba agotado. Acabar con todo aquel asunto le había puesto al límite de sus fuerzas. De hecho, tardaría seis días en volver a hacer una aparición pública. Para entonces, tanto los estirados aristócratas de la Reichswer, que tanto detestaba Röhm, como el presidente Hindenburg o los miembros del parlamento, no habían escatimado alabanzas hacia la Noche de los Cuchillos Largos, elevando a Hitler a «salvador de la patria» por su tenaz reacción ante la conjura de las Tropas de Asalto y sus amigos extranjeros.

Pero ahora, en el presente, aquel guardia no dejaba de llorar. El *Führer*, tuvo entonces otra de sus habituales crisis de ira y lanzó un largo discurso, de al menos media hora, sobre los débiles de carácter que impedían que la Nación avanzase. Al cabo, hizo que mi padre llamase al guardia a su presencia:

—¿Cómo te llamas? —El cuerpo de Hitler temblaba de pies a cabeza. Ojeroso minutos atrás, con signos de fatiga que empeoraban por momentos, estos habían desaparecido como por ensalmo en el marco de su rapto de cólera. El canciller del Reich había vuelto a coger el viejo Mauser y lo apretaba con fuerza en su mano derecha.

—Markus Keller, mi *Führer* —le contestó el guardia, que súbitamente había dejado de llorar la suerte de su antiguo comandante. Acababa de reconocer a su interlocutor y descubierto que su pellejo no valía ni el traje de carcelero en el que estaba metido.

—¿Crees que ese mariquita de Röhm merece ser llorado por un hombretón como tú?

—No, señor.

—Entonces, ¿por qué lloras?

—No lo sé, señor. Fue mi superior en las SA hasta hace un año y yo...

—Y yo... qué, *Herr* Keller. —Hitler levantó el arma y apuntó a la cabeza del hombre.

El gigante balbuceó alguna cosa. Luego añadió una frase ininteligible sobre Röhm y más tarde un sonido similar a un estertor de agonía. Por fin, se derrumbó en el suelo y comenzó a besar las botas de Hitler.

—Perdóneme, mi *Führer*. Perdóneme. Ni sabía que era usted el que... No sabía...

—Esto es lo que ha pasado desde siempre con las Tropas de Asalto SA —la voz de Hitler sonaba gélida, como si cortase como un cuchillo—. Todos los que formaron parte de ese grupo eran unos palurdos y siguen siéndolo aún después de dejar el cuerpo.

Luego se volvió hacia mi padre y le cuchicheó algo al oído. Aquel guardia nostálgico de su época en las SA había caído en desgracia. No solo había incurrido en la ira del *Führer* sino que ahora sabía que este, y no Michael Lippert, era el verdadero asesino de Röhm. Markus Keller sería enviado al campo de concentración de Dachau.

El antiguo guardia de Stadelheim fue esposado allí mismo y conducido por mi padre a través del pasillo, camino de la salida. A su lado caminaba cierto *Sturmbannführer* de las SS, de nuevo con la gorra calada y las solapas de la chaqueta levantadas. Markus mascullaba frases sueltas, pedía perdón y, de pronto, volviéndose hacia mí, dijo:

—Coge mi tarjeta, muchacho.

Estábamos solos. La prisión había desaparecido y el sueño nos había trasladado a un páramo desierto. Llovía a mares y Markus Keller me miraba, todavía esposado, mientras su pelo se iba mojando y gruesas gotas de agua le caían por la cara. Entonces le reconocí:

—¡Godzilla!

El prefecto de los prisioneros, el Kapo en jefe de Mauthausen, asintió desde mi alucinación.

—Ahora te acuerdas de mí. Eso está bien. Pero ahora coge la tarjeta de mi bolsillo antes de que se moje y resulte ilegible.

Me acerqué y eché mano de su guerrera. En el bolsillo superior derecho, el mismo lugar donde yo suelo guardar mis papeles, había una tarjeta. La leí en voz alta:

—R. E. Dalbauhar, inspector de la policía criminal, Sicherheitsdienststrasse 4, Linz —dije, atónito—. ¿Esta es tu tarjeta de visita?

—No es mía. Me la dio un amigo. Es la cuarta y última pista que necesitas para resolver el caso llamado «Asesinato en Mauthausen».

—¿La cuarta pista? ¿Cuáles son las otras tres?

—Las tienes todas. A veces, las pistas que necesitamos las llevamos encima desde el principio, en nuestros bolsillos. Están tan a mano que no las vemos.

Volví a mirar la tarjeta del inspector de la Kripo.

—¿De qué bolsillos hablas?

Pero al levantar la vista, comprendí que estaba solo. Ya no llovía y el páramo parecía reverdecer por momentos. Solo seguía mojada la tarjeta del inspector de la criminal. Las letras se estaban corriendo y la tinta formaba raras formas.

R. E. Dal bau har, rezaba ahora la tarjeta. Y entonces lo entendí todo. Aquel nombre era un anagrama donde «Dal Har» o «Har Dal» es Harald y «R. E bau» o «bau R. E» es Bauer. ¡HARALD BAUER! Mi antiguo amigo se paseaba ahora disfrazado de inspector de la criminal. Había adoptado otra identidad para seguir asesinando. Lo que no entendía es como podía conseguir papeles oficiales, falsificaciones perfectas... a menos que... ¡No tuviera que falsificar nada porque podía conseguir la identidad que quisiera del propio estado alemán!

Y de pronto, una última idea penetró en mi mente. Si Harald era Adolf Schule y Harald se hacía pasar por inspector de la Kripo, ¿cómo era posible que *Frau Schule* no le hubiera reconocido cuando fue a su casa? A menos que ella también estuviera ayudándole o que el asesino fuera otro y cuando Dora dijo que su hijo no aparentaba la edad que tenía quisiese decir que... Un momento ¡No era posible! Porque entonces eso significaría que Harald solo podía ser, que era en realidad...

¡Un agente de incógnito!

De hecho, Harald me había dejado una pista en su tarjeta. Una vez, estando borracho o fingiendo estarlo, me había dicho que estuvo a punto de entrar en el servicio de inteligencia de las SS, la poderosa SD o Sicherheitsdienst. Precisamente yo se lo había recordado días atrás, cuando le eché en cara la causa por la que un hombre con su preparación había acabado con los fracasados, en un Lager de provincias. En la tarjeta, podía leerse como dirección del inspector de la Kripo Sicherheitsdienststrasse, es decir, calle del servicio de inteligencia de las SS. Esa calle no existía. Ese nombre era una pista para que yo recordase y comprendiese que...

—¡Harald era un espía del servicio de inteligencia!

Me desperté con la frase a medio pronunciar en la boca. Con la cabeza aún embotada, corrí hasta la mesa de mi habitación, donde había dejado mi guerrera y las cuatro pistas a las que se refería Godzilla en mi sueño. En realidad, antes de que la migraña me obligase a echarme en la cama, ya había intuido que debía reflexionar hondamente en el contenido de aquellos papeles, que eran:

1- La tarjeta del falso inspector Dalbauhar, en realidad un agente de la SD que yo había conocido como Harald Bauer y que investigaba... ¿Tal vez a Zierys? ¿Irregularidades de algún tipo en el Lager de Mauthausen?

2- La dirección de la prima de Harald en Rems, que dado que Harald no era Schule, debía ser una persona real que acaso podría decirme algo más sobre su familiar, o como se llamase de verdad, y su verdadera misión.

3- La nota de Gertrud, que ocultaba alguna cosa que aún no conseguía adivinar, pero que intuía era algo fundamental.

4- ¿?

¿Cuál era la cuarta? La única otra cosa que había en los bolsillos de mi guerrera era mi poema sobre Adolf Hitler, aquel que había terminado la tarde noche anterior, después de nuestra primera excursión al infame castillo de Hartheim y de pasear con Joseph F. por Sankt Valentin.

Joseph F. y el poema del *Führer*. De pronto, ambas ideas se fundieron en una, y de alguna forma intuí que tenía ante mis ojos algo substancial. Pero no sabía el qué.

Releí el poema tres veces y no me pareció que en él se ocultase nada importante. Tenía que pensar. Algo se me escapaba de nuevo. Alguna cosa que desde el principio sabía y que ahora necesitaba para encajar la última pieza del rompecabezas. Así que decidí trabajar en mi diario, distanciándome del presente y relatando lo que ha acontecido desde la última vez que os escribí hasta este punto. Tal vez ello me ayudase a hacer memoria, a separar lo importante de la paja. Además, trabajando en mi diario cumpliría con los deseos de mi hermano, que sigue esperando que todo esto me sirva para convertirme en un buen nacionalsocialista.

Poco a poco, según recordaba, las piezas fueron encajando en un mecanismo colosal, maquiavélico e infame. Cuando llegó la hora de pasar a limpio la continuación del poema en honor del *Führer*, todo estaba claro. Fue como cuando se hace la luz tras una tarde de tormenta. Así de sencillo. Sin más, sin esfuerzo, como si no fuese fruto de un proceso deductivo sino fruto de la inspiración; así es como lo supe todo.

Porque ahora sabía quién era el asesino; sabía quién era en verdad Adolf Schule y bajo qué identidad se escondía.

Sabía cuál era el secreto que tan celosamente quería guardar Adolf Hitler. Y sabía que en verdad eran dos secretos: el primero, de índole política, servía solo para que sus enemigos se fijasen en él y obviasen el segundo, de índole personal, y que escapaba a su control.

Y sabía también quién era Harald Bauer o, al menos, fuera cual fuese su

verdadero nombre, sabía cuál era su lugar en aquel acertijo que se acababa de mostrar ante mí.

Y sabía, o imaginaba más bien, que Adolf habría mantenido en reserva una baza especialmente poderosa para el caso que sus perseguidores le fuesen al acecho. Esa carta era Godzilla, un hombre que odiaba a los Weilers y al que sería fácil convencer para sumarse a su causa, llegado el caso.

Por último, sabía que el asesino, probablemente secundado esta vez no por Braun sino por Godzilla, o acaso por ambos, pronto actuaría para terminar con su macabra serie de crímenes. ¿Pero cuándo? ¿A quien? Eso lo ignoraba. A menos que...

Terminé de escribir en este diario el último párrafo del poema y me eché a reír, presa de la emoción de la victoria. Lo había resuelto. ¿Cómo pude ser tan estúpido para no haberlo visto antes?

En el poema que había escrito veinticuatro horas atrás estaba en verdad la solución: la última pieza del enigma.

Poema para celebrar el cumpleaños de Adolf Hitler

(continuación)

*Demos gracias al señor por habernos regalado al Führer,
y por haberle acompañado y guiado siempre.
Nuestro Führer se impuso una gran meta, la más alta,
y escogió un camino que era difícil y exigente:
pues padeció y luchó, ¡y sigue luchando por nuestra nación!
Por eso el amado Dios le ha concedido la merecida retribución.*

*No sé si antes en la historia habrá sucedido,
o si alguien en alguna parte habrá leído u oído,
que un soldado, anónimo, casi desconocido,
¡se convirtiese el líder de un gran imperio!*

*Así, Dios ha coronado su lucha y su contienda
¡y hoy le ayuda a derrotar a su enemigo!
Porque el buen Dios ayuda a quien se ayuda a sí mismo:
le guarda, protege y ampara, ¡y no se aparta de su camino!*

*En la lucha por nosotros, el Führer se amargó la vida varias veces,
y por ello el pueblo le respalda hoy firmemente:
¡millones de corazones afirman y reafirman
su lealtad al Führer con amor y agradecimiento!*

*¡Millones de corazones están dispuestos a sacrificarse por su Führer!
Los soldados más valientes le acompañan bajo el mejor mandato,
y de todo corazón le desean la merecida gloria,
tras esta guerra por los enemigos impuesta
¡con la victoria anunciada por el amado Dios!*

*Por eso nuestra oración está en el foco de los acontecimientos:
¡que Dios nos guarde a nuestro querido Führer por mucho tiempo!
Le conceda siempre salud a nuestro genial estratega
y le conserve la firmeza, resolución, resistencia y valentía,
y haga realidad sus deseos por el futuro de Alemania
y la paz con los pueblos de este mundo
y contribuya a que quien la mano pacífica rechaza, y quiere siempre la guerra,
¡no pueda seguir oponiendo resistencia!*

*¡Mi hermano y yo gritamos bien fuerte Sieg Heil por nuestro guía,
un padre para nosotros, el gran Adolf Hitler!*

Un poema horrible, mentiroso, falsario... escrito por alguien que no cree en sus propias palabras. Yo solo quería agradar a mi hermano y he conseguido odiarme a mí mismo por ser capaz de decir tantas tonterías para alabar la figura del criminal que nos tiene presos a todos los alemanes y a todos los austriacos. Tal vez, en la acción de poder distinguir esas tonterías a las que acabo de referirme, ha comenzado mi verdadera transformación. Porque este diario, que debía ser testigo de cómo un tonto al menos podía devenir un buen nazi, un camarada útil a la patria... ha terminado por ser testigo de cómo un tonto deja de serlo gracias a no querer convertirse en un nazi. Yo nunca he querido ser como tú, camarada nacionalsocialista, que ahora me lees, y finalmente esa diminuta diferencia me ha convertido en la mejor versión posible e imaginable de Rolf Weiler. Ahora sé y acepto que nunca conseguiré que se me considere un erudito o un hombre de letras, que no seré un estratega militar ni un genio como mi hermano... pero seré una buena persona en lugar de un buen nacionalsocialista. Mira en tu interior, camarada, y dime si tú puedes decir lo mismo.

No voy a escribir nada más. Mi diario acaba aquí. Me esperan deberes más importantes, hacer un par de llamadas para cerciorarme de un par de cabos sueltos que bailan ante mis ojos y detener a los culpables, si Dios me da fuerzas para terminar mi cometido. Sé que abandonando la redacción de estas páginas desobedezco a mi hermano, pero obedeciéndole le estaba traicionando, porque con cada línea me alejaba de los principios de lucha racial, racismo, xenofobia, odio y estupidez que se suponía debía adoptar de buena gana para ser vuestro igual y, paradójicamente, también el suyo.

Tal vez vuelva a desilusionar a Otto, pero ya no me importa. Si me ama deberá aceptarme, al igual que yo acepto que un hombre tan formidable esté tan profundamente equivocado en sus creencias.

A ti, lector nacionalsocialista del futuro, a quien he dirigido este diario, te digo que yo no soy tu camarada racial: «*Ich bin nicht Volkgenosse*». No soy un nazi. Solo soy Rolf Weilerin.

Y ser yo mismo, créeme, me basta.

FIN DE LA QUINTA LECCIÓN

Capítulo 6

SPRITZEN

(Inyección de gasolina)

Empezaba a anochecer. Glatz seguía trabajando en el motor del Opel mientras silbaba una canción de moda, despreocupadamente. Estaba pensando en su mujer y en su hijo pequeño, recién nacido; pensaba, en realidad, en los guisos sabrosos de la primera y los chillidos del segundo, que estaba comenzando a entrar en la etapa de la dentición. A menudo, se preguntaba si un hombre de su edad debería tener nueva descendencia. El pequeño era su tercer hijo; los dos que le habían precedido, fruto de un matrimonio anterior, no habían sobrevivido a la primera infancia. Así pues, Glatz era, en esencia, un padre primerizo, y los años le habían convertido en un tipo gruñón que ya no estaba de humor para cambiar pañales de algodón y todas esas cosas que los padres jóvenes ven tan excitante. El soldado raso Tadeus Glatz se había hecho a las pequeñas derrotas de la existencia... y también a las pequeñas victorias, a esos diminutos placeres que llenan las horas de las gentes sencillas: y él, un hombre sencillo, aspiraba tan solo a no tener demasiados problemas en el trabajo; a poder llevar bien cargada su pipa de tabaco; a llegar a casa a un hora prudente y a los buenos guisos de su segunda esposa, casi quince años más joven que él y, por tanto, todavía fértil y con ganas de cambiar pañales y aguantar los chillidos de su descendencia. Glatz removió las aletas de la nariz, imaginando un buen plato de carne rebozada y, al cabo, se relamió pensando en las otras exquisiteces que le seguirían, esperando que le relevasen lo antes posible de aquella aburrida misión en Sankt Valentin. No entendía por qué nadie podía pensar que Rolf Weilerin pudiera estar en peligro. Nadie gastaría energías en acabar con un hombre mediocre como él. Estaba convencido de ello.

De pronto, un copo de nieve le cayó en la nuca. Glatz se incorporó y contempló como, poco a poco, un desfile de diminutas teselas blancas comenzaban a materializarse sobre el asfalto, a su alrededor. Cerró el capó del coche y se abrochó el abrigo. Lo mejor sería entrar en la casa y ver si Rolf tenía alguna cosa para comer. No serían los guisos de su esposa pero... qué demonios, sin duda era mucho mejor plan de quedarse allí fuera en medio de una tormenta. Dio un par de pasos pero se detuvo: había un hombre esperando junto a la verja, vestido con un traje viejo y una camisa arrugada. Llevaba también una vieja gorra de las Tropas de Asalto SA. Era un gigante que superaba con creces los dos metros de altura.

—¿Te conozco? —El hombre que le cerraba el paso sonreía como un idiota.

—No tenemos ese gusto, pero cualquier momento es bueno para que dos camaradas entablen amistad.

Glatz era perro viejo, lo bastante viejo para saber cuándo estaba en peligro. Imitó la sonrisa idiota de su contrincante y trató de darse la vuelta para huir. Entonces vio a Adolf Schule a su espalda.

—¡Dios mío! ¿Tú no estabas muerto?

El asesino le mostró una fiera sonrisa de perfectos y blancos dientes distribuidos en hileras simétricas. A la luz de una farola, parecían refulgir en la noche. Era la sonrisa de un depredador.

—¡Vaya! Pensaba que a estas alturas ya te habría llegado la noticia de mi

resurrección. Pero no importa: unos salen de sus tumbas y otros deben ocupar su lugar un par de metros bajo tierra. Es ley de vida. Recuerdo bien cuando coincidimos en nuestro servicio en la Institución del Sueño. Entonces era yo el que estaba la merced de los guardianes a pesar de mi superioridad racial e intelectual. Yo solo venía a matar al idiota de ahí enfrente, pero creo que encontraré igual de placentero acabar con uno de mis torturadores del pasado.

—Tú no serviste en el Castillo. Estabas interno a causa de un trastorno mental provocado por tu sífilis, que...

—¡Eso es una calumnia! ¡Una mentira de la peor clase! —Adolf le miraba con los ojos enrojecidos, como si estos fuesen a escupir fuego en cualquier momento—. El *Führer* en persona se me apareció en la buhardilla de mi casa en Amstetten y me instruyó sobre cómo debía infiltrarme en la Institución; debía buscar en ella a los malos alemanes, a enemigos del pueblo disfrazados de ciudadanos anónimos, a aquellos que no creen en nuestra revolución nacionalsocialista y solamente la toleran por miedo o por apatía. Gente como tú o como Ferrat. Luego continué mi tarea en el campo de Mauthausen, infiltrándome de nuevo bajo un disfraz. Pero eso ya es otra historia. Ahora debo completar mi misión. Y tú no podrás impedirlo.

Glatz intentaba pensar todo lo rápido que aquella situación requería. Debía pensar en salvar su propio pellejo y nada más. Sus ojos se movían muy rápido dentro de sus órbitas. Dio un paso atrás y se encontró con el fornido pecho de Godzilla.

—No te resistas, soldado —le aconsejó Adolf en tono paternal.

—Yo, yo... —tartamudeó Glatz—. Yo podría decir que me fui al bar a tomar un café y cuando volví, Rolf ya había muerto. Nunca os delataría. ¿Por qué habría de hacerlo? A mí, todo este asunto me trae sin cuidado. Ni siquiera sé qué demonios está sucediendo.

Adolf asintió, comprensivo. La nieve comenzaba a caer cada vez más fuerte y sus cabezas se estaban perlando de errantes astillas blancas.

—Te creo. Pero eso no basta. Llegados a este punto, tengo que considerar todo cuanto me rodea, no como un obstáculo, sino como una oportunidad. Y tú eres la forma de saldar otra cuenta con el pasado.

Godzilla intentó apresar a su víctima por los hombros con un brazo y taponarle la boca con la otra mano. Pero Glatz se zafó con un movimiento rápido y se tiró al suelo, gateando desesperado por la nieve, intentando salvar la vida. Solo pudo alejarse un par de metros porque, antes de que pudiera ponerse en pie, vio que a su alrededor aparecían, como de la nada, un montón de pequeñas piernas embutidas en pantalones cortos y faldas de lana. Tadeus comenzaba a pensar que estaba viviendo una pesadilla. Al levantar la vista, descubrió a media docena de mocosos que le miraban con los ojos abiertos, como contempla un niño el regalo del día de Reyes. Uno de los niños dio un paso al frente y se presentó:

—Yo soy Joseph F., y ostento el cargo de jefe de seguridad del campo de concentración de Sankt Valentin. No nos gusta que los prisioneros escapen. Es un mal

ejemplo para el resto de nuestra comunidad racial. ¿Qué pasaría si todos los presos siguieran tu ejemplo? Se rompería la disciplina y no sería posible llevar a cabo la tarea de reeducación de los enemigos de nuestra nación que el *Führer* nos ha encomendado.

El niño hablaba en serio. Glatz comprendió que estaba completamente loco y que realmente pensaba que estaba al cargo de la seguridad de su campo de concentración imaginario. Antes de que pudiera pensar en nada más unas manazas enormes le cogieron del cuello y lo levantaron en volandas. Godzilla le inmovilizó estirando la palma contra su papada y levantando su barbilla para que no pudiera resistirse. Por un momento, el gigante jugueteó con la idea de romperle el cuello pero la muerte de aquel hombre no era cosa suya. Sus objetivos eran Rolf y Otto Weilern. Así que dejaría que los niños siguiesen jugando a su juego, por muy enloquecido que fuese.

—¿Lo has traído? —le dijo Adolf a Joseph. Este asintió con la cabeza y le entregó un pequeño objeto.

—He cogido la jeringuilla de casa de una vecina que es enfermera. Gertrud y Jutta le han robado un poco de gasolina sintética al coche de su padre.

Adolf hizo una inclinación de cabeza hacia las niñas, que se echaron a reír, contentas de haber hecho su primer servicio a la patria.

—¿Sabes que es esto? —le preguntó Adolf a su aterrorizada víctima. Como Glatz no podía responder, pues Godzilla, con su llave, no le dejaba abrir la mandíbula, se limitó a hacer un sonido sibilante mientras luchaba por respirar, ya que el gigante utilizaba los dedos que sobresalían para taponarle la nariz. Adolf, tras una breve pausa, prosiguió—: Aparentemente es solo una jeringuilla con benceno. Pero es mucho más: en el campo de concentración de Mauthausen aprendí de los buenos médicos que allí trabajan, que la inventiva humana debe usarse en la eliminación de los enemigos de nuestra sagrada Nación. Hay que ahorrar gastos cuando se trata de asesinar a judíos, polacos, asociales o, como en tu caso, traidores a la patria.

—¡Yo no soy un traidor! —consiguió decir Glatz a través de la presa del gigante Godzilla.

—Estabas aquí para proteger a un retrasado mental y a un farsante que ha eludido el servicio en el frente para esconderse, disfrazado de SS, en el Lager de Mauthausen. Los crímenes de Rolf Weilern son innumerables y tú vas a ser castigado por oponerte a su ejecución.

—¡Solo obedecía órdenes! —lloriqueó Glatz, sin dejar de luchar, aunque sabía que era inútil.

—Todos las obedecemos, sí —sentenció Schule, con voz triste—. Todos lo hacemos, Mann-SS... pero yo obedezco directamente las órdenes de *Führer*, que me habla desde dentro de mi cabeza y me indica el camino a seguir. *Heil Hitler!*

—*Heil Hitler!* —repitieron el resto de los niños a coro. Godzilla sonreía.

En el campo de concentración de Mauthausen los médicos llamaban *Spritzen* al acto de inyectar gasolina en el corazón de un preso. Luego, con la típica

meticulosidad nazi, anotaban en una libreta el tiempo que tardaban en morir, entre terribles convulsiones. Glatz apenas tardó cuatro minutos y todos los allí presentes consideraron que era un flojo, el típico cobarde demasiado débil para resistir el sufrimiento extremo con hombría y determinación, como haría un verdadero nacionalsocialista. Cuando Joseph estuvo seguro que Tadeus había fallecido, ordenó a dos de sus subalternos, Hans y Konrad, que lo arrastraran hacia el patio de juegos y lo escondieran en el pequeño barracón de madera donde encerraban a sus presos imaginarios. Allí nadie lo vería hasta que hubiese amanecido. Para entonces, Rolf Weilern ya estaría muerto.

Dijo a la telefonista un número de teléfono de Rems y esperó.

Rolf sabía que, en primer lugar, tenía que poner sus pensamientos en orden. Y para eso, era necesario poseer toda la información que le faltaba. Los cabos sueltos, las ideas que iban y venían en su mente, tiempo atrás propia de un tonto a juicio de todos, pero ahora en pleno movimiento, rápida, infatigable... esas ideas estaban a punto de eclosionar. Pronto no le quedaría nada por descubrir y su «Asesinato en Mauthausen» estaría resuelto. Pero primero la información, y había una persona que podía completar el cuadro que se había formado sobre Harald Bauer, el verdadero Harald Bauer; y esa información la tenía una única persona: la prima Ilse.

—Sí, dígame —contestó una agradable voz femenina al otro lado de la línea.

—Ah, perdone, señorita... usted no me conocerá; mi nombre es Rolf... Rolf Weilern.

—Encantada, *Herr Weilern*. No le conozco, pero mi primo me habló de usted. — Una risa coqueta, un destello de una mujer hermosa y divertida, un ser capaz de amar a Rolf, que un día había sido tonto pero que ya no lo era en absoluto.

—El placer es mío, *Fräulein Bauer*. Perdona, pero no conozco su apellido y me temo que no es el que acabo de pronunciar.

—Es *Fräulein Skorzeny*. —Algo en la voz de la muchacha, un titubeo, le había indicado a Rolf previamente que sus sospechas eran ciertas y que Bauer era un apellido por completo imaginario.

—Supongo que ese es el verdadero apellido de su primo. Podrían no compartir apellido aún siendo familia, pero me parece que...

Rolf se detuvo, y esperó a que la muchacha se decidiese.

—No sé Otto se enfadará si se lo digo, pero bueno, sí, su apellido también es Skorzeny.

¿Otto se enfadará? Por un momento, Rolf se sintió perdido. ¿Su hermano tenía algo que ver con todo aquel asunto? ¿Él sabía que Harald Bauer era un nombre falso desde el principio? No podía ser: Otto fue el primero en acusarle de asesinato y... Súbitamente, detuvo el rumbo de sus pensamientos. La solución era más sencilla que esa.

—Supongo que su primo se llama Otto Skorzeny y no Harald Bauer.

—Sí, así es. —La muchacha se sentía algo turbada por todo aquel asunto. No quería hablar demasiado.

—Y trabaja para la SD.

—¿SD, *Herr Weilern*?

—La Sicherheitsdienst, el servicio de inteligencia de las SS.

Ilse pareció dudar antes de responder.

—No le sabría decir. Eso tendría que hablarlo con mi primo. Él me habló de usted y me dijo que debía protegerlo, y también a su hermano, que era una orden personal del *Führer*.

Skorzeny, alias Harald Bauer, no investigaba el campo de Mauthausen ni a

Ziereis. Le protegía a él y también a Otto. ¿A Otto? Ahora entendía aquella misiva incomprensible que se había recibido en el Lager el día que Boldt casi le mató a ejercicios gimnásticos, durante la revista de los prisioneros. Skorzeny había informado a la cancillería del Reich de que Rolf estaba en peligro, y alguien allí había amenazado a Ziereis con un consejo de guerra si parecía de resultados del trato infringido por el Rapportführer. Pero ¿había sido Hitler en persona? Su padre, ni siquiera ahora, era tan importante para ordenar nada en la Cancillería. O sea, que había sido Hitler. ¿Había pasado algo más el día de la muerte de Röhm que no recordaba? No era posible. Seguro que no. Pero, por fuerza, la presencia de Skorzeny debía tener relación con lo que había pasado aquel día. De lo contrario, ¿por qué Rolf Weiler era tan importante para Adolf Hitler? Aunque quedaba la cuestión de su hermano. Él no estuvo en Munich la Noche de los Cuchillos Largos. ¿Qué interés podía tener el *Führer* en protegerlo? Y, por último, ¿estaban en peligro en medio de Austria, a miles de kilómetros del frente y de las tropas enemigas?

A no ser que...

Una orden del *Führer* en persona: repitió una voz desde dentro de la cabeza de Rolf. Otro cabo suelto acababa de anudarse. Rolf comenzaba a cerrar un gigantesco dédalo de ideas en torno a aquel laberinto que habría hecho desistir al mismo Teseo.

—¿Sigue ahí, *Herr Weiler*?

—Claro, *Fräulein* Skorzeny. Perdona, estaba pensando en lo que me ha dicho. ¿Podría comentarme una última cosa? Es que...

—Lo siento, *Herr Weiler*, pero ya he hablado demasiado. Como ya le he dicho, si quiere saber algo más, mejor hable con mi primo.

Como la muchacha se negó a revelar nada más de lo que sabía o de lo que ignoraba, y se mantuvo firme en su negativa, Rolf decidió ser educado y hablar de cualquier otro tema porque, después de todo, ya había descubierto buena parte de lo que había venido a preguntar. Al cabo de un rato, la muchacha se relajó y después de comentar la última película que habían visto ambos y el serial de la radio que ella prefería, le confesó que su primo le había hablado de la posibilidad de presentarle a Rolf para que fuesen un día juntos a dar un paseo.

—Tenía esa idea loca en la cabeza. La de que nos conociéramos, ya sabe, Rolf. ¿Puedo llamarle Rolf?

—Claro que puede. Y sepa que la ocurrencia de su primo no la encuentro en absoluto descabellada. Para mí sería un placer acompañar a una muchacha tan agradable. ¿Qué le parece este fin de semana?

Ilse estuvo de acuerdo y no paró de reír hasta que se despidieron y colgaron, unos diez minutos más tarde. Rolf pensó que eran los minutos que se le habían pasado más rápidos de toda su vida.

—Ilse Skorzeny. Un nombre bien bonito —repitió en voz baja, como si conjurase el espíritu de Cupido, que revoloteaba a su alrededor con el carcaj lleno de flechas. Era la primera vez que, hablando con un miembro del sexo opuesto, había sido capaz

de hacerlo sin tartamudear o decir insensateces. Y es que Rolf el tonto ya no estaba allí para estropearlo todo.

Cuando la nieve comenzó a cuajar sobre las calles de Sankt Valentin, recordó a su carabina y se asomó a la ventana pensando que tal vez a Glatz le apetecería una taza de café bien caliente. Pero no le vio y concluyó que el viejo zorro estaría en la taberna de al lado tomándose una buena cerveza, bien resguardado de las inclemencias del tiempo. No podía echárselo en cara. Eso de hacer de niñera de un SS de treinta años era una completa estupidez. Ya iba a cerrar las puertas del balcón cuando vio a una figura atravesar la verja. Reconoció aquel peinado recogido y trenzado sobre su cabeza:

—Hola, Gertrud —le dijo a la niña, que le saludó con la mano.

—¿Recibió mi nota?

—Sí, claro, está todavía en mi bolsillo —dijo, palpándose el pecho, y recordando que en realidad la había sacado para dejarla encima de la mesa, con las otras pistas que le había sugerido Godzilla en su sueño.

Rolf abrió mucho los ojos, como despertando de nuevo de ese mismo sueño. Fue hasta la mesa y recogió la nota. La leyó dos veces hasta que se dio cuenta de que aquella misiva era la expresión, no de los temores de Gertrud, sino de los suyos. Le escribía para hablarle de mi amigo Joseph F., comenzaba la misiva. Y luego eran todo mentiras, elucubraciones, frases pensadas para llegarle al corazón y no permitirle razonar. Hace unos días me tuvo encerrada durante horas. ¡Mentira! Todo era mentira. Habían utilizado sus sentimientos hacia aquel niño para confundirle, para engañarle. Creo que hay que hacer alguna cosa por el pobre Joseph. Esta noche pasaré por su casa. Si le parece, me gustaría que me diese unos consejos sobre esto, concluía. Y allí estaba la trampa. Porque no era la nota de una niña de ocho años. Esa nota era un engaño, una añagaza para... Alguien mayor que ella le había ayudado, alguien como...

Y entonces comprendió el daño que la propaganda nazi estaba haciendo en las mentes de aquellos pobres niños. Joseph F. no sería un monstruo en el futuro sino que lo era ya en el presente; él y el resto de sus amigos.

Se abalanzó sobre el teléfono y le dijo a la operadora que le pusiese con el campo de Mauthausen: ¡urgentemente! Le respondió un ordenanza. Solo andaba cerca George Bachmayer: su hermano, Ziereis y el resto del grupo estaban reconociendo dos cadáveres hallados en la ciénaga. ¿Dos? Rolf decidió no pensar en ese nuevo dato, al menos de momento, y transmitió un mensaje al jefe de seguridad del campo; le dijo que corriera al encuentro de su hermano y del comandante y les repitiese sus palabras. Luego colgó y buscó sobre la silla la cartuchera de su arma. Era con aquella pistola con la que había asesinado al Kapo Juanita tres días atrás. Se había prometido no volver a empuñarla nunca más en su vida y ya lo había hecho cuando apuntó a la cabeza al Maestro de los Hornos del castillo de Hartheim. Ahora tendría que faltar a su promesa de nuevo. Eran demasiadas las veces en las que un hombre necesita de su

arma en la Alemania de Hitler.

—*Bewegung* —dijo en voz alta.

«*Bewegung*», gritaban los guardias a los prisioneros en el campo. En alemán significa circulación, movimiento... y los guardias lo usaban para indicar a los presos que trabajasen más rápido en la cantera, hasta desfallecer si era preciso. Con el tiempo, había acabado por significar «peligro, que vienen los guardias», y los propios presos decían «*bewegung*» para indicar al resto que uno de aquellos sanguinarios animales de la Banda de la Calavera se acercaban, por lo que les interesaba que les viesen trabajar bien rápido si sabían lo que les convenía.

—*Bewegung* —repitió, dándose ánimos. Tenía que actuar rápido, que moverse sin pausa y ser más inteligente que los guardias SS de un campo imaginario: porque venían a por él.

Abajo, Gertrud aguardaba todavía bajo el balcón, con su vestidito cubierto de nieve. Rolf se asomó de nuevo, y se entretuvo vigilando con cuidado a derecha e izquierda, buscando al resto de sus enemigos. Estaban todos bien escondidos, al fin y al cabo sus pequeños cuerpos eran fáciles de disimular tras una caja de cartón o unos setos bajos o un parterre un poco frondoso. Pero Godzilla no pudo. Se veía el final de su espalda, entre un muro y un coche de un vecino, agazapado, esperando. Un poco más allá vio parte del traje a rayas de Ícaro, tumbado junto al gigante. ¿Acaso no estaría muerto? No, se habían traído al niño sordomudo con ellos por alguna razón que nunca había comprendido, por la misma que lo habían utilizado desde el principio el Blockführer Braun y el asesino, por la misma por la que lo necesitaban en aquel acto final. ¿Pero cuál era esa razón? ¿Para torturarlo? ¿Era Ícaro, al igual que él, la última víctima a sacrificar en la sangrienta carrera criminal de Schule? ¿El sacrificio de dos tontos era la conclusión proyectada para aquel macabro plan?

—Tengo frío, *Herr Weilerin*. ¿Me podría abrir? —dijo Gertrud, con voz temblorosa.

Rolf amartilló la pistola asomado al balcón, para que la niña y el resto de espectadores que, en las sombras, le constaba estaban acechando, le vieran hacerlo.

—Dile a Adolf, a Joseph y al resto de tus amigos que tendrán que entrar en la casa por sus propios medios. No seré tan «tonto» como para abrirles la puerta. —Rolf sonrió, mostrando el cañón de su arma a la desconcertada espía—. Ah, y diles que les estoy esperando.

George Bachmayer llegaba a la carrera arrastrando un rumor de gravilla pisoteada y exhalando unos gemidos de ansiedad que no tardaron en llamar la atención sobre su persona. Frank Ziereis giró la cabeza imperceptiblemente y contempló a aquella figura sudorosa que corría desde la puerta de entrada hacia donde ellos se encontraban, moviendo los brazos y haciendo señas como un vulgar colegial. Chasqueó la lengua. Sin duda, se trataba de nuevos problemas; de momento, ya tenía demasiados, como, por ejemplo, aquel coche calcinado con el cadáver de Braun en su interior que habían encontrado hacía media hora. Le había reconocido porque, luego de producirse una pequeña explosión, el cuerpo había salido despedido, medio quemado, aún consumiéndose. El rostro de aquel idiota judío se había salvado en parte y le miraba con sus ojos bovinos, en medio de un olor terrible a carne quemada. Parecía que el asesino tenía una especial predilección por el fuego. Primero, había quemado al dibujante español del barracón once y ahora hacía lo propio con su cómplice en ese y quién sabe cuántos crímenes más. Lonauer, informado someramente de los avances del caso, se había atrevido a hacer broma sobre este punto y había comenzado a comparar el cadáver del Blockführer con un pollo a la parrilla, rojo y emplumado, muy diferente a los seres humanos que quemaban en su Institución del Sueño, bien desnuditos y gaseados, en un ejemplo de productividad alemana.

—Oh, cálese de una vez, matasanos —espetó Ziereis, que desde un primer momento, había encontrado despreciable a aquel engreído de bata blanca. Pronto se apercibió que todos compartían su punto de vista.

La señora Schule se había quedado a unos metros, con Otto, que no creía que hubiese nada revelador o de interés en la exploración de aquellos restos calcinados. Ziereis vio que conversaban de alguna cosa y aguzó el oído, pues siempre procuraba estar al tanto de todo, le interesase o no.

—Adolf confesó a Lonauer que había sufrido abusos por parte de su esposo.

Dora Schule lanzó un suspiro.

—Mi pequeño sufrió mucho. Su padre era muy violento.

—El niño habló de «otro tipo» de abusos.

Hubo una pausa. El cadáver de Braun apestaba. Ziereis, con la excusa de alejarse del hedor, se echó a la nariz su pañuelo de seda perfumado y avanzó hacia Otto y la señora Schule, situándose discretamente a unos pocos pasos. Así podría oír el resto de la conversación de forma mucho más precisa.

—Mi pequeño sufrió mucho —repitió ella—. Mucho. Yo no podía hacer nada por evitarlo. Mi marido era el hombre de la casa. Entiéndalo, teniente.

—Yo no entiendo nada, *Frau Schule*. Lo que le hicieron a Adolf es una vergüenza y un crimen castigado duramente por la justicia. Para que un monstruo así pueda ver la luz, deben aparecer ciertos sucesos que condicionen la personalidad del asesino. Su marido es tan culpable como su hijo de todo lo que está sucediendo.

—Se equivoca, teniente. Creo firmemente que se equivoca en todo. Mi Adolf no

ha hecho nada de lo que se le acusa. Ya verá como estoy en lo cierto.

—Pronto iremos a la ciénaga a reconocer el cadáver de su marido y me podrá decir si me equivoco o no.

—Está muy seguro que ese cadáver suyo es el de mi Alois.

—Es la única explicación lógica. Alois Schule fue la primera víctima de Adolf. El asesinato de su padre fue el detonante final, el pistoletazo de salida, de esta espiral de muertes.

Ziereis vio como ambos se daban la espalda; se evitaron muy educadamente a partir de ese momento. Un asunto menos del que preocuparse. Sin embargo, tal y como había anticipado Otto, una vez retirado el cadáver de Braun, no terminaban sus quebraderos de cabeza, pues tuvieron que ir a por los otros dos: los de la ciénaga. Y en el momento presente, mientras Bachmayer corría desde el Lager trayendo malas nuevas, aún los estaban reconociendo.

—Es mi marido, sí —dijo la señora Schule, cubriéndose la boca, horrorizada, cuando el rostro del primer cadáver de la ciénaga emergió después de volcar sobre él un cubo de agua.

—Yo tenía razón —concluyó Otto inmediatamente—. Schule es el asesino y su padre la víctima número uno de la que hablaba el plano de Braun. Solo nos resta dar con él.

El cabo Racht repitió la operación con el segundo cadáver y un nuevo cubo de agua. Un muchacho de corta edad, de entre doce y quince años, apareció ante la mirada atónita de la concurrencia. Vestía el traje a rayas de un preso. Habían esperado a alguien conocido; el hijo de un guardia, un muchacho del pueblo... pero esa cara no les era familiar. Nadie lo reconoció. Dora Schule negó también con la cabeza y se apartó a un lado, rompiendo llorar, mientras Ziereis la rodeaba con su fuerte brazo y la empujaba contra su pecho. Los sollozos de la mujer se fueron apagando lentamente en el regazo del comandante del Lager de Mauthausen.

—Entonces, ¿quién demonios es ese muchacho? —dijo el doctor Lonauer.

—¿Quién sabe? Y, a estas alturas, ¿a quién le importa? —opinó Schultz, el jefe de la oficina política, que también se había dejado caer por allí.

Mientras hablaban, Bachmayer continuaba apresurado su galopada, los últimos metros que le quedaban de aquella carrera de algo menos de un kilómetro. Frank Ziereis no dejaba de mirarle, preguntándose cuál sería la siguiente desgracia que tendría que enfrentar, y ya se imaginaba camino del frente, intentando dirigir una unidad de combate cuando no estaba preparado ni intelectual ni físicamente para una tarea semejante. Cuando cerraba los ojos, se veía a sí mismo muerto, tirado en una cuneta, y esa era una visión que le tenía desde hacía tiempo atemorizado, porque estaba convencido de que era su ineludible destino.

—Maldita «mermelada» —dijo de pronto el cabo Racht tras pisar por error un rastro de sangre y vísceras que provenía de uno de los presos que había ejecutado, y que se amontonaban cinco metros más allá. En efecto, todos los presentes, durante el

reconocimiento de Alois Schule, habían obviado los diez cuerpos que estaban tirados un poco más a la derecha: se trataba de los miembros del Kommando de prisioneros, que habían sido ejecutados después de drenar la ciénaga. Estos cadáveres, recientes, de apenas hora y media atrás, todavía rezumaban líquidos a causa de su asesinato a sangre fría, y apilados los unos sobre los otros, habían formado un gigantesco charco de sangre que avanzaba lentamente hacia Frank y su improvisado equipo de investigadores. Ese rastro de linfa, ese tinte escarlata que tiñe la parte inferior de tus botas, la sangre de los inocentes, hacía tiempo que las SS del campo de Mauthausen lo llamaban «mermelada» (*marmelade* en alemán), una forma irónica de referirse al último rastro de la muerte que, convertida en algo cotidiano, quedaba prendida en los enlosados de aquella fábrica de verdugos que había sido creada para mayor gloria del Tercer Reich.

—Rottenführer-SS Wilhelm Racht —ladró Frank—. Arroje esos cadáveres a la ciénaga. ¡Inmediatamente!

—¿No los vamos a quemar como hacemos siempre, en los hornos, *Herr Lagerführer*?

—Qué más da —dijo Zierys, sentándose en su silla, mientras reflexionaba sobre los cadáveres desnudos que quemaban en Hartheim y de los que se vanagloriaba Lonauer. Él mataba y quemaba a muchos más que aquel doctor de pacotilla, pero no disfrutaba con los subhumanos una vez muertos. En vida, cuando aún se les estaba matando o torturando psicológicamente o devastando sus cuerpos en la cantera... eso sí era divertido. Pero, una vez muertos... no. Era cosa de muy mal gusto disfrutar del acto de eliminación de los residuos. Lo encontraba enfermizo—. Ahora solo quiero que los saque de mi vista. Además, ¿no habíamos quedado en la vía del tren que obedecería mis órdenes y no haría preguntas?

El cabo se cuadró y procedió a arrojar el primer cuerpo a la ciénaga. Como no se hundía, Racht lo cogió de una pierna y lo fue arrastrando a la parte más honda hasta que desapareció. Cuando hubo terminado fue a por el segundo cadáver.

—Se presenta el Schutzhaftlagerführer Georg Bachmayer... —comenzó el jefe de seguridad en ese momento, con la voz entrecortada luego de su carrera.

—Diga lo que tenga que decir y deje las formalidades para otro momento —le interrumpió Zierys, con gesto adusto.

—Tengo un mensaje urgente para ustedes.

—Pues razón de más para que nos lo diga ya —apuntó Frank, que hacía tiempo que había perdido la paciencia.

Bachmayer comenzó a leer un papel que llevaba en la mano, como si no pudiera recordar el mensaje o no terminase de creer lo que había apuntado.

—El Sturmmann-SS Rolf Weilern pide que vayan a rescatarle inmediatamente a Sankt Valentin. Afirma que Adolf Schule, el asesino, y el Lagerältester de nuestro campo, Markus Keller, más conocido como Godzilla, se han personado en su vivienda con la intención de asesinarle. El verdadero asesino no es Harald Bauer,

como antes creíamos, ya que este, afirma Rolf, es en verdad un agente de la SD. —Bachmayer miró a la concurrencia, para comprobar el efecto de sus palabras en la misma. Meneó la cabeza y prosiguió—: El culpable, a juicio siempre de Rolf Weiler, no es sino el jefe de la banda de niños que juega en el patio de detrás de su casa a guardias y prisioneros. —Levantó de nuevo la cabeza en dirección a Otto—: Asegura su hermano que usted entenderá a qué se refiere. Por último, aconseja que se pregunte a Lonauer y a la señora Schule sobre el aspecto de Adolf y qué querían decir cuando afirmaban que no aparentaba su edad. Fin del mensaje.

Ziereis soltó una carcajada.

—Vaya. Su hermano ha resuelto el caso. ¡Enhorabuena! —dijo, mirando a Otto, que se había quedado mortalmente pálido—. Un grupo de niños son los asesinos. Maravilloso. Menos mal que tenemos a Rolf porque de lo contrario nunca habríamos dado con la verdad.

Ziereis volvió a reír, doblándose sobre sí mismo. Nadie le secundó. Una atmósfera extraña flotaba en el aire.

—*Herr* Lonauer, dígame. —Otto tampoco encontraba graciosa aquella situación y se había dirigido al doctor con una voz, aunque sosegada, que dejaba translucir un punto de pánico—. Antes, cuando hemos hablado, usted ha comentado que Adolf no aparentaba su edad. También lo hizo *Frau* Schule. Yo he entendido en ambos casos que aparentaba mucha más edad, en tanto mi sospechoso, Harald Bauer, aunque contaba en su documentación aparentemente con diecinueve años, en realidad podría pasar por un hombre de veinticinco o más. ¿Encajaría Adolf en esta descripción?

Dora Schule se adelantó al doctor en la respuesta. Seguía creyendo que su hijo era inocente y, aunque no entendía muy bien lo que estaba sucediendo, intentaría probarlo mientras le quedasen fuerzas.

—¡De ninguna manera! Todo lo contrario. Mi hijo es muy delgado, bajito, de apenas metro cincuenta. Cuando yo decía que no aparentaba su edad me refería a que a los diecisiete parecía un niño de trece como mucho. Seguro que el doctor corroborará lo que digo.

—En efecto —dijo Lonauer—. Además, tenía ese tipo de gesto aniñado que podría haberle hecho pasar por alguien mucho más joven.

—Entonces, si el asesino no es Harald... —Otto frunció el ceño, intentando pensar con la velocidad que la situación requería. Se volvió y miró el cadáver del muchacho con traje de a rayas que había encontrado junto al padre de Schule. Y entonces se dio cuenta de que la teoría de su hermano de que un niño o, más bien, alguien que parecía un niño, había venido a asesinarle, no era ni mucho menos descabellada.

En ese momento sucedieron varias cosas al mismo tiempo. Otto se abalanzó hacia el Kübelwagen del doctor, dispuesto a montar en él y emprender una loca carrera hacia Sankt Valentin. Sin embargo, Karl Schultz, que estaba más cerca que ninguno del automóvil, pues había contemplado la escena del reconocimiento de los cadáveres

a una prudente distancia, para no ensuciar sus botas ortopédicas, fue el primero en llegar al vehículo.

—Por orden de la Cancillería del Reich le conmino, Obersturmführer-SS Weilerin, a que me dé un minuto antes de ir en busca de su hermano. El Untersturmführer-SS Skorzeny está mucho más cerca que usted de la casa y podrá llegar probablemente a tiempo de detener a los asesinos, si realmente es verdad lo que acabamos de oír.

Entonces se apercibieron todos que Schultz había conectado un Feldfernsprecher al tendido telefónico. El Feldfernsprecher era el modelo estándar de teléfono móvil de campaña y se utilizaba especialmente para estar conectado en situaciones de combate. Sin embargo, también podía tener otras aplicaciones: ahora les permitiría hacer una llamada rápida sin haber de recorrer el kilómetro hasta la entrada del Lager que terminaba de hacer a la carrera Bachmayer. Ganarían unos segundos preciosos. El jefe de la oficina política puso en funcionamiento la dinamo del aparato dándole vueltas a una manivela y gritó: «¿operadora?».

En aquel momento de la investigación, Frank estaba preparado para oír casi cualquier cosa, menos que aquel cojo estúpido tomase las riendas del asunto y pretextase tener órdenes directamente de Berlín. ¿Acaso no era él, Frank Zierys, el comandante en jefe del campo? ¿Tenía el comandante que enterarse siempre el último de todas las cosas?

—¡Schultz! No habrá creído por un momento en las palabras de ese tonto de Rolf, ¿no? Además, ¿por orden de quién dice que está actuando? ¿Del *Führer*? ¿Y quién demonios es ese tal Untersturmführer-SS Skorzeny?

Karl Schultz levantó la barbilla, pavoneándose delante de su jefe.

—Ayer noche recibí instrucciones especiales en la Oficina de la Policía Política. Se me informó que el hombre que conocemos como Harald Bauer se llama en realidad Otto Skorzeny y estaba en nuestro campo realizando una misión de vigilancia privada en nombre de nuestro *Führer*. Por alguna razón que desconozco, debe preservarse a toda costa la vida de los hermanos Weilerin. Se me informó también que estuviera preparado para una acción rápida en caso de que surgieran inconvenientes.

Schultz no añadió nada más a su aserto y, volviendo a tomar el auricular de su Feldfernsprecher, comenzó a hablar con la operadora.

—Póngame con el edificio de las Juventudes Hitlerianas en Rems —dijo Schultz, mientras se encaramaba al pescante del vehículo. Al cabo de unos instantes de tensa espera, dijo en voz alta, para que todos le oyeran, que no encontraban a Skorzeny, que le estaban buscando.

—¡Por el amor de Dios! —Zierys tumbó su silla Thonet de una patada y luego penetró en la ciénaga, mientras gritaba, presa de un repentino ataque de nervios—: ¡En el campo de Mauthausen yo soy el último mono! ¡Nadie me explica nada porque, claro, yo soy solo un simple Lagerführer, el comandante en jefe! Antes que yo debe informarse a tenientes, cabos, sargentos, y a todo el que pase por ahí... ¡a todos

menos al comandante! ¡A todos menos a su comandante, pandilla de inútiles! ¿Para qué me van a informar a mí de nada desde Viena o Berlín? ¿Para qué, cuando puedo pasearme por el Lager haciendo el ridículo con la boca abierta, de sorpresa en sorpresa todo el maldito día? No, claro, eso es mucho más divertido. ¡Mirad como me río! ¡Ja! ¡Ja! ¡Me parto de la risa!

Mientras Frank Ziereis avanzaba chapoteando y el barro le llegaba ya a la cintura, Otto seguía de pie, delante de la puerta del Kübelwagen de Lonauer, esperando. Apenas podía aguantar más sin hacer nada, sin poner el coche en marcha e intentar al menos regresar a casa lo antes posible. Volvió la cabeza, intentando pensar con claridad, y su mirada tropezó de nuevo con el cadáver del niño encontrado en la ciénaga. ¿Por qué Schule le había matado? ¿Por qué Braun no había señalado ese cuerpo en el mapa? ¿O no lo habían matado ellos? La presencia de aquel cadáver significaba algo. Lo tenía en la punta de la lengua. Si hubiera dormido al menos cinco horas la noche anterior seguro que ahora sería capaz de entender la importancia de ese asesinato, que no formaba parte de la lista de Schule. Espera, era la lista de Braun, la lista en el mapa que había confeccionado el Blockführer. Adolf Schule no tenía ninguna lista. ¿Acaso había matado a aquel niño a espaldas de su cómplice? Y si era así... Por un momento, estuvo a punto de descifrar el último término de la ecuación, pero volvió a desaparecer, a escaparse entre sus dedos. Eso le hizo sumirse en la desesperación.

—Por favor, *Herr* Schultz, debemos partir ya —suplicó.

Por fin, Karl había conseguido contactar con Skorzeny y hablaron brevemente. Mientras esto sucedía Otto dio la vuelta al automóvil y se subió por el lado del conductor.

—No puedo esperar más, señor.

—¡Pero el teléfono está conectado al poste! —objetó este—. Si pone el coche en marcha arrancará de cuajo el tendido o el teléfono, o ambos, a los pocos metros.

Otto sonrió. Una sonrisa felina, la de un padre que lucha por defender a su hijo, la de un hermano menor que lucha por defender a su hermano mayor.

—Pues entonces, Jefe, le aconsejo que acabe su pronto con su conversación... ¡y se agarre bien fuerte!

Diario de Rolf Weilern

Noviembre 1940

Lección 6:

Fronterlebnis:

Camaradería de combatiente

(o de cómo pasé de traicionar a mi hermano a no saber si voy a seguir vivo mañana)

XXIII

Mi diario ya se terminó en la lección anterior. Considera este capítulo, querido hermano, como un epílogo. Porque quiero dirigirme a ti en este momento final, pues sé que las palabras que ahora digo bien podrían ser las últimas que nunca salgan de mi boca, de mi pluma.

Tengo poco tiempo. El enemigo me espera a la puerta de casa y pronto podré disfrutar de la Fronterlebnis, de esa experiencia y camaradería en el combate que tú querías que yo aprendiese a amar leyendo las novelas de Werner Beumelburg. Yo siempre preferí el género policíaco al bélico, las historias americanas de detectives a las grandes batallas y la épica.

Pero tú, cegado por tus creencias, cada vez que publicaban una novela de Beumelburg, me la traías a casa e insistías en que la leyésemos juntos, esperando que ese sentimiento de camaradería entre soldados, de amor por la guerra, naciese espontáneamente en mí leyendo esos panfletos ridículos.

Como siempre, intentabas que el tonto de Rolf fuese un buen SS como tú. No sabías que ser un buen SS equivale a ser mala persona y que uno sale perdiendo con el cambio. Además, esas novelas tan malas de Beumelburg no podrían convencer ni a alguien tan idiota como yo.

Te voy a ser sincero: siempre las desprecié. Odiaba todas esas historias rimbombantes que tratan de ensalzar la grandeza de la guerra, la maravilla de luchar (¡y morir!) por tu país, la felicidad de ser una tonta res que a la que se conducen orgullosa al matadero.

Y es que yo, Rolf Weilern, este pobre tonto, sabe mejor que nadie qué se siente siendo una res. Por eso puedo asegurarte que...

-La guerra es una mierda (con perdón); matar, odiar o la misma palabra enemigo, son una mierda aún más grande.

-Morir es un horror, sea o no por la patria.

-Ser una jodida res camino del matadero es peor aún que estar muerto.

Pero ahora ha llegado el momento de que yo tenga mi propia guerra privada. Un grupo de fanáticos quieren matarme: seguramente son seguidores de la literatura patriótica y las novelas bélicas nazis. Aman la Fronterlebnis y quieren ser soldados ejemplares, algún día, cuando crezcan. No sé si luchando por mi vida conseguiré entender la grandeza en la batalla que esas novelas pretenden transmitir. No lo creo.

Dejo mi diario en mi habitación, en el primer estante, junto a «El grupo Bosemüller» tu novela preferida de Beumelburg.

Tengo mi pistola, tengo un enemigo y no estoy listo para morir. Probablemente podría ser un personaje de una novela belicista de las que te gustan, el típico cobarde al que, poco a poco, camaradas más inteligentes y racialmente puros, le consiguen transmitir valores típicos de los SS y comprende qué grande es luchar por tu país. Al final, por supuesto, muere en una trinchera anónima con una sonrisa de felicidad en

los labios.

Pero prefiero creer que soy un investigador privado que ha avanzado tanto en la resolución de su caso que «los malos» quieren acabar con él porque pronto acabará las pesquisas de los crímenes que dio en llamar Asesinato en Mauthausen. Eso me convertiría más en un personaje de novela de detectives. Espero que no te enfades por ello.

Te quiero, y ahora que comienzo a darme cuenta de que no soy tan tonto, sería una pena dejar este mundo sin poder enseñarte que, tal vez, Otto, tú tampoco eres tan listo: has dejado que los nazis te convirtiesen en otra anónima res que va camino del matadero del nacionalsocialismo. Y avanzas convencido de estar sirviendo a una patria para la que solo eres eso, una res, y no un ciudadano.

Te amo, hermano, y tenemos mucho de lo que hablar y mucho que vencer juntos. Que esta guerra (o cualquier otra) no nos lo impida.

Te dejo, al menos de momento. Voy a apagar las luces y a esconderme lo mejor que pueda para cogerles por sorpresa. Oigo a mis enemigos gritar en la calle y sé que no tardarán en venir.

Voy a luchar... pero por mi vida no por la patria. Ella ya tiene bastantes defensores y yo solo tengo a Rolf Weilerin.

FIN DE LA SEXTA LECCIÓN

Capítulo 7

AUF DER FLUCHT ERSCHOSSEN

(Disparando al que huye)

Harald Bauer nunca se había llamado Harald Bauer. Su verdadero nombre era Otto Skorzeny y era ingeniero de profesión. Había nacido en Viena hacía treinta y tres años pero era una de esas personas de gesto jovial que en las primeras décadas de su vida es imposible saber qué edad realmente tienen. Para no parecer un niño solía dejarse un poblado bigote, aunque, cuando tuvo que asumir la identidad de Harald Bauer se lo había recortado y así se había hecho pasar por un joven aprendiz de verdugo de diecinueve años en la Banda de la Calavera. Estaba seguro de que así sería más fácil hacerse amigo de Rolf Weilerin.

No se había equivocado. Al principio, su principal preocupación había sido que Rolf encajase en su rol de miembro de la Banda de la Calavera, ya que tenía miedo que algún vecino o compañero lo denunciase a las autoridades tachándolo de incapaz y que, a causa de ello, algún funcionario demasiado escrupuloso decidiera ponerlo en alguna lista de «idiotas» que debían ser depurados. Estaba seguro que, llegado el caso, en la Cancillería del Reich revocarían una orden semejante, pero prefería no tener que pedir favores a sus superiores y solucionarlo todo él mismo. Le habían encomendado la misión de proteger a aquellos dos hermanos y, muy pronto, había descubierto cuáles debían ser sus prioridades, cumpliéndolas a la perfección. Al menos, hasta setenta y dos horas atrás, cuando todo se fue al traste con el descubrimiento del primero de los cadáveres, en los barracones en obras del nuevo Hospital de las SS. Desde entonces, no había dado una a derechas.

Su posición como guardaespaldas, infiltrado o lo que fuese, había comenzado, no obstante, mucho tiempo atrás. En realidad todo había sido fruto de la casualidad. En otoño de 1940 el Untersturmführer-SS Skorzeny servía en la 1.^a división Leibstandarte SS Adolf Hitler. Había combatido en Cambrais, muy cerca de donde la división de la Calavera de Theodor Eicke luchaba también a brazo partido contra los aliados. En una fiesta habían trabado amistad. Terminada la batalla de Francia fue llamado a la jefatura de las SS y se le eligió, tras unas pruebas superficiales, para una misión secreta. Por lo visto, venía recomendado. Skorzeny no ignoraba que detrás de todo aquello estaba el mismísimo Gruppenführer-SS. Le extrañó, sin embargo, que aquella misión especial consistiera en proteger la vida de dos sobrinos de Theodor, que servían a la Nación en la retaguardia, muy lejos del frente o de cualquier otro lugar donde, en principio, pudieran correr algún peligro. Pero no tardó en darse cuenta de que la misión era más importante de lo que parecía. Se le informó que seguiría formando parte nominalmente de la división Leibstandarte, y aunque trabajaría para los servicios de inteligencia de las SS, estos ni siquiera conocerían su misión, pues él solo respondería de sus actos ante el propio Adolf Hitler. No hizo más preguntas. Iba a servir personalmente al *Führer* y seguro que él tenía buenas razones para encomendar a un hombre de su valía una tarea semejante.

Sin embargo, tal vez el Presidente del Reich se hubiera equivocado al elegirle. Se estaban cometiendo a su alrededor una cadena interminable de asesinatos y él no tenía la menor idea de por qué. Las vidas de los dos hombres a los que tenía que

proteger tal vez estuvieran en peligro, pero él no sabía en qué medida, ni cómo evitarlo, y de hecho su falsa identidad había sido revelada y los propios hermanos Weilern le consideraban el principal sospechoso. Por todo ello, se había refugiado en uno de los locales de las Juventudes Hitlerianas, en Rems, cerca de su familia, y allí llevaba sentado casi un día entero, esperando que la fortuna le diese algo que hacer. Sin embargo, aquel viejo edificio, la antigua sede del partido socialdemócrata alemán en la región, incautada tras su ilegalización, no le daba muchas oportunidades de ocio. Solo había salas vacías, toneladas de documentos inútiles y demasiado tiempo para reflexionar en los errores cometidos. Como por ejemplo, cuando había intentado hablar con Rolf y explicarle lo que estaba sucediendo. Le había seguido hasta el Castillo de Hartheim y trató de aprovechar la avería en el Opel para hablar con él, aunque fuese un breve instante. Aquella imprudencia casi le cuesta la vida, aparte de poner en peligro su misión. Y debía proteger a los hermanos Weilern, no ponerlos en peligro a ellos o a sí mismo. Así que, de momento, hasta que supiera cómo actuar, no tomaría más iniciativas.

—¡Maldita sea!

Otto veía pasar las horas y se paseaba como un animal enjaulado. Necesitaba algo que hacer. En el campo de Mauthausen, un lugar horrible que había aprendido a odiar más que a ningún otro lugar de este mundo, a menudo ocupaba su tiempo en las misiones que sus superiores llamaban *Durchkämmen*, que consistían en explorar los barracones de los presos buscando escritos con inclinaciones políticas, o cualquier artículo prohibido. Naturalmente, nunca encontraba nada, y aunque lo encontrase, no solía dar parte, pero ese juego del gato y el ratón le mantenía entretenido, alerta, porque los prisioneros inventaban mil maneras de esconder los objetos que le eran preciosos. Una teja suelta, una manta vieja, un pedazo de madera levantado del suelo... cualquier lugar era bueno para ocultar la foto de un ser querido, unos cigarrillos o un poco de comida hurtada en las cocinas. La comida, precisamente, era lo más valioso que uno podía poseer en el Lager. En un lugar donde seres humanos morían a centenares de inanición por los trabajos forzados, un trozo de carne reseca podía ser la diferencia entre la vida y la muerte.

Alejando de su cabeza los malos pensamientos, sacó de una carpeta la foto de Adolf Schule. Su madre, Dora, se la había dado cuando la visitó bajo la identidad supuesta del Inspector Dalbauhar. La miró con cuidado. El niño, en aquella fotografía no tendría más de seis años. Unos ojos despiertos, una mirada triste, cariacontecida, afligida por el llanto. Era la única instantánea que la señora Schule había podido salvar cuando su marido quemó todos los recuerdos de su hijo enfermo. Aquel rostro le resultaba familiar; aquella mirada triste todavía más, pero el niño había crecido y Skorzeny no terminaba de situar los rasgos en el cuerpo de un adulto. Porque el niño que le miraba era demasiado pequeño; ahora no se parecería lo suficiente a aquella foto para poder reconocerlo a primera vista. Necesitaba una foto más reciente. Entonces tuvo una idea. Se imaginó a Schule en su casa: un pequeño fanático nazi

con mucho tiempo libre. Skorzeny sabía dónde habría empleado buena parte de ese tiempo.

—¡Muchacho!

Un joven estaba de guardia en el edificio de las Juventudes Hitlerianas. Sin dudarle, le mandó que le trajera cualquier fotografía o publicación que tuviera que ver con desfiles o actos públicos de las Juventudes de los contornos. El muchacho así lo hizo, servicial, y Skorzeny se estuvo dos horas leyendo artículos del *Völkischer Beobachter* y otras publicaciones de propaganda nazi, la mayor parte locales. Luego ojeó cientos de panfletos de propaganda e informes de vacaciones campestres de las Juventudes en los años anteriores, actividades que los nazis llamaban *Fahrt* y los niños coloquialmente «irse de colonias». Pero sobre todo, en cada reportaje, diario o publicación, Skorzeny buscaba fotos: niños de uniforme caminando por un sendero, con el brazo en alto, haciendo ejercicios gimnásticos... Reseguía cada cara, cada gesto, buscando algo que le llamara la atención o un pie de foto que rezara: Adolf Schule en el desfile de Linz en honor al Gauleiter August Eigruber, por ejemplo. Al fin, cuando ya había perdido la esperanza, su corazonada tuvo éxito. En una foto de grupo, entre otros muchos niños vestido de uniforme, vio el nombre de Schule. Estaba rodeado de al menos veinte niños de su misma edad, haciendo cola para entrar a una exposición de Arte Degenerado. A primera vista, no reconoció a ninguno de aquellos muchachos, la mayoría adolescentes de quince años o dieciséis a lo sumo. Además, había pasado casi tres años. ¿Cuál de ellos sería? Desesperado por encontrarse tan cerca y a la vez continuar a ciegas, volvió a llamar al muchacho que estaba de guardia. Se llamaba Peter.

—Peter, quiero que llames a todos cuantos conozcas de entre tus amigos afiliados a las Juventudes aquí en Rems. Necesito a alguien que pueda reconocerme a un muchacho que estuvo en vuestra organización en Amstetten. Su nombre es Adolf Schule.

—¿Adolf el loco? —repuso el muchacho.

—¿Le conoces?

—¿Y quién no? Ese tipo estaba mal de la cabeza. Durante el poco tiempo que coincidió con nuestra tropa en Rems, nos denunció prácticamente a todos. Por no llevar el traje limpio, por no creer en las consignas del partido, por haber hecho un chiste sobre la persona del *Führer*... Los maestros le adoraban pero nosotros le odiábamos. En su pueblo consiguió que la mitad de los afiliados a las Juventudes lo dejaran. Cuando supimos que se había vuelto loco y se lo llevaron al Castillo de la Muerte, más de unos se alegró.

Skorzeny le entregó la foto al muchacho.

—¿Tú también te alegraste?

—Yo el primero —reconoció con una sonrisa su interlocutor, señalándole al tercer niño de la segunda fila—: Este es Adolf Schule.

Skorzeny se quedó mirando fijamente el rostro que le señalaban. ¿Dónde había

visto antes esa cara? Aún estaba reflexionando sobre ello cuando la telefonista del centro entró corriendo en la habitación.

—Tiene una llamada urgente, *Herr Skorzeny*.

Corrieron hacia la centralita. Bajaron al piso inferior por una escalera baja y Otto casi se dio en la cabeza con el techo. Al llegar a la centralita, Otto cogió el teléfono, resoplando:

—Al habla el Untersturmführer-SS Skorzeny. ¿Con quién hablo?

—Aquí Karl Schultz, de la Gestapo. He recibido órdenes de darle apoyo logístico en caso de que surgieran problemas...

De pronto, la comunicación pareció cortarse. Se oyó un sonido parecido a un frenazo y al cabo el pitido de un claxon. Skorzeny comprendió que el oficial estaba llamando desde un teléfono de campaña y que el cable se cortaría en cualquier momento porque, por increíble que pareciese, estaban en movimiento con el cable aún conectado. La situación, sin duda, era grave, si estaban tomando medidas tan extremas.

—¿Qué sucede, por Dios? —dijo Skorzeny.

—Rolf Weilern ha llamado al Lager pidiendo ayuda. Parece ser que el asesino ha ido a Sankt Valentin para atacarle. Aún no estamos seguros del todo de que la información sea correcta, pero hay ciertos indicios sospechosos y... bueno, estaremos allí en cuestión de minutos.

—Perdóname, Harald, esto... *Herr Skorzeny* —dijo entonces una voz conocida. Era Otto Weilern—. Por un momento creí que era usted el asesino.

El asesino. Skorzeny cerró los ojos un breve instante y luego los abrió, mirando fijamente el rostro de la foto, que aún tenía entre las manos. Y entonces, súbitamente, lo reconoció. De hecho, lo habría reconocido desde el primer momento si no le hubiese despistado el uniforme de las Juventudes. Porque su mente no podía asociar al asesino con un uniforme nazi: cuando fue capaz de mirar aquel rostro y abstraerse de su uniforme, lo reconoció al instante.

—Voy corriendo a Sankt Valentin —gritó a sus interlocutores—; estoy a menos de cinco minutos de allí. ¡Detendré a Schule!

Pero antes de irse les dijo a ambos la verdadera identidad del asesino: el nombre por el que todos habían conocido a Schule en Mauthausen. A pesar de que, en ese instante, Otto Weilern estaba esquivando un carromato con un cargamento de heno y pasando entre dos bueyes y otros tantos desconcertados transeúntes, que descendían la pendiente del campo, no pudo evitar contener la respiración cuando supo la identidad del hombre que llevaba buscando tanto tiempo.

—Dios mío, *Herr Skorzeny*. Soy un completo idiota. ¿Cómo no me di cuenta antes? —La voz de Otto era la de una persona aterrorizada. Sabía que su hermano nunca desconfiaría del asesino. Rolf, por mucho que hubiese avanzado más que él en sus conclusiones, creía saber quién era el asesino: era el jefe de la cuadrilla de niños que jugaban detrás de su patio. Un muchacho alemán de los contornos que, de alguna

manera, había tenido acceso al Lager para asesinar a Streisser o Boldt, entre otros. No se detendría a pensar en que, por fuerza, Schule, que aparentaba trece años, se había colado en el campo por mucho más tiempo que unos breves momentos, durante los que cometía sus asesinatos. No; Adolf Schule vivía permanentemente en Mauthausen bajo un disfraz y usaba al Blockführer Braun para poder entrar y salir a voluntad. Y Rolf, por mucho que tuviera dudas, nunca daría con el verdadero culpable. Amaba demasiado a aquel pobre niño porque le creía un igual, un alma solitaria, denostada por el nacionalsocialismo a causa de sus defectos: en el caso de Rolf, el ser un hombre con un coeficiente bajo, en el del asesino, el ser un pobre niño rojo, republicano, sordomudo y solo.

—¡Skorzeny! Rolf se va a dejar matar. ¡Se va a dejar matar! Ayúdelo. ¡No deje que Ícaro le haga daño!

Pero el teléfono se había descolgado y se arrastraba ya lejos del coche, dando botes por la carretera. Además, Skorzeny ya no estaba al otro lado de la línea. Corría a toda velocidad escaleras abajo, con las llaves de su Mercedes en la mano. Estaba resuelto a salvar la vida de su amigo.

Los SS del campo de Mauthausen tenían una frase para designar el asesinato de un preso, simulando un intento de fuga. Así, cuando ejecutaban a un hombre siguiendo este método particularmente cínico, apuntaban en su lista: «*Auf der flucht erschossen*» (Disparo al que se escapa, vendría a decir, poco más o menos, en alemán). A Adolf Schule, durante su estancia en el campo, esta expresión le había parecido, no cínica sino cargada de una hermosa y sutil ironía. Por ello, cuando dio la orden de atrapar a aquel maldito retrasado de Rolf Weilern, utilizó la misma expresión para dirigirse a su grupo de amigos y al Lagerältester Godzilla.

—*Auf der flucht erschossen!*

Se oyeron vítores. Adolf, teatralmente, se quitó su traje a rayas de preso y lo arrojó al suelo. Luego hizo lo mismo con la gorra. Ícaro había muerto. Aquel era el último saludo a los escenarios del que le había hablado a su fiel Braun antes de asesinarle. Este se había interesado al descubrir la verdad sobre su amo por lo que haría con su disfraz de niño español. Schule lo usaría una vez más para poder regresar al campo y convencer a Godzilla de sumarse a su causa. Pero ahora, por fin, cumplida su última misión, Ícaro se despedía de los escenarios y moría otra vez y para siempre. Adold Schule volvía a ser un niño ario nacionalsocialista: lo que siempre había sido. Sus camaradas guardaron la ropa de presidiario, el *drillich*, en un hatillo, y le entregaron pantalones, zapatos y camisa nueva. Todo lo habían robado o traído de su propio guardarropa y siempre que se reunían en su Lager imaginario, le hacían entrega al principio del juego. La transformación se completaba con una insignia de Auxilio de Invierno y una hermosa cruz gamada, que su líder se prendía en la solapa.

—*Auf der flucht erschossen!* —gritó de nuevo Adolf Schule, de vuelta a su propia piel.

Todos gritaron la orden de su comandante y se abalanzaron contra las ventanas de la casa. Rolf, desde dentro, había tomado la precaución de cerrar las aldabas y las contraventanas, de tal forma que los forcejeos resultaron inútiles. Ni siquiera los fuertes golpes del Kapo en jefe sirvieron para abrirse paso dentro de la vivienda. Rolf había apagado las luces y esperaba oculto en el hueco de la escalera a que se desarrollaran los acontecimientos. No se sentía un cobarde pero tampoco un valiente. Aquella situación era lo bastante demencial como para que un elemental instinto de supervivencia le indicase que debía mantenerse a resguardo. Entonces oyó el sonido de un cristal que se rompe en el sótano.

—Han entrado por la ventana de abajo —se dijo. Y al instante comprendió que estaba perdido si no actuaba con decisión. Acabarían entrando uno a uno y le acorralarían más tarde o más temprano. Tenía que contraatacar antes de que estuvieran todos en el interior. Reuniendo fuerzas de flaqueza abandonó su escondrijo y fue en busca de sus enemigos. Gruesas gotas de sudor le corrían por la frente. Al abrir la puerta del sótano oyó un sonido extraño y se sobresaltó. Levantó su arma y apuntó hacia la oscuridad.

—Atácale —dijo una voz—; es solo un cobarde y un retrasado. No disparará. —

Rolf comprendió, por el timbre agudo e histérico, que se trataba de Adolf Schule: su enemigo.

—¿Recuerdas cuando mató a Juanita? Entonces sí disparó. —Rolf seguía sin poder ver más que contornos y sombras, mientras sus ojos se acostumbraban a la penumbra, pero reconoció la voz de Godzilla.

—Entonces lo hizo porque le pusieron al límite de su resistencia, y aún así tardó casi diez minutos en decidirse a disparar. Ahora solo es cuestión de segundos. Atácale te digo. No disparará. ¡Es un débil mental! No podría reaccionar a tiempo ni aunque en verdad lo desease.

Rolf no se había movido del umbral de la puerta. Esperaba, sintiendo que la ira crecía dentro de él. ¿Un débil mental? Pronto iban a aprender lo que un débil mental era capaz de hacer. Un ruido, un cuerpo en movimiento tratando de abalanzarse sobre él desde detrás de unas cajas. Rolf comenzaba a entrever algo más que formas veladas y disparó cuatro veces tratando de apuntar con cuidado y no desperdiciar balas. Un ruido sordo, como de algo que cae, sustituyó al sonido atronador de su Luger. Tembloroso, se acercó al mando de la luz y, armándose de valor, le dio al interruptor. Godzilla yacía en el suelo con un tiro en medio de la frente y otro en el cuello. Los otros dos disparos se habían perdido y habían acabado en el suelo y la pared. Esta vez, Rolf no había sentido pánico, ni siquiera miedo. Había matado intentando salvar su propia vida. Además, de alguna forma, ya no era la misma persona de apenas unos días atrás, cuando disparó por primera vez su arma. Toda aquella investigación le había transformado y apenas era capaz de reconocerse a sí mismo.

—Pobre Godzilla. —Sentía lástima por el antiguo seguidor de Röhm, que no había podido vengar a su jefe. Así eran las cosas en la vida real. En los relatos o las películas, un hombre que planea largamente su venganza se ve envuelto en diversas situaciones, enigmas, adversidades... antes de fracasar o salir airoso de su misión. Pero a menudo, los hombres vivimos historias incompletas, luchando largamente por un objetivo que no alcanzamos siquiera a vislumbrar. Godzilla lo había arriesgado todo para morir sin haber podido ni acercarse a dos metros de Rolf el tonto.

Pero Schule era, por el contrario, demasiado listo y tenía demasiada suerte para ser el protagonista de una de aquellas historias incompletas. Él llegaría al final del camino, fuese el que fuese.

—¿Dónde estás Adolf? —dijo Rolf, dispuesto a terminar con todo aquello de una vez y cerrar todos los caminos y las sendas que su enemigo tuviese abiertos. Si lo encontraba, le mataría aunque estuviese desarmado. Le mataría sin pestañear. Aquel joven era un monstruo y no merecía que nadie titubease a la hora de acabar con su vida.

Pasaron un par de minutos lentos, a cámara lenta, en los que Rolf se movía torpemente por el sótano, girando una y otra vez sobre sí mismo, intentando vislumbrar a su contrincante o contrincantes. No sabía cuántos niños habían

conseguido colarse por la ventana antes de que él llegase, ni siquiera si el mismo Adolf Schule lo había hecho. Era el tipo de cobarde capaz de mandar a sus acólitos en vanguardia, mientras él aguardaba afuera el resultado de la expedición. Entonces recordó que había oído una voz de mando en las sombras que solo podía pertenecer al jefe de aquel grupo de pequeños asesinos. Y entonces Rolf dijo:

—Nunca hubiera sospechado de ti de no haber hablado con tu madre. La oí decir que no aparentabas tu edad. Todos entendimos que aparentabas más edad de la que tenías, que eras un muchacho de dieciocho que aparentaba veintimuchos, pero ninguno imaginamos entonces que fuese al revés, que estuviese describiendo a alguien con la apariencia de un mocoso de doce o trece. Fue así como de pronto me di cuenta de que podías ser el jefe del campo de concentración que había bajo mi ventana, en el patio.

Una voz rio entre las sombras. Rolf saltó detrás de una caja y la derribó. Un montón de ropa y de cuentos infantiles se desparramó por el suelo. Encontró una mesa, un viejo pupitre y se protegió tras él. Pero a Adolf Schule no se le veía por ninguna parte.

—La primera vez que te vi —añadió Rolf, con la voz endurecida—, me convencí a mí mismo que eras el hijo de alguien que los SS o las Tropas de Asalto habían purgado por tener ideas de izquierdas. Pensé que me odiabas por llevar el uniforme de la Banda de la Calavera cuando en realidad me odiabas por ser un tonto a tus ojos, por no merecer llevar este disfraz de verdugo. Debería haber imaginado que vuestro grupo estaba recreando las condiciones de un campo de concentración real y que nunca pondrían al frente de él al hijo de un comunista. Estabas al frente del grupo no solo porque eras el mayor sino por ser el más nazi y fanático de todos.

—Tú no tienes ni idea de lo que es un nazi, «idiota» —dijo una voz a su derecha.

Rolf disparó. Pero no había llegado ni a entrever a la sombra que había hablado porque solo era una treta para despistarle y que malgastase otra bala. Lo entendió demasiado tarde.

—¡Ey, idiota! De detrás de una mesa vio surgir la figura de Joseph F.; se volvió y disparó sin pensárselo dos veces, tal era su rabia y determinación. Pero falló y la bala se incrustó a dos palmos del muchacho, en una vieja silla apolillada. Joseph, sin mostrar ni un atisbo de sobresalto, se tocó la visera de su vieja gorra de la Luftwaffe, a modo de saludo, y lanzó un objeto redondo y romo que llevaba en la mano contra la única luz del sótano. La piedra impactó en la bombilla y volvieron a quedarse a oscuras.

El sótano era una habitación cuadrada de algo más de treinta metros. Había cajas apiladas, cachivaches de todo tipo, una vieja máquina de coser, dos mesas antiguas, varias sillas desencoladas y todo tipo de objetos que habían acabado allí, poco a poco, hasta hacerlo rebosar de trastos inútiles. Rolf se hallaba casi en el centro de una sala de la que no sabía si debía salir o avanzar hacia alguno de sus extremos, o tal vez hacia la salida. Le quedaban dos balas en el cargador y su voluntad comenzaba a

flaquear.

—¡Idiota, idiota! ¡Rolf el idiota! —cantaba una voz infantil: la voz de una niña. Era Gertrud, a la que pronto se sumó Joseph y una tercera voz, más aguda, pero de adulto: la de Schule.

Rolf estaba tan nervioso que al volverse disparó accidentalmente su arma y el proyectil fue a parar al techo.

—Solo te queda una bala —dijo Adolf, echándose a reír.

Alrededor de Rolf, comenzaron a corretear sus enemigos, dos, tres o más, ya no sabría decirlo; y corrían tropezando con viejos baúles, cartones, juguetes pasados de moda, una radio que no funcionaba... Lo tiraban todo al suelo, y fragmentos del pasado de los propietarios de aquella casa, que en mala hora Rolf alquilara un año atrás, caían al suelo con estrépito. Los niños reían imitando a su líder, y luego seguían cantando su tonadilla: «¡Idiota, idiota! ¡Rolf el idiota!». Él sabía que estaban intentando ponerle nervioso para que disparase de nuevo por error o a ciegas, y por última vez, antes de precipitarse sobre él y capturarlo. Pero él era un SS de metro noventa y ellos unos niños pequeños mandados por un adulto raquítrico que no le llegaba a la cintura. De pronto, se sintió eufórico. Muerto Godzilla, no iban a poder atraparlo. Solo el fanatismo y la locura les hacía seguir allí, corriendo a su alrededor, cuando no tenían oportunidad alguna de conseguir su objetivo. De todas formas, no cayó en la trampa y aguardó en silencio, volviéndose y apuntando con su arma cada vez que alguien se le acercaba demasiado. Finalmente, cuando comprendió que Rolf no dispararía, Adolf decidió jugar su última baza y gritó:

—¡Tráiganme a Ícaro!

Se escuchó un ruido extraño, afuera, en la calle, y Rolf percibió que entre los cristales rotos de la ventana pasaba alguna cosa. Le pareció que era un bulto, como un hatillo de ropa. ¿Acaso no habrían lanzado a Ícaro, inconsciente o muerto, como si fuese un fardo, al suelo del sótano? No, entonces, el ruido del cuerpo, al caer al suelo, habría sido mucho más fuerte y seco.

—¿Ícaro? ¿Eres tú? Si me oyes... si puedes oírme... ponte a salvo. Arrástrate en silencio y escóndete. ¡No hagas ruido!

¿Le había oído? ¿Estaba en condiciones de entenderle? No lo sabía pero, en cualquier caso, tenía claro que no podía poner en peligro la vida del pequeño sordomudo y, armándose de valor, avanzó a toda velocidad hacia la ventana. Por el camino chocó con uno de los pequeños y cayó al suelo. Alguien le cogió de una pierna, pero con la otra extremidad le dio una patada a la figura que intentaba sujetarle. Se oyó un grito de rabia. Rolf se incorporó y unas segundas manos infantiles intentaron arrebatarle su arma. Rolf abofeteó en la oscuridad el rostro del chiquillo y huyó a gatas, siempre en dirección a la ventana. Por desgracia, era uno de esos días oscuros, sin luna y la penumbra se derramaba por doquier, asfixiándole. Todavía luchando contra las diminutas manos de sus perseguidores, tropezó con una figura junto a la pared y la inmovilizó, poniéndole la pistola en el cuello.

—¿Quién eres? ¿Eres tú, Adolf?

Pero su prisionero no contestó. Volvió a repetir las mismas preguntas pero no obtuvo respuesta. Hizo un rápido cacheo y se dio cuenta de que estaba tocando el traje a rayas sucio y de tela basta de un prisionero del campo de Mauthausen.

—No tengas miedo, Ícaro —le susurró, y se arrastró con el muchacho entre las sombras hasta que, a través de la ventana, un rayo de luz de una farola le devolvió el rostro de su amigo. Ícaro temblaba de la cabeza a los pies y se cogió a su cintura, rompiendo a llorar.

—No te preocupes. Yo te cuidaré.

Por segunda vez, sus ojos se iban acostumbrando a la oscuridad. La luz, aunque tenue, que entraba por la ventana, le ayudó a terminar de distinguir lo que le rodeaba. Rolf pudo ver a Joseph, a su izquierda, un poco más allá a Gertrud y a un tercer niño cuyo nombre no recordaba, cerrando el grupo. Adolf debía seguir oculto tras las cajas o la máquina de coser, como siempre sin dar la cara.

—Solo puedes matar a uno de nosotros con esa bala que te queda —dijo Joseph.

—¿Quieres ser tú? Al resto os echaré a puñetazos. ¡Por Dios! ¡Sois unos mocosos! —respondió Rolf apuntando al niño.

—Solo puedes matar a uno —insistió Joseph, haciendo como que no había oído las amenazas de Rolf—. Luego tú y tu amiguito seréis nuestros.

Esta última afirmación les debió parecer muy graciosa a sus otros dos compañeros, que se echaron a reír mientras cuchicheaban en voz baja: «Sí, su amiguito» «su amiguito». Y estallaron finalmente en carcajadas.

—¿Para qué demonios queréis a este pobre muchacho? —inquirió Rolf, moviendo nervioso su Luger de un lado a otro—. ¿Para reiros de él porque es un español, un rojo o un sordomudo? ¿Querías torturarlo?

Gertrud y Joseph se miraron y se echaron a reír de nuevo.

—Para qué lo queríamos es cosa nuestra —dijo la niña—. Tú eres demasiado tonto para imaginártela.

Aquella situación no podía durar eternamente. El tercer niño decidió que era el momento de sacrificarse por la patria y, sacando un palo que llevaba escondido a la espalda, se lanzó sin previo aviso contra Rolf. A un metro de distancia de su rival se frenó en seco. Un tiro en el corazón le hizo hincarse de rodillas. Balbució alguna cosa, se contorsionó un instante y cayó luego hacia atrás, muerto.

—¡Ahora! ¡Saca la jeringa! —dijo Ícaro.

Rolf se volvió hacia el muchacho al que tenía abrazado. Le miró a los ojos y comprendió. Notó sus ropas de civil debajo del *drillich* que, apresuradamente, se había puesto sobre ellas para engañarle. Precisamente, el traje a rayas y la gorra habían formado el bulto que había visto caer por la ventana segundos antes. Ícaro, sin su disfraz, era un muchacho alemán de un metro cincuenta; un muchacho de dieciocho años que podía pasar por uno de trece; un muchacho al que había visto dos veces, a lo lejos, mandando el imaginario Lager de Sankt Valentin; un muchacho

llamado Adolf Schule y también Ícaro. Si hubiese tenido un segundo más podría haberse revuelto, pero ese instante de duda fue suficiente. Gertrud cayó sobre su mano izquierda y la pistola, con la que podría haber golpeado a alguno de los niños, salió disparada. Ícaro le sujetaba la otra mano. Antes de que pudiese reaccionar, Joseph, sonriente, se inclinó sobre él y le clavó una jeringuilla de benceno en el corazón.

—Buenas noches, idiota —dijo.

Adolf Schule había dispuesto un perímetro imaginario en torno a la casa de Rolf «el tonto». Mientras se ejecutaba la *aktion* de la depuración del retrasado, nadie traspasaría los límites marcados por su comandante. Jutta, la hermana de Gertrud, había sido nombrada Jefa de la Oficina Política y se le había encomendado esta misión junto a los dos muchachos que restaban del grupo, Hans y Konrad. En el campo de Mauthausen, el perímetro exterior estaba marcado por un alto alambre de espino electrificado, el *elektrozaun*, pero a falta de alambre de espino o de torres de alta tensión, los niños habían marcado con trozos de cinta aislante y restos de cajas de cartón, el terreno que debían vigilar. El primer muchacho, Konrad, subido a un árbol, hacía de vigía, mientras Jutta, de pie en medio de la carretera, acechaba a los transeúntes con ojos de halcón. Hans, el más pequeño, hacía labores de intendencia como parte de la reserva estratégica.

—Se han oído disparos dentro de la casa —dijo precisamente Hans, llegando desde el patio.

—Confía en nuestro comandante, soldado. Él sabe lo que se hace. Debemos de limpiar la patria de los falsos SS que ensucian el nombre de esa sagrada organización y mancillan Alemania solo con respirar el mismo aire que nosotros. Si alguien ha muerto de un disparo, será Rolf Weilern, el idiota.

—¿Pero no lo iban a matar con la otra jeringuilla de gasolina?

—Le habrán robado el arma... ¿Qué se yo? ¡Vuelve a tu puesto en la retaguardia y deja de hacer preguntas!

—¡A sus órdenes, *Fräulein* Müller!

Konrad, desde la copa de su árbol, le hizo segundos después un gesto a su líder.

—¡Viene un coche a toda velocidad! ¡Es un coche grande!

—¿Un Mercedes? —inquirió Jutta.

—Creo que sí.

Era el espía. El único adulto al que temían de verdad. Se trataba de un infiltrado en la Banda de la Calavera. Adolf desconocía la causa, pero les había aleccionado a conciencia sobre ese tal Harald Bauer que no se llamaba Harald Bauer sino... No lo sabía, pero Schule le había mirado a los ojos y descubierto que todo en él era mentira. Harald era un hombre temerario, que servía a amos poderosos dentro del partido. ¿Cuál era su misión? Otro misterio. Pero fuera cual fuese, Adolf no le quería cerca cuando estuviese ejecutando la última parte de su plan de depuración de traidores al Reich. Porque el resto de los SS del campo, incluido Otto Weilern, eran unos estúpidos arrogantes, incapaces de ver más allá de sus propias narices, acaso tan tontos como el propio Rolf, pero el espía... el infiltrado... ah, ese no era ningún tonto.

Jutta sabía que no iba a ser fácil detener a Harald Bauer. Pero no le importaba. No fracasaría en su misión. Si era necesario, ofrendaría su vida y la de sus hombres en el cumplimiento del deber.

El rugido del motor de su Mercedes 540 resonaba por las calles de Sankt Valentin. Skorzeny miraba fijamente a la carretera, mordiéndose el labio inferior. Pensaba en Rolf, y la mera posibilidad de que estuviera en peligro le hervía la sangre. Apenas vio por el rabillo del ojo al niño que descendía del árbol. A su derecha, a algo menos de cien metros, comenzó a hacerle señales. Era uno de los miembros del grupo que jugaban en el patio trasero de casa de Rolf. Nunca le habían gustado. Desde el principio sabía que se traían algo entre manos. Había desconfiado especialmente del jefe del grupo, un muchacho siempre en sombras, que nunca mostraba su rostro. Más de una vez le había seguido, perdiéndose entre los patios y granjas del pueblo. Ahora sabía que ese hombre era Adolf Schule, que a su vez era Ícaro, que a su vez era el asesino que andaban buscando.

Skorzeny bajó la ventanilla y redujo la velocidad como si fuese a detenerse a hablar con el niño. El muchacho se confió y esbozó una sonrisa. Llevaba un cuchillo agarrado en la mano derecha, que escondía detrás de la espalda, listo para degollarle. Cuando Konrad se acercó a la ventanilla del conductor, Skorzeny pisó fuerte el acelerador y las ruedas chirriaron, dejando al mocosito boquiabierto, contemplando cómo se alejaba, burlado su puesto de control.

Al fondo, en la oscuridad, Jutta anticipó los movimientos de Bauer y había estado a punto de gritar a Konrad que no bajase la guardia. Pero el espía habría descubierto entonces su posición y probablemente Konrad no hubiese conseguido nada de todas formas: los hombres eran unos estúpidos y unos inútiles. Jutta no ignoraba que nunca alcanzaría, por ser mujer, ningún puesto de mando en la jerarquía nazi y que aquel momento era su único momento de gloria. Una mujer nunca entraría en la Gestapo ni dejarían a su cargo la Oficina de la Policía Política de un Lager. El resto de su vida tendría que servir a la patria pidiendo donativos, repartiendo banderolas o dando cursos prenatales para madres paridoras de hermosos niños arios, antes de convertirse ella misma en otra máquina de tener niños. De cómo enfrentase aquella, su única batalla, dependía su propia autoestima: nadie volvería a nombrarla jefa o responsable de nada, nunca volvería a tener a un hombre a su cargo. Aquel era su día de gloria. La radio llevaba años preparándola para sacrificarse por el Reich y esta era la ocasión de demostrar que ella era una buena nacionalsocialista.

Así que hizo lo único que podía hacer para detener a Harald Bauer: inmolarse por su *Führer* y por Alemania.

Skorzeny no vio a la niña de las trenzas hasta una décima de segundo antes de embestirla. Jutta había aparecido de la nada en medio de la carretera, con el brazo en alto, gritando: «¡Te amo, Adolf Schule! ¡Te amo, Adolf Hitler!». Skorzeny dio un volantazo, pero fue inútil: Jutta fue golpeada por el guardabarros delantero del vehículo y arrojada, literalmente partida en dos, a más de quince metros de distancia. Como se había formado hielo en el asfalto, el coche patinó otros tantos metros, y volvió a aplastar a la niña antes de embestir una señal de tráfico y, finalmente, un roble centenario, que se quebró debido a la fuerza de la colisión, y desde la mitad del árbol hasta la copa, cayó sobre la calzada, en un desfile de hojarasca y serpenteantes abalorios nevados.

Por suerte, el impacto no le dejó inconsciente. Skorzeny trepó a gatas por el amasijo de hierros, con los sentidos alerta: podía percibir el olor penetrante de la gasolina y sabía que el automóvil estaba a punto de estallar en llamas. La puerta del conductor estaba retorcida y completamente atascada; además, no conseguía llegar a la del acompañante. Se apoyó en el respaldo, levantó las piernas y rompió la luna delantera con sus botas. Saltando sobre el capó, rodando por este hasta el suelo, se había alejado apenas unos metros cuando la explosión le proyectó hacia adelante.

—¡Malditos mocosos del demonio!

Tenía un trozo de cristal clavado en la parte izquierda de la cara. Se lo arrancó. Sangraba profusamente. Se incorporaba aún a duras penas cuando, de pronto, un golpe en la base del cráneo le hizo trastabillar y caer de nuevo al suelo. Se volvió y, como en una pesadilla, vio a un niño pelirrojo con un palo en la mano, dispuesto a golpearlo de nuevo. No tendría más de seis años.

—¡Muere, muere, enemigo del Reich! ¡Eres un falso SS y un traidor a la patria! ¡Viva a Schule, nuestro líder! —gritaba.

Skorzeny no dudó: sacó su daga de la bota y se la clavó al mocosos en la pierna derecha. Luego se alejó a gatas; comprobó que tenía a primera vista todos los miembros y órganos en su sitio, y volvió a ponerse en pie, cubierto de nieve, barro y sangre. Estaba agotado, herido físicamente y también en su orgullo porque aquel grupo de chiquillos enloquecidos habían estado a un paso de derrotarle.

—¡Ah, mamá, mamá! —gritaba Hans, que había arrojado el palo al suelo y saltaba a la pata coja al encuentro de un segundo muchacho que llegaba por la carretera. A pesar de que la sangre le corría por la frente y los párpados, Skorzeny pudo reconocer al muchacho que había bajado del árbol y le había hecho señas, cuchillo en mano, aproximadamente medio kilómetro atrás, a la entrada del pueblo.

—¡Me ha herido, Konrad! ¡Ese perro comunista me ha herido! —gritaba el otro niño, intentando quitarse la daga, clavada profundamente en su muslo.

Konrad intentó ayudar a su amigo, que chillaba como un cerdo en un matadero, pero la daga había penetrado tanto en el tejido que ninguno de los dos tenía la fuerza suficiente para liberarla.

—¡Hijo de puta! ¡Hijo de puta, comunista! —chillaban ahora ambos a coro.

Skorzeny pensó que era mejor no avisarles que la hoja había seccionado una arteria y que, si conseguían sacar el arma, el niño moriría en cuestión de minutos. Konrad desistió finalmente de la tarea de ayudar a su pequeño camarada y, sacando de nuevo su propia arma, un herrumbroso cuchillo de carnicero, la exhibió delante de Skorzeny, como si quisiera amedrentarle. Pero este ya no tenía tiempo para entretenerse con aquella pareja de perturbados: sacó su pistola de la cartuchera y disparó una vez al aire. Konrad se encogió, aterrorizado. Todo su aplomo había desaparecido. Hans, por su parte, seguía chillando y llamando a su mamá.

—Os doy dos opciones: os marcháis por donde habéis venido o morís por el Reich como vuestra amiga. Vosotros decidís, mocosos de mierda.

Hans y Konrad volvieron la cabeza y miraron el amasijo de pulpa que un día había sido Jutta Müller. Ahora, partida en dos mitades, les sonreía a través de un rostro desencajado y sanguinolento, tirada en una zanja.

Skorzeny volvió a disparar al aire. Cogidos del brazo, uno saltando a la pata coja y el otro arrastrando al herido tan rápido como sus fuerzas se lo permitían, se retiraron los dos últimos miembros de la guardia de extramuros del imaginario campo de concentración de Sankt Valentin.

Entonces, Skorzeny lanzó una nueva maldición, aferrando su pistola bien fuerte en su mano derecha. Tenía ganas de disparar a Adolf Schule en la cabeza y ver su masa encefálica desparramándose por el asfalto. Intentó avanzar hacia la casa, pero descubrió que caminaba de forma errática porque le temblaban las piernas a causa del *shock* por el accidente. Incluso veía algo borroso. Daba igual: había llegado el momento de terminar con aquella pantomima.

Un resplandor, una nube de polvo blanco y de luz cegadora. Una explosión no muy lejos, hacia el este. Otto Weilern aceleró el Kübelwagen y siguió avanzando por la avenida. Los faros del vehículo se reflejaron por un instante en un cartel que animaba a los buenos ciudadanos a enrolarse para el frente. Otto casi tuvo ganas de echarse a reír.

—Siempre habrá un necio preparado para dar la vida por nuestro país —masculló.

Nadie le respondió. Schultz ni siquiera intentó un gesto de desaprobación. Sencillamente, hizo como si no le hubiese oído.

Cuando el Kübelwagen llegó a las inmediaciones de la casa de Rolf en Sankt Valentin, el Mercedes 540 aún estaba en llamas. Un par de curiosos habían salido de sus casas y contemplaban la escena. El automóvil había dado varias vueltas de campana, acabando incrustado en un árbol, en un ángulo de noventa grados. Las llamas estaban ahora en su punto álgido, pero no tardarían en extinguirse, pues el cuero de los asientos y el resto de la tapicería casi habían desaparecido. Otto intentó distinguir algún cuerpo entre las tiras de metal ennegrecido, pero el coche parecía vacío.

«*Durch den Kamin gehen*», recordó, mientras en su rostro se reflejaba una mueca de repugnancia. Eso es lo que sus compañeros de la Banda de la Calavera, en Mauthausen, les decían a los presos para amenazarles. «Vais a acabar saliendo por la chimenea», eso significaba. Al fondo, para hacer aún más patente su amenaza, las dos chimeneas del crematorio, en el patio de revista, lanzaban interminables volutas al cielo de Austria, unas nubes de humo idénticas a las que ahora nacían de la carrocería del automóvil.

—¡Aquí!, ¡aquí! —gritó una voz desconocida.

Un rumor se estaba extendiendo como la pólvora entre los curiosos. Acababan de encontrar un cadáver en un cauce junto a la cuneta, a poca distancia. Era una niña de la localidad. Una mujer se echó a llorar: «Es Jutta, es Jutta». Un hombre de barba blanca, vestido con pijama y bata, propuso avisar a su familia, a los que conocía de vista.

—Vamos a la casa. ¡No hay tiempo que perder! —dijo Otto al jefe de la oficina política, mientras saltaba del coche.

—Aquí le espero —repuso este, muy serio—. Intentaré echar una mano a los civiles en todo este desastre de aquí afuera. —Al ver el gesto de Otto, añadió—: Bien sabe, Oberstumsführer-SS Weilern, que no soy un hombre de acción. Avísame cuando no haya peligro.

Otto no podía ordenarle nada a Karl Schultz, dado que la Gestapo no rendía cuentas ante nadie más que ante sí misma, y ni siquiera se entretuvo lanzándole una invectiva o una mirada de desprecio a causa de su cobardía; así que se encaminó solo hacia la verja de la entrada. Seguía unas huellas ensangrentadas, unas huellas de adulto. Estas, comenzaban en el coche accidentado y zigzagueaban en dirección a la casa. No cabía duda que se trataba de las huellas de Skorzeny, que había resultado

herido en el accidente pero que aún así continuaba con su misión. En medio de aquella noche sin luna, Otto, a duras penas, consiguió rastrear las manchas de sangre hasta comprobar que abandonaban las escaleras que conducían al zaguán y a la primera planta, y se alejaban hacia el río, bordeando el muro occidental de la finca. Otto decidió no seguir las más y dirigirse directamente al interior, esperando converger más tarde con Skorzeny y así evitar que el asesino escapase por uno u otro camino. Pensó en su hermano. ¿Estaría vivo o muerto? ¿Habría dado la vida otro inocente por nada, como el cabo Strasser en los barracones nuevos o el prisionero español del barracón once?

Abrió la puerta de la casa con el corazón en un puño.

Diario de Rolf y Otto Weilern

Junio 1941 (6 meses después)

Lección 7:

Führerprinzip:

La palabra del Führer es sagrada y tiene valor de ley

(o de cómo y por qué traicioné a mi patria)

XXIV

Me llamo Otto Weilerin y soy capitán del ejército alemán en el 33.º batallón de suministros de la 15.ª división Panzer. Voy en un tren camino de Braunau, donde visitaré a mi hermano Rolf antes de incorporarme al servicio en el norte de África, junto a Rommel y su *Deustche Afrika Korps*. Jakob me acompaña y...

Pero claro, perdona, lector nacionalsocialista, tú no sabes quién es Jakob, ni tienes noticia de cuándo y cómo abandoné mi puesto en Mauthausen para incorporarme a filas. No sabes lo que ha pasado en todos estos meses y, antes que nada, es precisamente eso lo que debe ser contado.

Durante mucho tiempo, he pensado en si debía o no continuar este diario. Primero pensé que no debía. Luego pensé que no era digno. Ahora ya no pienso ni una cosa ni otra. En realidad, deseo hacerlo y eso es todo; creo que es necesario poner punto y final a lo que quedó incompleto. Quiero que conozcáis el final del caso que Rolf dio en llamar «Asesinato en Mauthausen». Pocos testimonios de esta Europa en guerra, que se despedaza a sí misma, serán tan fieles como lo fueron las palabras de mi hermano. Estando entre nosotros y conociendo los hechos de primera mano, nunca fue un SS de la Banda de la Calavera ni un guardia de un campo de concentración. Era solo Rolf el tonto. ¿O tal vez era mucho más que eso?

Mi hermano escribió no muchas páginas atrás que me había traicionado. Se equivocaba. Yo le traicioné a él intentando convertirle en algo que, por naturaleza, no estaba inclinado a ser. Demasiado a menudo se nos dice que todos podemos alcanzar la visión racial que el partido nazi ha diseñado para el Reich de los mil años. Pero no es verdad: el nuevo hombre alemán no tiene nada que ver con Rolf Weilerin, ni Rolf Weilerin nada que envidiarle a ese nuevo hombre alemán con el que sueña Hitler. Mi hermano creía que yo estaba completamente equivocado en mis ideas. Es probable que así fuera, pues ha pasado el tiempo y ya no creo en nada, ni siquiera en el deber, el honor, la patria y en todas esas cosas que creía fundamentaban mi carácter. ¿Puede un hombre que no cree en nada seguir equivocado? ¿No creer en nada es una forma de convicción o un dogma del que puede uno estar errado? ¿O acaso nada es eso precisamente: nada? Al final, soy yo el hombre en proceso de transformación, el hombre que necesita descubrir lo que habita realmente en su interior e ir más allá; soy yo el tonto que debe ser rectificado, disciplinado, reconstruido.

Si has llegado hasta aquí, lector nacionalsocialista, sabrás que este diario fue concebido como la historia de dos hermanos, uno inteligente y otro limitado intelectualmente, uno listo y uno tonto. Pero si has leído con cuidado, habrás percibido que el tonto era en verdad un hombre brillante y perspicaz, mientras el inteligente resultó ser un tonto de remate que se dejó engañar por un asesino perturbado. Permite, pues, que el verdadero idiota entre los dos hermanos Weilerin, termine con esta historia de detectives llamada «Asesinato en Mauthausen».

En la madrugada del día diecisiete de noviembre del año 1940 capturamos a Adolf Schule tras una sangrienta carrera de asesinatos que sumó finalmente siete víctimas. En propiedad, lo capturó el camarada Skorzeny. Cuando yo llegué, el criminal había sido reducido y estaba esposado y de bruces, en el patio posterior de la casa de mi hermano, farfullando insensateces. Creo que hablaba sobre la regeneración de la patria a través de la eliminación de los débiles, no solo los mentales, sino los débiles de carácter, los que dudaran de nuestra sagrada misión de salvaguardar la raza aria, los filocomunistas, los filosocialistas... Creo que de su interminable lista solo se salvarían él mismo y nuestro *Führer*.

Los colaboradores supervivientes del asesino habían huido. Asimismo, habían caído en «acto de servicio» dos niños pertenecientes a su cohorte improvisada de guardias infantiles del campo de concentración de Sankt Valentin y el prefecto de Mauthausen, el Lagerältester Markus Keller. Dos niños más estaban heridos: uno con una puñalada en la pierna y otro con el hombro dislocado. En el primer caso, el camarada Skorzeny, después de que su coche hiciera explosión, se enfrentó con el niño Hans Rambrucht, que trató de atacarle con un palo. En el segundo, la niña Gertrud Müller, al intentar evitar la captura de su líder, el asesino Adolf Schule, fue repetidamente abofeteada por el mismo Skorzeny y luego arrojada al suelo. En la caída se dislocó el hombro al que antes me he referido. Nadie se lamentó por la suerte de estos dos niños, que fueron arrestados junto a algunos miembros de la falsa Banda de la Calavera y conducidos a una institución de menores para su evaluación. Del resto, algunos tardaron en ser descubiertos, pues sus familiares les protegieron y enviaron a las casas de primos o tíos lejanos. A las veinticuatro horas, luego que hiciera acto de presencia la Gestapo, siguiendo órdenes directas del *Führer*, el paradero de todos los niños no tardó en solventarse. Solo escapó Joseph F. A día de hoy, por lo que yo sé, todavía no se le ha encontrado. Rolf siempre dijo que era el más espabilado de todos. Seguramente estaba, como siempre, en lo cierto, pues aquella noche, anticipando la gravedad de los hechos, el pequeño Joseph ni siquiera volvió a casa. Nunca se ha puesto en contacto con su madre, a la que, de todas formas, tampoco parece que le importara mucho el destino de su hijo. Un interrogatorio exhaustivo de la madre y de los familiares cercanos de Joseph demostró que no sabían nada del niño. Y digo que quedó demostrado teniendo en cuenta la ligereza con la que he utilizado el adjetivo «exhaustivo», refiriéndome al lamentable estado en que quedaron la madre, el abuelo materno y un cuñado, después de que la Gestapo fuera a visitarles. Karl Schultz, que había estado presente en los interrogatorios, me aseguró, regodeándose como siempre en las desgracias ajenas, que si los familiares de Joseph hubieran sabido o intuido dónde podía hallarse el niño, lo habrían dicho de mil amores. No hacerlo les valió varias tandas de interminables palizas, días de cárcel, privaciones y algún hueso roto.

Respecto a Adolf Schule, fue llevado al Lager para su interrogatorio. Sabíamos muchas cosas de él; conocíamos la identidad de casi todas sus víctimas, pero aún

había otras muchas circunstancias que ignorábamos. ¿Cómo se había infiltrado en el campo? ¿Por qué exactamente? ¿Quién era el muchacho que habíamos encontrado en la ciénaga junto a su padre, Alois Schule? ¿Por qué el Blockführer Braun o Godzilla le habían secundado en su carrera infame de asesinatos? ¿Alguien más le había ayudado? Y, si era así, una vez más cabía preguntarse... ¿por qué?

¿Por qué?

Esa era la cuestión, la única pregunta que constantemente subyacía en aquel interrogatorio, que se prolongaría durante tres largos días. Yo no llegué hasta el último de ellos, mientras me recuperaba física y psicológicamente de cuatro jornadas enloquecidas de investigación, completamente a ciegas, en las que no había dormido apenas y todas mis creencias se habían derrumbado. Al principio, me dijeron, Adolf se mostró arrogante.

—Son ustedes unos idiotas —decía—. Tráiganme al Gauleiter de la región, a alguien de verdad importante y destacado en la esfera del NSDAP, y entonces veremos si tengo ganas de decirles algo... o no. —Y entonces se echaba a reír, mostrando una hilera de dientes muy blancos y sobresalientes, piafando un sonido como de bestia.

Ziereis vino a verme la mañana de mi regreso. Me preguntó qué podíamos hacer para que hablase.

—Schule es un tipo arrogante —repuse—. Si usted se sienta a su lado en la celda y hablan durante un rato, de igual a igual, su ego le forzaré a vanagloriarse de sus hazañas; sobre todo si le trata con consideración y el muchacho acaba por sentirse cómodo. En pocas horas tendremos una confesión completa.

—¿Y podríamos conseguir lo mismo a través de la tortura? —Ziereis me miraba con un destello perverso en los ojos.

—Por muy duro que parezca, no deja de ser un crío de pocos años sin formación militar. No soportará el dolor. Contará hasta el día de su comunión cuando le hayan puesto la mano encima un par de veces.

Como es lógico, el comandante se inclinó por la tortura. Yo sancioné su decisión y me fui a dar una vuelta por la cantera de Wienergraben, donde se había acelerado el ritmo de producción y los españoles, entre otras nacionalidades, morían por docenas. En la famosa pendiente de los 186 escalones, que comunicaba Wienergraben con el campo exterior, vi cuadrillas enteras de prisioneros subiendo piedras de treinta, cuarenta y hasta cincuenta kilos. Muchos caían desfallecidos cargando aquellos pesos inhumanos. Algunos se arrojaban desde el talud buscando la paz en la muerte. Otros eran arrojados por diligentes miembros de la Banda de la Calavera, que buscaban su día de permiso en Linz. Nuestro Lager de Mauthausen era una maquinaria de muerte tan bien engrasada como el Castillo del doctor Lonauer.

De vuelta de mi paseo, vi una figura conocida que llegaba del patio de garajes. Tenía en la cara un aparatoso vendaje, cubriendo la zona donde los cristales de su Mercedes habían alcanzado su mejilla izquierda. Se acercó a mí y me dio la mano,

que yo estreché con fuerza.

—Venía a despedirme de usted, *Herr Weilerin*.

Skorzeny vestía un uniforme de las Waffen SS, con el símbolo en forma de llave inclinada característico de la 1.ª división Leibstandarte SS Adolf Hitler. Pero para mí siempre sería Harald Bauer, otro miembro más de nuestra Banda. Sin embargo, todo aquello había quedado atrás, como su misión en el servicio de inteligencia. Ahora volvía al combate, alejado de otras servidumbres a la patria, sin duda mejor recompensadas. Había fracasado a la hora de protegernos a mi hermano y a mí, y en el ejército alemán no se consienten los fracasos.

—Puedes llamarme Otto —le dije.

—Tú también puedes llamarme Otto, si quieres —repuso. Y reímos, brevemente, casi sintiéndonos culpables de ser capaces de un instante de hilaridad después de todas las adversidades que terminábamos de enfrentar y teníamos aún presentes.

Hablamos unos minutos. No recuerdo de qué. No fue mucho rato. Una sombra de duda recorría nuestra conversación. Yo quería preguntarle exactamente cuál era su misión cuando llegó a Mauthausen. Cuidar de la seguridad de Rolf y de la mía, sí, pero ¿de ambos por igual? ¿Qué más se escondía detrás de un encargo semejante? Antes pensaba que todo aquello tenía que ver con mi hermano y lo que sucedió en la Noche de los Cuchillos Largos, pero sucesos posteriores me han hecho ponerlo en duda. Sea como fuere, intuía que Skorzeny no respondería a mis preguntas, así que no las formulé. Pronto, se nos acabaron las palabras. Nos estrechamos en un corto abrazo y Skorzeny regresó a su vehículo, sin despedirse de nadie más en el campo.

Para cuando regresé al Bunker, Schule estaba colgado por los brazos y sangraba abundantemente por más orificios de los que dispone el cuerpo humano de forma natural. Le habían roto las falanges de ambas manos y dado de latigazos en el culo y los genitales, que en su parte inferior aparecían redondos, negros, hinchados como pelotas. Me senté en el pasillo a leer el periódico mientras un médico le hurgaba en el ojo derecho con un objeto punzante. El muchacho gritaba y se desmayaba. Luego le despertaban y seguían hurgando, rompiendo, quebrantando. Y entonces se desmayaba de nuevo, instante que aprovechaban dos fornidos guardias y el médico para reanimarle una vez más.

—¿Todo bien, *Herr Weilerin*?

Frank Ziείς había regresado y contemplaba la escena con indisimulado orgullo. Yo le contesté que todo iba según lo previsto, por lo que yo sabía: El Rapid de Viena seguía líder y todo el mundo daba por hecho que este año la liga vendría a Ostmark, la marca este, que es como llaman a nuestra vieja Austria dentro del Reich Alemán. Levantando el periódico, le mostré la página dónde se hallaba la crónica del último partido de nuestro equipo.

—Me refería a Schule... a su interrogatorio —replicó Ziείς.

Me encogí de hombros. Ni lo sabía, ni me importaba. En mi opinión, podían matar a palos a aquel monstruo venido del mismísimo averno nacionalsocialista. El

destino de Adolf Schule no era una cosa que me fuese a quitar el sueño. A mi lado, Ziereis se estaba fumando un cigarrillo, y miraba de reojo mi diario, que en páginas sucesivas se hacía eco de nuevas derrotas de los italianos en diversos frentes y, en la contraportada, de la reunión del ministro de asuntos exteriores ruso Molotov con el *Führer*, días atrás, en Berlín.

—Voy a interrogarle ya —dijo por fin mi comandante, arrojando la colilla al suelo y aplastándola con un pie.

XXV

Schule comenzó su historia explicándonos los abusos que había sufrido en su infancia por parte de su progenitor. Lloraba, explicando cómo se encerraba con él en su buhardilla y le forzaba a mantener todo tipo de relaciones incestuosas. Este asunto nos traía sin cuidado y, a una señal de Ziereis, uno de los guardias descargó un puñetazo en la cara del muchacho, que le reventó el labio superior y le hizo saltar dos dientes.

—Ten cuidado con la boca —le reconvino el Lagerführer—. Si le rompes demasiados dientes comenzará a hablar como una vieja a la que no se le entiende una palabra.

El guardia pidió perdón y Schule prosiguió su historia, centrándose en el día en que sus maestros comenzaron a sospechar que el pequeño Adolf estaba enfermo. Tenía raptos de ira en clase, golpeaba a sus compañeros o se quedaba demasiado tranquilo, apacible, ausente, en el último pupitre. Luego de que un par de médicos lo examinasen, decidieron enviarlo a la Comisión del Reich para el Registro de Enfermedades Graves de Origen Hereditario, que dictaminó que debía recluirse en la Institución del Sueño de Hartheim. El diagnóstico: un estado avanzado de sífilis que había afectado ya al cerebro.

—Yo me di cuenta de que era una oportunidad de servir a mi *Führer* —dijo Schule, escupiendo un borbotón de sangre—. Un hombre débil hubiese pensando que aquella enfermedad era un castigo o una condena, pero yo no estaba realmente enfermo. El *Führer* me había elegido para una tarea de gran envergadura, y por ello los doctores de la Comisión se habían visto forzados a dictaminar erróneamente que tenía sífilis. En primer lugar, Hitler demandaba mi servicio en uno de los lugares donde se depura a los inferiores, el crisol de donde han de salir los superhombres del mañana. Cuando todos los idiotas y retrasados hayan muerto, los arios de raza pura construiremos el ser humano del mañana: esa es la única verdad. Así que serviría al Reich aunque fuera infiltrado, desde dentro, como un espía; tal vez como ese Harald Bauer que ahora decís que se llama Skorzeny.

»En Hartheim aprendí las técnicas más modernas para destruir a nuestros adversarios de manos del sabio doctor Lonauer; aprendí a odiar todavía más a los que no eran como yo: arios y creyentes, si es que alguna fibra de mi ser no los detestaba ya lo suficiente. Finalmente, cuando me sentí preparado y comprendí que Hartheim ya no tenía nada más que enseñarme, urdí un plan para escapar y comenzar la segunda parte de mi misión: librar al Reich de sus enemigos interiores.

»Mi misión sería buscar a aquellos en Hartheim que no servían verdaderamente a la patria sino que se servían a sí mismos. Aquellos que no creían en nuestros ideales; los falsos, los arribistas, los simpatizantes de los antiguos partidos de izquierda... los enemigos de Alemania, en suma.

»Pero primero, debía emprender mi huida del Castillo. Y para eso necesitaba

ayuda.

El soldado Ferrat fue una elección evidente, prosiguió Schule. Era aquel un hombre dominado por sus vicios, que contemplaba la vida como una sucesión de momentos excitantes y no de obligaciones hacia uno mismo y su país. Había errado su compañero Creutzfeld al tildarlo de homosexual y su jefe, Lonauer, al pensar que era bisexual o un vicioso sin más. William Ferrat no tenía inclinaciones sexuales: solo experimentaba. Ferrat no creía en nada, solo deconstruía las creencias. El soldado Ferrat hacía el mal por el mal, porque haciendo el bien no encontraba placer alguno. Él trascendía la moral que Nietzsche, el gran filósofo alemán, había denunciado. Estaba más allá de la moral porque no sabía ni siquiera qué demonios era eso. A menudo, los lugares donde se hacían muchos niños desvalidos son el escenario ideal para pederastas, pero Ferrat iba más allá. Se llevaba a los niños, que después de todo eran para el Reich cadáveres andantes y, como siempre, experimentaba con ellos. A menudo ni siquiera tenía relaciones sexuales con ellos, pues le gustaban mucho más para eso las mujeres. Solo los forzaba si veía en los ojos del niño el brillo del terror a que aquello realmente sucediese. Al resto, los asfixiaba, los envenenaba o les sometía a torturas similares a las que Adolf Schule estaba recibiendo en esos instantes. En una ocasión, raptó del Castillo a dos hermanos judíos y les obligó a tener relaciones primero y luego a matarse entre sí. Prometió que dejaría libre al superviviente. El mayor de los dos hermanos venció al más joven y Ferrat lo premió disparándole en el vientre y mirando como se moría lentamente, entre terribles padecimientos.

Adolf Schule fue un reto para Ferrat. Por primera vez, tenía ganas de dejar de asumir el rol sádico para pasar a ser el esclavo. Tenía ganas que aquel muchacho de carácter tan agresivo le abofetease, le sodomizase, le destruyese. Aceptó a sacarle de Hartheim cuando Schule se lo propuso porque realmente quería darle la libertad y, al contrario que al resto de muchachos que había raptado, no le dejaba encadenado cuando marchaba a trabajar, sino que Adolf vagaba libremente en la antigua granja de sus padres. William era huérfano desde hacía años y la vieja granja familiar, a un par de kilómetros del Lager de Mauthausen, era donde había escenificado hasta ese momento sus crímenes, mientras él vivía oficialmente en una casa de huéspedes en Alkoven.

—Al tercer día de quedarme solo comencé a vagar por los alrededores de la granja —dijo Schule, lanzando un grito cuando una de las cuerdas que le ataban al techo se soltó y terminó de dislocarle el hombro. Seguía colgado de un gancho en la celda número tres del Bunker, la misma donde había matado a Boldt. Colgaba con las manos atadas a la espalda y los pies apoyados en el muro, del que resbalaba cada pocos segundos, lo que le obligaba a arquear el cuerpo, para evitar que los tendones le estallasen.

»Primero no me alejaba mucho, apenas cien o doscientos metros, pero luego comencé a hacerme más osado. Paseaba por los alrededores y pensaba; sobre todo pensaba. Mi padre era una bestia que me había hecho cosas horribles cuando aún no

podía defenderme; mi madre, pese a sus lloros, le había dejado maltratarme todo lo que quería primero y luego le permitió abandonarme a mi suerte; mi rescatador no era mucho mejor que ninguno de ambos, si acaso peor, pues se trataba de un psicópata de la peor especie. Estaba muy enfadado y, además, mi misión de limpiar Alemania de los falsos creyentes nacionalsocialistas aún no había terminado. De hecho, aún tenía que empezar. Y no sabía cuándo, cómo ni dónde. Eso me exasperaba.

En sus ratos libres, que eran muchos, allí solo, en medio de la nada, Adolf retomó su vieja afición por modelar con arcilla. Hizo varios muñecos, de animales, de personas... incluso bestias míticas o nacidas de su imaginación: seres mitad caballo y elefante, mitad humanos, pero con pico y alas como un ave o un dios egipcio. Una de las veces, se atrevió a viajar a pie hasta Amstetten y visitar a su madre. Ferrat le había dejado un traje viejo que le venía grande y parecía un vagabundo, pero por suerte, la policía no le vio. Le dejó a su madre una de sus figuras en el alfeizar de la ventana y se alejó corriendo cuando le pareció que ella le había reconocido merodeando por los alrededores.

De vuelta a casa, trabó amistad con un niño de siete años, que estaba sentado en el arcén, haciendo tiempo, esperando alguna cosa que nunca parecía llegar.

—¿Qué haces? —le dijo al niño, que parecía un ario puro de la mejor clase, y era una vergüenza que no estuviera ocupando de forma productiva su tiempo, desfilando por ejemplo con las Juventudes Hitlerianas como había hecho él mismo antes de que su padre lo entregase al Castillo.

—Espero que pase algo —repuso este.

—¿Como por ejemplo?

—Que mi madre se despierte y me lleve a Sankt Valentin antes de ir al trabajo. Hoy se me ha hecho tarde y ya no me da tiempo para ir al campo auxiliar a vigilar a las presas antes de que tengamos que marcharnos.

El niño, que se llamaba Joseph F., le explicó que el campo auxiliar era un Lager para mujeres-esclavas que trabajaban en piezas para el ferrocarril. A Schule le pareció una idea fascinante y, después de explicarle al pequeño Joseph que él pretendía limpiar el país de los malos alemanes y que admiraba lo que sucedía en los campos de concentración, se despidió de él. Aunque había hecho un nuevo amigo, de pronto tenía prisa, pues quería regresar a la granja de Ferrat, ya que acababa de caer en la cuenta de la cercanía respecto a la misma del Lager de Mauthausen. Tal vez podría hacer de aquella otra institución modélica del Reich una nueva plataforma para su aprendizaje y, con el tiempo, para sus planes de depuración de los traidores.

En adelante, sus paseos no solo incluían visitas a Amstetten para espiar a su madre, sino también escapadas para ir a jugar con Joseph y sus amigos en el pueblo de Sankt Valentin, donde rápidamente encontró su sitio entre ellos y descubrió una empatía y una comunión natural de almas y devociones que le emocionó. Los niños eran los seguidores más devotos del *Führer* y sus preceptos: ahora lo entendía. Pronto, sin embargo, sus caminatas fueron ampliándose a los alrededores de

Mauthausen, y aunque siempre procuraba evitar el perímetro electrificado, aprendió a eludirlo, pues cubría un espacio demasiado grande y no estaba bien acabado. Además, como comprobaría más tarde, estaba pensado para evitar que alguien saliese, no que entrase.

En uno de aquellos paseos descubrió a un grupo de presos que acababan de llegar a la vía muerta de la estación y vio con sus propios ojos los cuatro kilómetros de agónica ascensión de los subhumanos, perseguidos por los perros de los guardias, insultados por los parroquianos, golpeados, magullados, muertos de hambre y en ocasiones literalmente muertos a golpes. Le pareció una visión maravillosa, una prueba del destino que el Reich deparaba a los inferiores. En adelante, nunca se perdía ninguna de aquellas galopadas de los presos para salvar la vida y llegar al campo de Mauthausen, donde, paradójicamente, acabarían por perderla de todas formas. Su osadía le llevaba ya a esconderse muy cerca de la cuneta de la carretera, pues se moría de ganas de ver lo más cerca posible algún asesinato, ya que estaba seguro que aquello forjaría su espíritu para trabajos futuros.

Llevaba ya tres semanas de vigilancia cuando sucedió un imprevisto que pudo costarle caro y acabó por ser una bendición: el inicio *de facto* de su carrera de crímenes raciales para mayor gloria de la patria alemana.

—Yo ya me había fijado en Braun, ese judío cobarde. Aunque entonces no sabía aún que era judío, claro —nos advirtió Schule, evocando el suceso con una sonrisa que parecía una mueca sangrienta de payaso, tal y como estaba su cara, por la que no solo se derramaba escandalosa la linfa, sino un líquido untuoso proveniente de su ojo derecho, aquel en el que había estado hurgando el médico.

El Blockführer Braun acudía a menudo a recoger a los nuevos presos que llegaban en los vagones de ganado. En propiedad, no era tarea suya, pero un campo de concentración es un lugar con muchos quehaceres y si alguien se presentaba voluntario para cualquiera de ellos, siempre era bienvenido. Braun se hizo pronto con una merecida fama de sanguinario; todo el mundo sabía que un preso que caía en sus manos no culminaba la ascensión al Lager. Indefectiblemente, moría en un claro del bosque de un tiro en la cabeza. Lo que nadie podía imaginar era que Braun no estaba asesinando sin más sino que procuraba ahorrar sufrimiento a quien no duraría ni una semana en el campo. Especialmente, le preocupaban los niños. Tenía a varios de sus protegidos trabajando en la lavandería, pero solo podía ayudar a unos cuantos de esa forma, pues esos puestos de privilegio estaban muy buscados. Cuando llegaba un niño demasiado guapo, que sabía que sería usado sexualmente por presos mayores y luego moriría de inanición, en la cantera, víctima de los trabajos forzados o durante una violación múltiple, lo asesinaba antes de que llegara a la fachada del Lager. También lo había hecho con algún anciano o minusválido. Les aplicaba una especie de eutanasia personal, rápida y benévola a sus ojos. Braun no pensaba que fuera una buena persona, tampoco una mala; hacía solo lo que su corazón le decía que debía hacer.

Nadie había sospechado las verdaderas razones que movían al Blockführer. Pero Schule tenía el don de ver en el corazón de los hombres. Había visto tanto odio, lascivia y podredumbre en sus pocos años de vida, que el alma corrupta de los adultos era transparente para él. Así que receló de Braun instintivamente, sabiendo que ocultaba alguna cosa detrás de sus andares simiescos y su brutalidad intencionada. Una noche, al final de la ascensión, Braun descubrió a un joven muy agraciado que le había pasado desapercibido, oculto tras un grupo de españoles. Le cogió del brazo y lo arrastró al bosque. No permitiría que lo convirtieran en un *junge*, un prostituto. Caminó con él unos metros y finalmente, al divisar la ciénaga, se detuvo. No podían ir más allá. El niño no tendría más de doce años. Era muy delgado, espigado para su edad, de cabellos castaño claro y tiernos ojos negros. Ni siquiera llegaba a la altura reglamentaria por la que se regían los SS para introducir a un preso en el campo, obviando su edad. No habría durado ni una semana en el campo y, entre tanto, padecería horrores inimaginables. Mientras Braun cobraba en su interior fuerzas para ejecutarle, el niño encontró en un hoyo, apenas a dos pasos de la charca, unas ropas y una figura de arcilla. Con manos temblorosas, temiendo que el guardián le fuera a quitar el muñeco, lo tomó y se lo quedó mirando, maravillado. Era una figura humana con alas, como un ángel. El muchacho sonrió y el Blockführer pensó que aquello era una señal: el niño se iría al otro mundo con una sonrisa en la boca. Sacó su arma y disparó a la cabeza del muchacho, que cayó pesadamente al suelo. Antes de que pudiese evitarlo, el cadáver rodó unos metros por la pendiente y cayó al pantano.

Braun, después de comprobar que nadie le había seguido, se arrodilló y dijo:

—*Baruj ata Adonai elojenu melej ja-olam asher kidshanu bemitzvotav vetzivanu lejadlik ner shel Shabat.*

El Blockführer prosiguió con sus rezos, en voz muy baja. Estaba recitando el principio de la sexta bendición, el *Shemoné Esré* o *Amidá*, que antecede a la confesión de los pecados o *Viduy*. Trataba de limpiar su alma ante el horrible crimen que había cometido. Sin embargo, no se arrepentía de sus actos. Trataba de sobrevivir siendo judío en medio del nazismo, trataba de ser judío y al mismo tiempo trataba de no serlo; trataba de luchar con fuerzas que hacía mucho que le habían sobrepasado. Solo quería obrar bien y se había convertido en un ser que se odiaba a sí mismo por su cuarta parte de sangre judía, pero al mismo tiempo, esa parte seguía habitando dentro de él y susurrándole que era un monstruo, un asesino, y que debía limpiar su alma.

Cuando terminó los rezos, el Blockführer, aún musitando unas últimas palabras, se acercó para rescatar el cuerpo, que ya se había hundido por completo. Solo restaban del muchacho unas pompas burbujeantes en medio del lógamo, indicando dónde había desaparecido. Pero, de pronto, sucedió algo imposible. De las aguas emergió el muchacho que acababa de asesinar, completamente desnudo, con la figura de barro medio humana y medio pájaro, en las manos. Chillando, la arrojó asqueado a sus pies:

—Maldito judío traidor —dijo la entidad—. Te atreves a llevar el uniforme de las SS y mancillarlo con tu cháchara judía. ¿Qué demonios recitabas en hebreo? ¿Un cántico a lo mucho que hicisteis sufrir a Jesucristo, nuestro señor, en la cruz? Me das asco. ¿Me oyes? ¡Asco!

Braun había recibido una educación judía incompleta por parte de su abuelo materno. Había muchas cosas que ignoraba de aquella religión, ya que el resto de su familia no era creyente y las enseñanzas, a la muerte de su abuelo, habían quedado para siempre incompletas. Sin embargo, sabía lo que era el Golem: se trataba de un servidor que, por medio de un encantamiento, nacía de una figura de barro previamente modelada por su amo. Su abuelo le había contado un par de historias sobre los Golem e incluso le había leído una pequeña novela, escrita por un rabino cuyo nombre ya no recordaba. En ella, el sirviente terminaba siendo destruido por la ira de su amo, al convertirse en un ser independiente, capaz de tomar decisiones propias. Pero el Golem de la historia no hablaba y este sí; además, había nacido de la figura de barro que el niño portaba en la mano, sin mediar encantamiento. De alguna forma mágica, maravillosa, el muchacho al que acababa de asesinar había renacido en forma de Golem: un Golem dotado de alma y de inteligencia, una bestia venida para atormentarle. Era un milagro, pero un milagro funesto. Adonai le había castigado por tratar de ser un nazi a pesar de su cuarta parte de sangre judía; Adonai le castigaba por falsificar su pasaporte racial y atreverse a pasar por un ario de pura raza y servir en las SS. Él, que era incapaz de ser un buen guardián y mostrarse indiferente al destino de aquellos pobres niños que llegaban por error a Mauthausen y terminaban siendo prostitutas y carne de cañón para tropa y prisioneros.

Era un mal judío y un mal SS. Era una vergüenza para ambos. Adonai, su dios, le castigaba por lo primero; y si sus compañeros descubrían que era un falso SS también le castigarían. El Blockführer era un traidor entre mundos. Hacía mucho tiempo que se había extraviado y aquella figura que cobraba vida era la prueba viviente de que estaba maldito.

—¡Soy un traidor, Golem del inframundo! Perdóname, te lo suplico. Dile a Adonay que me perdone. No serás mi sirviente sino yo el tuyo. Haré lo que me pidas si me muestras la forma de acabar con la maldición en que he incurrido.

Schule, cubierto de barro de los pies a la cabeza, miró al Blockführer Braun desde el estupor más absoluto. Luego, comenzó a entender. Minutos atrás, cuando, echado junto a la cuneta, contemplaba el ascenso de aquel grupo de españoles al campo, había visto que Braun y el niño se alejaban de la fila, directamente en su dirección. Hacía tiempo que recelaba de Braun y le vigilaba, pero no anticipó que, al acercarse tanto, pudiera suceder que un día ambos se cruzasen y este descubriera su identidad o su escondite en la cercana granja de los Ferrat. No tenía escapatoria ni lugar donde esconderse, porque el terreno era llano, cuesta abajo y sin apenas vegetación. Solo tenía la ciénaga. Así que arrojó el traje de Ferrat en un hoyo, para que no se ensuciase, y penetró desnudo en la ciénaga, dejando que esta le cubriera casi por

completo, quedando al descubierto solo una pequeña parte de su cabeza. Levantando la vista, se apercibió que se había llevado por error la última figura en la que estaba trabajando y el pequeño español la había recobrado del hoyo con su ropa. Al poco, el cadáver del muchacho penetraba en las aguas embarradas con su talla en las manos y un tiro en la nuca. Mientras el Blockführer rezaba con los ojos cerrados, Schule recogió su figura. Entonces, descubriendo que el asesino era un judío traidor al nacionalsocialismo, perdió los nervios y salió de las aguas a recriminarle sus actos.

Ese error fue el principio de su carrera de crímenes, el punto de inflexión que le permitió empezar a matar.

—Así nació Ícaro —dijo Schule, mostrando sus dos dientes rotos—. Ese idiota creía que yo era un monstruo que había tomado el cuerpo del español muerto para enseñarle el camino de la salvación de su alma judía.

El niño español era huérfano y había perdido a sus padres durante el viaje. Fue fácil vestirse con el traje que le había regalado Ferrat y volver a la fila: después de todo, tres cuartas partes de los presos llegaban vestidos de paisano y seguramente nadie recordaría que Ícaro había venido ya con su traje a rayas de preso, desde el Stalag donde había estado un par de días con sus progenitores. La casualidad quiso que Ícaro y él fuesen extraordinariamente parecidos en altura, color de cabello y complexión física. Sus facciones no eran ni mucho menos idénticas, pero Ícaro había pasado todo el viaje solo, al fondo del vagón, llorando la ausencia de sus padres, y llegó con el rostro tiznado de suciedad. Nadie había hablado con él, ni reparado demasiado en su presencia, pues todo el mundo tenía sus propios problemas y el niño era solo un desgraciado más. Asumió su identidad sin mayores contratiempos. Cuando, al cabo de unas horas, comprendió que nadie ponía en duda que él era Ícaro Echeverría, comunicó a Braun que debía comenzar a purgar sus pecados obedeciéndole en todo lo que dispondría en adelante. Schule conocía el mito del Golem y comprendió el error del Blockführer, decidiendo servirse de él para manipularlo. Ahora era Ícaro a ojos de todo el campo.

—Y fingías ser mudo porque no podías hablar español ya que no conoces esa lengua —dijo Otto—. Asimismo, no es que fueses sordo: los españoles tenían que repetirte las cosas varias veces y explicártelas por señas porque no les entendías.

—Pero no tardé en comprenderles mínimamente. Esas lenguas de inferiores son muy sencillas —se jactó Schule.

No había mucho más que añadir. Ziείς se acercó al prisionero y lo abofeteó.

—Mataste a Ferrat para vengarte de él, ¿no es verdad? Por desviado, sodomita, experimentador de sensaciones o lo que demonios fuera ese demente.

—Sí —susurró Schule, que sangraba ahora por los dos labios, el superior, completamente aplastado, y ahora el inferior—. Pero antes maté a mi padre en el patio de nuestra casa en Amstetten, aprovechando que mi madre había ido al mercado. Braun me ayudó y yo le regalé el Mercedes del viejo, que usamos para transportarlo y arrojarlo a la ciénaga. Si me hubieseis dado tiempo, habríais

encontrado allí una docena más de cadáveres.

Ziereis volvió abofetearle, y el ojo derecho del muchacho, horadado y sin vida, se salió de su órbita, quedando colgado sobre su pómulo. El comandante dio un paso atrás, asqueado.

—¿Y mataste al español del barracón once por querer ser un artista a pesar de no ser ario?

—Mal... maldito de... degenerado... —tartamudeó Schule, sintiendo que sus últimas fuerzas le abandonaban.

—¿Y luego al cabo Streisser por ser un cristiano y tener *humanitas* eso *dutches* lo otro, o lo que sea?

—*Humanitätstduselei* —dije, acudiendo en su ayuda—. Empatía por la vida, el sentimiento cristiano de preservar la vida humana a cualquier precio, incluyendo la de aquellos hombres que el nazismo considera subhumanos o enemigos de la patria.

—No era un... verdadero nazi... —dijo Schule, al que le caía una baba blanca y roja por la boca mientras balbuceaba sílabas sueltas, a menudo inconexas—. Me reconoció en... el Castillo... Streiii... ser fue guardia en el Castillo y sabía qui... qui... quié... quién era yo. —Ziereis obligó a Adolf a repetirle aquellas últimas palabras un par de veces al menos, pero el muchacho estaba a punto de perder el conocimiento y ya no se entendía lo que explicaba. Finalmente, inclinó el mentón y quedó en silencio. El médico trató de hacerle despertar, pero fue incapaz.

—Si proseguimos el interrogatorio, morirá —dijo, con la misma expresión indiferente con la que podría haber dicho en la cantina que su café estaba frío o demasiado caliente.

Ziereis opinó que, al fin y al cabo, ya sabíamos todo lo que había que saber. Tal vez había llegado el momento de matarlo. Yo no pude estar de acuerdo.

—Ignoramos por completo por qué asesinó al Rapportführer Boldt en esta misma celda en la que ahora nos hallamos. Tampoco sabemos cómo reclutó a Godzilla el último día de su infausta carrera criminal, ni si tenía otros cómplices.

El comandante estuvo de acuerdo y decidió posponer el asunto para el día siguiente. Los guardias descolgaron a Schule del techo y lo llevaron al Revier, donde le curarían las heridas de forma superficial para que pudiéramos continuar con las pesquisas en mejor momento.

Mientras me alejaba, camino del patio de garajes, no dejaba de pensar que un ser como Adolf Schule no era fruto solo de la enfermedad sino, como sucede con muchos asesinos, fruto de circunstancias extraordinarias. Por su vida se había cruzado el perturbado de su padre, un cabrón incestuoso que violaba a su propio hijo; más tarde, una bestia asesina incluso peor que Schule: el soldado William Ferrat, un monstruo que no pasaría a los anales de la historia del crimen en la Gran Alemania únicamente porque asesinaba a niños que, legalmente, ya estaban muertos y para el estado no contaban como seres humanos; y, entre uno y otro, un último perturbado, el propio Reich de los mil años, que había intoxicado la mente de un Adolf prepubescente con

ideas alienantes sobre la superioridad racial de nuestro pueblo para, como colofón, condenar a muerte a un niño enfermo de sífilis en una institución donde el odio y la depuración sistemática de seres inocentes habían terminado por desquiciarle.

Adolf Schule era el fruto perfecto, la entelequia asesina nacida de aquel trío de perturbados que, unidos a su enfermedad, habían terminado por convertirle en un caso patológico digno de estudio.

No pude seguir reflexionando sobre dónde acaba la culpa de todos los probos ciudadanos que educan y/o pervierten a nuestros hijos: padres, maestros, presentadores de radio, directores de películas nazis de propaganda, columnistas de los periódicos o monitores de las Juventudes Hitlerianas... porque un ordenanza me abordó en ese instante.

—Oberstumführer-SS Weilern, ¡señor! Tiene una llamada urgente desde el Castillo de Hartheim.

XXVI

El tren se ha detenido. Ignoro en qué estación. He preguntado al revisor cuánto queda para Braunau y me ha dicho que diez paradas: unas dos horas o dos horas y media. Espero que tenga tiempo suficiente para llegar hasta donde quiero hacerlo antes de ir a despedirme de mi hermano. Jakob duerme; seguramente se ha cansado de verme escribir en este libro de tapas desgastadas por el uso. En este último medio año, habré leído al menos un centenar de veces la parte que escribió Rolf. A menudo compulsivamente, dedicando todo mi tiempo libre a sus páginas, emocionándome cuando hablaba de mí desde el orgullo; avergonzándome cuando descubría mis faltas, mis debilidades, mis yerros infinitos desgranados desde el nacionalsocialismo.

Pero eso ahora es agua pasada. Debo conducirlos al Castillo de Hartheim por última vez, pues nunca más he regresado desde ese día y me he prometido no hacerlo jamás; promesa que repetí con el campo de Mauthausen el día que lo abandoné. Ante vosotros confirmo mi juramento en nombre de mi madre y mi hermano: mis pies nunca volverán a hollar una Institución del Sueño ni un *Konzentrationslager*.

Pero vayamos por partes y regresemos al hilo de la narración.

Me había llamado Lonauer. Desde el teléfono de la comandancia hablé apenas unos minutos con el doctor muerte y pronto comprendí el alcance del problema. Dora Schule, la madre de Adolf, nos amenazaba con denunciarnos a las autoridades. Al fin y al cabo, el muchacho era un ciudadano de la Gran Alemania, no un preso de un campo de concentración. Nuestro deber era entregarlo a la Policía Criminal para que ella lo llevase ante un juez. Lonauer parecía nervioso por las implicaciones de todo el asunto. De momento, tanto él como Ziereis se habían librado de todo castigo por su incompetencia y permanecían en sus puestos. Yo sabía que la presencia de la Gestapo era cosa de Skorzeny y, a través de él, de mi padre y del *Führer*. De momento, todo se había llevado de la forma más cauta y reservada que podáis imaginar. Los sucesos de dos días atrás en Sankt Valentin se habían publicitado en los diarios como un atentado de izquierdistas en el que habían perecido varios niños, sin dar muchas más explicaciones. De los asesinatos de Adolf Schule ni siquiera se hacía mención. Estaba claro que desde Berlín se quería tapar el asunto, y a Lonauer o Ziereis esa actitud les venía de perlas, pues ambos habían estado planchando sus uniformes de combate, pensando que en breve tendrían que utilizarlos.

Pero el asunto de Dora Schule tenía otro cariz. No se podía dejar un cabo suelto como aquel. Ella sabía casi todos los detalles de lo sucedido después de que la invitáramos al campo para reconocer el cadáver de su marido. Lonauer tenía miedo de lo que pudiese decir, de a quién pudiese conocer en la Kripo y de cuántos estarían dispuestos a creer sus palabras, por muy fantasiosas que probablemente resultaran para un oyente neutral que nunca hubiese oído hablar de aquellos siete asesinatos, de un muchacho destinado a una cámara de gas que escapa milagrosamente a su suerte, pederastas, conjurados varios y el resto de increíbles sucesos que se habían ido

amontonando en torno a aquel caso. De cualquier manera, había decidido tomar cartas en el asunto. El doctor no se creía que fuese el *Führer* en persona el que estaba detrás de la presencia del propio Skorzeny, del que pensaba que había venido infiltrado a investigar el Lager de Mauthausen o, lo que era mucho peor, sus cuentas al frente del Castillo cuando, insospechadamente, se encontró con aquellos asesinatos en serie. Era un paranoico y veía conspiraciones en su contra en todas partes. Ignoraba, pues, que cualquier denuncia de la señora Schule sería desoída. Si llegaba a producirse, alguien haría una llamada al jefe de la criminal en Linz y el asunto se enterraría para siempre, si no lo estaba ya, tan profundamente que para desenterrarlo necesitarían una excavadora.

Es bien cierto que, por entonces, había extremos de todo aquel asunto que yo mismo ignoraba, especialmente sobre la misión verdadera de Skorzeny, pero en breve obrarían en mi poder el resto de piezas de aquel último rompecabezas o, al menos, piezas suficientes para tener una visión de conjunto. Hacía veinticuatro horas había recibido un telegrama por el que se me informaba que había sido invitado a la Cancillería, en Berlín, el día del cumpleaños del *Führer*. Mi padre, que había enviado el cable, me aseguró que en esa reunión, en la que él también estaría presente, todas mis dudas se despejarían.

Yo traté de explicárselo por teléfono a Lonauer, al menos en lo que se refería a Dora Schule, que no significaba un peligro real para nadie. Pero fue en vano. Lonauer seguía hecho un manojo de nervios y no atendía a razones. Para cuando me personé en el Castillo de Hartheim, el mal ya estaba hecho.

—La he gaseado —me explicó el doctor, dando muestras de alivio e invitándome a un Schnapps—. Sabía demasiado, Otto. ¿Puedo llamarle Otto? Por supuesto que puedo. Ahora somos amigos, ¿no?

Yo le recordé que no éramos amigos en absoluto y que a su larga lista de crímenes acababa de sumar el asesinato de una mujer adulta perfectamente sana y en sus cabales.

—Eso de «en sus cabales» es más que discutible, *Herr Weilerin*. En Amstetten todos saben que veía a su hijo muerto en cada esquina. Un hijo, que legalmente y como usted sabe, falleció hace más de un mes en esta institución. Además, acudió al Castillo en, al menos tres ocasiones, mostrándose violenta, reclamando datos de la «supuesta» depuración de su hijo y pretextando esas visiones para poner en duda la muerte del mismo. —Lonauer alargó su mano derecha y me mostró su dedo anular—: Punto uno: alucinaciones visuales. Punto dos: crisis de ira. Sin duda, estábamos ante las primeras fases de la demencia. Un amigo mío en la Comisión del Reich para el Registro de Enfermedades Graves de Origen Hereditario, me consiguió un certificado para encerrarla aquí de forma preventiva. Nada más llegar, la examiné y dictaminé oficialmente que su caso era terminal y que Dora Schule constituía un peligro para el Reich, procediendo a su depuración, sin pedir, bien es verdad, los permisos administrativos pertinentes. En todo caso, mi exceso de celo me valdrá una

reprimenda de mis superiores. Poca cosa más.

Le di la espalda y me alejé por el pasillo, cansado de los anchos recovecos que la burocracia del Reich construye para que hombres como Lonauer salgan impunes de sus crímenes. ¿Por qué era torturado Schule en Mauthausen, cuando era responsable solo de siete asesinatos, mientras el ser abominable con el que estaba conversando, tenía sobre su conciencia la muerte de miles de seres humanos? Ocho mil quinientos me había dicho, la última vez que hablamos, que tenía apuntados en su libro de contabilidad. No debería haber regresado a aquel lugar infame. Creo que contuve una arcada, sintiendo por primera vez aquellos retortijones en la barriga de los que siempre se quejaba mi hermano. Él siempre supo que las atrocidades a las que cada día hemos de enfrentarnos en lugares como Hartheim o Mauthausen son solo eso: atrocidades. Las categorías morales del nazismo, que enmascaran con nombres como «depuración» un asesinato selectivo de inocentes, son una mentira y un insulto a la inteligencia. Súbitamente, descubrí en mis propias carnes el horror que mi hermano había sentido mientras yo le presionaba para convertirse en un buen nacionalsocialista, la náusea porque lugares así existieran en un mundo que se llama civilizado. De esta forma, llegó hasta mí, como una vaharada, el arrepentimiento, el bochorno por haber creído durante mucho tiempo que todo aquello era necesario para construir un futuro mejor para la Gran Alemania y, el día de mañana, para mis hijos.

Entonces los vi. Estaban unos pasos a mi izquierda. Tres niños y un adulto, en el pasillo lateral del patio porticado, esperando desnudos para entrar en la sala fría y, de allí, a la sala de registro. En menos de media hora estarían muertos, siguiendo el ritmo habitual de depuración del Castillo.

—¿Me reconoce, señor? —dijo uno de ellos. Se trataba de una niña de apenas metro y cuarenta de altura. Muy rubia, con el pelo despeinado, una hermosa y larguísima cabellera que una vez se había recogido en un moño trenzado como las heroínas de las óperas de Wagner.

—Eres Gertrud Müller, ¿no?

La niña asintió y señaló a sus dos compañeros, que me presentó como Hans y Konrad Rambrucht. Los recordaba. El pequeño todavía tenía la pierna vendada a causa de la puñalada que le había dado días atrás Skorzeny. Cojeando, se acercó a Gertrud y me miró con los ojos brillantes, conteniendo el llanto. El adulto no debía tener nada que ver con ellos y estaba sentado contra la pared, mirándonos con expresión hosca.

—¿Sabe por qué estamos aquí? ¿Sabe qué va a pasar con nosotros?

Gertrud tiritaba de frío. Sus dos amigos rompieron a llorar. No tuve valor para decirles que iban a morir. Lonauer, que acudía en mi búsqueda, no creyó oportuno mostrar tanta delicadeza.

—Me mandaron ayer mismo una circular ni más ni menos que del Centro de Eutanasia del Reich, en Berlín. Los niños deben ser gaseados a la mayor brevedad. Acaban de traerlos de una institución de menores y ni siquiera se me da tiempo para

que los examine. Debo registrar su llegada, gasearlos y pasarlos por el horno crematorio. No se admiten retrasos porque antes del mediodía debo enviar un informe completo de su depuración.

Esta vez Gertrud rompió también a llorar y compuso junto a sus dos amigos un coro lastimoso de llantos, demandas de perdón y genuflexiones. Pronto, no quedaría nadie del grupo infantil de guardias del campo de Sankt Valentin. Nadie, claro, salvo Joseph F.

—¿Y ese hombre? —dije, señalando al adulto, que era un sujeto calvo, chupado pero con barriga, de facciones aquilinas y prominente nariz.

—Un judío sefardí. No tiene familia y estuvo viviendo de la caridad en diferentes instituciones desde su juventud. Por lo visto, aparte de ser judío, posee un bajo coeficiente intelectual. Nos lo han mandado para que libremos al mundo de su presencia y... —Lonauer no dijo nada más, al recordar que a mí no me gustaba que se explayase en explicaciones sobre su abyecto ideario eugenésico y racial.

Me acerqué al hombre, haciendo caso omiso a Gertrud, que, cogida de mis piernas, se arrastraba todavía, pidiéndome ayuda.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

El hombre me sostuvo la mirada. Visto de cerca, advertí que ya tenía muchas arrugas alrededor de los ojos y en la frente. Rondaría los cuarenta años.

—Me llamo Jakob Navarro —parecía que no iba añadir nada más, pero después de una pausa, levantando la voz, dijo—: No quiero morir, pero se equivoca si piensa que voy a pedir clemencia como esos pobres niños. No hay clemencia en este país para la gente como yo. Eso lo he aprendido a base de palos, señor SS.

Un celador arrancó a Gertrud de mi pierna, a la que seguía aferrada. Junto a sus dos compañeros de correrías, fue llevada a la cámara fría, donde, si por cualquier causa se retrasaban las depuraciones o el responsable del área técnica se iba a almorzar, moriría de frío en lugar de asfixiada por el monóxido de carbono.

—No te llamas Jakob Navarro —dije, inclinándome sobre el hombre e impidiendo con un gesto que un segundo celador le obligase a levantarse del suelo para seguir a los pequeños a la cámara fría.

—¿Ah, no?

—No. De ahora en adelante te llamas Jakob Weilern y eres mi primo.

Le entregué mi gorra de las SS y mi abrigo. El hombre, todavía dubitativo, se lo puso. Iba desnudo a parte de una gabardina militar, un capote de invierno y una gorra. Empezamos a caminar juntos hacia de la salida. Jakob no sabía si era un juego cruel de un SS perturbado que quería reírse de él antes de gasearlo, pero no le importaba. Era mejor que meterse desnudo en una cámara de cinco metros cuadrados con temperaturas bajo cero.

—¿Dónde demonios cree que va? —Lonauer se había interpuesto entre nosotros y la puerta de entrada.

Le expliqué que mi primo y yo habíamos venido de visita pero que ya nos

íbamos. Al doctor le brillaban los ojos.

—¿Se ha vuelto loco, Weilerin? ¿Cómo conseguirá que este judío pueda pasar por su primo? ¿Le dará papeles con una nueva identidad? ¿Un pasaporte racial para alguien que se llama Jakob? —De pronto, me miró, y se puso a pensar con su pequeña cabeza cuadrada de funcionario. Recordó que seguía en su puesto y que todos sus errores en la administración del Castillo habían sido olvidados. Tampoco nadie había hecho mención de que hubiera contratado como guardia a un criminal que raptaba a niños delante de sus narices y los asesinaba impunemente; o que ese mismo hombre hubiese sacado de su institución a un asesino de varios civiles y miembros de la Banda de la Calavera. Asimismo, recordó que Schultz, el día que drenaban la ciénaga, había afirmado que el *Führer* en persona había ordenado a los servicios de inteligencia proteger a toda costa a los hermanos Weilerin.

—Puede hacer todo eso, ¿no es verdad? Puede hacer lo que quiera. Puede convertir a este judío en un ciudadano del Reich —dijo, mirándome de hito en hito, como el que mira a un gigante.

—Estoy casi seguro que sí —repuse—. Tengo que ir a Berlín dentro de unos meses a oír de labios de Hitler algo que sospecho hace tiempo, pero, en cualquier caso... no creo que me nieguen nada de lo que pida. No ahora.

No me despedí. No dije nada más y seguí caminando. Ya se las ingeniaría Lonauer para coger cualquier cuerpo y decir que eran los restos de Jakob Navarro. Seguro que el nuevo Maestro de los Hornos (el anterior, el Unterscharführer-SS Hubert, había sido trasladado) le ayudaría a tapan el asunto con los restos de algún desgraciado, antes de hacerlos pasar por el molinillo de huesos.

Antes de salir del Castillo, miré hacia atrás y vi a Gertrud por última vez, desnuda, cubriéndose los pechos, con los brazos cruzados sobre el abdomen, estremeciéndose de frío. De pie, en la entrada de la cámara fría, nos contemplaba alejarnos. Un celador cerró la puerta. Ni siquiera yo podía salvarla. El *Führer* estaba detrás de su orden de ejecución. Además, no estaba seguro de querer salvarla. Ni siquiera lo estoy ahora.

Afuera hacía un tiempo desapacible. Nevaba sin descanso y el universo se había teñido de blanco. Por el camino de regreso al campo, le expliqué a Jakob que tenía que decir que era mi primo si alguien le preguntaba. De lo contrario, debía permanecer callado. Yo me encargaría de explicar a quien le interesase que era mi nuevo asistente y de conseguir los papeles necesarios para poder trabajar como civil en el Lager.

—Gracias —dijo Jakob, sencillamente. Todavía no se creía lo que estaba sucediendo, y supongo que temía que, en tanto íbamos camino de un campo de concentración, bien podía acabar preso en él o camino de otro horno crematorio, distinto del de Hartheim, pero tan letal como el que esquivara instantes atrás con la ayuda de la diosa fortuna.

—No se merecen —repuse.

Me detuve a un kilómetro del Castillo, pasada la granja de los Schuhmann, a los que había interrogado una vez sobre el Mercedes que conducía Braun y que fue visto en los alrededores. Miré largo rato por el retrovisor hasta que vi aparecer lo que buscaba. Había pasado ya una media hora.

—¿Sucede algo? —preguntó Jakob con voz aterrada. Seguramente una parte de él seguía dudando de su suerte y temía que aquel SS tan extraño cambiara de opinión y le devolviera a Hartheim. Al fin y al cabo, engañarle con lo de ser su asistente podía ser una típica broma de los muchachos de la Banda de la Calavera. Cosas peores se habían visto. Y más con judíos de por medio.

—No temas —le tranquilicé—. Miraba eso.

Sacando mi mano por la ventanilla, señalé hacia atrás, muy arriba, donde la chimenea del Castillo lanzaba sinuosas volutas cenicientas al cielo de Alkoven.

—Son esos tres niños saliendo por la chimenea del crematorio, ¿no? —dijo Jakob, frunciendo los labios—. Yo debería ser también parte de ese polvo de huesos.

Arranqué de nuevo el coche.

—Pero no lo eres. Y eso es lo único que cuenta —dije, a modo de conclusión.

XXVII

Jakob ha despertado y le he dicho por qué parte voy de mi diario. Se ha puesto triste al recordar aquel día, pero a la vez alegre por haber salvado de forma tan milagrosa y arbitraria el pescuezo. Aún no comprende por qué lo salvé. Por mi hermano, le acabo de decir, por el hombre al que hoy vamos a visitar. Jakob ha respondido que tiene muchas ganas de llegar a Braunau para presentar sus respetos a Rolf. Yo también.

Pero volvamos al campo de Mauthausen, donde debo concluir mi historia.

Luego de regresar del castillo de Hartheim, llamé a mi padre y le reclamé una identidad nueva para Jakob. Ni siquiera me hizo una pregunta al respecto. Desde Berlín llegaron su pasaporte y sus papeles. En adelante, Jakob Navarro sería Jakob Weilern. Yo solo le pedí a mi nuevo amigo que se abstuviera de hacer demostraciones públicas de su fe. Jakob aceptó. Mi asistente empezó a trabajar en Mauthausen oficialmente el veinte de noviembre. Precisamente ese día murió Adolf Schule. El primer interrogatorio en el Bunker lo colocó a las puertas de la muerte y no abandonó esa condición hasta que sus órganos fallaron poco después. Por lo visto, le habían golpeado en el vientre repetidamente y provocado hemorragias internas de las que no pudo recuperarse. Solo le vi una vez más. Ziereis ya no tenía interés por concluir el interrogatorio, pero yo quería saber el final de su historia. Acudí al Revier, el hospital de los presos, para hablar con él la noche del diecinueve. El Revier, en realidad, no es un hospital sino un sucio dispensario donde a menudo nada se «dispensa» a los enfermos. Aproximadamente el ochenta por ciento no reciben tratamiento porque hacerlo se considera demasiado largo o costoso, y se les manda de nuevo al trabajo para morir. Si no son capaces de seguir trabajando, de una forma u otra se les ejecuta. Se puede considerar que Schule tuvo suerte de que su confesión nos fuese de utilidad, pues disfrutó de cuidados y atenciones especiales que un preso común jamás recibiría. Hasta tenía su propia cama y se le daba de comer regularmente. Este trato exquisito le deparó tres jornadas de agonía.

—¿Por qué mataste a Boldt? —le pregunté, sentado a la cabecera de su cama.

Adolf dio un bote, como si no se hubiese dado cuenta hasta entonces de mi presencia. Me miró. Tenía unos ojos extraños, que se movían muy rápido: ojos de alucinado. Supuse que debía ser por la sífilis, que le devoraba el cerebro, tal y como Lonauer me había explicado una vez.

—Boldt, ese maldito hijo de puta...

A media voz, casi entre susurros, me explicó que había coincidido en Hartheim con Jules, el hijo del Rapportführer Boldt. Jules era un niño superdotado, uno de esos que no se adaptan al sistema de estudios normalizado y pasan a menudo por tontos. Su padre no le dio ni una oportunidad. Incluso había escrito una carta a Lonauer exigiendo su inmediata depuración. El doctor casi había terminado su examen e iba a dictaminar que era un niño con un coeficiente excepcionalmente alto. Jules necesitaba por tanto un plan de estudios específico para potenciar sus aptitudes. Pero

Lonauer decidió escuchar al padre y depurar al niño para evitar que este reclamara más arriba en el escalafón jerárquico. Un tonto menos no es ningún problema. Después de todo, hay tantos... Jules era demasiado listo y eso terminó por ser su perdición.

—¿Sabe, *Herr Weilerin*? Boldt se tomó el veneno por propia voluntad. Yo le liberé de la terrible carga de haber asesinado a un futuro líder de nuestra nación.

Hubo una larga pausa. Schule sufrió una recaída y durante un buen rato apenas pudo respirar; aún menos hablar. Al cabo de un rato, se sintió mejor y trató de explicarme la muerte de Braun, y también la historia de un caballo que tenía de niño al que quería mucho. Luego su voz se perdió. Desvariaba.

—Braun había descubierto que yo no era un Golem —dijo de pronto—. Cuando encontrasteis el cadáver de Ícaro en la ciénaga me di cuenta de que hasta ese idiota comprendería que yo no había renacido en su cuerpo, sino que era una persona completamente distinta, que le había suplantado.

—Y entonces tuviste que recurrir a Godzilla.

Adolf parecía estar muy lejos. Abría y cerraba la boca pero no emitía ningún sonido. A veces reía, otras hipaba e inspiraba profundamente, como si estuviese reclamando el último aliento. Sencillamente, agonizaba. Iba ya a marcharme cuando me dijo, con voz muy clara, poniendo sus últimas fuerzas en aquel aserto:

—Godzilla odiaba a tu hermano y quería castigar a los Weilerin por la muerte de su maestro: Ernst Röhm. Odiaba a Rolf, es verdad, pero te detestaba a ti. Ten cuidado, Otto Weilerin, pues no es el único que alberga un odio profundo contra lo que tú eres. Otros sueñan con asesinarte, seguramente dentro y fuera de los muros de este Lager. Lo he visto en sus corazones. ¿Sabías que yo puedo reconocer el odio en las pupilas de los hombres? Ni siquiera el *Führer* podrá salvar tu pellejo si alguno de ellos se queda a solas contigo en una habitación. Morirás antes de conocer quién eres en realidad.

Mi interlocutor había cerrado los ojos. Le cogí en volandas; le zarandé, le hice mil preguntas. Incluso llegué a abofetearle. Schule, ya lo he dicho antes, tenía el don de ver lo más oscuro del alma humana, la negrura que se esconde en el lugar más recóndito de nosotros mismos. Había visto algo en mí, y también en otros, en adversarios secretos que me perseguían, acechándome desde alguna parte y por secretas razones. Él sabía la verdad y yo se la sacaría aunque fuese a latigazos. Pero Schule nunca despertó. Dejé recado de que se me avisase si tenía de nuevo un instante de lucidez, fuera de día o de noche, y no me fui a dormir a la ciudad sino que me quedé en los barracones de la tropa, para estar lo más cerca posible si despertaba. De madrugada me avisaron, pero no de que había recuperado la consciencia sino de su fallecimiento. No sé porqué, aún recuerdo la hora: tres y trece minutos de la mañana.

Aquella noche tuve un sueño, uno muy breve, como un fognazo dentro de otro sueño que ya se está desvaneciendo con la llegada del alba. En él, Adolf Schule me

miraba con sus ojos de alucinado y repetía la última frase que había pronunciado en vida. Era una amenaza, o más que eso: era una premonición...

Morirás antes de conocer quién eres en realidad, me repetía, una y otra vez. Al despertar, tenía la boca pastosa, con sabor a tierra mojada. Me lavé los dientes al menos tres veces antes de que me abandonase esa sensación.

XXVIII

Y pasaron los meses. Jakob se adaptó bien a su función en el Lager. Yo nunca había tenido un asistente civil y, dado que estaba acostumbrado a cuidarme yo solo, tenía pocas tareas que encomendarle. Él siempre buscaba la forma de agradarme, pero no hacía falta. Viéndole sano, feliz y fundamentalmente vivo, ya me daba por satisfecho. Tal vez, trataba de compensar los errores que cometí con mi hermano, buscándome otro hermano de la misma edad y similares limitaciones. Pero no sé si eso explicaría algo o no explica nada en absoluto. Ni Rolf ni Jakob tenían limitación alguna, somos nosotros los que, buscando una vara de medir que englobe a la mayoría, encontramos que aquellos que no se ajustan a esa vara son inferiores, retrasados, limitados o incapaces. Jakob es Jakob y yo soy yo: cada uno con su vara de medir.

Entretanto, la guerra seguía favoreciendo a Alemania. Bombardeábamos impunemente el Reino Unido y solventamos los desaciertos de nuestros aliados italianos invadiendo los Balcanes y el Norte de África. Las victorias de los aliados en esos frentes habían sido efímeras; tan pronto llegaron nuestras tropas, los griegos y los ingleses se rindieron, al menos, en la propia Grecia, mientras en el frente del Magreb estos últimos se retiraban desordenadamente hacia Egipto. Los ejércitos de Hitler campaban invencibles por Europa... y más allá.

Fue también en la primera parte de este año de 1941 cuando Himmler, nuestro Reichsführer-SS o guía supremo, tomó dos importantes decisiones. La primera, acabar con la depuración de los retrasados mentales en Hartheim (por lo visto se había liquidado ya a tantos miles que comenzaban a escasear) y utilizar en adelante aquellas instalaciones principalmente para los enfermos de Mauthausen y de sus campos auxiliares, aquellos que estuvieran demasiado débiles para seguir trabajando. Ahora, son los rojos españoles e italianos, polacos, checos, albaneses, griegos, belgas, holandeses, etc... los que ocupan aquel interminable pasillo que acaba en una cámara de gas y un horno crematorio. Un gran avance que nuestra nación siempre idee la forma de que una buena y productiva institución como el Castillo del doctor muerte no quede en desuso.

La segunda decisión fue la de organizar los *Konzentrationslager* en tres grupos. En los Lager de tipo A se internaría a los enemigos de la patria, culpables de crímenes menores a juicio de las SS, y fácilmente, también a juicio y discreción de las SS, reeducables. Los Lager de tipo B serían para los alemanes y arios de otras naciones que habiendo cometido crímenes graves, en tanto que miembros de la raza superior, y cumplida su condena, podían acabar reintegrándose como buenos servidores de la sociedad. Los Lager de tipo C, como Mauthausen, serían para los subhumanos, los irreductibles enemigos de la patria, que jamás podrían ser liberados y trabajarían hasta la muerte por nuestra Nación. Por increíble que parezca, todavía hay un tipo más, los campos de exterminio o *Vernichtungslager*, donde los presos entran únicamente para ser ejecutados. No es necesario matarlos de hambre o mediante

trabajos forzados. Nada más entrar por la puerta hay que liquidarlos sin más explicaciones. Una muestra más de la eficiencia de nuestro sistema. Nada escapa a una correcta ordenación y estratificación.

En más de una ocasión me sorprendí a mí mismo paseando por el campo de Mauthausen, donde era imposible dar dos pasos sin encontrarte con un cadáver reciente, reflexionando sobre si realmente sería posible que existiera un lugar todavía peor que nuestro Lager o que el Castillo de Hartheim. Si era sí, aquel lugar debía ser peor que el propio infierno. De hecho, entre las brasas del averno llevaba ya viviendo hacía mucho tiempo, tanto yo como los miles de presos que habitaban los barracones del campo interior.

A principios de marzo pedí el traslado al DAK de Erwin Rommel. Lo hice por varias razones. Por una parte, ya le conocía personalmente y sentía hacía él una honda admiración. Sabía que, bajo su mando, las tropas se comportarían como hombres y no como bestias nazis. Me constaba que en el desierto se combatía con honor, respetando las convenciones de Ginebra, sin apresar a los judíos, sin campos de exterminio, sin ejecuciones sumarias de prisioneros... En los diarios se hablaba de las victorias en Libia y Túnez del Afrika Korps y Rommel, en pocos meses, se había convertido en una figura romántica, admirada por todos sin excepción, que le imaginábamos entre las dunas del desierto, maniobrando sus tanques en medio del bombardeo de los aviones ingleses. Por último, no había cuerpos SS en toda África ni estaba previsto que los hubiera. Si se aceptaba mi traslado, necesariamente tendría que dejar la Banda de la Calavera y convertirme en un soldado del ejército alemán: una tropa respetable y no un grupo de asesinos y desalmados.

No aceptaron mi solicitud de traslado, claro está. Pero yo la volvía a mandar cada semana. Por fin, mi padre me llamó, bastante ofuscado, y me indicó que ese tema, como algunos otros, se discutiría en la reunión que tendría con el *Führer* el día antes de su cumpleaños, es decir, el diecinueve de abril, un par de semanas más tarde. Nunca esperé que aquella reunión solventase realmente todas mis dudas, pero lo que ignoraba es que no despejaría ninguna.

Partí hacia Berlín, solo, la madrugada del dieciocho. El mismo dieciocho, entrada la tarde, llegué a la capital del Reich. No dormí aquella noche. Vagando nervioso por mi habitación, resolví llamar a mi padre, pero no quiso explicarme nada por teléfono y aún menos recibirme a aquellas horas intempestivas. Me repitió que hablaría conmigo al día siguiente, a las veintiuna horas, en presencia del *Führer*. El diecinueve lo ocupé en visitar Berlín y comprar un par de figuritas de recuerdo para Jakob. La ciudad se me antojó alegre, victoriosa, pero era una alegría viciada, exaltada, como fruto de la histeria más que de la felicidad. Las gentes caminaban sobre una nube de laureles militares, de exacerbación de su ego racial, de odio y de rabia contra todo lo que no fuese inequívocamente ario y nacionalsocialista. No se podía hablar con nadie salvo de tópicos, y los que tenían algo que decir temían hablar de más, por lo que apenas si sostuve un par de conversaciones regadas de eslóganes

nazis y saludos con el brazo en alto.

Hitler me recibió en uno de los salones de la Cancillería, sentado en una silla de alto respaldo, con figuras mitológicas labradas en sus patas. Parecía un Rey más que el presidente del Reich, que era el cargo que realmente ostentaba. Pero, a decir verdad, era incluso más que un Rey: era el guía de su pueblo, sus entrañas, su espíritu y la voz de su conciencia. Alemania se estaba forjando a imagen y semejanza de Adolf Hitler.

—Bienvenido, muchacho —dijo mi padre, con voz meliflua.

Theodor Eicke se hallaba de pie detrás de su *Führer*, mirándome desde la distancia, como se contempla un objeto raro y vistoso. Vestía un uniforme de combate de su división de la calavera y había engordado desde la última vez que le vi. De su cuello colgaba una cruz de hierro que acariciaba en silencio, sin dejar de observarme. Me habían conducido hasta allí dos SS de su confianza, con gran pompa y ceremonia, en un recital de entrechocar talones y abrir o cerrar puertas con decisión y elegancia. Ahora, por fin a solas con Theodor y Adolf, toda aquella situación se me antojaba delirante. ¿Qué demonios podía tener yo que ver con Hitler? Mi hermano, en su parte de este diario, había hablado de dos secretos relacionados con Hitler: uno con la muerte de Röhm, el otro con... ¿quién sabía? Él parecía conocer ambos pero yo no conocía ninguno: solo albergaba sospechas más o menos fundadas. Intuía que uno tenía que ver conmigo y con el propio Rolf, pero esa intuición era producto más de las especulaciones de mi hermano que de un razonamiento propio. Sabía, en cualquier caso, que yo era importante para ellos, que encajaba en alguna parte dentro de sus planes.

—*Heil Hitler!* —ladré, levantando el brazo con desgana. Nos habíamos visto en dos ocasiones ya en el pasado, en una habitación de un hospital de Munich y en Palacio de la Ópera de París. En ambas me había parecido un hombre brillante, un sabio estratega pese a sus defectos. Pero en esta ocasión contemplaría su verdadero rostro.

—*Heil!* —gritó entonces mi tío, como si quisiera acompañarme en mi presentación.

El *Führer* cerró los ojos con gesto de satisfacción. Luego, antes de que pudiese establecerse un vínculo similar a un comienzo de nuestro diálogo, se enfrascó en un discurso de media hora de duración, donde me explicó la evolución del frente en África, la próxima invasión de Rusia y el futuro glorioso del Reich, que dependía de ambas campañas. En Rusia se iba a dirimir el destino de Occidente, aseguraba. Se había visto obligado a postergar la invasión por culpa de las derrotas de los italianos en el frente de los Balcanes y en la propia África, pero una vez estabilizados esos frentes, pensaba atacar sin piedad al enemigo eslavo. No me sorprendí. Todo el mundo hablaba de la necesidad de acabar con la amenaza de Stalin. Sus palabras eran la confirmación de un secreto a voces, aunque todo aquello me traía sin cuidado. Eran otros secretos los que había venido a desentrañar.

—Me han dicho que quieres incorporarte al grupo de ejércitos de Rommel en Libia —me dijo entonces, cambiando de tema y reclamando por fin una palabra de su interlocutor.

—Sí, mi *Führer*.

—Voy a conceder tu traslado con una condición. —Hitler se inclinó hacia adelante, aproximándose, buscando mi complicidad.

—Lo que usted diga.

Hitler se atusó su bigote y luego, como movido por un resorte, se levantó de un salto y vino a mi encuentro casi a la carrera.

—Debes prometerme, hijo, que procurarás no correr peligro alguno. Te destinarán a una unidad de suministro y Rommel tiene orden de no usarte en ningún caso en formación de batalla. Sin embargo, debes prometerme que de ninguna manera, en caso de verte envuelto en combates cuerpo a cuerpo, responderás al fuego. Te protegerás y salvarás la vida. El destino de Alemania depende de ello.

Como antes os he adelantado, ya intuía hacía tiempo que ocupaba un lugar importante en alguna ecuación relacionada con la turbia sombra del poder que encarnaba Adolf Hitler, pero ¿un papel principal? ¿Un papel protagonista? Aquel hombre debía estar loco. Creo que vacilé un momento, confuso, antes de responder:

—¿El destino de Alemania depende de que yo sobreviva, mi *Führer*?

—Sin duda. —Hitler me cogió de un brazo y me lo estrechó con fuerza. Pareció por un momento que iba a ruborizarse—. Tú me sucederás un día al frente del Reich. Dentro de no muchos años, tú serás el *Führer* de nuestra nación.

Hitler se alejó entonces de mí hacia la balaustrada y se asomó al exterior, repentinamente abatido. Le hice un par de preguntas más, anonadado por aquella increíble revelación, pero no me contestó. Entonces comenzó a hablar de Wagner, de que el arte de la música había entrado en franca decadencia.

—¿Has pensado alguna vez en lo que pasaría si Wagner renaciese? ¿No sería maravilloso que hubiese dos, tres, diez Wagner componiendo distintas músicas en puntos diferentes del Reich? Si la conjunción de genes que llevaron al nacimiento de Richard Wagner fuese predecible, el mundo caería rendido a nuestros pies. Ah, qué gran sueño, qué gran futuro nos depararía la historia si algo así fuese posible.

Convine que el nacimiento de un genio como Wagner era un caso excepcional que, por desgracia, solo se repetía cada dos o tres siglos pero ¿diez Wagner? Cuando hay diez genios ninguno de ellos realmente lo es; la genialidad deviene vulgaridad y repetición. Sin embargo, aquel asunto era una abstracción que no conducía a nada, así que desvié la conversación de nuevo hacia su aserto anterior. ¿Acaso yo habría de sucederle un día en la jefatura del estado? ¿Era una broma tal vez?

—¿Broma, dices? ¿Una broma?

Hitler se abalanzó hacia la silla de madera, sentado a la cual me había recibido minutos atrás, y la lanzó al suelo. Mi padre, que continuaba tras ella, a un par de metros, reculó como si no pasase nada y recompuso el mismo gesto impertérrito que

llevaba mostrando desde el comienzo de aquella entrevista.

—Yo te diré, joven Weilerin, lo que es una broma. —El rostro de Hitler presentaba una palidez cadavérica mientras farfullaba—: Una broma es que Inglaterra no se haya rendido ya ante nuestra superioridad técnica y militar, nuestra fuerza de voluntad y nuestro coraje. Una broma es que haya naciones que todavía se unan a las fuerzas aliadas para combatirnos. Una broma es que todos los estados del orbe no quieran acompañarnos en nuestra lucha contra la Unión Soviética. Una broma es que no haya estatuas mías en todas las plazas de todas las ciudades de Europa, ¡de medio mundo! Una broma es que me vea forzado a hacer cumplir por medio de las armas lo que es evidente para cualquier hombre civilizado: ¡que Alemania debe gobernar el universo!

El rostro del *Führer* había comenzado a teñirse de escarlata y luego, como si le faltase el aire, cobró un tinte azulado. Por fin, respiró profundamente y dijo:

—Tal vez, si Wagner renaciese, si hubiese tres, cinco, ¡qué digo!, diez Wagner componiendo óperas sublimes por todas las ciudades europeas, entonces hasta los más borricos comprenderían la grandeza y superioridad de nuestra comunidad racial aria, y no tendríamos que luchar, calle a calle, barrio a barrio, país a país, para demostrarlo.

Hitler regresó a la balaustrada mientras tarareaba un fragmento de *Die Meistersinger von Nürnberg* (Los Maestros Cantores de Nürnberg), su ópera preferida. Luego, poco a poco, comenzó a cantar con voz rota:

*¡Esta noche, seguro!
A lo que me atreveré,
¿cómo podría yo decirlo?
Nuevo es mi corazón, nuevo mi juicio,
nuevo es para mí todo lo que emprendo.
Solo una cosa sé,
solo una concibo:
¡Ganaros a vos
con todos los sentidos!
Si con la espada no he de lograrlo,
valga cantaros como maestro.
¡Por vos, sangre y bienes,
por vos,
el arrojito divino del poeta!*

Es curioso cómo puede uno despertar de un sueño. Yo lo había hecho súbitamente, como despierta uno de esos días en que las fantasías nocturnas no terminan con el primer bostezo. Reales, vívidas, por unos instantes forman parte del universo real. Así fue mi despertar. Consciente de la ilusión que había vivido, podía por fin salir de ella y contemplar sus desvaríos desde la barrera. Había dejado atrás

mi condición de durmiente.

—¡Dios mío! —Creo que musité, recordando los ojos del *Führer* cuando, cara a cara, me hablaba de Wagner o de las efigies de su persona que un día presidirían las plazas de todas las naciones de Europa.

—¿Ahora lo entiendes? —dijo mi padre, acercándose por fin hasta donde yo me hallaba.

—No sé qué debo entender, señor, pero he visto antes esos ojos.

—¿Sus ojos? —Theodor parecía no entenderme.

—Esos ojos de alucinado. Esa actitud de pronto tranquila, sosegada, comunicativa y al cabo insomne y contemplativa, y finalmente airada. Pero sobre todo esos ojos. — Suspiré, recordando la mirada de Adolf Schule, esa mirada brillante, de ojos que se movían muy rápido, como si no pudiesen fijar su mirada en un punto demasiado tiempo—. Hace pocos meses me enfrenté en persona a Schule, el asesino del que te hablé: presentaba un cuadro avanzado de sífilis. Había perdido la cabeza por la enfermedad.

—¡Ah! —Mi padre asintió, dejando una frase en el aire.

—Pensé que nunca volvería a ver esos ojos. —De pronto bajé la voz, aunque Hitler seguía canturreando ajeno a todo—: Nunca imaginé que el *Führer* pudiera estar tan enfermo. ¿Es sífilis también, como en el caso de Schule?

—Neurosífilis. Un estadio final de la enfermedad. Hace mucho que la contraí — me confirmó Theodor, aunque callando al cabo, evasivo.

—¿Hace mucho? ¿Cuánto es mucho?

—Por lo menos quince años, tal vez más. Eso dice el médico. Cuando debió pasar, Hitler era aún muy joven y nuestro NSDAP apenas era un grupo de ultraderechistas de provincias. Una prostituta, tal vez, pero ni el propio *Führer* lo sabe. El mal ha avanzado mucho desde entonces y ya no puede hacerse nada.

—¿Y las leyes raciales, padre?, ¿y el *Mein Kampf*?, ¿y las teorías políticas, éticas, sociales, en las que se basa el Tercer Reich?, ¿y el concepto de enemigos del pueblo?, ¿y la persecución de los izquierdistas, de los judíos, de los gitanos, los homosexuales o de las razas inferiores? ¿Acaso todos los fundamentos del nacionalsocialismo son fruto de una mente enferma, de un megalómano, de un demente como lo era Schule?

Mientras yo hablaba, Theodor no le quitaba la vista a Hitler, que declamaba un texto del segundo acto con voz estentórea, ajeno a nuestra conversación.

—Eres lo bastante listo para darte cuenta, Otto, de que en la vida no hay absolutos. Una mente enferma puede ser una mente brillante; el exceso puede ser beneficioso en un momento de crisis como el que pasaba nuestro pueblo durante la República de Weimar. Además, hoy tiene un mal día. Creo que está nervioso por haber tenido por fin la oportunidad de conocerte. Normalmente, puede aparentar normalidad.

Aparentar normalidad. Me quedé con esa frase dando vueltas en mi cabeza. El Tercer Reich era una farsa y todos nosotros, los alemanes, cómplices y rehenes de un

hombre que deliraba. En Mauthausen, habíamos torturado hasta la muerte a un muchacho por asesinar a siete hombres; Lonauer, por matar a miles, quedaría impune y tal vez ganase una cruz de hierro por el camino, una como la que tenía mi padre; y Adolf Hitler, por matar a millones, se convertiría en una figura histórica inmortal, tanto si ganaba la guerra como si la perdía.

—¿Cuánto más podrá aparentar normalidad, padre?

—Tres o cuatro años más, a lo sumo. A finales del cuarenta y cuatro o principios del cuarenta y cinco... habrá que sustituirlo.

—¿Es este el secreto que Röhm quería desvelar? ¿Por eso fueron diezmadas las Tropas de Asalto SA hace siete años? ¿Amenazó Röhm con revelar que el *Führer* tenía la sífilis y era un enfermo mental terminal?

—Amenazó con eso, sí, pero no solo con eso.

—Supongo que te refieres al segundo secreto al que se refería Rolf. Pero ese no me lo explicarás.

—Ese, me temo, tendrás que descubrirlo tú solo. Al fin y al cabo tiene que ver contigo y con el futuro del Reich.

Sentí que mi mano derecha se crispaba. Estaba harto de mentiras, de verdades a medias y de incógnitas que se saldaban con nuevas incógnitas.

—¿El futuro del Reich? ¿Tú también me vas a salir con eso de que yo tomaré el lugar de Hitler cuando él ya no esté? ¿O es también un desvarío de su mente enferma?

Theodor sonrió, mientras me hacía pasar a la otra parte de la estancia, lo más lejos posible de la balaustrada, donde el *Führer* continuaba con sus improvisaciones operísticas.

—El futuro es un interrogante siempre abierto, y tu lugar en ese futuro como Presidente del Reich es solo una opción. Una opción y nada más. Una de las muchas que hombres más poderosos que yo están barajando para cuando llegue ese día.

—¿Una opción? ¿Cómo voy a ser yo una opción para la sucesión de Hitler? ¿Qué tengo yo que me haga especial? ¿Tiene eso acaso que ver con que nos mandases a Skorzeny a vigilar nuestra seguridad en Sankt Valentin y el Lager? ¿Soy tan valioso que los servicios de inteligencia de las SS deben velar día y noche para que siga vivo?

—¿Valioso? Para algunos, eres mucho más que valioso. Ya oíste al *Führer*. No debes correr riesgos en África. Si los corres, si desobedeces... regresarás a Mauthausen antes de que termine de chasquear mis dedos. —Como prueba de sus palabras, los chasqueó delante de mis narices—. Sobre el resto de respuestas que me pides, debes entender que ya he dicho más de lo que debería. Esos hombres poderosos de los que te he hablado, un día se pondrán en contacto contigo y te ofrecerán la jefatura del estado. Entonces, te explicarán lo que quieres saber y acaso cosas que preferirías no haber descubierto jamás.

—¿Qué hombres poderosos? ¿Himmler, Goering, Goebbels? —inquirí entonces,

todavía incapaz de creer lo que se me estaba explicando.

—He dicho hombres «realmente» poderosos.

Lancé a mi padre una mirada elocuente que se tornó poco a poco melancólica. Alemania no se merecía aquellos que la gobernaban: locos, mediocres, intrigantes...

—Así que tú no eres el único guardián de ese secreto. Y el resto de los hombres que lo custodian son, como tú, hombres de segunda fila, que prefieren gobernar en la sombra.

Mi padre se alejó. En su rostro se alargaba una mueca triste:

—No hagas conclusiones precipitadas de asuntos que no conoces. Yo no cuento demasiado en esta historia. Me limité a cuidar de ti y de Rolf cuando se me requirió. Además, por hoy, ya basta de preguntas. Hablaremos de nuevo cuando regreses de África del Norte.

Estaba cansado. Aquella conversación, mezcla de revelaciones y de subterfugios que se encadenaban, era demasiado para mí. Antes de marcharme, sin embargo, necesitaba saber algo más.

—Entonces, ¿no es usted realmente mi padre?

Theodor meneó la cabeza.

—Hace ya mucho te dije que me llamasen tío. Te crié de niño como hice con tu hermano y ayudé a tu madre a salir adelante en unos años difíciles. Obedecía órdenes. Nada más. Dejé que me llamarais padre: ese fue mi error. —Theodor se detuvo, abriendo la puerta de la sala. Hitler reaccionó ante el sonido del tirador, detuvo su canto y, volviéndose, nos miró a ambos con los ojos muy abiertos, como si él también regresase de un sueño.

—¿Y bien? —insistí—. No ha contestado a mi pregunta, *Herr Gruppenführer-SS*. Y Eicke, en tono desabrido, me confesó:

—No. No eres hijo natural mío, Otto. Tampoco de Hitler, si es lo que estás pensando. Tú no eres hijo de nadie.

XXIX

Regresé al campo de Mauthausen a finales de mes. Tenía unos días de permiso y estuve de vacaciones en el sur, en el balneario de Bad Ischl, antes de volver a mis obligaciones. No tuve fuerzas para ir a visitar a Rolf a Braunau. Aún no era el momento.

Durante el viaje de vuelta al Lager, me empeñé en dilucidar el misterio de mis orígenes, ese escueto «hijo de nadie» con el que me definiera Theodor Eicke. Durante horas reflexioné sobre lo que podría significar, elucubré hasta el sinsentido y le di mil vueltas a algo sobre lo cual sabía demasiado poco hasta para lanzar ni tan siquiera una hipótesis. ¿Hay realmente un grupo de personas que quiere asesinarme, como me aseguró Adolf Schule poco antes de su muerte? Si esto fuera verdad, ¿lo es a causa de que Hitler quiere que herede su posición de guía de nuestra patria? Y, sobre todo... ¿por qué el *Führer* podría desear tal cosa? Pensé durante tanto rato en aquel acertijo insoluble que por un momento temí perder la razón; ya me veía cantando yo también algún fragmento de una obra de Wagner con voz estentórea. Por fin, cuando ya anochecía, comprendí que ni aquel acertijo ni su resolución estaban en mis manos. El objeto de esta última lección de mi Diario, que una vez fue de Rolf y ahora es de ambos, era desentrañar unos misteriosos asesinatos que una vez tuvieron lugar en Mauthausen. Esa tarea está cumplida. Quién soy yo y cuál es mi destino es algo que solo el tiempo me descubrirá, a golpes, a bandazos, como hace con todo el mundo.

Y resolví no volver a pensar en ello. No valía la pena.

Jakob me recibió en la estación donde suelen llegar los vagones de ganado repletos de presos. Estaba contento de verme. Yo también. Nos abrazamos, rescatador y rescatado, sin perder de vista la vía muerta, al fondo, donde precisamente en ese momento un grupo de guardias de la Banda de la Calavera hacían descender del tren a los futuros cadáveres andantes de nuestro amado Lager.

De vuelta a la normalidad, solo me restaba sentarme a esperar la orden de traslado y empaquetar mis pocas pertenencias. Esta tardó en llegar un par de semanas, el doce o trece de mayo, si no recuerdo mal, y se me daba un mes para incorporarme a filas. Tenía tiempo más que suficiente para dejar mis cosas en orden. En realidad, hubiese tenido bastante con veinticuatro horas.

Permanecí muchos días inactivo en el Lager. Hice diversos viajes dentro de Alemania y en nuestros estados satélites. Incluso visité a amigos en zona de guerra, en los Balcanes y otros puntos donde el Tercer Reich estaba combatiendo. Estaba ocioso y sin ninguna ocupación real. En teoría, aún seguía formando parte de la oficialidad, pero Ziweis me había relevado de todas mis funciones, tal vez pensando que me hacía un favor. Le pedí que me diese alguna ocupación y me indicó que, si me apetecía, podía emplear mi tiempo en una investigación del funcionamiento interno del campo, por si alguna cosa escapaba a su control. Según mi comandante, se había quedado maravillado de mis dotes deductivas durante el desarrollo del caso Schule.

Por tanto, pretendía sacar partido de mis dotes antes de que me marchase, por si había en el campo algún otro judío con el pasaporte racial falsificado o acaso algún otro peligro potencial que en ese momento ninguno alcanzábamos a imaginar. Lo cierto, sin embargo, es que se trataba de una tarea imposible: había centenares de SS en el Lager con diferentes tareas, miles de prisioneros, un campo interior con innumerables dependencias, un campo exterior en obras y con todavía más dependencias, una cantera, un perímetro electrificado... Eso sin contar con los campos auxiliares, más de veinte ya, y muchos con una población reclusa y una dotación de SS mayor que la nuestra. En dos semanas no tendría tiempo de hacer un informe de todo ello a menos que me concentrase solo en generalidades; lo cual es lo mismo que no hacer nada. Así pues, pasé ese tiempo paseando por el campo, tomándome copas en la cantina con Bachmayer y Schultz que, Dios sabrá por qué, me habían cogido aprecio, leyendo o escuchando música clásica patriótica en la radio.

Uno de aquellos días, después de escuchar una selección de arias de Wagner, llegó la hora de los discursos: Hitler comenzó con uno especialmente inspirado, en el que pretendía preparar a la Nación para los nuevos sacrificios que pronto habían de venir pero que, con el tiempo, nos harían alcanzar victorias formidables. Entre líneas, estaba hablando de la proyectada invasión de la URSS, que muchos anticipaban y yo sabía que estaba planificando el Alto Mando desde hacía tiempo. Luego del *Führer*, tomó la palabra el doctor Goebbels. Lo primero que me vino a la mente es cuánto le gusta el epíteto de doctor a personajes siniestros como Lonauer o al artífice de la propaganda nazi, Joseph «encogido y crudo» Goebbels, pues ese era el apodo con el que le habían bautizado sus críticos. Como sucede a menudo con los sobrenombres, cada interlocutor con el que te cruzabas tenía una explicación para esos dos adjetivos. Yo siempre he creído que estos hacen referencia a que en sus manos, cualquier cosa, diminuta, «encogida» o «cruda», acaba convertida en una gran causa, una idea por la que luchar, un sacrificio justificable por el que dar la vida. Por ejemplo, mientras yo lucubraba significados para «encogido» o «crudo», el Ministro del Reich nos explicaba con voz estentórea el concepto de Führerprinzip, que literalmente significa «principio o axioma de nuestro guía». En suma, sin embargo, lo que pretendía decirse es que la obediencia a nuestros líderes era incuestionable y que todo acto, por loable que fuese, que no los tuviera en cuenta, era un acto de traición. Yo debía obedecer al comandante Ziereis: él siempre tenía razón en lo que se refería al ámbito cotidiano del Lager. No podía equivocarse porque, aunque lo hiciera, yo asumiría su error como propio y le obedecería aún sabiendo que, inevitablemente, fracasaría en mi misión. Ziereis le debía la misma obediencia ciega y estúpida a Eigruber, Gauleiter de la Alta Austria, y este a Adolf Hitler, nuestro líder supremo. Por tanto, como cada eslabón era por definición, infalible e insoslayable, una palabra de Hitler, en la cima de esa hipotética pirámide de necios, se convertía en un artículo de fe. Si el buen Adolf decía «hay que tirarse por la ventana», todos tendríamos que hacerlo, pues el *Führer*

no puede equivocarse y una orden suya es como si la dictase el mismo Dios.

Era evidente que Otto Weillern había cambiado y ya no encontraba su lugar en esa pirámide jerárquica y perfecta llamada nacionalsocialismo. Pero mientras iba transformándome, poniendo en duda todas mis creencias y construyendo el hombre que un día he de llegar a ser, lo cierto es que se me estaba agriando el carácter y perdía a menudo la paciencia por cualquier cosa. El que solía pagar mi mal humor era Jakob, que se había convertido entretanto en un asistente de primera. Poco a poco, aquel raptó inexplicable, aquella decisión de salvar a alguien que merecía ser salvado entre la marabunta de buenas personas que perecían por nada, comenzó a cobrar significado. Nos íbamos a pescar al río, paseábamos por la campiña o jugábamos a juegos de mesa. Jakob se convirtió en el compañero que me salvó de la soledad de aquellos días, entre las dudas que me carcomían por dentro después de la conversación con Theodor Eicke y nuestro *Führer*. ¿Por qué Otto Weillern era tan importante? ¿Cómo podía ser yo «hijo de nadie»? ¿Acaso no tuve padre? ¿Acaso Geli, mi madre, no era mi madre? Lo cierto es que apenas tuve ocasión de conocerla. Geli murió cuando yo tenía dos años. Todo lo que recuerdo de ella se lo debo a Rolf. Pero, en cualquier caso, ¿por qué había gente que quería acabar conmigo, como supuestamente pretendía Godzilla cuando se unió a la causa de Adolf Schule? ¿Debía creer al propio Schule, que me había revelado una absurda conjura para asesinarme mientras él mismo agonizaba? ¿Debía creer, por el contrario, a mi antiguo padre, que resulta que tampoco era mi tío, el Gruppenführer-SS Eicke?, ¿o debía creer en mi propia intuición, que me decía que yo no era nadie y que toda aquella situación me sobrepasaba?

Poco a poco, mientras yo andaba perdido en un mar de dudas, Jakob pasó de asistente a amigo y de amigo a ser mi sombra. Íbamos juntos a todas partes, incluso me acompañaba en mis paseos dentro del Lager, mientras vigilaba el funcionamiento del campo o lo que demonios fuera que Ziweis esperaba que hiciera hasta el día de abandonar el servicio en las SS.

Cuando solo faltaban cuarenta y ocho horas para mi marcha, el diez de junio, sucedió algo extraordinario o, cuando menos, inesperado. Jakob se peleó con un grupo de guardias SS recién llegados a nuestra gloriosa Totenkopfbande. Le detuvieron en el Bunker y tuve que intervenir personalmente ante Ziweis para que la cosa no pasara a mayores. Prometí que Jakob no volvería a pisar el Lager y me lo llevé a Sankt Valentin, pues Jakob vivía no muy lejos de la casa que había tenido alquilada en su día mi hermano.

Fui a visitarle a la mañana siguiente, un poco más calmado que la víspera. No había querido hacerlo la noche antes porque tenía miedo de perder los nervios. ¿Acaso Jakob se había vuelto loco? ¿No habíamos quedado en que pasaría desapercibido? ¿Acaso no era consciente que su situación era precaria?, ¿que mientras estuviésemos en Austria, alguien podría reconocerlo como un antiguo judío sin recursos que se había paseado por las casas de beneficencia durante años?

Además, interrogué a los guardias implicados y, aunque era evidente que se trataba de unos idiotas hijos de papá que, como yo mismo meses atrás, estaban sirviendo en el Lager para eludir el frente de batalla, lo cierto es que me habían dicho que la pelea la había iniciado Jakob. Yo les creía. Jakob era un civil a sus ojos, en absoluto un superhombre de las SS. Si hubiesen iniciado ellos la pelea, se habrían jactado de cómo le habían elegido para golpearle o Dios sabe qué. No. Por alguna razón que desconocía, Jakob se había interpuesto mientras se burlaban de un prisionero español. Le habían dado un par de bofetadas e iban a zarandearle un poco cuando llegó Jakob y les increpó. El prisionero era un Prominenter, uno de los pocos prisioneros que desempeñaban un oficio especializado y valioso para la organización del Lager, así que no tenían intención de matarlo ni de herirlo seriamente. Solo se burlaban. Todos los días, Jakob tenía que ver cómo se asesinaba a muchos hombres delante de sus narices, incluidos judíos como él mismo. ¿Por qué había reaccionado violentamente ante unos cuantos pescozones sin importancia propinados a aquel español?

—¿Qué tiene ese hombre que tanto te importa? —le dije, cuando reuní el valor para acudir a Sankt Valentin. No me fue fácil. Cuando pasé delante de unos niños que jugaban a guardias y prisioneros en un patio, me pareció ver los rostros de Gertrud, Hans y Konrad, desnudos, llorando, pidiendo clemencia, acusándome de no haber hecho más por evitar su muerte. Intentando apartar aquellas ideas insanas de mi cabeza, repetí—: ¿Qué tiene ese español que le hace especial? ¿Por qué te pusiste en peligro por él?

Jakob bajó la cabeza y me dijo que me pedía perdón, que había tenido que hacerlo y ya está. No iba a añadir nada más al respecto. Le interrogué, le amenacé, le grité por primera vez desde que nos conocíamos, pero fue en vano. Por último, le informé que le prohibía salir de su habitación hasta que llegase la hora de coger nuestro tren a Braunau, al día siguiente. Por lo menos, así evitaríamos que se metiese en más líos. Me fui de la casa dando un portazo.

De vuelta al Lager, estuve en la cantina hasta las tres de la tarde. Me despedí de algunos camaradas, especialmente de los que no eran asesinos despiadados. No vi a Bachmayer, a Schultz ni a Zierys, lo cual fue un alivio. Prefería no tener que darme la mano con ninguno de aquellos monstruos, ni siquiera para guardar las apariencias. En mi barracón, recogí mis cosas y las llevé al Opel. Eran las cuatro o las cuatro y media. Entonces fui a ver al prisionero que tan importante le parecía a Jakob: el Prominenter español.

Se llamaba Antonio García y trabajaba en el laboratorio fotográfico. De hecho, había comenzado a hacerlo muy poco tiempo atrás. Antes había formado parte del servicio de limpieza del barracón once y, de hecho, le había interrogado brevemente durante la investigación Schule, en particular sobre el asesinato del español que fue estrangulado y quemado en el Stube A de aquel barracón. García había sido elegido como nuevo integrante del laboratorio fotográfico luego de pasar diversas pruebas de su pericia. Por lo visto, había sido fotógrafo profesional en España y no le fue difícil

conseguir el puesto. Durante mis paseos para elaborar el informe que me había pedido Ziereis (por cierto, nunca lo redacté), algunas veces acompañado de Jakob, había presenciado su trabajo: básicamente fotografiaba a los presos recién llegados y les tomaba las huellas. Estaba a las órdenes de un Kapo austríaco llamado Vey que trabajaba directamente para Karl Schultz, pues el laboratorio formaba parte de las enormes dependencias de la Oficina de la Policía Política, recién terminadas por los Baukommandos que construían el campo exterior.

Al contrario que las veces anteriores que había visitado aquel lugar, me detuve largo rato a inspeccionar las evoluciones del grupo de fotógrafos. García tomaba fotos, otro español limpiaba y dos polacos hacían labores administrativas y de archivo. El Kapo Vey los supervisaba. Allí no había nada raro, nada que pudiera haber llamado la atención de Jakob cuando se pasó por aquí conmigo; ¿o sí?

Fotografiar, hacer cinco copias en papel, tomar huellas, archivar los resultados y, por último, llevar a Schultz las copias en papel y los negativos. Les observé trabajar hasta que terminó su turno. Vey no se atrevía a preguntarme qué demonios hacía allí parado; después de todo, él era un preso y yo un oficial de las SS, pero todo el mundo caminaba nervioso de un lado a otro y hacían su trabajo en tensión. Los dos polacos sudaban a mares. Antonio García me miraba de reojo, intrigado. Finalmente, a las seis de la tarde, Vey se descubrió delante de mí, se cuadró, hizo entrechocar sus zuecos cómicamente y me dijo:

—*Herr Oberstumführer-SS Weilern*, respetuosamente querría comunicarle que mis hombres han terminado su turno. ¿Podemos irnos o dispone alguna otra cosa?

—García se queda. El resto pueden irse.

El Kommando se marchó entre suspiros de alivio. Mientras se alejaban me di cuenta de que hacían apuestas sobre si su compañero seguiría en este mundo al día siguiente. Antonio García ya no estaba solo intrigado. Sentado a su mesa, inmóvil, parecía muerto de miedo.

—Enséñame en lo que estás trabajando. Quiero ver tu taza, tu cuchara, los cajones de tu mesa. Cuando acabes, te bajas los pantalones y te quitas la camisa para que te examine por si llevas algo escondido. Quiero ver todo lo que has hecho hoy, todo lo que llevas encima y todo lo que tocas en este lugar.

Luego de media hora de registro del entorno y de la persona de Antonio, seguía tan perdido como al principio. Pero algo en la conducta de Jakob por la mañana me animaba a continuar. Allí había gato encerrado. Volví a abrir los cajones de su mesa. Fotos, papel de fotografía, herramientas de revelado y... ¿un momento...? ¿Por qué había fotos?

—Me has dicho que hacéis cinco copias en papel y que estas y los negativos se entregan al final del día a Karl Schultz.

—Sí, *Herr Oberstumführer-SS*.

—Entonces, ¿por qué hay fotos en uno de los cajones de tu escritorio?

—Son fotos borrosas o desenfocadas, o sencillamente de mala calidad, señor. Hay

que repetir las. El mismo jefe de la oficina política está al corriente.

Allí había centenares y centenares de fotos.

—Schultz es un idiota, el Kapo Vey es un idiota, pero yo no. ¿Tengo yo cara de idiota, Antonio?

—En absoluto, *Herr* Oberstumführer-SS. Si algo de lo que he dicho le ha inducido a pensar que yo pretendía insinuar que usted...

—¡Oh, calla, maldita sea!

Me eché las manos a la cabeza. Aquel español estaba tomando fotos de los presos delante de las narices de sus jefes y de la Gestapo, pero nadie sospechaba. Yo había pasado por allí y no me había apercibido tampoco de lo que Antonio maquinaba en secreto. Pero Jakob el tonto, el retrasado, el judío Jakob Navarro, ahora Jakob Weilern, se había dado cuenta de todo en el par o tres de minutos que habíamos entrado juntos, días atrás, en el laboratorio fotográfico. Y hay en Alemania quien cree que gente como Rolf, que resolvió el caso Schule cuando yo creía que el asesino era Bauer-Skorzeny, o Jakob, que había descubierto una conjura de los presos para llevar un registro de nuestros crímenes en el campo... hay gente que cree que hombres así son tontos y nosotros, los arios, superhombres. El tipo de superhombres que dejan que los presos obtengan pruebas de nuestros crímenes y las guarden a plena vista.

—Has escondido bien las pruebas, Antonio —dije, fingiendo amonestarle con un dedo—. Se acabará la guerra y nadie se habrá dado cuenta de lo que haces con esas fotos.

—No sé de que me habla, señor.

—Lo sabes perfectamente...

—Yo le juro que...

De pronto, se me ocurrió una idea.

—Cuando tienes demasiadas fotos para que quepan en el cajón, ¿dónde las guardas?

García frunció el ceño.

—Le repito... le juro una vez más, que no sé de qué me habla, *Herr* Oberstumführer-SS.

—Claro, claro.

Me senté delante de él, en el lado contrario de su mesa de trabajo. Cogí un puñado de fotografías y las desparramé sobre la mesa. No sé en qué pensaba. Sentía rabia, desazón, y también alegría. Aquel era un buen hombre que luchaba por una causa justa y no yo, que era el mismo monstruo que Lonauer, Ziereis, Bachmayer, Schultz o Adolf Hitler, por mucho que los detestase a todos. Durante varios minutos manoseé aquellas fotos anónimas de presos, muchos de ellos ya fallecidos, que un día llevarían a mis camaradas del Lager a la horca. Vi una que me resultó familiar. Tomé una decisión. Una decisión gloriosa, magnífica, una forma de hacer justicia y empezar de cero. Le hice sacar todas sus fotos, que examinamos una a una. Ya pasaban de las ocho de la tarde cuando encontré otra instantánea. Buscaba una

tercera, pero García la tendría ya a buen recaudo en su escondrijo.

—¿Ves estas dos fotos, Antonio?

El español me dijo que, en efecto, las veía.

—Este era un italiano. No recuerdo el nombre, ni siquiera su número. —Di la vuelta al papel y vi al dorso escrito, en apretada caligrafía: Enzo Ferro.

Enzo había sido el primer hombre al que asesiné. Le lancé por el talud de la cantera abajo como parte de una apuesta. Acababa de llegar al Lager y un compañero me dijo que no sería capaz de matar a un subhumano. Fui capaz. Creía en mi *Führer*, en mi Nación, en el sistema que había creado un demente enfermo de sífilis llamado Adolf Hitler. Le expliqué la historia a Antonio, que no dijo nada y tragó saliva. Su nuez se movió marcándose profundamente en su cuello. Pensaba que no volvería a ver la luz del sol.

—Falta otra foto. Esa no la he encontrado. El muchacho se llamaba Paul. Unos camaradas estaban regando con una manguera a un grupo de jóvenes picapedreros. Estábamos a más de quince bajo cero y los muchachos gritaban mientras sus extremidades se congelaban. Me dejaron al último, a Paul, para mí. No pude negarme. Tenía que demostrar que era un buen SS y un buen alemán.

Cogí la otra foto que había conseguido rescatar. Era un joven de unos veinte años. Se le adivinaba una media sonrisa aun en una situación como aquella, recién llegado a un campo de concentración nazi. Era un tipo alegre, siempre de broma. No debería haber muerto pues tenía un gran don de gentes y muchos amigos en el Lager. Caía bien hasta a los guardias. Pero se lesionó en un pie trabajando de albañil en un *Baukommando*. Se cayó de un andamio y se lo fracturó por tres sitios. En el Revier no iban a malgastar energías ni medicamentos en un subhumano español. Al cabo de unos días, su pie, deforme y tumefacto, apestaba a podrido, y el muchacho se arrastraba por las obras incapaz de hacer su trabajo. Había dejado de ser útil para el Reich y algunos SS lo tenían ya en su punto de mira. Si no lo hubiera hecho yo hubiera sido otro. Miré el nombre en la foto: Manuel Costa.

—Maté a Manuel para conseguir un día de permiso con una prostituta en Linz — le confesé a Antonio, que volvió a tragar saliva. Estaba convencido de que el próximo era él.

—No me mate, señor. Por favor.

No dijo nada más. Cerró los ojos, tal vez creyendo que iba a sacar mi Luger y dispararle un tiro en la frente allí mismo.

—Tienes que hacerme un favor, Antonio.

—Lo que usted me pida. Estoy a su servicio, *Herr Oberstunführer-SS*.

Una lágrima empezó a rodar por mi mejilla y se me quebró la voz. El gesto del preso cambió de pronto del miedo a la sorpresa, comprendiendo por fin que estaba asistiendo a un suceso insólito que no volvería a contemplar jamás: ¡un SS con sentimientos!

—Te pido, por favor, que marques con mi nombre esas dos fotos y las pongas a

buen recaudo, las primeras de aquellas que tienes guardadas por ahí, y haces bien en no decirme dónde. Cuando esta guerra acabe y, Dios mediante, hayamos perdido nosotros, los alemanes, quiero que tengas bien presentes los nombres de Enzo Ferro y Manuel Costa. Quiero que los memorices, que no pierdas esas dos instantáneas bajo ningún concepto. Llegado el día de castigar a los culpables, debes decir mi nombre el primero de la lista de criminales. —Hice una pausa, mientras me sorbía los mocos de la nariz, colapsada por el llanto—. ¿Puedo contar con tu palabra de que harás esto que te pido?

Antonio me miraba con las cejas enarcadas y la boca abierta, como el que contempla una aparición. Dijo, conmovido:

—Tienes mi palabra de honor, Otto.

Me marché entonces, secándome las lágrimas con el dorso de la mano. Jakob me esperaba en casa con las maletas ya hechas. No le dije nada, pero él vio en mis ojos que había comprendido.

—No podía permitir que aquellos SS golpearan a García. El cajón ya estaba lleno y llevaba encima un buen puñado de fotos para esconderlas en sitio seguro. Si se le hubiesen caído, su plan habría quedado al descubierto.

Asentí.

—Estoy convencido de que en adelante tendrá más cuidado —dije, lacónico, cargando las maletas en el Opel. ¿Para qué añadir nada más? García era un héroe; Jakob era un héroe; y yo, nada más que un verdugo con remordimientos. Un verdugo y un traidor que conocía un plan de un prisionero para llevar ante la justicia a los buenos y honrados servidores de la Banda de la Calavera, y no solo no lo había denunciado sino que me había hecho cómplice de sus actos.

De madrugada, cogimos nuestro tren en Linz. Ya solo quedaba despedirme de Rolf y partir para el frente. Mi trabajo en Mauthausen y mi servicio en las SS habían concluido.

XXX

El tren está llegando a la estación de Braunau. Es el final del trayecto. Jakob está recogiendo nuestras cosas. El revisor ha avisado que quedan menos de cinco minutos para llegar a nuestro destino. Abajo, en la vía, nos espera Otto Skorzeny, que ha pedido permiso en la división Leibstandarte para acompañarnos en nuestra despedida. El tiempo de las explicaciones está llegando a su fin porque todas las piezas del *puzzle* al fin se encuentran en su sitio: o casi todas.

—Qué casualidad que tu hermano y tú nacieseis en Braunau, la misma ciudad donde lo hizo Adolf Hitler —comenta Jakob, mientras cuenta los bultos y comprueba que todo está en su sitio.

—A estas alturas, no creo que sea una casualidad.

Jakob vuelve a sentarse; inclina la cabeza sin mostrar ninguna emoción especial. Sin embargo, su voz se dulcifica.

—Me hace mucha ilusión visitar a tu hermano.

No digo nada. Sigo escribiendo, frenético, línea tras línea de este diario, resuelto a terminarlo antes de que mi vida recomience entre las arenas del desierto.

—Skorzeny llamó el otro día. Me dijo que está en un sitio muy bonito.

—¿El qué?

—Rolf.

—¿Rolf?

Mi pluma no se detiene. Las lágrimas asoman a mis ojos. El tren comienza su frenada, lenta, espasmódica. Las letras se tuercen, se salen de la línea. Es el momento de decir adiós.

—Me hubiese gustado conocer a tu hermano. En vida, se entiende —me acaba de decir Jakob, viendo como se oscurecía mi semblante.

—Hubieseis hecho buenas migas tú y él. Ambos sois igual de inteligentes.

Jakob tartamudea, intentando expresar que le gustaría que no fuese solo una visita a su tumba sino... Deja la frase incompleta. Me mira. Yo también querría poder volver a hablar con él, abrazarle, y no solo haber de contemplar su lápida, fría y solitaria, en un cementerio. Skorzeny ya estuvo una vez aquí, el día del entierro de mi hermano. A mí también me ha dicho que Rolf está en un sitio muy bonito, al final de un parterre de flores, rodeado de todas esas criaturas de la tierra que él tanto amaba. Si mi padre y yo no le hubiésemos obligado a trabajar en un campo de concentración, hubiese sido jardinero. Ese era su sueño. Y a pesar de tener un sueño tan pequeño, tan común, nunca pudo verlo cumplido. Recibía demasiadas presiones de su familia para que sirviese a la patria, para que se convirtiese en lo que otros querían para él. Ahora, rodeado de naturaleza, de alguna forma rara y siniestra, su sueño se ha hecho realidad.

Una lápida sencilla y clásica, al final de una vereda: esas fueron las palabras exactas de Skorzeny. Ahora las recuerdo. Yo no pude ir al entierro de Rolf en su

momento; no tuve fuerzas. Pasé dos días en casa, solo, mientras trasladaban el cuerpo a Braunau. Nunca me he sentido tan desgraciado, tan vacío, en toda mi vida. Mi padre, mi tío, que hoy sé que no es una cosa ni otra, se hizo cargo de todo, pero tampoco fue a las exequias. El gran Theodor Eicke tenía trabajo en Berlín, o en el frente, manipulando, engañando, tergiversando la realidad y creando monstruos donde no los hay. Un poco lo que ha hecho siempre.

—Nunca me has dicho cómo murió.

Jakob comprende la vastedad de mi dolor. Sabe que debo hablar de mi hermano, que es él quien protagonizó este diario y quien debe concluirlo. Y debo hablar de lo que me enseñó el día de su muerte: la lección final que inició mi transformación en un mal nazi y en una mejor persona:

Cada noche, antes de irme a dormir, y luego, en mis pesadillas, me veo atravesando la verja del jardín, pistola en mano. Acabo de llegar a Sankt Valentin. El coche de Skorzeny está en llamas. El cadáver de Jutta Müller descansa retorcido en una zanja y los vecinos acuden uno tras otro de las granjas colindantes.

Entro en la casa. Rolf no está, ni en el piso de arriba, ni en la planta baja, ni en el sótano. En este último, sin embargo, hallo el cadáver de Godzilla y el de uno de los niños. No tendrá más de diez años. También hay un reguero de sangre y una jeringa rota en el suelo, que apesta a gasolina. Siguiendo el rastro de la sangre salgo por la ventana del sótano y llego a la calle. El río se escurre lentamente apenas a diez metros, como si nada estuviera sucediendo, con lentitud infinita, pero volviendo un recodo al final de la casa, casi en la parte posterior, oigo los gritos. Salto, corro, me he cortado la mano con los cristales de la ventana, pero no me importa. No me daré cuenta hasta horas más tarde.

—Ya lo tengo.

El que ha hablado es Harald Bauer que apunta a un mocoso con una pistola. No, debo recordar que se llama Skorzeny y es miembro de la SD. En el suelo, de rodillas y con las manos en la nuca, está Ícaro. Aparenta trece años, con su metro cincuenta y su rostro aniñado, pero tiene casi diecinueve y se llama Adolf Schule. Detrás, hay una figura retorciéndose de dolor sobre los restos de una caja de madera. Es Gertrud Müller, la niña aria que no sabe que acabará gaseada como si fuese una retrasada mental de esas que tanto odiamos los buenos alemanes. Miro a Skorzeny, demandando con los ojos una explicación.

—La niña se resistió y quería pincharme con un cuchillo para evitar que detuviese a Schule. Tuve que darle un par de bofetadas y, al caer al suelo, se ha hecho daño. Nada grave.

Pero a mí me da igual Gertrud, la niña que sueña con convertirse en una líder de la Liga de Muchachas Alemanas. Yo le preguntaba por mi hermano. ¿Dónde está Rolf? ¿Dónde demonios está Rolf? Aúllo, enloquecido. Recuerdo haber aullado, gateando a cuatro patas por el patio, derribando los falsos barracones de madera, los postes que simulan torres de guardia, las cuerdas viejas que hacen de alambradas... Todo el imaginario del horror que aquel grupo de niños había construido para parecerse a nosotros, los valientes SS de la Banda de la Calavera,

perece bajo mis botas, aplastado.

Debajo de una de aquellas casetas, aparece el cadáver de Glatz. El cuerpo está retorcido en una postura imposible. Aquellos pequeños monstruos lo han embutido entre los diminutos muros de sus falsos barracones hasta convertirlo en un títere contorsionado. Glatz tiene una expresión de dolor en el rostro que me hace dar un paso atrás, antes de chillar:

—¡Rolf! ¡Rolf! ¿Estás bien?

Entonces oigo una voz, muy lejana, como si ya no perteneciese a este mundo.

—¿Es usted, padre Von Banish?

Al fondo, junto a la pared, está mi hermano. Le han arrastrado por el imaginario campo de Sankt Valentin como a un perro, le han apaleado, le han regado con una manguera para que se congele, como hice yo mismo con Paul el picapedrero, y le han encadenado al muro de piedra, improvisando un Muro de los Aulladores a imagen del que usamos nosotros en el campo interior de Mauthausen. Es maravilloso todo lo que hemos enseñado a nuestros jóvenes muchachos, cuántas maravillosas ideas les hemos inculcado: odio racial, ansia asesina, etnocentrismo, sentimientos de xenofobia, de desprecio a los diferentes y a todos nuestros congéneres con deficiencias mentales o físicas. Es el legado de nuestra generación. Cuando Schule trabó amistad con Joseph F. y este le presentó a su grupo de amigos, el terreno ya estaba abonado. El asesino pudo convencer fácilmente a aquellos niños para convertirse en verdugos porque ya habían sido manipulados para despreciar, para obedecer, para asesinar. El estado alemán era tan culpable de los crímenes como el propio Adolf Schule.

—Rolf, ¿qué te han hecho? —sollocé, horrorizado.

Cuando estoy más cerca, descubro que tiene en el pecho la cabeza de una jeringa, con la aguja clavada en el corazón. Le han inyectado gasolina sintética, el benceno nazi, directamente en el corazón. Le quedan pocos instantes de vida. De hecho, es un milagro que haya sobrevivido hasta ahora.

—Es usted, ¿padre Von Banish?

Heinz Von Banish es el párroco de la cercana iglesia de Sankt Valentin. Rolf es un creyente devoto y a menudo va a mirar las tallas y a confesar unos pecados que ya nunca podrá cometer.

—No, soy yo. Soy Otto —le digo, cogiéndole de la mano derecha, pues la izquierda está apresada en el muro con una gruesa cadena atada a su muñeca.

—Ah, sí padre. Me estoy muriendo... yo... Le pido confesión.

Le repetí quién era yo pero ya no podía reconocerme. Habló un par de minutos de cosas sin sentido, mientras agonizaba. Luego dijo:

—Confieso, padre, que he pecado.

Dudé antes de contestar:

—Dime hijo mío, ¿cuáles son tus pecados?

Rolf se incorporó y me miró a los ojos. Creo que esta vez sí me reconoció, o

acaso es lo que quiero creer. Quería darme una lección, esa de la que os hablaba: la última lección que imparte el hermano mayor a un hermano menor descarriado.

—Confieso que maté a un hombre para complacer a Otto. Pero era un mal hombre, padre, un asesino que maltrataba y delataba a sus iguales. Era un Kapo español del campo de Mauthausen. Se llamaba Juanita; al menos, ese era su apodo.

¿Qué podía decir? ¿Qué podía hacer sino absolverle de un pecado que era en verdad mío?

—Yo te absuelvo, hijo mío...

—Pero eso no es lo peor, padre. —Rolf me interrumpió. Respiraba con dificultad y se detenía largo rato a cada palabra—. Confieso que una vez estuve tentado de convertirme en un nazi. Por un momento llegué a creer que si obraba mal todos los días podría convertirme en el hombre que Otto y el Führer esperaban de mí. Pero mi tentación fue breve. Pronto comprendí que no era yo el que estaba equivocado. El mundo era el que se equivocaba.

Tenía razón.

—En esta época oscura, hijo mío, somos muchos los que hemos caminado ciegos por las calles, y solo veíamos lo que se nos decía que debíamos ver. Pero algunos estamos abriendo los ojos. Pronto, muchos otros los abrirán.

Rolf asintió e inspiró profundamente.

—Dígale a Otto que le quiero, padre. Dígaselo en mi nombre.

Todo el dolor del mundo no podría compararse a lo que sentí en ese momento.

—Yo te absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Vete en paz, Rolf. No temas, porque el amor de Dios no tiene fin y solo tú, de entre todos nosotros, entrarás en su reino celestial.

Detrás de mí, una voz dijo:

—Amén.

Rolf murió dulcemente cogido de mi brazo. Me volví: Skorzeny se había quitado su gorra y rezaba en voz baja. Sangraba copiosamente por la cara, en la que tenía un corte de más de diez centímetros que, con el tiempo, se convertirá en una larga cicatriz. Al fondo, Schultz, que por fin había aparecido, tras comprobar que no existía peligro alguno para su seguridad, se llevaba esposado a Schule. El muchacho gritaba que había vencido, pues concluía por fin su misión al eliminar al último de los retrasados, los débiles, los inútiles que se habían infiltrado en el corazón de las SS. Se vanagloriaba de haberse convertido en modelo para las nuevas generaciones, que verían en él un ejemplo de nacionalsocialista y de luchador por la libertad. Como Hitler, seguramente pensaba que una estatua suya acabaría presidiendo las plazas de todas las ciudades ocupadas por nuestros ejércitos. Fue una suerte para el muchacho que el jefe de la oficina política se lo llevase a rastras al Kübelwagen. En ese momento, lo habría matado allí mismo sin pensármelo dos veces.

El tren está llegando a la estación. Veo al propio Skorzeny parado en la vía, esperando. Jakob me apremia para que deje de escribir. En menos de cinco minutos partirá de nuevo el convoy. Tengo, pues, que despedirme de ti, lector.

Ignoro si, cuando este diario llegue a tus manos, la guerra habrá terminado. Espero que sí, que la locura de unos pocos sea derrotada por la lucidez de la mayoría. Confío en que Dios, en su infinita misericordia, se apiade de nosotros, y que para entonces los aliados nos hayan derrotado y el nombre del Tercer Reich de Adolf Hitler sea pronunciado desde la náusea y el horror por los siglos de los siglos. Si es así, tú, lector, serás el hijo de una democracia del mañana.

Tu mundo será peor que aquel que yo viví antes de la caída de la República de Weimar y la llegada del nazismo. Europa no volverá a ser la misma y todos los mecanismos de propaganda que el doctor Goebbels inventó y de los que Hitler se sirve, convertirán a los ciudadanos en títeres. Las propias democracias, a través de la radio y acaso de ese nuevo invento del que las revistas hablan, la televisión, lanzarán sus mensajes a una población embrutecida y mansa, siempre dispuesta acatar las órdenes de los que les gobiernan. No creáis que el mundo del mañana renunciará a los descubrimientos del nazismo, por perversos que estos sean: la propaganda será el cáncer del siglo XXI. Será una generación con un acceso nunca antes imaginado a la información pero asimismo la generación más desinformada de la historia. Solo unos pocos sabrán discernir, razonar por ellos mismos; y estos serán tildados de excéntricos, de locos, de malos ciudadanos.

Y aún así, vosotros viviréis con una ilusión de libertad.

Pero si, como parece, las victorias del *Führer* se eternizan, si no hay nada ni nadie sobre la faz de la tierra capaz de frenarlo y de destruirlo, entonces el infierno se desatará sobre todos nosotros. La palabra de Hitler y del que le suceda, que no seré yo, tendrá valor de ley: su dictamen estará por encima de los hombres, de sus derechos o de su existencia, del bien y del mal. Ser un mal ciudadano será castigado con la muerte y ni siquiera podremos soñar con la libertad, porque la libertad estará proscrita. Las mujeres serán inferiores por siempre jamás, no habrá retrasados, ni tontos, ni minusválidos, ni judíos, ni gentes de izquierda: cualquier cosa que nazca o se desarrolle fuera de la estricta pauta del nazismo será «depurada». Las diferencias, las imperfecciones, que hacen el mundo sublime y habitable, desaparecerán, y con ellas, todas las formas verdaderas de belleza. El alma de la raza humana se marchitará y, aunque caminemos por las calles con el brazo en alto, estaremos todos muertos.

Si eres tú, lector nacionalsocialista del futuro, el que me está leyendo...

Si eres tú el que ha sobrevivido al nuevo orden mundial y ahora contemplas, horrorizado, este diario, que mi hermano y yo concebimos para ti...

Si eres solo un nazi más de un mundo poblado de otros nazis iguales que tú, que andan con tu mismo paso, piensan tus mismas ideas y hablan con tus mismas palabras, entonces, solo hay una última cosa que quiero decirte, y es que...

ME DAS MUCHA PENA, AMIGO LECTOR.

FIN DE LA SÉPTIMA Y ÚLTIMA LECCIÓN

Nota del autor

LICENCIAS LITERARIAS

Para al que pueda interesar, paso a enumerar las principales licencias que me he tomado (a nivel de manipulación de los hechos históricos) para que todo encajase. Algunos consideran estas notas finales «kitsch», pasadas de moda, pero yo me enamoré de algunas notas de autor cuando era un lector adolescente, pues, a modo de pequeñas apostillas, informan al lector un poco más sin informar demasiado. Creo, sinceramente, que a veces necesitamos un poquito más de lectura tras finalizar la última línea, para quedar satisfechos sin quedar ahítos.

Bueno, sea como fuere, ahí van, brevemente, algunas de las licencias que me he tomado y alguna otra información pertinente:

—Los educadores nazis animaban a los jóvenes a llevar un diario sobre sus actividades y su proceso de transformación en un buen nacionalsocialista. A menudo se dirigían a un lector nacionalsocialista del futuro, un lector abstracto que podría leer el manuscrito en algún momento de esos mil años que habría de durar el Reich de Hitler. El diario de Rolf podría perfectamente haberse escrito en esa época, si bien seguramente desde una perspectiva más benévola con los nazis, pues una postura abiertamente crítica (o solo levemente crítica) jamás hubiera sido aceptada.

—Las propias revistas nazis de la época se hicieron eco de los juegos de los niños de guardias y prisioneros en que imitaban a SS y Tropas de Asalto SA. Los niños del imaginario campo de Sankt Valentin son todos igualmente imaginarios, a excepción de Joseph F., inspirado en Josef Fritzl, el monstruo de Amstetten. Por supuesto, todos sus actos o afirmaciones son inventados y en modo alguno se debe conjeturar que están inspirados en la realidad (es ficción). En los días en que se desarrolla esta novela, Fritzl tendría cinco años y medio en lugar de siete y medio como el personaje, al que le sumé algo de edad para que su personalidad fuera más rica en matices. Sin embargo, Fritzl llegó a vivir casi hasta los once años en el seno de un gobierno nazi antes de que el Tercer Reich cayese. No he querido en modo alguno hacer un retrato del verdadero Josef ni de su familia, sino mostrar el daño que pudo hacer a las mentes jóvenes y aún en formación, una educación como la que recibieron aquellos niños de la época en la vecindad de los campos de concentración (el campo auxiliar ferroviario de mujeres en Amstetten también existió). Aquella situación pudo ser el germen de monstruos futuros. No quiero con ello decir que Fritzl encerrara más de veinte años a su hija y a sus hijos-nietos en un sótano a causa solo de lo que vivió de niño durante el nazismo. Lo que para mí es evidente es que no debió hacerle ningún bien. Si habéis leído la novela, este punto queda sobradamente explicado. Si bien, repito, todos los actos de Joseph F. en ella son fruto de mi imaginación y ni siquiera he investigado más que superficialmente al verdadero Fritzl.

—La Aktion T4 fue real y centenares de miles de personas, alemanes y austriacos en su mayoría, perecieron por no ajustarse genética, moral o psicológicamente a los estándares nazis. Al final, tal y como se explica, también se mató a judíos sin hogar y

a otros grupos de personas difíciles de clasificar. Todas las explicaciones filosóficas sobre las que los nazis basaban la eugenesia, el concepto de Carga para el Pueblo o la Comisión del Reich para el Registro de Enfermedades Graves de Origen Hereditario, existieron realmente. Los informes que intercambian Lonauer y la Comisión para depurar a Adolf Schule, son literalmente iguales, línea a línea, a otros que he encontrado en mi investigación. Aunque parezca increíble, hubo padres que escribieron a estas instituciones preguntando por qué sé tardaba tanto en depurar a sus hijos «idiotas», que habían entregado de buena gana para que el estado alemán los suprimiese.

—Markus Keller, el prefecto de los prisioneros o Kapo en jefe, se llamaba en realidad Magnus Keller y su apodo era King Kong y no Godzilla, pues nunca podría haberse hecho llamar así, en tanto la primera aparición de la bestia mitológica nipona data de 1954, bastantes años después. Le he cambiado ligeramente el nombre y modificado su apodo al decidir usarlo en la trama relacionada con la Noche de los Cuchillos Largos y sacarlo de su contexto histórico. Las descripciones de sus actos y sus costumbres, su aspecto físico y su brutalidad, son verídicas, así como el hecho de que se sospecha que había sido seguidor de Röhm y miembro de las Tropas de Asalto SA.

—Frank Ziereis, Georg Bachmayer y Karl Schultz fueron personajes reales, no así Jules Boldt o Jonas Braun, que son arquetipos. Ziereis murió desangrado en el campo después de resultar herido en una escaramuza con tropas americanas cuando intentaba escapar disfrazado. Bachmayer se suicidó y asesinó a su mujer e hijos al comprobar que el Reich de los mil años se deshacía cuando llevaba poco más de diez de existencia. Schultz tardó décadas en ser juzgado y apenas sufrió pena de prisión unos pocos años. Siempre se quejó de que se encausase a buenos ciudadanos que, como él, no habían hecho nada malo. El campo de Mauthausen es uno de los lugares más terribles e infames que nunca han existido. Todo lo que en la novela se dice de él, tanto a nivel de organización, asesinatos, trabajo en la cantera, hornos crematorios, revistas extenuantes y homicidas, Muro de los Aulladores, experimentos en el Revier... todo está documentado, y aún me he dejado muchas cosas en el tintero.

—El Kapo Juanita está inspirado en un Kapo real apodado Enriquito o Manolita.

—Theodor Eicke es también un personaje real. Creador del sistema de campos de concentración, estuvo al mando la 3.^a división SS y participó en el asesinato de Röhm. Su posición de confianza al lado de Hitler es, hasta donde yo sé, ficción.

—Otto Skorzeny es un personaje real. No entró a formar parte de los servicios de inteligencia de las SS hasta bastante después del momento en que se desarrolla esta novela, por lo que su participación en ella es imaginaria. La larga cicatriz de su cara se la hizo de joven en un combate de esgrima y no en Sankt Valentin. Skorzeny es un personaje lleno de matices y con una abultada biografía que no desvelaré aquí porque

seguramente volverá a hacer apariciones estelares en esta saga.

—Rolf, Otto y Jakob Weilern son personajes imaginarios. Jakob y Rolf, en particular, son un homenaje a mi padre, a quien va dedicada esta novela. Quería que el lector entendiese cómo es posible que una persona que en apariencia no es en absoluto inteligente, puede tener momentos de gran penetración psicológica o tocar hasta cinco instrumentos de oído, como hacía Jaime Navarro, mi padre. Los conocimientos y la rapidez de respuesta o de aprendizaje de una persona tienen a menudo mucho más que ver con su formación y oportunidades de estudio en la infancia que con sus capacidades reales. Una persona puede tener un carácter calmo, tímido, introspectivo... y pasar por tonto. Los sistemas de clasificación de idiotas de los nazis eran, per se, la única cosa idiota que hay en esta historia.

—Rudolf Lonauer y Georg Renno dirigieron el castillo de Hartheim hasta el final de la guerra. Todos los detalles aportados acerca de la depuración de los «idiotas» y los diferentes pasos y salas que se sucedían hasta su cremación, son ciertos, incluido el libro en que se apuntaba a los asesinados y cuánto se ahorrraba el estado con su muerte; este libro de contabilidad fue encontrado por tropas americanas terminada la guerra. Lonauer se suicidó por aquellas fechas, al igual que Bachmayer, asesinando a su familia antes de quitarse la vida. Renno vivió tranquilo hasta el final de sus días, sin que nadie le encausase por sus actos; tampoco a sus compañeros de trabajo en Hartheim. El Unterscharführer-SS Hubert (Kurt Hubert Franz) existió realmente; sirvió como Maestro de los Hornos en varios Institutos del Sueño aparte de Hartheim, para finalmente recalar en la no menos infame Treblinka. El molinillo de huesos es un artilugio del que desconozco su inventor; he encontrado al menos otro centro donde se usó para triturar los restos de los fallecidos. El castillo es hoy un museo dedicado a los hombres y mujeres con deficiencias psíquicas.

Esta novela ha querido ser, antes que nada, y más allá de su trama policíaca, un homenaje a todos los que murieron o sufrieron cautiverio en Mauthausen, y a todos los que recalaron en el castillo de Hartheim porque alguien decidió que eran unos «idiotas», unos incapaces, y sus vidas no merecían ser vividas (*Lebensunwerter Leben*). Va por vosotros.



JAVIER COSNAVA (Hospitalet de Llobregat, 1971), es un historietista, guionista y escritor español, residente en Oviedo. A finales de 2006 comienza la colaboración con el dibujante Toni Carbos; fruto de este empeño suman 20 premios de cómic en apenas año y medio antes de publicar en diciembre de 2008 su primera obra juntos: *Mi Heroína*.

En septiembre de 2009 publica un segundo álbum de cómic: *Un Buen Hombre*, sobre la urbanización donde los SS vivían, al pie del campo de exterminio de Mauthausen. En octubre de ese mismo año publica su primera novela: *De los Demonios de la Mente* (2009). Paralelamente, recibe una beca de la Caja de Asturias (Cajastur) para la finalización de *Prisionero en Mauthausen*, álbum de cómic que fue publicado en febrero de 2011.

También es autor de una novela de corte fantástico: *Diario de una Adolescente del Futuro* (2010). En noviembre de 2012 publica *1936Z la Guerra Civil Zombi*.

También ha colaborado en diferentes antologías de cuentos: *Postales desde el fin del mundo*, *Legendarium II*, *Vintage'62*, *Antología Z volumen 6*, *El monstre i cia* y *Fantasmagoria*.

En enero de 2013 ganó el premio Ciudad de Palma de Novela Gráfica junto al dibujante Rubén del Rincón.

Notas

[1] El poema que aquí reproduzco fue escrito por un autor desconocido (¿acaso Rolf Weiler?) para conmemorar el cumpleaños de Adolf Hitler, el 21 de abril de 1941. Incautado con otra correspondencia de la Cancillería del Reich, se conserva en el Archivo Militar del Estado Ruso (RGVA), tomo 1355/4/20, páginas 27 a la 30. Para la traducción, me he servido casi literalmente de la que se transcribe en la página 266 a la 268 en *Eberle, Henrik, Briefe An Hitler*. De la versión en castellano, Olga Martín y Paula Botero. [N. del A.] <<